

IMPRENTA NACIONAL COLORADA

JUSTINO ZAVALA MUNIZ



CRONICA DE UN CRIMEN

ILUSTRACIONES DE
ARZADUN, CUNEO,
MICHELENA Y PASTOR

EDITORIAL DE TESEO

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
25 DE MAYO, 577
MONTEVIDEO
RIVADAVIA, 1571
BUENOS AIRES

CRÓNICA DE UN CRIMEN

EDITORIAL DE TESEO

Dirección literaria y artística

EDUARDO DIESTE, JUSTINO ZAVALA MUNIZ, ADOLFO PASTOR

Secretaría y Administración

FRANCISCO PORRO

Miguel Barreiro, 2959 MONTEVIDEO

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

CRONICA DE UN CRIMEN



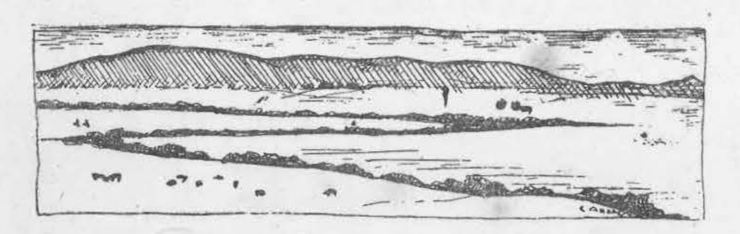
EDITORIAL DE TESEO

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

Montevideo Buenos Aires

A mis amigos de "Teseo", con la más cordial e inalterable adhesión.

El Autor.



CAPITULO I

—Aquella es la cuchilla donde cometí el hecho. Las casas que jueron del gallego... el camino de losa... los higuerones... Todo igual a como estaba hace doce años, el día que me prendieron. Lo mesmo que yo... si parece que no hubiera pasao nada; el pago está lo mesmo: no faltan más que Ybáñez, que ya ha de estar seco abajo de la tierra de aquel cerro, y el comisario, que al fín pagó la cuenta conmigo, en manos de otro gaucho... Y güeno, así es la vida...

Por el camino ondulante de las sierras que suben hacia Arbolito, iba "El Carancho", colgantes las largas piernas por debajo del vientre del caballejo overo, acercándose a su pago, mientras en las verdes lomas del atardecer evocaba las visiones de su vida anterior. Doce años habían pasado desde el día en que, maniatado a la barriga de un caballo, los policías descendieron con

él aquellas mismas cuestas. Recién comenzaba a estirarse el sol de una mañana de verano a lo largo del sendero extendido entre las orejas del Guazú-Nambí, cuando vió desmontarse bajo los higuerones del rancho, a los policías que llegaban en su busca. Tranquilo, sin soltar el mate de la mano aún en alto, preguntó al comisario asombrado, si era por él tanto apresto de lucha; para aprehender a un inocente no era preciso aquel barullo. Y sujetando los impulsos de su odio al verse cogido; simulando, con segura voluntad, que todo habría de concluirse cuando él convenciera a los jueces de su inocencia, salió sin prisa de la cocina, para entregar sus manos a las coyundas con que lo ciñeron los soldados.

—¿Si estará Anadón todavía por estos pagos? — Se preguntó en alta voz, recordando el odio encendido en su alma primitiva, al saber quién le había impedido toda simulación de inocencia, afirmando haberle visto junto al camino, montado sobre el cuerpo de Ybáñez, mientras le iba cortando en pedazos.

—No sé cómo pudo verme ese alcahuete. He de haber perdido mucho tiempo en convencer al gallego de que pa él la muerte era un bien... Así como ahora estaba el camino de solo. ¡Todo igual... hasta el mesmo sol de lluvia al ponerse en las sierras... Y no era malo, el gallego; maula, eso sí, pa padecer; a la pocas puñaladas ya le había dao un váhido. ¿Cuántas le habré pegao...? Y güeno...

El sol se hundía en el horizonte sobre el Frayle Muerto, mientras se alargaban las nubes anaranjadas sobre las curvas de las lejanas cuchillas, y manchaban

ténues claridades el Cerro Largo, que el viajero iba dejando a su izquierda.

En el pequeño caballo, trotando sobre las piedras sueltas del camino bordeado por las gramillas amarillentas, monologaba, unas veces en alta voz y otras sin palabras, el jinete cuyo poncho caía sobre los hombros angulosos y se plegaba ligeramente en el recado. Dócil a la sugestión del ancho paisaje, "El Carancho" extendía largamente la mirada hacia las cuchillas cuyas curvas se iban levantando por planos en el lejano límite de la llanura, hasta perderse en el horizonte violeta; ajeno a toda emoción, tal como si nunca hubiese convivido con los habitantes de aquellos ranchos casi perdidos en la luz del atardecer, rumbeaba hacia el pago por serle conocida su vida, familiares los parajes y, sobre todo, porque allí estaba él seguro de encontrar para su nombre la fama con que se envanecía.

Inteligente y astuto cuando de niño veía levantarse el sol desde las quebradas de las sierras y le sorprendían los lentos ocasos persiguiendo zorros en los bañados, la guerra, el matreraje y la cárcel, agudizaron sus nativas condiciones, armándole así mismo de trágica serenidad ante el dolor ajeno y el suyo propio.

El abierto paisaje de las llanuras del Tacuarí que las vueltas del camino ponían de pronto delante de sus ojos, iba despertando las instintivas arizqueces de su alma. Solo, en el ancho seno de cielo y campo en que se perdían sus miradas; más allá de las curvas oscuras del río; más allá de las azuladas cuchillas, la comarca iba evocándole las horas de su juventud; mientras él, lejos ya de la forzosa compañía de los otros penados y de los guardianes, se sentía identificado con el áspero y

huraño paisaje de los cerros cuyos arcos violetas interrumpían el horizonte naranja de la lejanía. Y la voluntad se afirmaba en su ánimo al verse libre sobre los campos dormidos en el anochecer.

Pensándose a sí mismo; viéndose alférez de una partida llegar a las estancias a imponer su deseo brutal, para volver a esconderse en los montes en cuyas redondas islas parece detenerse un instante a la sombra de los árboles la fatigosa marcha del río, "El Carancho" dejaba andar a su caballo sobre el camino, con la misma lentitud con que la noche llegaba sobre los campos.

Mirando la comarca recogida en el extenso silencio, sentía satisfecha su trágica vanidad de saberse temido en la pacífica sociedad de aquellos ranchos asomados de legua en legua al camino, y tornaba a recordar el estado de angustia sobre el cual paseó, doce años antes, el misterio de su crimen. El comisario, llegando a los galpones de las estancias y clavando sus ojos llenos de rencoroso despecho en los ojos de todos y en los suyos, trémulo por encontrar la delatora vacilación de la mirada; los soldados en los fogones, llenando de misterio la voz al contar sus andanzas por los montes husmeando unas huellas que siempre fueron una noche seguras, y se desvanecieron con la mañana; las mujeres de los ranchos agrupándose en una sola pieza para acompañarse en el miedo; todo ese temblor de espanto en que se agitaba el pago, volvía a su memoria, y como entonces, el orgullo de verse magnificado en el miedo de todos, se apoderaba nuevamente de su alma.

—Aquí mesmo, jué el hecho. Ahi nomás deben estar los ranchos de mi padre; sí, recuerdo que le salí de entre aquellas piedras moras... ¡Gallego conversador

hasta pa morir: le había cortao la lengüa y todavía hacía por hablar... Por aquí debe estar la cruz que le plantamo a la otra tarde pa que los caminantes saludaran el lugar santo adonde había cáido el gallego... ¡Ya ni rastro queda de todo eso... hasta yo mesmo parece que áhora vengo de jugar el último truco de la tardecita con Ybáñez de aparcero... Y en cambio, ¡lo que me judiaron después aquellos milicos...! Y güeno, a golpes se apriende...

El overo se había puesto al tranco, extendido el cuello, en cuyos lados golpeaban las riendas olvidadas del jinete, cuando comenzó a subir y bajar las orejas, frente a la columnita de humo que ascendía junto a las anchas copas de los higuerones cuyas ramas se recortaban sobre el fondo dorado del horizonte. Junto a la chispa del fogón en la cuchilla, "El Carancho" contempló un instante la pareja de campesinos que se encorvaban, en silencio, sobre pequeños bancos, estirado el cuello como atisbando el camino que pasaba junto a la cancela y se iba perdiendo entre las vagas redondeces de los cerros.

—Güenas noches, güena gente.

—¡M'hijo...! — gritó con asombro una voz de mujer, mientras la criolla se erguía bruscamente bajo los higuerones, los brazos en alto un instante, que pronto se abatieron sobre los muslos pequeños, tal como si le flaquearan las fuerzas.

Su compañero apoyó lentamente las manos en las rodillas, y así fué levantando el cuerpo, alto y delgado como el del hijo, hasta adelantar unos pasos en el claro dejado por los malvariscos en el patio, y decirle:

—Apeate, pues.

"El Carancho" avanzó por el sendero que va de la cancela a los patios, cogido el caballo de la rienda. Tornaba a ver el rancho de paja ennegrecida por las lluvias y los soles; las raíces de los higuerones rompiendo la tierra; el brete de los terneros desde el que le llegaba un acre olor a estiércol mezclándose en la brisa; las gallinas, oscuros racimos en los gajos de los higuerones, dormirse entre murmullos; más allá, la pequeña rueda del palenque caída sobre las gramillas; y le parecía no haber dejado nunca por largo tiempo de vivir entre aquellos íntimos detalles de su casa.

Uno delante del otro, el padre y el hijo se extendieron las miradas, como las manos, sin que en ninguno de ellos brotase el calor afectuoso de un abrazo.

—¿Cómo está, tata?

—Ahí vamos diendo... Desensillá...

"El Carancho" desprendía ya la sobrecincha, cuando sintió que entre él y su caballo, oprimiendo en sus manos el descolorido pañuelo, la madre le extendía los brazos mientras sollozaba:

—¡Florencio! ¡Florencio, hijo mío!

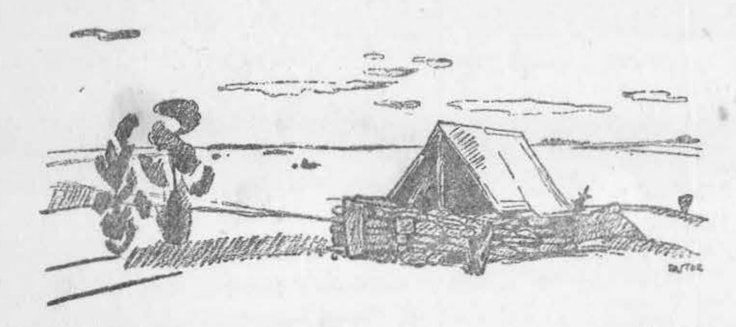
Por un instante él sintió que algo extraño subía hasta la garganta y debilitaba la fijeza de su mirada; pero cuando fué a hablar, su voz tuvo ya la clara sonoridad de costumbre, y abrió sus largos brazos huesosos recogiendo en los pliegues del poncho el cuerpo pequeño de la criolla.

—Mama, ¿cómo va tu salú?

—¡M'hijo, eras un muchacho cuando te llevaron, y has vuelto con la barba crecida; pero qué ligero parece que pasó el tiempo aura que ya estás aquí!

Sentados bajo los higuerones, cuyas ramas calaban

el cielo entonces anaranjado del lento anochecer en las llanuras, la pequeña familia sorbía en silencio el mate que la madre llenaba presurosa y los hombres vaciaban lentamente, mientras se acechaban por debajo del ala del sombrero cambiando comentarios sobre cosas triviales, las más lejanas de lo que iba en verdad por la frente de ambos. "El Carancho" miraba a su padre, y notaba el fuerte parecido físico suyo, con aquella cabeza pequeña, de frente deprimida y surcada de arrugas; de ojos fríos y quietos. Sobre el cuerpo magro y alargado, flotaba, como un ágil pendón a la brisa, la melena



blanca del gaucho rudo, envejecido en la honradez y en el pago, como si ningún otro deseo ni horizonte hubieran espoleado en la tranquila virtud de aquel espíritu.

El padre observaba los ojillos inquietos del hijo; el rojo de aquellos labios finos surgiendo de entre la barba enmarañada, como el filo de dos puñales; los hombros angulosos a los que se adelantaba la cabeza fina y pequeña como si atisbara en el viento, y se sentía inquieto por cortar con una frase agria la simpatía de las

palabras de "El Carancho" que hablaba, con reposo, a la madre suspendida de sus narraciones.

—Y aura, ¿qué pensás hacer?; — preguntó de pronto el anciano. — En la cárcel habrás tenido tiempo de pensar en lo que harías cuando salieses.

—No crea, tata; allí se piensa primero que todo, y más que nada, en salir; después, ya se verá.

—Si querés trabajar, podés hacerlo conmigo.

—No me gusta este trabajo suyo; salir por las estancias, arriesgarse a que lo quiebre un bagual; endurecerse de frío hachando los montes, o dormirse en el caballo al tranco de la carreta, pa ganar una changuita y ser siempre pobre, me parece una vida muy perra.

—Será ansina; pero siempre mejor que la que vos hiciste. Semos pobres, porque en esta vida las cosas están arregladas ansina: unos pa servir a los otros. Pero pobres y todo, nos respetan los estancieros y tenemos amigos en el pago, y más lejos.

—Amigos, ¿pa qué los quiero? A mí también me respetan.

—A vos te juyen, o te señalan por tus bandolerías.

—Me juyen como le juirían a usté, tata, si lo vieran con hambre y pidiendo. ¿Quién lo ha ayudao, con un medio pa levantarse con su trabajo, entre todas sus amistades? Le pagan unos riales miserables; le dan el cogote de una vaca, si carnean; le han pedido como haciéndole un favor, sus gurises, pa después reventarlos trabajando, manoseados por los patrones y las pionas, dándoles bolsas para taparse los cueros en invierno. No colijo pa qué le sirve tanta amistá.

—Te has vuelto letrao, en la cárcel.

—No, he rumiao mucho en mi celda.

—De juro que recordás, como la gente del pago, lo que hiciste con Ybáñez. ¡Bonito recuerdo dejaste al dirte!

—A Vds. les parece más de lo que es, esa opinión de los otros. Allá, nunca vide un comisario condenao como nosotros; y aquí mesmo, todos tienen olvidao lo que hizo el comandante Morales. Y no es porque no se sepa. Lo que hace un pobre gaucho, es crimen; la autoridá puede matarnos, y es siempre la autoridá. Después... ¿cuántos han hecho lo mesmo que yo?

—¡Como vos, muy pocos: los otros han tenido que matar, mas de frente. Vos ni en la guerra juiste capaz de dentrar aonde iban ellos; te quedaste con una partida pa asustar al vecino y sacarle dinero. Tarás muy créido qu'eso es ser guapo.

—No es mi oficio, tata; yo no juí a la guerra a defender a naides; juí, porque es ansina: si no va uno, lo llevan; si no mata, lo matan.

Desde que se iniciara el áspero diálogo, la madre guardó silencio, atenta a las firmes palabras de los hombres; pero cuando la violencia fué encendiendo las miradas, intentó distraerles de sus juicios, con sus palabras breves, como el tímido aleteo de una paloma que vacilara en posarse en cualquiera de aquellos dos rudos espíritus. Deseosa y temiendo a un tiempo mismo que se escuchasen sus llamados a la calma, permanecía entre ellos cuando el padre calló a pretexto de sorber el mate, y ella, tal como acariando a aquel hijo que le volvía desconocido de maldad, díjole tiernamente:

—!Quién iba a decir que vos, recién cumplidos tus 23 años años, mataras a Ybáñez! ¿Te había hecho alguna mala jugada?

"El Carancho" sintió el nombre de su víctima, allí, a corta distancia de donde le degollara, sin que un solo pensamiento turbase su espíritu:

—No, mama; cuestión de negocios. La mujer me ofertó dinero pa que lo matase; yo andaba necesitao; ella era güena moza y me atendía mucho; el gallego era un conversador, y aceté el trato. Lo encontré en el camino; hablamo un momento, y cuando metió las manos en el saco pa brindarme un cigarro, le pegué la primera puñalada. Después le hice las otras heridas...

—¡Florencio, qué horror has hecho!

—No es horror, mujer, eso es un crimen; — interrumpió el padre con ira.

—Vd. lo llama así, como los jueces; pa mí, era el negocio. Si hay algún delito, es de la mujer y no mío. Yo no hice más que cumplir lo que me mandaron.

—¡Maula, hubieras peliao, por lo menos!

—No juí pa eso, a esperarlo al camino; él sí, debía peliar pa defenderse. Yo juí a matarlo y lo maté.

—¿Y por qué lo judiaste, entonce?

—¡Yo no lo judié... — interrumpió "El Carancho" bruscamente. — Es cierto que cometí el hecho; pero miente el juez y quien diga que le hice tantas heridas. Es verdad que le corté el pescuezo; mas era pa asegurarlo. ¿No jué así que Vd. vió despenar en las guerras?

—Te habrá costao mucho, hijo mío, resolverte a hacer eso, ¿verdad?

—Cada vez que nos encontrábamos en unas piedras huecas que hay bajando de la pulpería pal arroyo, la mujer me volvía a ofertar dinero y a pedirme que

me apurase en cumplir la comisión. Hasta alguna vez me dijo que yo le tenía miedo al gallego.

—No habrá precisao mucho pa convencerte; — arguyó el padre, a quien se le hacía ya insoportable el cinismo impertinente del hijo. — Siempre juiste el mesmo; dende que te criabas, juyendo de la gente como un bicho huraño; peliando con tus hermanos; armando pendencias en los galpones, pa venir a dar en esa vida que llevás.

—Y no veo pa qué cambiarla.

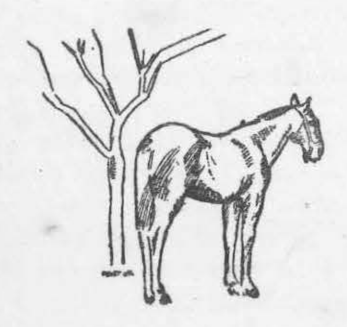
—De juro; hasta que mueras como un perro, rodeao sólo por las moscas, o acorralao en el monte como un zorro.

—Lo mesmo es morir, de cualisquier modo que sea.

Frente a aquel hijo cuyo espíritu se había formado lejos de sus enseñanzas de una honradez simple y segura, el padre sintió la impotencia de su ira, y queriendo evitar a sus canas la insolencia de las palabras de "El Carancho", preguntó a su mujer:

—¿Cenamos?

—Sí, Juan, esperaba por Vds...





CAPITULO II

Durante largo rato, por la puerta del rancho salía la débil claridad del candil, encendido sobre la mesa junto a la cual cenaba en silencio la familia, hasta que la estirada silueta de "El Carancho" se encorvó bajo el dintel, y salió al patio para sentarse nuevamente bajo los higuerones.

En la lejanía se extendían los balidos de los toros, a los que contestaban, señoriales, los de los próximos rodeos; brevemente, parecían llamarse las lechuzas en las laderas; junto a la cancela el overo repetía en el hondo silencio su relincho, extendido a lo largo del camino que blanqueaba en la claridad de la noche y se perdía hacia la lejana querencia.

Distraído del cigarro que en sus labios brillaba un instante como si tuviera cogido uno de los muchos bichitos de luz que estrellaban el suelo, "El Carancho" tenía fijos los ojos en la Cruz del Sur, encendida sobre el cielo y los campos, pendiente de la guirnalda de la Vía Láctea. Y sus pensamientos, sugeridos por la pre-

sencia de la noche, vuelta a ver, profunda y dilatada, después de doce años, iban de uno a otro recuerdo, sucediéndose vagos, lentos, en una mezcla confusa de rostros y paisajes conocidos.

Lejos, en la callada llanura, recordaba instantes como aquellos, en que se durmió junto a las lagunas del río, en cuyas aguas verdosas temblaba la imagen de las siete cabrillas agrupadas tiernamente en el seno de la multitud de estrellas que alejaban los horizontes. A veces se detenía a observar cómo a medida que su vista ahondaba en el arco del cielo, el coro de estrellas parecía alejarse avivando sus luces; otras veces seguía el paso de una nube frente a la luna, viéndola desgarrarse en la llanura azul.

Silbaba la brisa en su sombrero, cuando "El Carancho", con el espíritu suspenso en la contemplación del amplio cielo, iba olvidando las escenas de matreraje y de cárcel; se veía niño, seguido de su perro perseguir las lagartijas dormidas sobre las altas piedras de Arbolito, o quebrar, en las tardes, la rosada calma de las lagunas con el caer de su cuerpo ágil, desde las barrancas.

—¿No te acostás, Florencio?

Al oirse nombrar a su espalda, él tuvo un brusco ademán de levantarse, cuando la madre vino a sentarse a su lado y continuó con temerosa ternura:

—Tu padre se ha disgustao por la conversación que tuvieron; pero hay que disculparlo: el pobre ha sufrido con tu prisión. ¿Extrañabas mucho tus pagos?

—Sí, siempre se extraña; naides se halla en la cárcel. Lo que más falta siente uno, es de este cielo grande que me he pasao los años sin ver. Desde el patio del re-

creo no se vé más que un pedazo; y eso, allá arriba, sin alcanzar nunca los horizontes. Al principio de llegar parece que uno se áhuga entre las paredes; mas después se va haciendo costumbre.

—¡Cuánto habrás visto sufrir a todos aquellos hombres, con la conciencia remordida por sus hechos! — exclamó la madre aludiendo, más que a la vida de los otros, torturados por el remordimiento, a la de su propio hijo.

—No crea, mama; hay muchos que se pasan cavilando siempre sobre lo mesmo; pero esos son los menos. Los más viven ocupaos en la marcha del proceso, cismando alguna mentira pa envolver a los jueces cuando los lleven, o esperando a los defensores que, como son de gente pobre, se pasan los años sin aparecerse por la cárcel. ¡Claro, saben que trabajen o no, lo mesmo cobran! A los que están por hechos grandes, los tienen juntos en un pabellón dividido en celdas; esos se hacen amigos, se cuentan un día en el patio sus hechos, y después no hablan más de ellos. Allí ve usté de todo; gente de cuanto rincón hay en el páis y de toda laya. Los que ya están condenaos, esperan tranquilos, ocupaos en algún oficio, el día de la salida. Entre esos se pasa bien: si les habla, hablan; si usté se calla, ellos callan. Los que arman escándalo son aquellos sinvergüenzas de la ciudá. Cuando viene el verano, los patios se despueblan de ellos; parecen bandadas de cotorras que alzan el vuelo; pero mal comienzan los fríos, usté los ve volver de a uno, de a dos, de a tres, a veces en pandilla, a pasarse el invierno en la cárcel por una ratería. Todos los años las mesmas caras, y todos los veranos las mesmas salidas. ¡Diablos, esos pícaros; no precisan

defensor, pues se han vuelto letraos de tanto mentir a los jueces! Cuando es domingo, usté mira del fondo y ve dentrar un montón de mujeres, muchachos y viejos, todos con ataditos, que se atropellan en la puerta rempujando a los centinelas y se desparraman contra los barrotes pa hablar a gritos con los encausaos que están en el patio. Muchas ocasiones acontece que aburridos de las esperas que hacen en el primer patio antes de dentrar a la visita, aquellas gentes se ponen a hablar unos con los otros; y traban relaciones, aunque sea una rica con una pobre, viéndose como amigas todos los domingos en la cárcel, hasta que se va uno de los de adentro, y la otra se hace de una nueva relación.

Mientras dura la visita, los que llegan hablan apuraos pa aprovechar el tiempo, hasta que el guardián golpea las manos y comienza la despedida. Los de afuera estiran los brazos por entre los barrotes; gritan todos a un tiempo; lloran las mujeres, y los hombres se tapan la cara con el sombrero. Van por la puerta ya, rempujándose entre ellos, y todavía alargan las manos y se despiden llorando. Los de adentro se quedan, unos sentaos, otros prendidos a los barrotes; pero ninguno tiene una lágrima; se hablan entre ellos y dan vuelta la cara a los que se van, aburridos de tanta despedida. Después, cada uno marcha con su atadito revisao, pa su celda; y otra vez vuelve aquello a quedar en silencio, oyéndose únicamente los pasos de los guardianes que hablan en voz baja. Así pasa una semana, y otra, siempre llegando los domingos aquellas visitas pa los de allí, pa nosotros naides; contando en el recreo cuantos pasos da el milico arriba del muro de ronda. Hasta que pasa un año y viene otro, y otro, todos iguales, a no ser

que a algún compañero le haiga tocao el día y se vaya.

Y "El Carancho", con palabra fácil, mezclando a cada instante modismos criollos que la vida en la cárcel no había hecho olvidar, continuó por largo espacio contando a la madre sus recuerdos de la prisión; intercalando breves relatos de los crímenes de sus compañeros; escenas de los patios, y su opinión sobre la insolencia de los guardianes.

En el silencio del patio, hasta el que llegaban como de una remota lejanía, los gritos de asombro de los teru-terus por el paso de una comadreja, la madre lo escuchaba absorta y admirada de la simpatía de aquella voz viril y cálida con que él iba contando su vida de presidiario que, en sus labios, se le volvía menos dura y dolorosa. En su presencia, impresionada por la cordialidad de expresión de su palabra, la madre sentía perder el trágico prestigio al mote de asesino con que la comarca aterrada hirió su corazón en los tiempos que siguieron al crimen de "El Carancho".

Olvidados de la horas que trascurrían vacías de ruídos en el campo, continuaban la charla, solícito en las respuestas, uno, tierna en los comentarios, la otra.

Reposado; baja la voz, como si evitara ser oído por el padre dormido en el rancho, él satisfacía la ingénua curiosidad de la anciana, describiéndole sus impresiones sobre Montevideo, la mañana del juicio público; el murmullo de las gentes ciudadanas cuando el actuario leyó la parte del proceso en que se narraba la muerte de Ibáñez, y su presencia de ánimo al levantarse, en el silencio de todos, para hacer su defensa. Orgulloso de su astucia, enumeraba los pormenores de la acusación; los detalles del crimen recogidos por la autoridad y que

contribuían a condenarlo; las consideraciones del Fiscal, empeñado en perderlo por tratarse de un hombre temible por la frialdad con que cometió el crimen, y la serenidad con que permaneció en el seno mismo de la sociedad atemorizada por sus hechos

Y cuando creyó haber angustiado el ánimo de su madre ante la presencia de tan graves razones contra las que nada podría su ignorancia hizo una pausa, y continuó:

—Entonce, me dijo el juez: ¿Tiene el acusao algo que decir en su favor? Yo contesté tranquilo: Sí, señor; pido a los señores que escuchen a un pobre hombre que ha tenido la desgracia de matar. — Mi voz retumbaba en la pieza llena de gente, y yo la sentía volver de los rincones, cuando dije, mirando buenamente al fiscal: — Yo no niego, señores, haber matao a Ibañez; jué una desgracia. Pero naides puede decir que lo asesiné: no hay más prueba que las de ese que me vió cuando lo hería; no hay certificao médico; naides me oyó decir que lo iba a matar, ni naides me oyó decir porqué lo había muerto. La verdad, señor juez, es que éramos amigos, pero nos habíamos resentido no hacía mucho; nos encontramo en el camino; discutimo; él me pegó, prevalido de que era rico y amigo del comisario; yo soy un hombre de vergüenza, y tuve que matarlo pa defenderme. Miente ese parte, adonde dice que lo herí tantas veces; un hombre enloquecido de rabia, como yo estaba, no cuenta las puñaladas que pega; pero sé que no jueron tantas.

Jué en un camino apartao de toda casa el hecho; sólo yo soy testigo de lo que allí pasó; los señores pueden darle a las palabras de este infeliz el valor que

quieran, y hacer cumplir la ley. Yo soy un pobre paisano, trabajador, querido en mi pago adonde todos conocen a mi familia, y no sé defender mi derecho adelante de hombres tan istruídos como el fiscal, mi acusador. Pero yo digo, señor juez, que soy un hombre desgraciao, incapaz de valerme pa probar mi inocencia.

Y me senté con la cabeza agachada, mirando al fiscal.

Algunos del jurao hablaban entre ellos en voz baja; otro me miraba fijo, largo, como si me estuviera examinando; el juez, echao sobre la mesa, llevaba los ojos, de mí al fiscal, del fiscal a mí, esperando a ver en qué terminaba aquello; el escribano se sacó los lentes, los dejó sobre el proceso, y con las manos cruzadas arriba de los papeles, alargaba la nariz derecho al fiscal que revolvía los suyos, nervioso, enojao, sin mirarme.

Atrás mío murmuraba la gente y se acomodaban en las sillas como pa oir a gusto. Por la ventana abierta entraba un rayo de sol y brillaba sobre la bayoneta del soldao de mi custodia. ¡Linda mañana aquella!... Por la calle se sentían pasar los carruajes; muchachos vendiendo diarios, y mucha gente. Yo miraba al fiscal, al jurao, al milico, y escuchaba con atención pasar por abajo de la ventana el ruído de la ciudá, sin pararse nunce. Era la primera vez en la vida que la sentía así, tan cerca; a ratitos miraba por la ventana, y veía relumbrar el sol, como en las lagunas de un bañado crecido, en los vidrios de las claraboyas.

Por lo que demoraba en hablar, yo colegía que el fiscal estaba acorralao en mi declaración. En un redepente se paró, miró a los del jurao y con el dedo me señalaba diciendo que era un ladino, gaucho perverso y

haragán. El hombre se atropellaba; hablaba juerte; sacudía los brazos, y contaba la vida de Ibáñez como si lo hubiera tratao. Yo lo miraba de reojo y me réia por adentro. Muchas palabras, mucho mentar la ley, mas se estrellaba en mi declaración de que lo había matao en defensa propia. No le entendía mucho lo que hablaba; pero veía que cuando llegaba a mi declaración de la defensa propia, repetía siempre lo mesmo: ¡Miente, señores, miente como un pícaro; güeno, ¿pero y la prueba de mi mentira?

Cuando se cansó, volvió a sentarse tratando de no mirarme, ocupao en arreglar sus papeles.

Los de atrás volvieron a murmurar; el escribano agarró el proceso y se paró; los del jurao se jueron parando de a uno, callaos, despacio, y mirándome fijo. Después, en hilera, agarraron pa una puerta y se jueron, con la cabeza agachada, a deliberar. El fiscal dejó los papeles arriba de la mesa y se jué también, sin mirarme. Yo carculé que se la había ganao.

Entonce los del público se pusieron a hablar más juerte. Yo dí vuelta la cabeza pa mirarlos, y todos se callaron de golpe. Después me puse a escuchar el ruído de la calle.

Al rato volvieron los del jurao con el veredito en contra mía por haber matao al gallego, mas sin acumularme las culpas que decía el fiscal.

Entonce comenzó a levantarse la gente y a dirse. Cuando yo bajaba la escalera ellos habían formao rueda y esperaban mi salida comentando el asunto; al verme uno de ellos, todos se volvieron a callar y a mirarme fijo las manos; los pies; la cabeza; ninguno a los ojos, hasta que subí en el carruaje.

Al volver pa la cárcel mi custodia me hablaba como si juéramos amigos, y se réia de la rabia del fiscal.

"El Carancho" se detuvo a sorber el mate, mientras la madre le miraba con el ánimo poseído de una mezcla de pena y admiración hacia a aquel hijo criado desde niño en una vida dura; desvalido de ciencia, en su ignorancia campesina; solo, en medio de las ciudades donde le tendían lazos los jueces para hacerle caer en una confesión y, sin embargo, tan sereno y ágil en sus astucias.

La presencia del hijo, cordial en la palabra, tranquilo en la actitud, despertaba en su amor un vago estado de alma que iba quitando firmeza a sus recuerdos de las horas dolorosas sufridas por su culpa, y toda su conciencia iba pobländose con el rumor de un pensamiento de perdón para el desgraciado.

Le miraba los ojos; la sonrisa abierta; y escuchándole aquella clara voz, la pobre mujer olvidaba insensiblemente sus propias ideas sobre el bien y la honradez, practicadas con mansa resignación durante toda la vida, y se dejaba sugestionar por las palabras siempre precisas de su hijo para quien la vida no era más que una lucha astuta y cruel. Oyéndole hablar de su vida en la cárcel, y a pesar de que en las palabras de "El Carancho" era fácil advertir su identidad con los demás penados, el cariño de la madre, sin embargo, le hacía pensar en una diferencia moral entre su hijo y los otros, tal como si él hubiera estado allá, mezclado entre tanto criminal, por un hecho que ella ya tenía olvidado pero que, de seguro, no respondía en él a una idéntica perversidad de alma.

Cuando lo supo el asesino de Ibáñez, capaz de cortar en pedazos a un hombre mientras le hablaba cínica-

mente, hasta ella había temblado pensando que esas mismas noches dormía bajo su lecho; después, estando él preso, había querido recordar claramente su fisonomía para advertir en ella los rasgos del asesino que había en su hijo; y ahora, sentada en la intimidad de aquel patio desierto, sólo veía en "El Carancho" a un hijo vuelto de largo viaje y cuya presencia evocara en su imaginación el lejano aspecto de la infancia díscola y bravía de aquel hijo. El hombre trágico y misterioso de las charlas campesinas que tanto la acongojaron, se borraba lentamente en su imaginación, a medida que él continuaba, con afectuosa solicitud, relatándole su vida.

Cuando terminó de hablar, ella dijo, queriendo alentarlo hacia una vida mejor:

—Aquí se habló mucho tiempo de lo que hiciste; no iba yo a una estancia a lavar sin que me hicieran llorar preguntándome por vos y por tu hecho.

—De cualisquier cosa hace la gente un bicho de siete cabezas.

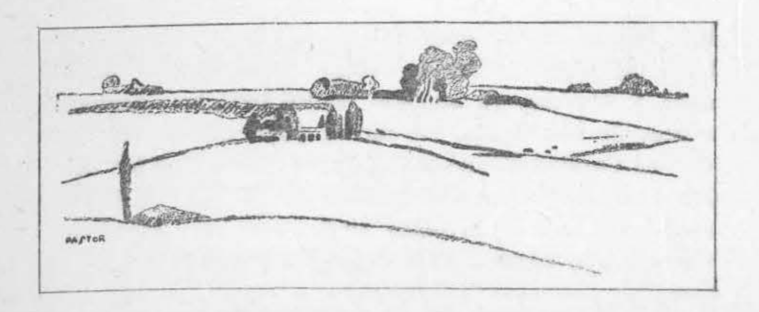
—Bien; pero aura te quedarás a trabajar con tu padre, ¿no es así? Dende chico te vimos juir de pronto de las casas y nos llegaban las noticias de tus hechos, hasta esta ida última, más larga que la mitá de tus años. ¿Aura harás una vida más sosegada, verdad?

—Veremo como cuadran las cosas. Ta frío ya su mate. Hasta mañana.

—Hasta mañana m'hijo. En el galponcito tenés tendido el catre.

Y las palabras se perdieron, como las siluetas de ambos, en el silencio de los patios.





CAPITULO III

La vuelta de "El Carancho" a su pago, tuvo la resonancia que su trágico amor propio había previsto.

Cuando a través de las rejas de las pulperías los hombres divisaban su alargada silueta acercarse al trote del caballo, por fuerza alguien sentía la necesidad de anunciar su llegada, tal como si quisiera advertir a todos, que el ánimo había de disponerse a recibir entre ellos tan singular compañía.

La distancia de los años, extendida desde el día de su crimen hasta el de su vuelta, favorecía a su fama borrando del conocimiento de todos, los detalles salvajes de la muerte de Ybañez, para dejar en el ambiente sólo el contorno de su carácter, áspero y bravío, sin líneas precisas y en el que nadie sabría entonces decir donde terminaba en él el hombre de coraje y donde comenzaba el asesino. Doce años no cambiaron, en verdad, la fisonomía social del pago, allí donde aún se extienden las cuchillas salpicadas de legua en legua por los rodeos esparcidos en las laderas, o por la arbo-

leda lejana de una estancia; pero, sin cambiar los hábitos del pago, se habían hecho hombres los muchachos, y dormían ya muchos viejos bajo las pequeñas cruces de los cerros. De modo, pues, que el recuerdo de "El Carancho" fué perdiendo en el tiempo los detalles precisos de sus crímenes, y perdurando en el pago sólo su nombre, envuelto siempre en un significado trágico, que para muchos era lo único que de él conocían.

En el cruce de dos caminos, por mucho tiempo la cruz de hierro que sustituyó a la de tosca madera plantada con ayuda del propio "Carancho", recordó a los viajeros que sobre aquella tierra cubierta de altas gramillas, Ibáñez había caído bajo su puñal. Al paso de la jardinera, mientras las mujeres que volvían del pueblo se persignaban presurosas y musitaban un "en paz descanse", y los hombres se quitaban los sombreros, el mayoral explicaba a su modo la historia de aquella muerte y la vida de los hombres. Otras veces, era algún borracho que al volver del boliche, perdidas en sus manos las riendas del caballo, creía sentir que una voz desfalleciente pedía socorro en el cruce de los caminos, mientras una mano invisible se prendía con angustia a los flecos de su poncho. Y así, llevada por la imaginación de las sencillas gentes del lugar, deformándose al trasmitirse de unos a los otros, la historia de "El Carancho" terminó por ser un romance de audaz matreraje, recordado en las crónicas lugareñas mientras él esperaba en la cárcel la hora del regreso. Por eso, cuando su silueta singular volvió a verse sobre los caminos de Arbolito, la atenta sensibilidad de su poderoso amor propio le advirtió el asombro y el res-

peto con que en el pago se anunció su presencia.

El crimen cometido por él, fué de aquellos que levantarían clamorosa indignación en la porción más noble de los espíritus; pero la distancia a que ahora se encontraba el pago de aquel suceso, y la desdichada psicología de la gente del campo, — de aquellos tiempos más que de los nuestros, cuando cada cuchilla tenía el recuerdo de algún combate y cada reja de pulpería el de una puñalada, — creó una profunda insensibilidad moral ante la muerte de un hombre, que "El Carancho" hizo servir a su orgullo. La ley fué un tiempo la del más justo y más fuerte; se impuso por el fiero ministerio del puñal de cada uno; y los diversos criterios con que los hombres se sintieron ofendidos y se mataron, fueron borrando en la sensibilidad de las gentes campesinas los límites del duelo leal y los de la puñalada traidora; justificando así, el ejemplo de los fuertes, la maldad de los cobardes. A esta sensibilidad respondieron dos frases que aún hoy en nuestro campo tienen un profundo significado de absolución moral para el que da muerte a otro: "Mató, pero mató bien;" dicen los descendientes de aquellos que hubieron de hacerse respetar con el puñal en la mano, y de quienes han heredado esa primitiva convicción de que son tan comunes las muertes "bien hechas", por encima de la ley y según el violento entender de cada uno. "Pegó primero, pa asegurarlo;" afirman cuando uno de ellos frente a un bravo, da la primer puñalada, que puede partir desde los límites siempre imprecisos de la prudencia ante la destreza del enemigo, o de los de la traición cobarde. Esta escala de degradación, tan difícil de diferenciar netamente, mu-

cho más aún en la lejanía de doce años, fué el primer punto en que "El Carancho", con la astucia ágil de su instinto, apoyó su renombre en el pago. Luego, la natural fiereza de su aspecto; aquella mesura con que se sentaba a la mesa de juego o aceptaba un vaso de caña, unido ésto a la simpatía cálida de su palabra, que siempre pareció pronta a contar sus hechos y siempre se alejó de ellos dejándolos envueltos en el misterio que acicateaba la ajena curiosidad, hicieron que su presencia en las pulperías y en las carreras avivara el recuerdo trágico de su nombre.

No faltaban, sin embargo, quienes dudaran del valor que todos le atribuían; pero esos mismos, nunca le habían visto cobarde, ni deseaban, tampoco, desafiar a aquel hombre misterioso que vuelto al pago se había hecho espacio sin pedir de nadie la ayuda de la amistad, y sin dar a nadie su confianza. Y mientras en las ruedas callaban con prudencia los valientes; los cobardes, que querían serle gratos, le hablaban con respeto, le recibían con muestras de cordial intimidad, y así iban autorizando con su trato, de hombres honrados, al fin, la presencia de "El Carancho" y contribuyendo a acrecentar su prestigio. El, con un sentido hondo de aquel temor, no olvidaba cuando la ocasión era propicia, hacer algún desplante de valor cuyo conocimento se extendía y magnificaba llevado por la sumisión tácita de los más.

Con idéntico proceso se explicarían en el país los prestigios de muchos pequeños y grandes caudillos de quienes hablan las crónicas lugareñas y las historias oficiales.

Acaso, un día el certero instinto de la oportunidad,

les dió ocasión propicia para detener sobre ellos la atención de las gentes; luego, por medios sangrientos y siniestros, alcanzaron extenso o reducido poder. Y entonces la adulación de las muchedumbres sumisas, hizo lo demás: el tiempo, y el vendido silencio de muchos, borraron el recuerdo veraz de las hazañas siniestras del poderoso, y de un bandolero con suerte, las muchedumbres hicieron un caudillo; pues nada hay más servil que la adulación del miedo.



Hombre de campo, astuto por naturaleza y por necesidad, "El Carancho" no razonaba lógicamente esta verdad de la psicología de su pago; pero en las soledades de su celda, recordando la historia de otros caudillejos, él la había sentido, y como aquéllos iba a valerse de ella en su hora.

Se había singularizado por su vida en la guerra y por la fuerte sensación de su crimen; a su modo, rompió la superficie de monótona vulgaridad en que vivían los otros, y llenó con su nombre todas las conversaciones; ahora no le quedaba más que manejar con astucia aquellos valores, para que los demás, llegada la hora propicia, fueran creando su fama.

Así pasaron muchos meses en que "El Carancho" se sintió feliz, orgulloso de verse envuelto en aquella sumisión del pago.

De tarde en tarde, contrataba con los comerciantes amigos el transporte de un contrabando, y al frente de otros holgazanes organizaban la partida y se alejaban de las rejas durante unas semanas, durmiendo en los montes; recordando en las confusas claridades de la noche los caminos; haciendo alto en los luminosos mediodías bajo el verde mojado de las palmas de las sierras, para llegar a los comercios y entregar su carga, cuando en los cerros o en las mangueras una pequeña luz le anunciaba que la entrada estaba libre de indiscretos.

Con el dinero obtenido en tales trabajos, tornaba a pasarse otros meses en las carpetas de las pulperías, un vaso de caña y un mazo de naipes por delante, mientras la china, la que siempre encuentran en el campo los audaces, le esperaba ansiosa por tener a su lado al hombre más singular de la comarca.

Por ella, como por los demás, "El Carancho" se dejaba servir, sin que en su egoísmo él se dejara atar con amores ni amistades. Pero para la criolla, tan huraña como su hombre; viviendo en la promiscuidad de un rancho miserable, tirada sobre un cuero junto a los muchos hermanos, hijos todos del primer gaucho que quiso seguir hasta la huerta de altos maíces a la madre; acostumbrada, ella misma, a servir una hora a los apetitos de los peones de la estancia que luego montaban a caballo y partían para siempre, mientras ella, a la hora de lavar bajo los mimbres se entregaba a otro; sin la más elemental noción de la familia, ama-

ba la fortaleza bravía de aquel hombre fuera de la ley.

Al hacerse contrabandista, "El Carancho" agregaba una nota más a su perfil de hombre temible y de valor; ni para su mujer, ni para nadie, su oficio merecía la repulsa de quien vive fuera de la ley y defraudando a la sociedad.

Idos ya los matreros de las crónicas románticas, representantes de la rebeldía gallarda del hombre libre de los campos ante el abuso despótico de la autoridad; terminadas las montoneras que cruzaban como un pampero las llanuras del país; y sin que la mentalidad de los hombres se haya hecho a la vida nueva que se extiende pesadamente por las carreteras que van uniendo con torpe lentitud los pagos a las ciudades, queda un sedimento de rebelión, de fuerza virgen y de ensoñación heróica en las ruedas de los atardeceres, que ha hecho del contrabandista, enemigo diario de la autoridad, el tipo gallardo y audaz de los tiempos presentes.

El resiste aún a la sujección de la vida de mansedumbre en que se van hundiendo los pagos.

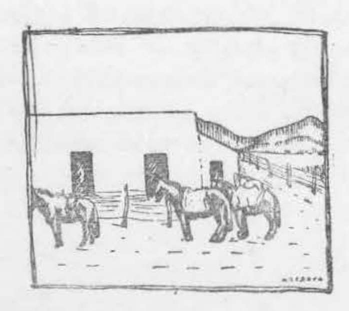
Solo sobre el caballo, guardando el secreto de caminos que permanecen ignorados cuando las estancias desaparecen y las huertas borran las curvas de las lomas; viajero en las noches por entre los pajonales que se inclinan al paso de su caballo y vuelven a erguir los blancos penachos a la brisa, borrando toda huella; descansando bajo el canto de las chicharras de los sauces, mientras la pequeña columna de humo del fogón se pierde en la transparencia del mediodía, el contrabandista es hoy en la imaginación de los paisa-

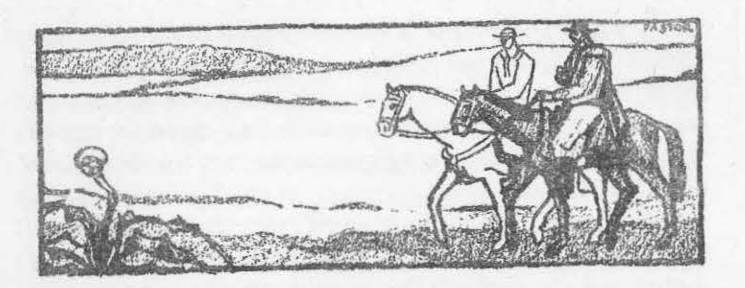
nos, el héroe amigo del pobre, y cuyas fechorías, desde los cortes de alambrado hasta la muerte de un hombre, están siempre justificadas en la mente de todos, como una dura necesidad de la vida.

Por eso él suspende en respetuoso silencio las charlas de las pulperías; recibe la cordial acogida del estanciero, que invalida con su amistad el daño que en sus extensos dominios puede hacerle quien vive en pugna con los policías, y le miman las mujeres de los míseros ranchos, al hombre que todas las noches pone a prueba su valor.

En verdad, el contrabandista no era el hombre fuera de la ley en lucha con la policía que la defiende; era el pobre, el holgazán o el aventurero, descontento con el miserable jornal de un peón de estancia, único modo de vivir, que establecía en las noches su negocio de defraudación frente al negocio de la autoridad que, desde el encumbrado hasta el humilde, contrabandeaban a la luz de los caminos.

"El Carancho" sabía bien que la vida del contrabandista no alcanzaba al grado de heroícidad atribuído por la imaginación popular; pero este oficio le permitía mejor que cualquier otro continuar su vida anárquica sobre los tranquilos pagos.





CAPITULO IV

Dueño de pequeña hacienda y padre de varias hijas cuyos encantos juveniles se marchitaban ya sin que ningún hombre las hubiera cortejado, Sebastián González, paisano humilde y bravo en el trabajo, había levantado su rancho al abrigo de una de las quebradas de Infiernillo. Por las laderas de las sierras se arrastra el corredor que orillea y va, con crecidas gramillas de soledad, a desembocar en el camino que como un río que se nutre de senderos, va estirándose por ellos a lo largo de los pagos.

En sus días de holganza "El Carancho" desensillaba bajo la enramada de aquel rancho donde una de las mujeres, estropeada por los años y los soles, se prendó del aspecto seguro, del aire de hombría de su persona, y de la simpatía de palabra de aquel hombre a quien nunca faltó un relato de emoción en las horas cansadas de la siesta.

Nada pudieron en su ánimo los consejos amigos ni el recuerdo de la sangrienta historia de su hombre; ella sintió encendido su entusiasmo cuando los labios arteros de "El Carancho" le contaron sus hazañas y

sus afanes por lograr un modo sencillo de vivir con ella en las sierras de Arbolito, hacia donde lo veía perderse en los atardeceres, después de haber dejado en su mano trémula por la despedida, las décimas que él decía haber compuesto por su amor, en las desoladas horas de la ausencia.

Halagado por la ingénua admiración de la criolla, él se dejaba amar, atento a la decrepitud del padre, a cuya muerte caería sobre la hacienda de todas las mujeres para hacerse dueño del hogar y los dineros.

En el pago, los rudos trabajos de la siembra, las carreras del invierno, y los bailes al claro de luna, distrajeron a los hombres de la presencia de "El Carancho" que sentía perderse las ásperas aristas de su perfil, al verse confundido en la confiada cordialidad de los otros. La amistad con que le hablaban los hombres; la distracción de los muchachos, que ya ahora permanecían en las pulperías a su llegada sin correr por los caminos ansiosos por llegar a sus ranchos a contar sus gestos y palabras; y el donaire con que las mujeres aceptaban su mano en las ruedas de los bailes, le advertían claramente que a fuerza de verle se había empequeñecido ante los ojos ajenos aquel renombre que fué su orgullo.

Así transcurrían los meses, y el hastío de aquella mansedumbre iba apoderándose de su ánimo, cuando una tarde de abril, teniendo el caballo del cabestro al terminar su despedida de la novia, vió llegar a un hombre que detuvo bruscamente el galope junto a los postes de la cancela.

No esperó el recién venido a que le invitasen, para apearse del caballo y extender familiarmente la mano

a la mujer, saludando a "El Carancho" por su nombre.

—Es mi hermano, "El Mellao".

—¡Ah! — dijo "El Carancho" — yo soy Florencio, pa servirle.

—Gracias, a sus órdenes. Vine sólo de paso; ya voy pa casa. ¿Usté también ya de viaje?

—Es verdá.

—Vamos pal mismo rumbo, si va pal pueblo.

—Es verdá.

—Si me espera a que salude al viejo, hacemos juntos el viaje.

—Vaya nomás.

Poco después "El Carancho" y "El Mellao" se alejaban por las cumbres de las sierras rumbo al Tacuarí.

Anochecía lentamente sobre los campos. Hacia el oeste, un nubarrón de azul intenso se levantaba cerrando el amplio horizonte, tal como el filo de una sierra; sobre el camino que seguían los viajeros, hacia la llanura recogida en silencio en los recodos del Tacuarí, el sol mantenía aún grandes rayos que se arqueaban, ahondándose, en el cielo; anchas franjas rosadas bajo las cuales pasaban, lentas y contínuas, pequeñas nubes grises del norte.

Caminaban llevando frente a ellos la luna, aparecida en medio del cielo al ponerse el sol, los dos viajeros cuyas primeras palabras fueron breves y lentas, ocupados en examinarse recíprocamente. Mientras "El Mellao" hablaba, "El Carancho" llevaba puestos los ojos en aquel mocetón de cabeza grande y grosera; de ojos negros cuyo extraño brillo avivaban las cejas siguiendo el arco violento de los huesos de la frente;

de cuello corto, y amplio pecho anunciándose bajo el poncho de verano; que hablaba de prisa, con incontenida violencia, para bajar de pronto la mirada y ponerla sobre el hocico del caballo de su compañero.

"El Carancho" le había oído nombrar muchas veces en casa de su novia, con elogio siempre de su vida trabajadora y sencilla, hecho a fuerza de lucha con la mala suerte, hasta el día en que se unió a una criolla que llevó a la hacienda común unas cuantas cuadras de campo sobre el monte de Tacuarí. Porque todos le tenían por humilde, "El Carancho" extrañaba la desenvoltura de su palabra y la intimidad con que le había hablado desde que se encontraron solos en el camino. Volteado el sombrero sobre los ojos, para observar tranquilo el rostro de "El Carancho", "El Mellao" simulaba hablar con despreocupación.

Comentó la mezquindad de los jornales de los peones; la poca hacienda de su familia; sus tenaces esfuerzos para hacerse hombre de alguna posición y, como llevado por el curso normal de sus narraciones, llegó a hablar de su infancia y del recuerdo de la mañana en que se dijo en su casa que Ibáñez había sido encontrado, separada del cuerpo la cabeza, sobre el cruce de dos caminos.

Desde entonces, llevada con simulada inocencia la charla hasta ese momento de la vida de "El Carancho", ya no hizo más que preguntar. Preguntar mañosamente, fingiendo asombro unas veces, admiración otras; se hacía repetir los medios usados por "El Carancho" para burlar la justicia; los procedimientos de los jueces; la vida en la cárcel y, como si nunca terminara de entender cabalmente, volvía a hurgar en las palabras del otro, el móvil de su crimen.

"El Carancho" comenzó a contar con desgano aquellas escenas tantas veces repetidas en los fogones amigos y en las ruedas de los boliches; pero, halagado su amor propio por la astuta palabra de "El Mellao", dió en hablar extensamente, con reposo y placer, mostrando a la mente admirada del mocetón que le oía, el perfil áspero de su alma. De pronto, advertido de la espontaneidad que aquel muchacho había puesto en sus palabras, "El Carancho" detenía un instante sus relatos para observar de nuevo a su interlocutor; le veía echado el cuerpo sobre un lado del recado, flojas las riendas, cruzadas la manos sobre la cabezada, escucharle atentamente sin la más leve inquietud por su compañía.

Los caballos trotaban por la llanura, con los cuellos extendidos como si husmearan el camino. Sonoro era el ambiente del atardecer bajo el cielo que desde allí veían apoyarse, al oeste, en la nube azul de agudos contornos, y al este, sobre el ancho lomo violeta del Cerro Largo en cuyo extremo, atentos, los cerros del Guazú-Nambí atisbaban el amplio paisaje. "El Mellao" y "El Carancho", distraídos del paisaje, dialogaban en voz baja, al paso de los caballos que lentamente trasponían las pequeñas lomas y se alejaban de los árboles solitarios que miraban pasar el camino.

Así anduvieron largo espacio, cuando "El Mellao" torció el giro del diálogo hacia la vida presente de "El Carancho", avivando con su palabra certera el hastío del otro por la vida opaca que llevaba.

—¿Hace algunas ganancias con el contrabando?

—¡Qué se han de hacer! Aquí, como en todas partes, contrabandean los comisarios y los aduaneros con día claro y por los caminos; conque, ¿qué pulpero va a hacer negocio con uno, que le cobra caro, y a más lo pone mal con la autoridá?

—Es la verdad; la policía no sirve más que pa hacernos mal. Yo vivo de lo mío y nunca tuve cuestiones con nadie; pero le aseguro, amigo, que si hay una gente que no puedo ver, es la de sable. Sí señor, es así. Pa vivir en el campo un hombre como usté, hecho a que nadie lo mande; hombre de coraje y pobre, debe ser una dificultá. Yo colijo que usté no va a estar dispuesto a ser peón de una estancia, pasarse los días agachando el lomo como un buey, teniendo que trabajar dos meses pa juntar el dinero que le cuesta un par de botas, y estar arriesgando a que un peón cualquiera, venido a capataz, se propase y lo maltrate de palabra.

—Es razón; — dijo "El Carancho", atento a descubrir la intención de aquellas palabras del mozo, que continuó hablando:

—Las cosas en el campo han mejorao mucho desde el tiempo en que usté se fué; han mejorao pa los que tienen algo; pero pal pobre van diendo de mal en pior. Hoy cuesta una bombacha cualquiera, lo que antes le costaba un traje; todos los artículos son más caros, y hasta por una sandia que usté se allega a pedir a un rancho, le salen cobrando cinco riales o más. El rico puede aguantar todo eso, porque un novillo vale lo que antes tres o cuatro; el estanciero tiene carne, tiene maiz pa vender, y pal parejero, si lo cuida. Embarca una tropa pa la tablada, y con eso ya tiene pa los gastos del año; pero el pobre ha visto encarecerse todo: las porteras se cierran

con candao pa que nadie llegue a pedir posada; le cobran un pedazo de carne que le dan pa asar, y el sueldo de hoy es el mismo de antes.

¿Qué hace un hombre con ocho pesos por mes en estos tiempos? ¿Usté no halla...?

—Es justo; — asintió "El Carancho", desviando sus ojos de los del "Mellao" y simulando mirar las delgadas nubes rojas extendidas a lo largo del horizonte.

Distraído en picar sobre la yema del pulgar el tabaco que se deslizaba y caía en el hueco de la mano callosa, "El Mellao" continuó por largo espacio en silencio, mientras "El Carancho" seguía atento a un "corre-caminos" que corría unas veces sobre la superficie violada del sendero, se detenía nervioso un instante esperando que ellos le alcanzaran, daba un breve volido, y continuaba corriendo casi bajo los hocicos de los caballos como guiando su marcha por las llanuras.

En el bañado amarilleaban, envolviendo los verdes pajonales, las franjas de las gramillas sazonadas por el otoño; y en el gris violado del anochecer, se veían blanquear las lagunas bajo las redondas copas de los mimbres.

Viendo callar a "El Carancho", "El Mellao" continuó, al tiempo de ofrecerle su tabaco:

—Pues sí... ¿Usté juega?

—Me gusta el juego; pero naides sale rico de una carpeta de boliche.

—¡Claro! A más, quien se sienta a apuntar con poca plata, es casi siempre comida liviana pal tallador, que a dinero, nomás, lo está tragando. Pa tener el oficio de jugador, carece que no falten nunca unos cuan-

tos pesos en el cinto pa poder tallar. ¿No crée usté lo mismo?

"El Carancho", confirmando con su experiencia las palabras de su compañero, comenzó a narrar lances de su vida de jugador, en tanto el otro escuchaba con fina atención, subrayando siempre con una palabra de elogio las astucias que "El Carancho" se atribuía.

Olvidados de los caballos, que trotaban lentos por el oscurecido camino, los viajeros continuaban la animada charla, cuando a la distancia empezaron a encenderse y brillar en constantes parpadeos las luces de los campos, al tiempo que sobre la curva azul del cielo se encendían las estrellas.

Ya no se veían los rostros, alumbrados un instante por la viva luz de los cigarros, cuando "El Mellao" volvió a tomar la palabra y decir:

—Aquí donde usté me vé, amigo "Carancho", yo soy más pobre de lo que parezco.

—Yo créia que era dueño de un campito.

—Sí, la mayor parte de ese campito recostao al Paso del Sauce, es de mi mujer; pero hay como unas cien cuadras pobladas de ovejas, que son de una hermana de ella, llamada Fausta. ¿No la ha oído nombrar?

—No recuerdo. ¿Pa dónde, mesmo, vive?

—Pa aquel lao del pueblo, en unos ranchitos que quedan a la derecha del camino, antes de subir una cuchilla colorada que hay enseguida de la escuela. Bueno; resulta que la tal Fausta es media boba, no sirve pa nada...

"El Carancho" empezó a comprender por fín la razón de las actitudes de "El Mellao" y, seguro de que

el otro no le vería sonreir bajo la sombra de su barba, díjole:

—Y claro, no son más que esas dos hermanas...

—Eso es:—asintió "El Mellao", nervioso por decir pronto el pensamiento que le llevara en busca de "El Carancho", y le acicateara durante todo el viaje, sin que hasta entonces hubiera tenido el valor de decirlo en voz alta.

—¿No está casada, esa moza Fausta?

—Por ahora, no; pero anda en amores con un sargento de la policía de la once, y ese haragán va a venir a disfrutar lo que yo he cuidao tanto desde que se les murió el padre. Eso es lo que me da rabia, ¿sabe?... Hacerle prosperar la hacienda pa que se la lleve un milico, cuando a mí me hace tanta falta ese campito pa redondear, con mi trabajo, un pasar.

—Y no se lo deje sacar, así nomás...

—Bueno; pero es que si ella se casa, no voy a tener más remedio que entregarle su parte... Así me lo han hecho comprender, al menos.

Y "El Mellao", desesperando ya de su valor para formular claro su pensamiento ante aquel a quien había elegido para decírselo, hablaba con torpe timidez, insinuando a "El Carancho" lo que deseaba oirle decir. Este, por su parte, seguro de lo que pasaba por la frente de su compañero, comenzó a medir las palabras y prolongar los silencios, ocupado en ver clara su situación frente a aquel mozo mordido por la ambición y detenido por el miedo. Para alentarlo a confesarse, arguyó con astucia:

—Yo en su caso, no dejaba hacerse ese casorio.

—Sí... bueno... pero es que ya están arreglaos.

El milico es un ladino, y no se dejará ahuyentar así nomás del rancho de la vieja alcahueta que está con la muchacha.

—Y güeno, usté haga del modo que el rancho se le quede vacío.

—He pensao en eso; pero no hallo el medio...

—Con coraje, se arreglan pronto esos negocios.

—¿Usté crée?

—Claro.

Ladraron los perros desde un fogón que brillaba bajo los ombúes, cuando "El Mellao" detuvo el caballo en la cancela de su casa, cuyas sombras se levantaban sobre la ladera.

—¿No quiere llegar a desensillar?

—Como guste; respondió "El Carancho".

Poco después, sentado a la mesa de "El Mellao" que cenaba en silencio, "El Carancho" hablaba con su mujer, y prolongaba la sobremesa con sus narraciones, para ir luego a tenderse sobre el recado al abrigo del galpón.



Junto a su mujer dormida, "El Mellao" no podía conciliar el sueño, y mordía nervioso la chala del cigarro que pronto arrojaba de sí sin concluir totalmente, preocupado por el diálogo sostenido con "El Carancho" en el camino.

Criado en el trabajo, habían transcurrido para él los años sin que le asaltaran grandes preocupaciones, invirtiendo los pocos dineros que lograba, en mantener brillante el pelo de su caballo, nuevo el apero, y cuida-

do el traje, con que se presentaba todos los domingos en aquella casa a mantener para él el amor de una de las hijas de Ramírez. Después, su pequeña ambición se vió colmada por un tiempo, cuando a la muerte de Ramírez él se encontró dueño de la extensión de campo que rodeaba aquella casa y se recogía en el amplio seno del monte de Tacuarí.

Humilde en el trato; esforzado en el trabajo; cordial con los viajeros que desensillaban en su casa cuando el Paso del Sauce campo afuera por las crecientes impedía seguir camino, "El Mellao", mozo de 25 años, era mirado con cariño por toda la comarca, y en sus manos puso el fiscal la administración de los reducidos bienes de Fausta.

Cumplía con honrado escrúpulo su cometido de guardador de la pequeña hacienda, cuando Fausta se fué haciendo mujer, y en el ánimo de "El Mellao" comenzó a afirmarse el tenaz pensamiento de que un día u otro, algún desconocido iba a arrebatar de sus manos el campito, la casa en que habitaba, y las ovejas de Fausta que con las suyas llegaban todos los atardeceres a echarse al abrigo de la playa del corral.

Aquel duro pensamiento, que se prendía en sus sienes cada vez que Fausta era requerida de amores por algún paisano, terminó por cobrar en su ánimo la fuerza de una situación que él se vería, irremisiblemente, condenado a resolver. Y lo que en un principio fuera, en las solitarias horas de labor, una feliz esperanza, fué adueñándose de su pensamiento, hasta convertirse en la segura necesidad de que Fausta muriese.

No tenía más familia que la mujer de "El Mellao"; era la muchacha de una pueril inocencia, sin nadie a su

lado que se interesara con hondo afecto por su vida; su muerte, que no podría conmover a nadie, ya que su



propia hermana no la amaba, le daría a él, en cambio, la posesión tranquila de aquellos campos.

Pero, ¿cómo lograr la pronta solución de aquel conflicto que le mordía siempre el pensamiento, amargándole las horas de ruda labor en la chacra y las del descanso en la callada siesta?

Lentamente, en su alma fué creciendo un odio vivo hacia la infeliz muchacha, hacia los hombres que con su vecindad la guardaban de su ambición, y "El Mellao" sintió ya desgano por aquella vida oscura y afanosa que llevaba, tal como si esperase, en un vago pensamiento, cambiar totalmente el día en que Fausta hubiese muerto.

Pequeño era el cercado de su huerta, que el seno del monte protegía de los vientos; escasos los vacunos que venían a rumiar, en los anocheceres, junto al cercado; sucia la casa cuyas paredes se resquebrajaban ya; todo aquello causaba asco y hastío, y él nada podía hacer, ni por agrandar el cercado hasta la otra ladera, ni por aumentar la hacienda o mejorar la casa, porque a toda su pequeña y viva ambición de prosperar, encontraba oponiéndose la propiedad de Fausta.

Y bajo la hipócrita mansedumbre con que todos le conocieron en el pago, "El Mellao" había montado a caballo aquella mañana, para ir en busca de "El Carancho" y confesarle su pensamiento.

¿Cómo lo había recibido el asesino? ¿Qué pensaría de él, que lo hospedaba entonces en su casa?

"El Mellao" sentía que un estado de angustia le secaba de contínuo la garganta, al recordar, solo ya en su lecho, que muy cerca estaba "El Carancho", dueño del secreto de su alma; ante aquel hombre fiero y audaz, él no podría fingir, como delante de los otros, su hipócrita mansedumbre.

Cuando viajaban solos por el camino, él tendió a "El Carancho" los lazos de su astucia para hacerlo caer en una confesión, y atarlo con ella a la suya; pero el otro había hablado cínicamente, sin temor y sin sonrojo; y sin embargo él, sufría entonces la angustia de haberse confesado, sin que aún hubiese logrado del otro lo que esperaba.

¿Qué había dicho "El Carancho"? ¿Se había comprometido con alguna palabra o con alguna promesa?

Nada, absolutamente nada. Todo lo que narró, era del pago conocido, y por eso le temían; entre tanto él, que no había cometido aún el crimen, estaba desde entonces atado a aquel hombre por sus palabras.

Era preciso abreviar ciegamente aquella situación en que él mismo se había colocado. Mientras no fué más que un pensamiento, encendido vivamente en la oscuridad de su conciencia, pudo soportarlo largos meses, oprimiendo la mansera del arado, guiando las ovejas por las cuchillas, recibiendo bajo su techo a los policías, cubierto por el inalterable aspecto de mansedumbre de su persona. Pero desde que otro hombre le sintió decir aquello que le mordía la frente; desde que habló en el camino, ya era su pensamiento el principio del crimen y no podría detenerse.

Sí; usar a "El Carancho", envolviéndolo en sus planes sombríos y astutos; usarlo y manejarlo sin que el otro advirtiese que él, un mocetón embrutecido en el trabajo, armaba su brazo con promesas que trataría de no cumplir; avivar en el otro el deseo de matar a Fausta, echar sobre sus hombros expertos el crimen, y entrar por fin en la posesión tranquila de aquella

casa cuyo techo le cubría y en cuyas esquinas sentía quebrarse el viento.

"El Carancho", tendido sobre el recado en la soledad del galpón, sentía balar las majadas en el campo, mientras pensaba en "El Mellao".

Para él era claro que el otro había ido en su busca para proponerle la muerte de Fausta; "El Mellao" deseaba aquella muerte, y él podría hacerla si el riesgo no era mucho y el provecho seguro. Por ahora, lo tenía en sus manos, entregado por su propia confesión; el dinero de "El Mellao" sería desde entonces de los dos.

Y mientras en el campo seguía extendido el silencio de la clara luna de abril, "El Carancho" se durmió oyendo chocar el viento en la cumbrera del galpón, y en su cuarto "El Mellao" continuó, puestos los ojos fijos en el rayo de luna que se alargaba desde la ventana hasta el centro de la pieza, pensando en Fausta, en "El Carancho", en su vida en la cárcel; dándose coraje para plantearle definitivamente la realización del crimen; en el modo de burlar él mismo a los policías. Hasta que el sueño fué borrando las líneas de su pensamiento y se apagó el rayo de luna en sus ojos.

A la mañana siguiente cuando llegó al galpón, "El Carancho" con el caballo ya ensillado, hablaba con su mujer que le cebaba mate. "El Mellao" espió las palabras , las miradas y actitud de "El Carancho", y creyó ver una franca insolencia en toda su persona.

No pudieron hablar más, hasta que llegaron, uno a caballo, el otro a pie, hasta la cuchilla. Ya en actitud de marcharse, "El Carancho" dijo:

—Aquello de ayer, podíamos arreglarlo otro día.

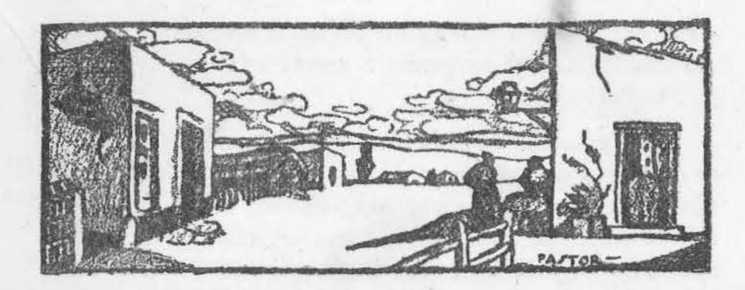
—Sí, venga por aquí que le voy a proponer el negocio. Tome estos riales pa que se sirva una copa a mi salú. Y le extendió una cédula de cinco pesos, que "El Carancho" se guardó, riendo cínicamente, al tiempo de decir:

—¿Pa qué se jué a molestar? Entonce, será a su salú. Hasta la vista.

—Hasta pronto.

Y los dos se volvieron: uno hacia el camino de Melo, otro lentamente hacia las casas.





CAPITULO V

No tardaron muchos días sin que "El Carancho" volviese a las casas de "El Mellao".

La idea de matar iba apoderándose de su ánimo a medida que pensaba en ello, y sólo esperaba hacer de su instigador el instrumento de su vida holgazana.

Estaba dispuesto a aceptar sobre sí el crimen del otro, sin importarle para nada lo que sería de aquella infeliz muchacha a quien jamás había visto, sino el provecho que él se prometía lograr de su complicidad con "El Mellao". Y una mañana, se detuvo nuevamente bajo los ombúes de su patio, llevando del cabestro un caballo para el cual iba a pedir pastoreo.

"El Mellao" al ver a "El Carancho", sintió primero una sensación de regocijo; más bien pronto le volvieron a asaltar las vacilaciones de la primera vez que le hablara. Sin embargo, era preciso que terminase brevemente de arrancarle la promesa de dar muerte a Fausta, y se cumpliesen sus fieros anhelos, para con-

cluir con aquella insistente zozobra de pensar en que un día llegase el sargento a anunciarle sus bodas con la muchacha.

Ya había hecho el esfuerzo tenaz de su voluntad, al decidirse a realizar el crimen que su ambición había ido insinuando, primero, exigiéndole, después. Ahora era preciso que pasasen veloces aquellos días esperados con angustia: la muchacha muerta; los policías llegando a su casa, y alejándose, seguros de su inocencia; el comentario de las gentes durante unos meses; "El Carancho" perseguido y emigrado; y por fin, el olvido de todos liberándolo de angustias y dejándole gozar por siempre de aquella casa a la que daban sombra cinco ombúes, de las lomas cuyas laderas florecidas se extendían hasta el río, y de las mansas ovejas que blanqueaban recogidas a la sombra de los mimbres.

Sólo era menester, interesar en sus planes meticulosamente concebidos en la soledad de sus labores, al brazo fuerte de "El Carancho"; y él habría de conseguirlo, seguramente, en el trayecto del camino de Melo, esa misma mañana.

Durante las primeras horas de viaje hablaron de cosas indiferentes, tal como si ni uno ni otro tuvieran interés en reanudar la charla interrumpida aquella noche junto a la cancela. Pero cuando los caballos golpeaban con su trote el sonoro suelo de la cuchilla en cuya cumbre blanquea la escuela, "El Mellao" señaló un ranchito, apenas más alto que dos cinas-cinas que le daban escasa sombra en la próxima cuchilla, y dijo:

—Allí vive Fausta. Este boliche que queda pasan-

do la escuela, es de un Amaro, hijo de la vieja del rancho.

—No conocía; contestó "El Carancho", distraído.

Subieron aún otra cuchilla por cuya ladera arenosa avanzaron, mientras "El Mellao" hablaba de Fausta, de la alcahuetería de la anciana, y enteraba a su compañero de que sólo tres mujeres vivían en el ranchito.

Bajo una enramada deshecha por los vientos, se detuvieron los viajeros y entraron al boliche de Amaro, donde "El Mellao" saludó al hombre, se interesó por la salud de Fausta y por su vida, mientras "El Carancho" tomaba un vaso de caña y salía junto a los caballos para estudiar el paraje.

El camino comienza allí a descender, bordeado, a la izquierda, por los altos maíces de una huerta que se pierde en el bajo; a la derecha, la pequeña quinta del bolichero, y enseguida, en lo ancho del bajo, una cancelita desde donde parte el sendero que se estira entre los yuyos, orillea una zanja y sube, viboreando entre los malvariscos, hasta las cina-cinas del ranchito.

Al fondo, otros ranchos, pobres como el de la vieja, y más allá, en la cumbre de la otra cuchilla que muestra su vientre rojo cavado por los camineros que extendieron la carretera cercana, una vieja casa levantándose entre grandes paraísos.

Desde el boliche al ranchito cuya puerta abierta hacia el camino daba entonces la sensación de recoger el aire tibio de la mañana, iba otro sendero; delgada cinta violeta sobre el verde de los yuyos, que indicaba a "El Carancho" la costumbre de visitarse los de una y otra casa.

Bajo el sol de la mañana, "El Carancho" observa-

ba atento los menores detalles del paraje y confirmaba las noticias de "El Mellao" acerca de la facilidad de violar las puertas de aquel rancho que perdido bajo el amplio cielo, parecía dejarse acostar sobre la ladera, al menor impulso.

Un perro ladró, y él sintió llegar con toda nitidez el eco. Ese era el peligro: un grito de angustia dado junto a las cina-cinas, y del boliche y la otra cuchilla, tal como del camino, cualquiera lo sentiría.

Era preciso ser audaz, y "El Carancho" comenzaba a sentirse capaz de serlo, cuando "El Mellao" volvió a su caballo.

Montaron a un tiempo, y anduvieron al paso hacia el bajo, mientras "El Mellao" hablaba:

—Ese es el rancho. Vos ves que no cuesta nada meterse en él. Yo he estao pensando que podríamos arreglarnos: si vos la matás yo te daré cien ovejas en sociedá aparte de algún dinero.

"El Carancho" torció la mirada, distraída en seguir las ondulaciones del sendero por el cual se unía el ranchito al camino, y miró a "El Mellao" con asombro.

Aquel mozo, en verdad, había echado sus cálculos apreciando en muy poco su valer; acaso no quisiera de él otra cosa que la complicidad, o estuviese dispuesto a ceder ante la primera exigencia.

—¿Y vos también vendrás?

—No, yo no...! — Contestó vivamente el otro, evitando los ojos fríos e inquietos de su compañero. — Si yo viniese sería muy fácil descubrirme; soy el primero en quien van a pensar. Si yo pruebo que he estao

en casa ese día, no sabrán pa donde rumbiar, y nadie pensará en vos.

"El Carancho" seguía atento a la astucia del mocetón, que hablaba de prisa y nervioso, cuando subieron la roja cuchilla y a sus ojos surgió Melo, siguiendo las curvas del Conventos y blanqueando entre las verdes copas de los naranjos.

—Sí, güeno... La comisión se hace difícil de cumplir... Un grito que peguen, más si es de noche, retumba en el bajo y se siente en cualisquiera de esas casas... Después... fijate adonde está el pueblo: una legua larga, cuando mucho; de un galope se está aquí. Al lao del camino... no hay monte cerca... no hay campos grandes, todo está poblao de chacras por este reducto... Vos mesmo decís que son tres mujeres y una gurisa; con esa oferta no hay negocio.

Inútil fué que el otro ofreciese planes que harían fácil y posible el crimen; inútil su empeño en repetir que sólo exigía la muerte de Fausta; "El Carancho" continuaba respondiendo con breves negativas, dispuesto a no jugarse la aventura por tan poco dinero.

Así anduvieron por sobre la carretera, pisaron los campos del Conventos y llegaron al primer almacén del pueblo, en donde "El Mellao volvió a obsequiar a "El Carancho" con repetidas copas de caña. Allí se separaron sin haber cerrado el pacto; pero, también, sin que uno ni otro hubiera puesto el más pequeño reparo moral ante la idea de asesinar a aquellas mujeres.



Pasaron, desde aquella mañana de abril, algunos

meses. Crecieron, con suaves tonalidades amarillas y rosas, simulando pequeños prados de muñecas entre los ariscos pajonales, débiles florecillas que en breve



quemaron las heladas; amarillearon los campos, antes de que un tinte violado se extendiese en ellos; el pampero se llevó las anchas copas de los ombúes que permanecían, abiertos los brazos al cielo inclemente, en las lejanas cuchillas; y en medio de las extensas llanuras blancas de los bañados, inclinaban los sauces solitarios sus brazos desnudos.

En las frías mañanas de julio, la escarcha llenaba de reflejos el camino de Tacuarí, y "El Mellao" continuaba esperando la vuelta de "El Carancho, que se lo prometían siempre los escasos viajeros avanzado por la llanura bajo los ponchos pesados de lluvia.

"El Carancho" no había vuelto por aquellos pagos; y sin embargo, por el Paso de la Cruz, tornaron a ver sus largas piernas surgiendo del poncho y golpeando de contínuo los flancos de su animal. Sujeto al

fijo pensamiento de aquel crimen, iba pasando los días y las noches como guiado por una oculta voluntad que, al levantarse perdidoso de las carpetas o sentir pesada la frente por la caña ingerida antes de aventurarse en los caminos que sólo la lluvia recorría, lo obligaba a montar a caballo, rumbear hacia Melo que dejaba primero a su izquierda, luego a su espalda, para tomar el camino de Bañado de Medina, cruzar frente al rancho de Fausta, y salir al Camino Nacional, dejando a su izquierda la casa de "El Mellao".

No se le ocultaban, desde que hicieron el viaje a Melo, la terquedad de ambición y la astucia de "El Mellao"; y para vencer a ambas, se impuso aquel prolongado alejamiento de su casa, seguro de seguir siéndole indispensable y preciso con urgencia.

No tenía ninguna prisa por terminar aquella situación. La angustia que había visto asomarse a los labios del otro, le permitía continuar su simulado olvido de aquellos planes, a la espera de que "El Mellao cediese en la mezquindad de su oferta.

Una tarde supo en casa de su novia, que había estado en su busca. Prometió ir al Paso del Sauce, pero en verdad dejó que las lluvias continuaran blanqueando los caminos de las llanuras, sin bajar él de las sierras de Arbolito.

Sin hacer más camino que el breve extendido desde el rancho de su china hasta el boliche cercano, "El Carancho" escondió en la tranquila vida del pago, la atención resuelta con que esperaba la noticia de la total entrega de "El Mellao" a su voluntad.

Repetidos mensajes que le daban la sensación del

estado de ánimo del otro, le movieron por fin a hacer el camino de Paso del Sauce.

Nuevamente volvieron a montar y dirigirse, en la mañana gris, hacia Melo.

No habían aún terminado de perderse las anchas ondas que el paso de los caballos dejó en el Tacuarí, cuando "El Mellao" propuso su última oferta:

—He pensao un negocio que te conviene.

—Vamo a verlo.

—Te doy mil pesos, pa que puedas vivir bien y ayudarte en cualquier trance que te veas. Te doy la lana de doscientas ovejas, en sociedá que la vamos a repartir al cabo de dos años. Y a más, pa que tengas un medio seguro de vivir después que pase el hecho, agrando la chacra con lo que le toque a mi mujer y la aramo en sociedá. Pero hay que andar pronto, porque esa boba se está por casar.

—Ansina no es mal negocio.

—¿Te resolvés?

—¿Cuándo me das los mil pesos?

—Enseguida del hecho te doy una parte, y después, cuando mi mujer herede, el resto.

—¿Cuánto me dás ahora?

—Cien, que tengo a mano.

—Es muy poco. Voy a tener que buscar un aparcero, y pagarle.

—Bueno, te doy trescientos y cuando tenga lo demás, el resto. Pero hay que apurarse.

—Me conviene.

—¡Es claro...! — exclamó "El Mellao", simulando reir, con risa sonora, por la avaricia de "El Ca-

rancho", cuando en verdad dejaba irse en ella toda la angustia que le había estado ahogando.

Desde ese momento la charla fué jovial y espontánea, llevada por "El Carancho" que preguntaba detalles de la vida de las mujeres; de la amistad del otro con los policías, y recordaba las autoridades de su pago, buscando argucias con qué ocultarles sus huellas.

Volvieron a detenerse en el boliche de Amaro, en donde "El Mellao" saludó cordialmente a una viejecita nerviosa y pequeña, que jugaba con un niño en los brazos.

Cuando estuvieron solos en el camino, dijo "El Mellao":

—Esa vieja es la que vive en el rancho.

—Ya es anciana.

—Sí. Ahora dice que Fausta está de visita en aquel rancho que ves allí al lao del puente, recostao a la carretera. Luego a la noche, cuando vuelvas, te allegás a los ranchos, y si encontrás bien la matás ahí nomás.

—Vamo a ver.

—La ocasión puede ser buena; si cometés el hecho, al pasar por la cancela de mi casa largás dos tiros al aire, y yo comprendo que es la seña.

—Ta bien, dijo "El Carancho", sin decidirse aún.

—Mañana vas al boliche, pa acá del Paso de los Carros, y allí te habré dejao el dinero diciendo que es pa comprarme unos animales.

—¿Vos vas de mañana?

—Sí, de mañana.

—Di acuerdo.

Poco después se detenían junto al primer almacén

del pueblo, y "El Mellao", confiado en que el alcohol terminaría de entregarle la voluntad del otro, insistió en hacerle beber.

—A tu salú. — dijo, sonriendo con socarronería.

—A la tuya.

Y los dos se llevaron sonrientes, las copas a los labios.

Guardado entre otras muchas baratijas que llenaban una pequeña vitrina sobre el mostrador, "El Carancho" descubrió un anillo cuya piedra violeta, encerrado en el brillo chispeante de un mal dorado, plugo a su gusto rústico.

Olvidado del terrible pacto que acababan de concertar, quedó con los ojos fijos en la baratija, y en su semblante expresada la admiración sencilla y salvaje que le producía la piedra.

"El Mellao", atento a sus gestos, se le acercó y dijo:

—¿Te gusta ese anillo?

—¡Lindo, eh...?; — contestó con expresión infantil.

—¿Te agradaría llevártelo?

—¡Será muy caro!...

—Diga, don — le interrumpió el otro, llevando la mano al cinto y dirigiéndose al almacenero, — cóbrese las copas y ese anillo que tiene ahí.

Cuando "El Carancho" tuvo en sus manos la prenda, se la colocó en el dedo y se volvió hacia la puerta, extendida hacia el sol la mano en que brillaba

la piedra, y mirándola, se decía con aire de gozo:

—¡Tan lindo... y es tirao de barato!



Sobre la carretera perdida en la oscuridad, caía sonoramente la lluvia de la noche alumbrada sólo por los relámpagos contínuos, cuando un hombre se detuvo frente a la rojiza claridad de la puerta del rancho del puente, desde la cual una muchacha de ingénua voz le invitaba a bajarse.

El hombre era "El Carancho"; la muchacha, Fausta.

Sentado al calor del fogón en la cocina, mientras el hombre del rancho le hablaba, "El Carancho" seguía los movimientos de Fausta, ocupada en extenderle su poncho, mojado por la lluvia del camino.

Era alta de cuerpo; de anchas caderas y salido seno; sobre el cuello firme, la cabeza inclinada con sencilla gracia, mientras las trenzas negras caían sobre los hombros.

Tímida con exceso, la muchacha de diez y siete años, entornaba ruborosa los grandes ojos negros, cuando sobre ella sentía fija, tenaz, la mirada de los ojillos de "El Carancho".

Hubo un momento en que el dueño de casa se levantó para atender al llamado de su mujer, enferma en la pieza contigua.

El asesino sintió latirle las sienes con violencia, y levantarse en él una voluntad que le guiaba la mirada siguiendo los pasos de Fausta, mientras ella, cebando el mate, se encorvaba a la rojiza luz del fogón y des-

aparecía unos instantes hacia el cuarto de la enferma, para volver, bajos los ojos, a inclinarse sobre el fogón y llenar el mate.

Pensaba en el caballo ensillado y pronto bajo el galpón; en la noche propicia para esconderse en los caminos envueltos en la oscuridad de la tormenta. De allí al Brasil, podría ponerse en la noche, gracias al ardor de su caballo. Echarle la mano al cuello y oprimírselo con furia mientras esgrimía el puñal, y de un certero golpe todo estaría hecho en el silencio de la cocina...

Fausta irguió el fuerte busto y dió dos pasos hacia él.

Puestos los ojos en acecho, la veía avanzar, con el pensamiento en suspenso, cuando la muchacha le extendió el mate....

—Sirvasé, don...

"El Carancho" estiró la mano huesosa hasta tocar junto al mate los dedos de Fausta.

—Me dijieron que se anda por casar. Buen gusto, el del sargento!

Temerosa ante el cumplido cínico, ella intentó débilmente retirar su mano, que él mantuvo opresa.

Distraído del rubor que coloreaba las mejillas tostadas de sol de Fausta, él escuchaba con aguda atención el silencio del rancho, en el cual sentía el rumor de la respiración de la muchacha y el chisporroteo alegre del fogón.

Al levantarse, sintió confundirse su aliento con el de ella, que dejó caer su mano sobre el muslo y se volvió ligeramente, con el casto temor de aquel hombre que tenía tan cerca suyo.

"El Carancho" sintió el silencio de la carretera, sólo menguado por las ranas que continuaban pidiendo agua; sobre la cumbrera pasaba el viento, con lentitud y callado, en tanto desde la otra pieza llegaba el murmullo de los dueños de casa.

Casi junto a la mano en que él sostenía el mate, se agitaba rítmicamente el seno de Fausta que permanecía en silencio, inclinada la cabeza, y los brazos caídos con pesadez sobre los muslos.

—Fausta, ¿querés venir?

Aquella voz quebró el breve instante de silencio y atención de "El Carancho", que dijo:

—Me ví a dir.

—¿Con esta noche?, — preguntó ella, con los ojos puestos en la mano de él, que alcanzaba el mate.

—Sí; parece que amenguó la lluvia, y voy cerca.

Con el caballo de la rienda, tal como si no sintiera la lluvia que golpeaba sordamente en su poncho, "El Carancho" permaneció un instante de pié junto a la puerta en la que Fausta asomaba su rostro candoroso.

Envuelto en las sombras, teniéndola al alcance de su puñal ahora que podría montar y alejarse sin que el dueño de casa notara siquiera su ausencia, tornó a sentir que sus ojos se quedaban fijos en la garganta de ella, que enmudecía temerosa de que le hiciese alguna brutal proposición después de aquel silencio.

A pocos pasos, se hundía en la noche la carretera que iba, recta al Paso del Sauce, en cuya loma se alzaba la casa en que "El Mellao" estaría esperando oir sus disparos, con los que cambiaría la recíproca situación de ambos.

—Güeno... hasta la vista... He tenido un gusto en conocerla.

—Gracias. Adiosito.

Poco después, Fausta cerraba la puerta, y "El Carancho" galopaba sobre la carretera oscurecida.

¿Por qué no la habría muerto, habiéndola tenido sola en la cocina y luego junto al camino, distraída en su rubor?

Hubiera sido sencillo el hecho; pero no estaba dentro de su plan. El sólo concebía su crimen, en el ranchito protegido por las dos cina-cinas y cuando hubiese previsto todas las respuestas si llegaba a tener que entenderse con los policías. Después, "El Mellao" había vuelto en pleno día, para que todos lo viesen y certificasen su inocencia; él sería el único perseguido y si llegaba a caer, bien lo notaba en las proposiciones del otro, habría hecho al "Mellao" dueño de las propiedades de Fausta. Y las ovejas, el resto del dinero, los productos de la chacra, serían olvidados traidoramente por "El Mellao" cuando él estuviese en las coyundas de los soldados o entre las rejas de la cárcel.

Todavía no estaba madurado todo su plan; si la hubiese muerto esa noche, no habría hecho más que obedecer a "El Mellao" y servir torpemente a sus designios. "El Carancho" le desconfiaba; era astuto en la charla; hipócrita en su mansedumbre; terco en su afán; sería sin duda cobarde, y acaso traidor.

El pacto estaba hecho; él cumpliría su parte; pero antes el otro habría de entregar sus dineros, obedecerle servilmente, e ignorar sus precauciones para que no le fuera fácil la traición.

¡Sería una hazaña digna de su astucia, matar por

inspiración de "El Mellao", dejarlo siempre expuesto a ser sospechado por su parentesco con Fausta, mientras él, dominándolo con la amenaza de la delación, se serviría de lo que el crimen pusiera en las manos del mozo!

Olvidado de la lluvia que continuaba enlodando los caminos, "El Carancho" mantenía el extendido galope de su caballo hasta llegar al boliche del Paso del Sauce, pensando gozoso en los días próxmos en que, repleto el cinto con los dineros del otro, daría constante satisfacción a su voluntad dominadora, ejerciéndola sobre el ánimo sombrío de "El Mellao", que desde entonces se vería obligado a labrar la huerta para mantener su vida holgazana.

A la mañana siguiente volvieron a encontrarse junto al palenque del boliche, descontento "El Mellao" por aquella noche de angustia pasada esperando oir repetirse el eco de los disparos en el seno del monte, y "El Carancho" decidido a someterlo a su voluntad.

La entrevista fué breve, y agrias las frases.

—Esperé toda la noche oir la seña.

—No se pudo hacer.

—¿La viste en aquel rancho?

—Sí; estuve hasta solo con ella, anoche.

—¿Y no la mataste?

—Te he dicho que no se pudo.

—¿Tuviste miedo?

—¡Miedo, yo...? — rugió "El Carancho", adelantándose hasta el otro que retrocedía, abiertos los ojos y extendidas con espanto las manos como si intentase detenerlo.

—Dije, nomás.. es un decir... no hay pa que enojarse.

"El Carancho", orgulloso de su valor, que mayor le pareció ya que no midió la cobardía del otro, se detuvo sonriente y dijo:

—Ta bien; necesito unos pesos.

Y cuando con el pulpero hubieron hablado de cosas indiferentes, de unas vacas que "El Carancho" compraría para su amigo, y recibido de éste los pocos pesos que llevaba en el cinto, se volvieron a separar cordialmente.

De nuevo "El Carancho" tornó a perderse de la presencia de su cómplice; pero entonces, sujeto ya al pensamiento de su crimen, no tardaban muchos días sin que se le viera por los caminos de Melo.

Desde la chacra, cuya tierra rompía pacientemente, disimulando sus sombríos pensamientos con la bella labor cumplida a diario, "El Mellao" veía de contínuo la silueta alargada de "El Carancho" descender las lomas que se pierden en las llanuras de Tacuarí, cruzar indiferente junto a su cancela; esconderse bajo los árboles del Paso del Sauce. y luego reaparecer sobre la franja violada del camino, siempre solo, al trote del caballo, rumbeando hacia Melo.

Cuando se perdía como un pequeño punto en la última loma que baja al Paso de Medina, "El Mellao" tornaba a hincar la picana en los bueyes, y durante el resto del día, en el cercado iba abriendo surcos, y en su pensamiento, terca, rudamente, como la reja del arado en la tierra, mordía la angustia de su esperanza.

Por la noche, el grito contínuo de la lechuza en la

ladera del camino, o los de la pareja de teru-terus que vivían en las barrancas del paso anunciando a los viajeros, le hacían sentarse en el lecho, atento el oído, abiertos los ojos en la oscuridad, mientras bajo el cráneo parecíale sentir confusamente el eco de los disparos.

Hasta que callaban las vigilantes aves del camino, y él dejaba caer sobre la almohada la cabeza pesada de graves pensamientos.





CAPITULO VI

Pasaban los días, las semanas; y siempre el uno, angustiado, siguiendo el paso de los bueyes sobre el duro suelo de la huerta, y el otro alejándose del rancho de su china; levantándose de la rueda de los boliches, para tomar el camino de Bañado de Medina y continuarlo hasta el pueblo, pasando frente al ranchito de Fausta.

La infeliz muchacha, que creyó sentir la caricia osada del hombre cuando "El Carancho" rozó su mano al servirle el mate, había excitado con su presencia el fiero pensamiento del asesino.

Ni la bondad sencilla de su rostro; ni la cordialidad ingenua con que le sirviera, ocupándose en secarle el poncho empapado de lluvia, habían hecho la más leve impresión en el ánimo de "El Carancho" que, solo por los caminos, la recordaba constantemente en sus largos monólogos en que pesaba las circunstancias con que rodearía la hora de su crimen.

Mientras el pampero continuaba arrancando del viejo ranchito las pajas que luego iba dejando por los caminos, dos hombres tenían fijo su pensamiento en aquella ladera en donde Fausta esperaba, con la primavera, la mañana de sus bodas.

En las ruedas de los boliches y en las carreras, apenas si el enamorado sargento detenía un instante su caballo, aquerenciado ya, como su dueño, en aquellas cuchillas en que al asomar alegraban la mirada amorosa de Fausta, que conocía el trote del caballo y la canción que el jinete llegaba dando a los vientos.

Muchas veces, al sentir el tenaz ladrido del perro, la muchacha había corrido jubilosa a la puerta del rancho, para mirar al camino por el que debía llegar su novio. Pero el hastío se apoderaba de su ánimo, viendo pasar, al trote indiferente junto a su cancela, a un jinete de largas piernas, que se perdía envuelto en la cortina gris de las garúas.

Alejándose de los brazos sensuales de su china, "El Carancho" montaba a caballo y repetía su viaje hacia el rancho de Fausta, sin decidirse nunca a abrir aquella cancelita y llegar hasta la loma desde la cual le ladraba el perro.

Así pasó para él el invierno; perdido de la atención del pago, oculto en la vulgaridad de su vida.

Cesaron las lluvias; en las quebradas de las sierras comenzaron a blanquear las majadas, libres ya de espesa lana, y en los montes los mimbres alzaban sus rojas ramas a los cielos claros de primavera. Corrieron en anchas franjas, primero, las lagunas de los bañados hacia los ríos, y se perdieron después bajo las gramillas que volvían a crecer. En la luz de las mañanas relinchaban jubilosos los potros de brillante pelo; interrumpían la siesta de las tarariras en los remansos los gritos de los horneros en el monte, y bajo el sol de las tardes, manchaban el verde de las laderas las rojas y violadas margaritas.

"El Mellao" y "El Carancho" volvieron a encontrarse haciendo juntos el camino de Bañado de Medina.

Durante todo el trayecto el primero habló vivamente, mordiendo con astuta ironía el amor propio del otro; poniendo delante de sus ojos los días de prosperidad que le esperaban, o doliéndose de la tardanza del negocio, lo que daría tiempo a las bodas de Fausta.

—Has hecho demasiaos viajes, pa este asunto.

—Estoy aguaitando la ocasión.

—Sospecharán de vos, "Carancho", si te hacés ver de ese modo.

—No sé por qué; áhora vivo en paz, y no tengo nada que ver con la muchacha.

—En eso llevás razón; pero conviene que apurés la cosa, y quedamos acomodaos los dos.

—Güeno; arreglate vos pa volver temprano, y luego de noche esperá la seña de los tiros.

Finalizaba el diálogo, cuando los caballos subían ya la carretera del puente del Conventos, donde se separaron.

"El Carancho" pasó el día en los boliches que rodean a Melo, haciéndose servir caña, para darse coraje.

No tuvo por qué internarse en el centro donde se alínean las casas de los estancieros a lo largo de unas pocas cuadras que rodea el rancherío en que se hacinan los pobres que viven de las "changas", modo de disimular la holgazanería en que transcurre su miseria, sin que ninguno de aquellos ricos sea capaz de crear una industria o entregar algunas de sus miles de hectáreas de campo, desoladas y estériles, al afán

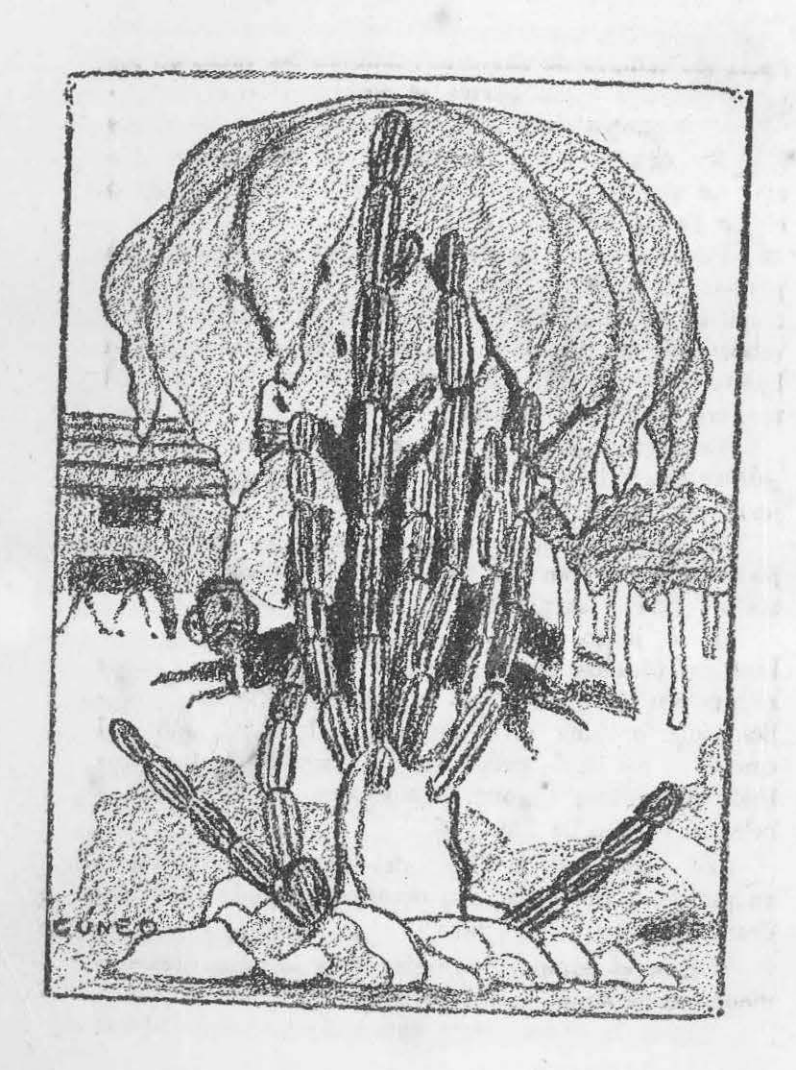
de una vida mejor de aquellos enfermos de alcohol y de sífilis.

Por sus contínuos viajes, "El Carancho" había adquirido, como todos los del pueblo, pobres y ricos, el conocimiento de los boliches nombrados por la excelencia de su caña.

Penetró por la carretera del puente; siguió el rancherío que se extiende hacia el norte; detuvo su caballo frente a un boliche del Callejón, en cuya proximidad tenía una china que le era adicta. Esperó con ella la hora del almuerzo, mientras su caballo sufría el tormento de las moscas bajo las cañas bambúes que servían de pesebre y gallinero; luego siguió hacia el Paso, y se detuvo a beber en casa de la vieja "Meregilda", tipo popular de Melo, que recuerda por sus embriagueces, su cinismo y alcahueterías, el de las zurcidoras de honras de las novelas picarescas.

Así vagó todo el día por las rectas calles del rancherío, en las cuales se elevaba un fuerte aroma de hinojos y abrojales desde los pequeños huertos sin cultivar. Indiferentes, lo miraban pasar los hombres que a la sombra de los mimbres prolongaban su hastío sorbiendo el mate, mientras sus mujeres comentaban junto a la cancela los chismes de la vecindad, y los hijos se revolcaban en la arena de la calle, cubiertas sus carnes por una sucia camisa.

Caía ya la tarde cuando comenzó a cruzarse en las calles con los soldados que, ufanos de sus golillas y sus medias rojas, paseaban al tranco presuntuoso de los caballos de sus jefes, frente a las ventanas desde las cuales los saludaban las chinas de mejillas tan rojas como las faldas que se plegaban sobre sus caderas.



Guiaban con cansado paso los carreros sus mulas hacia los campos de pastoreo; mugían las vacas en los establos, y de todas partes se elevaban en el aire liviano los cantos de los gallos, mientras por las calles iban las chinas, con el murmullo de las enaguas duras de almidón, respondiendo, airadas, al requiebro cínico de los guardia-civiles.

Pasó frente a la plaza de armas del cuartel; en grupos multicolores sobre el violeta del horizonte, se alejaban las mujeres por los senderos, con sus latas rebosantes del "rancho", mientras los clarines de la banda lisa poblaban el bosque de álamos a la orilla del río, con sus voces alegres.

En camino hacia el puente se cruzó con los burgueses que volvían, serios, graves, de pasear a las mujeres por la carretera.

Ya solo, anduvo primero al tranco, haciendo tiempo para que se borrase totalmente el violeta del horizonte lejano y se poblara el cielo de estrellas.

Pasó junto al fogón de unos carreros que sorbían los últimos mates antes de iniciar el viaje en la serena noche; vió alejarse un grupo de jinetes del boliche que enviaba un triángulo de luz roja sobre el camino, y así llegó, cuando ya se apagaban en las sombras los últimos fogones campesinos, junto a la cancela del rancho de Fausta.

Ya estaba al principio del sendero extendiendo su poncho sobre el caballo maneado, cuando sintió ladrar al perrito del rancho.

Lejos, el pampero recogía otros ladridos respondiendo al de aquél, y le llevaba sus ecos.

Puesta la mano sobre el puñal; un paso delante

de su caballo, "El Carancho" escuchaba el silencio del bajo, hasta el que llegaban lejanos y confusos rumores en la sonoridad del aire diáfano. A sus pies comenzaba a estirarse, como una cinta gris, el sendero que subía entre los yuyos hasta la pequeña loma en la cual veía la opaca silueta del ranchito.

Dispuesto ya, avanzó sin apartarse un instante del sendero.

Sobre el caño de sus botas golpeaban los malvariscos al erguirse ya libres de sus pies que pisaban lentos, seguros, mientras él llevaba los ojos puestos en la rendija por la cual salía un hilo de luz.

Llegó al patio; dió un puntapié colérico al perro que intentó detener su paso, y avanzó hacia las cinacinas en cuyas ramas silbaba el pampero.

De nuevo volvió a escuchar; lejanos eran los ecos que el viento llevaba.

Se acercó a una puerta; luego a la otra, desde la que miró hacia adentro, viendo proyectarse el grupo de sombras en la pared.

En la mano oprimía duramente el arma, tal como si estuviese poseído por una cólera violenta.

En el patio continuaba el ladrido desesperado del perro, que una voz excitaba angustiosamente, mientras otra sollozaba apenas.

Pegado contra la puerta que daba al camino, observaba en silencio, contenida la respiración, en tanto sus ojillos inquietos acechaban por la rendija el temblor de las sombras.

—¿Quién es?—preguntó, trémula, una voz.

"El Carancho" pudo ver cómo, empujándose unas a las otras, se alejaban las sombras hacia el rincón

opuesto del rancho, y allí permanecían con el apagado rumor de un sollozo.

Por el camino se sintió venir el eco de un silbido. "El Carancho" se volvió hacia allá escuchando al viajero.

Se hicieron nítidas en el bajo las quejas de una vidalita, y languidecieron lentamente hasta perderse en la cuchilla cercana.

Permaneció distraído en seguir con su imaginación la marcha del viajero, guiado por las voces de los perros que el silbido iba despertando en el camino.

Cuando sólo el pampero volvió a sentirse en las delgadas ramas de las cina-cinas, fué con tardo paso por el sendero, en busca de su caballo.

Ya sobre el camino, hincó fuertemente las espuelas en su animal y se alejó al galope, afanoso por llegar a su rancho, mientras llevaba de contínuo a los labios la botella de caña, para ahuyentar el malhumor que sentía contra sí mismo.





CAPITULO VII

Simulando grave enojo por una imposición sencilla de su novia, "El Carancho" escribió a la hermana de "El Mellao", de cuyos placeres había gozado, una carta altanera y cruel, negándose a cumpilr sus promesas de amor.

En los mostradores de los boliches del pago, no olvidaba mofarse de la credulidad de la criolla, cuidadoso de hacer conocer por todos los convecinos su distanciamiento de aquella casa.

Al calor de los fogones, comentó el pago aquella desilusión de la mujer; lloró ésta el cruel desamor que quebraba la última esperanza de su larga doncellez, y en las pulperías se esperó que "El Mellao" subiría hasta las sierras en busca del burlador de su hermana.

Sin embargo, nadie le vió hacer el camino de la desolada casa de su padre.

Parecía que tanto "El Carancho" como "El Mellao", habían olvidado aquellos planes sombríos concebidos sobre los caminos lluviosos del invierno; uno se

empeñaba en no bajar de las sierras de Arbolito, y el otro no se apartaba un día de la labranza de sus tierras. Pero en verdad, aquellos planes continuaban mordiendo el ánimo de ambos, que se sentían un instante detenidos ante el crimen en el cual iban inevitablemente a caer, unidos en él, y separados por una antipatía recíproca.

Una mañana de octubre, un paisano de tez cobriza, mezcla híbrida de indio y pardo; alto de cuerpo y con el mirar nervioso de los niños, se detuvo en casa del padre de "El Carancho", junto a la cual ese invierno habían enterrado a la madre.

Desde la cocina "El Carancho" le vió tener el caballo de la rienda, y reconoció en la charla vivaz y en las formas afeminadas del indio, a un antiguo conocido de la cárcel. Se llamaba Franco, y se decía venido de lejos. "El Carancho" salió a recibirlo con la cordialidad de quien se sabe admirado.

Deseaba trabajar en una comparsa de esquiladores, y nadie mejor que "El Carancho", hombre que sería, según sus cálculos, personaje en la comarca, para ponerlo en contacto con quien pudiese darle ocupación.

No tenía más dinero, que unos escasos reales ganados en la carpeta. Holgazán; hombre de boliches y ratero cuando la ocasión era propicia, Franco era el tipo del gaucho ladino, que sabe cuentos de aparecidos y luces malas; tiene siempre una comadre famosa por la virtud de sus venceduras; narra historias de guapos y malevos a quienes conoció de muy cerca y en cuyas hazañas fué actor o testigo; acompaña por los caminos a los guardia-civiles a quienes trata como a viejos camaradas; tiene siempre un refrán en los la-

bios, una respuesta aguda en el "truco" y una puñalada traidora el día en que cree necesario mostrar hasta donde van su audacia y su coraje.

El que vive de ese modo, — ¡y son tantos! — no tiene hogar ni amores que lo aten a un pago. Hay una china o una negra, conquistada en un baile con su palabra fácil y donosa entre el tímido hablar de los otros; un caballo redomón como cuadra a su simulado oficio de domador; y en la frente, el recuerdo de todos los caminos, acostumbrado a cruzarlos cuando su inconstancia lo hastía de los pagos.

Aquel era el hombre que "El Carancho" necesitaba.

Un capataz amigo recibió con leal cordialidad en su comparsa de esquiladores al protegido de "El Carancho", mientras éste tomaba el camino del Paso del Sauce. Era una tibia mañana de primavera, cuando cruzó la cancela y siguió hasta la chacra en donde se veía a "El Mellao" golpear, lenta y contínua, la picana sobre el lomo de sus bueyes.

Esperó a que trazase el rectángulo de una nueva melga, que sombreaban los mimbres ya brotados, y cuando estuvo cerca apeóse a la sombra de los árboles, mientras "El Mellao" clavaba la picana frente a la testa de sus animales.

Bajo el sol de la mañana, una torcaza repetía su monótono canto al que respondía otra desde el paso; saltaban en la orilla del río las mojarras, y sus latigazos dejaban temblorosas ondas que "El Carancho veía alejarse y perderse en la corriente bajo los arrayanes y los sauces. En el cielo azul, apenas si alguna

nubecilla pasaba lentamente, perdiendo girones de tul en la luz.

Rumiaban los bueyes, hundidos los costados por la sed, mirando los surcos, mientras a intervalos vibraban en las casas y se repetían en el seno del monte, los cantos de los gallos.

Teniendo uno la orejera en la mano y el otro el cabestro del caballo que comía el pasto crecido junto a los mimbres; separados sólo por el mantel sobre el cual estaba el almuerzo, "El Mellao" y "El Carancho" hablaban con reposo y fingida cordialidad, atentos al sendero que unía la chacra con las casas, temerosos de que alguien pudiera llegar sin ser oído, sobre el pasto.

Por fín se pusieron los dos de pié y "El Carancho", a punto ya de montar, dijo:

—Voy a llevar un caballo. Ya sabés: hay que decir que vine a eso. Y no te vayás a asustar; hay que negar siempre; contra vos, sólo yo tengo las pruebas. De modo que no te asustés.

—¿Y tu compañero quién es?

—Eso no te importa. Al otro día de oir los tiros, llevâme la plata; mirá que yo te rondaré.

—Perdé cuidao por eso.

—Te alvierto que si faltás, yo me encargo de hacerte memoria una noche.

—Parece que desconfiaras de que te fuese a faltar.

—Desconfiar, no; es una alvertencia, no más.

Y "El Carancho" montó a caballo, mientras "El Mellao" apoyado en la picana, parecía absorto en sus movimientos.

—Hasta la vista. No olvidés que vamos con los caballos cambiados; a mí me conocés por el poncho negro.

—Convenido... Hasta la vista.

Siguiendo el surco que sus mansos bueyes abrían recto sobre la verde gramilla; agobiado de sol, "El Mellao" vió a "El Carancho" galopar en las cuchillas de su campo y el de Fausta, arreando la tropilla hacia el corral, y alejarse sobre el caballo overo que allí ensilló, mientras el malacara relinchaba, solo en la ladera, extrañando la lejana querencia.

Durante dos días el cielo se cargaba de nubes hacia el sur, y el sol se ocultaba entre rojos nubarrones sobre la Cuchilla Grande.

El atardecer del nueve de octubre de 1913, ni la más pequeña brisa pasaba entre las gruesas nubes de senos oscuros, quietas en el cielo donde el sol parecía extinguirse opreso, alargando por sus áridos contornos girones de viva luz roja. Tibio era el ambiente del bañado, donde gritaban de contínuo los teru-terus y balaban las majadas recogiéndose, a prisa, al abrigo de las laderas.

Sentado bajo los ombúes del patio, "El Mellao" no atendía la charla de la rueda familiar, distraído en ahondar su mirada a lo largo del camino de Tacuarí, que se perdía ondulando hacia el sur.

Lejos, el Cerro Largo tenía un azul intenso; sobre su lomo blanqueaban dos estancias cuyas arboledas se confundían con las curvas del cerro.

Desde el seno de la tormenta del sur, llegaban saltando los truenos sobre las nubes; al norte, un ligero

tono anaranjado se extendía en un trozo de cielo limpio como un remanso.

Sobre la redonda loma del camino, empezaron a levantarse dos puntos oscuros y a avanzar, primero juntos, luego algo separados, hasta que los caballos pisaron la cumbre y desde las casas se hicieron claramente visibles las siluetas de dos jinetes que andaban al tranco.

"El Mellao" los vió primero que nadie, y desde entonces sus ojos no se separaron un instante del camino que los otros venían ocultando, lentamente, extendidos los cuellos de los caballos, como si los jinetes hubieran olvidado las riendas. A sus espaldas continuaban sonando los truenos, que entonces el principio del pampero traía veloz hasta las llanuras.

Eran altos y erguidos sobre los caballos; los dos vestían ponchos cuyos extremos movía apenas la brisa. Uno de ellos, de largas piernas colgantes por debajo del vientre de su animal, llevaba poncho negro; el del otro era claro, de anchas listas.

"El Mellao" los vió acercarse tal como si fueran a detenerse en la cancela de su casa; y al silencio de los patios llegó el murmullo del diálogo de los jinetes que se alejaron hacia el paso, sin mirar siquiera aquella rueda familiar que dejaron pocos metros a su izquierda.

—Viajan confiaos esos; comentó la mujer de "El Mellao".

—Cierto; no va a demorar mucho sin que el agua los alcance en el camino; ya comienza a levantarse el viento—agregó otro.

—Sólo que vayan muy cerca de aquí—insistió la mujer.

—Capaz;—dijo "El Mellao".

Y la conversación volvió adonde había quedado interrumpida por el paso de los viajeros, a quienes anunciaron los teru-terus del río.

Todo era quietud en el hondo silencio del atardecer.

Por el camino violado que va como una cuerda ondulante del monte del Tacuarí al de Bañado de Medina, "El Carancho" y Franco continuaban al lento trote de los caballos, viendo aproximarse la tormenta cuyo aire húmedo venía ya sobre los campos.

—¿Usté no crée que hemos venido haciéndonos ver demasiao dende que salimo del boliche?

—Claro que sí; es el modo...

—¿Y si llegan a desconfiar de nosotros y nos prienden?

—Vos contás talmente el camino que vamo haciendo.

Franco no comprendió el alcance de la audacia de su compañero; pero guardó silencio.

Desde que se hablaran junto al mostrador de un boliche, y él aceptó sin ningún escrúpulo aquella "comisión" que le daría de pronto cien pesos, sentía una espontánea y creciente sumisión hacia el carácter imperioso de su compañero.

Sin más palabras que las precisas para enterarle de cuánto iba ganando con la muerte de Fausta, Franco había admitido su cooperación, sin dudas morales, con un gesto de cínica indiferencia, pretendiendo con ello no desmerecer a los ojos de un hombre como "El

Carancho", en el concepto en que éste decía tener a su valor.

Pero a medida que se acercaba la hora del crimen, advertía con inquietud los silencios de su compañero sobre el instigador, de quien no supo más que el nombre; sobre las futuras víctimas, y aún mismo sobre el lugar hacia donde se dirigían.

El hubiera deseado saberlo todo; enterarse hasta de los últmos detalles del plan; pero "El Carancho" se había vuelto reconcentrado desde el instante de montar a caballo aquella tarde, y apenas si respondía con monosílabos a sus preguntas.

Toda la astucia de Franco se estrellaba, pues, frente a la fuerte decisión del otro; y el "gaucho ladino", conciente de su inferioridad, distraía su inquietud en comentarios y narraciones banales, preguntando a ratos el nombre de los dueños cuyas heredades cruzaban.

Junto a un mimbre que en medio del Bañado de Medina prestaba sombra a los viajeros y astillas de sus secas ramas a los carreros despiadados que encendían junto a sus raíces los fogones, se detuvieron un instante para beber en el frasco de caña que "El Carancho" llevaba en su bota.

—El agua viene ya por aquella estancia que blanquea en el cerro.

—Sí; es la estancia del general.

—¿De qué general?

—Muniz, pues.

—¡Hombre guapo, no?

—Serví con él en un barullo.

—¿Lo vió peliar?

—No; pero soy amigo de su asistente.

—Yo también he óido sus hechos, en unas décimas, allá por adentro.

—Se nos viene la lluvia, vamo tranqueando.

El bañado se adormecía en los balidos prolongados de las majadas que iban buscando salida de los pajonales en los que silbaba el pampero.

A la orilla del camino volaban las lechuzas para posarse sobre los postes de piedra, y desde allí gritarles a los viajeros razgando con sus gritos el extendido silencio de la nochecita.

—Parece una cruz lo que hay al lao de ese poste.

—Es la de un milico.

—¿Lo mataron peliando?

—Lo madrugaron.

Pasaban en ese instante junto a un codo del camino, cuando les llegó primero vago, luego preciso sobre el piso endurecido de la próxima cuchilla, el golpear del galope de un caballo. Se hicieron a un lado del sendero, mientras sentían llegar el sonido de los cascos del caballo en cuyas ancas sonaba de contínuo el golpe seco del rebenque.

Advertido por el murmullo del diálogo de los viajeros, el otro detuvo el galope y avanzó al paso, puestos los ojos en aquellos jinetes cuyas siluetas se alargaban en la penumbra del anochecer. Cuando creyó tenerlos frente él, les gritó, cordial:

—Buenas noches...

—Güenas noches...—respondieron ellos.

Sin dejar el paso de los caballos, anduvieron unos metros en silencio, hasta que el otro, seguro de tenerlos ya a distancia, reanudó el galope y comenzó a ex-

tender sobre las llanuras en silencio las alargadas notas de un estilo que se alejó silbando hacia el monte.

Ya era noche cerrada sobre los campos, cuando comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia que golpeaban con sordo rumor en los ponchos de los viajeros y en el suelo del que se levantaba un vaho caliente.

Al coronar una cuchilla que en las sombras le pareció a Franco de extraña altura, vieron parpadear, en líneas que se cortaban perpendicularmente, las luces del pueblo.

—Tamos cerca de Melo—comentó, queriendo sugerir el peligro y no confesar, al mismo tiempo, su temor.

—Casi dos leguas—dijo "El Carancho" secamente.

—Son pocos, trescientos pesos, por una "comisión de esta clase;—se atrevió aún a comentar el otro, que comenzaba a notar por su parte por cuan poca cosa había vendido a "El Carancho" su complicidad en empresa tan arriesgada.

—"El Mellao es pobre y no podía pagar más. Vos, que no has hecho nada, te llevás la mitá.

—No me quejo; digo, nomás, que le pagan poco a usté.

—Ah, sí; es poco. Después del hecho, veremos si sacamo más.

Para no interesar a Franco en mayor grado, le había engañado diciéndole que "El Mellao" sólo le pagaría trescientos pesos por aquel crimen que iban a cometer.

En ésto como en todos los detalles de su situación en aquel crimen, "El Carancho" se había guardado de hacerlos conocer por Franco; procediendo así, más

que por desconfianza hacia su compañero, por orgullo y por astucia.

—Llueve juerte. Va a haber creciente.

—Sí; vamo a ladiarno un poco y esperar.

Perdidos entre los altos chircales que rodean la cuchilla sobre la cual los relámpagos descubrían el blanco techo de la escuela, los asesinos aguardaron por más de una hora, guareciéndose de la llovizna en el seno de una barranca.

Cuando vieron apagarse los fogones de roja luz en las cocinas de los ranchos próximos, volvieron a montar en silencio y avanzaron al paso, hasta el bajo.

—Aquí está la cancelita.

Con los caballos de la rienda, entraron en la huerta y se dirigieron hacia el bajo donde manearon los animales.

—Vamo a dejar aquí los ponchos.

Por un instante los dos callaron, ocupados en quitarse los ponchos y colocarlos sobre los recados.

Desde el patio sintieron los ladridos del perrito. "El Carancho" tenía puestos los ojos en la loma sobre la cual brillaba el débil hilo de luz por la rendija del rancho.

Por el camino no se sentía venir ningún eco; sólo el perro con sus ladridos constantes, avivaba los de los próximos cercados.

Lejos, clareaban los anchos relámpagos en la tormenta.

—¿Qué horas serán?—preguntó Franco en voz baja

—Las diez, por áhi.

—Me parece...

—Callate, mirá...

"El Carancho" había visto de pronto ensancharse el hilo de luz de la puerta y, envuelta en la franja rojiza, aparecer el cuerpo pequeño de una mujer.

Los hombres, ocultos detrás de los caballos, permanecieron en silencio con los ojos fijos tenazmente en la luz. La pequeña mujer, de claros vestidos, estiró el busto hacia las sombras pesadas de la noche; a través de la cortina extendida por las garúas frente a la luz, la vieron atisbar un instante en la oscuridad en la que sólo se sentía cruzar el pampero sobre el rancho y los altos malvariscos. Luego abrió los brazos, escuchó aún un instante, y la puerta volvió a cerrarse mientras el perro continuaba ladrando hacia el camino.

—Es la vieja—dijo "El Carancho"

—¿Nos habrán óido?

—Pueda ser. ¿Estás pronto? Vamos.

—Vamos.

"El Carancho" delante, Franco detrás, avanzaron por el sendero sin decirse palabra, esgrimiendo sus puñales.

Estaban ya sobre el patio limpio de yuyos, cuando "El Carancho" extendió hacia atrás el brazo indicando al otro que se detuviese, y él fué, pisando apenas, hacia la puerta que daba al camino, guiado por el hilo de roja luz.

Por la rendija del rancho cuyas pajas le tocaban la cabeza, el asesino distinguió claramente el grupo de mujeres: una anciana, dos jóvenes y una niña, que sentadas en humildes bancos de ceibo, apareaban chala sobre una pequeña mesita.

A la temblorosa luz de un candil las veía vestidas

pobremente, inclinados los ojos hacia las manos que trabajaban con afán; callar las jóvenes, atentas a las palabras de la anciana, mientras la niña, cruzados los brazos sobre la mesa, apoyaba en ellos el mentón e interrumpía de contínuo los relatos de la abuela.

Fausta, la anciana y la niña, vestían claras ropas; la otra joven, aquella cuyos grandes ojos miraban hacia donde él estaba, atendiendo el angustioso ladrar del perro, vestía una blusa oscura y falda blanca con pequeñas flores lilas.

El perro dió un grito de dolor y se fué a refugiar en la otra puerta, huyendo de Franco que acababa de pegarle.

Sorprendido por aquel grito, "El Carancho" se extremeció y volvió los ojos inquietos hasta las cinacinas. En el rancho quedaron paralizadas las afanosas manos de las mujeres.

—¿Andará alguno en el patio? Sería bueno abrir la puerta y mirar;—dijo Fausta, levantándose.

—No seas loca, muchacha. ¿Abrir la puerta otra vez con esta noche?—repuso la abuela.

Y las cuatro quedaron en suspenso, sin mover una chala, atentas al sordo ruido del pampero sobre el rancho.

—Garúa—; volvió a decir Fausta.—vamos a tener temporal; esta tarde el Cerro Largo estaba echando humo.

—Y tendremos viento; los chingolos se han pasao cantando en las cina-cinas.—Agregó María Josefa.

—Ese ruido ya es la lluvia en la paja—; comentó la abuela, atendiendo al creciente murmullo.

"El Carancho se volvió hacia Franco, cuya silue-

ta parecía agrandarse a la luz de los anchos relámpagos, y le dijo en voz baja.

—¿Tenés pronto el cuchillo? Son cuatro; tres mujeres y una gurisa. Ya sabés: que no se escape ninguna; pegá sin lástima.

Franco no contestó y le siguió hasta la puerta.

Apoyadas las manos sobre la puerta que daba al camino, los dos hombres empujaron con todas sus fuerzas, cuando sintieron que una voz, temblorosa de angustia, preguntaba:

—¿Quién anda ahí?

Nada respondieron ellos, y continuaron luchando por vencer las maderas, junto a las cuales corrieron las mujeres a sujetarlas.

Durante algunos minutos se sintió el sordo sonar de los hombros junto a la puerta; enmudecidos, unas de miedo, "El Carancho" de cólera.

Ante la inesperada resistencia de aquellas infelices, sintió que se apoderaba de su ánimo una prisa febril, violenta, por penetrar en la pieza y saciar su ira, a cada instante más salvaje, hundiendo el puñal en el cuerpo de las mujeres. No se acordaba de "El Mellao" ni de sus promesas; ni siquiera de Fausta; entonces era suyo el deseo incontenido de alcanzar a todas y ultimarlas de tantas puñaladas como diese su rudo brazo.

De pronto, una alegría feroz iluminó su frente.

—Esperá aquí, que ya están.

Y dando grandes pasos; corriendo una mano sobre la pared húmeda de la llovizna que golpeaba en sus ojos abiertos, llegó a la esquina del rancho y dobló

hacia la puerta del sur, que se abrió violentamente bajo el golpe de su hombro.

De súbito, las tres mujeres se volvieron; y puestas las espaldas sujetando aún la puerta del camino, quedaron, anhelantes, caídos los brazos, mirando atónitas a aquel hombre que cubría con su alto cuerpo el espacio abierto.

Acorraladas, vencidas de desesperación, las mujeres estaban como sujetas por los ojos de "El Carancho", sin hablar, sin moverse, sin respirar siquiera.

La luz del candil daba un tinte rojizo sobre el fondo negro de la noche en que se perdían sus últimos perfiles, a aquel hombre que avanzando una pierna hacia el rancho, se contraía bruscamente en actitud de dar un salto. En sus manos brillaba el puñal; pero ellas, sin fuerzas para ordenar su pensamiento; perdidas las ideas en la vaguedad de su desolación, sólo le miraban los ojos pequeños, duros, tenaces, brillantes en la cara cubierta de barba, y en los que estaba visible la fatal solución de sus vidas.

En el ambiente íntimo del rancho, se sentía un temblor de angustia cuando Fausta, sin mirar a las otras con cuyo cuerpo cubría, extendió hacia él los brazos, implorando un ruego que el espanto ahogó en su garganta.

Dió él un paso hacia adentro, recogido el brazo del puñal; y ella, como atraída por invencible fuerza; así, en alto los brazos; echado hacia atrás el busto; fijos sus ojos en los de él, corrió, abiertos los mudos labios, hacia la hoja brillante.

"El Carancho" no tuvo más que soltar el impulso de su brazo, y la infeliz se llevó las manos al vien-

tre, recobrada la conciencia por el dolor de la herida.

Aquel grito apagándose entre las pesadas paredes, dispersó el grupo de las que se hallaban junto a la puerta. Iba a asestar a Fausta una nueva puñalada, cuando María Josefa dió un salto hacia él, juntas las manos, gitándole:

—¡Perdón, no nos mate, perdón!

El retrocedió un pequeño espacio; Fausta cayó de bruces sobre el catre, mientras la otra se doblaba ya con las manos en actitud de ruego.

El puñal se detuvo un instante; "El Carancho" lo impulsó con furia, hasta sentir la hoja opresa en el vientre de la mujer y su mano mojada de sangre tibia junto a las faldas.

—¡Mama, sálveme! ¡Perdón! —; gritaba la infeliz mientras sus manos crispadas de dolor pretendían coger la hoja sangrante que una vez más pasaba rápida entre sus dedos, desgarrándolos, y se hundía en el vientre.

Por encima del busto de María Josefa encorvado con violencia de dolor, "El Carancho" vió a Fausta abrir una ventanita y echar hacia afuera la mitad del cuerpo. El asesino, con aquella ira febril que había aumentado en él al sentir el calor de la sangre en su puño, dejó a María Josefa correr, tambaleándose, hacia el patio, y saltó sobre Fausta.

La joven tenía ya casi todo el cuerpo fuera, cuando sintió la cercanía de "El Carancho". Apoyó en un último esfuerzo sus manos en el marco de la ventana y bajo el impulso del instinto, se volvió hacia su perseguidor pretendiendo dejarse caer de espaldas antes de que la alcanzara. Pero "El Carancho" había

dado un salto, y el puñal se hundió entre sus descubiertos y temblorosos senos.

Al caer en las sombras el cuerpo, las tiernas ma-



nos de la joven rozaron la barba del asesino.

El estiró hacia afuera el busto; el viento con lluvia le dió en el rostro haciéndole entornar los ojos; desde las sombras del suelo, le llegó, agonizante, la voz de Fausta:

—¡Perdón...!

Al volverse sintió que una ráfaga de viento cruzaba el cuarto; sorprendido miró a la izquierda y vió la sombra de Franco encorvarse junto a la puerta que daba al camino.

Mientras "El Carancho" hería a Fausta y María Josefa, la anciana, desesperanzada de valerles en algo, quiso salvarse con la nieta huyendo por aquella puerta hasta entonces cerrada. Pero cuando había dado un paso en el patio, una sombra, tan alta como la del que estaba dentro, se echó sobre ella, y un puñal se hundió en sus carnes arrojándola sobre el suelo mojado.

En el instante fugaz en que "El Carancho" miraba, Franco, rota en el cuerpo de la abuela la punta de su puñal, se encorvaba sobre ella, echaba hacia atrás la cabeza blanca de canas, y estirando la rugosa piel del cuello con el índice y el pulgar de su mano izquierda, hundió allí la hoja que luego llevó de un golpe hacia la derecha hasta cortar la garganta y chocar con la mandíbula junto a la oreja.

Un sordo gemido, ahogado por el chorro de sangre, escapó de la garganta de la anciana.

"El Carancho no miró más; la abuela ya no escaparía.

De pié, bajo el viento y la lluvia a cada instante más recios, escuchó en el silencio esperando oir los gemidos de María Josefa, para ultimarla.

De pronto vió, en el resplandor de luz rojiza que el candil enviaba por la ventana hacia afuera, el blanco vestido de la joven destacarse sobre la sombra de una tapera cercana.

Cuando corrió hacia ella, vió que la mancha blanca huía pretendiendo poner entre ellos los bajos muros de la tapera. "El Carancho" tropezaba en los terrones caídos en su camino; sentía atarse un instante los malvariscos a sus botas; y al ver como la mancha

blanca continuaba en aquella ronda trágica en derredor de la tapera, se encendía aún más su ira.

Así pasaban al resplandor de luz que salía por la abierta ventana, una y otra vez, bajo el viento y la lluvia, rugiendo "El Carancho" palabras ininteligibles, tropezando de continuo, pero tenaz como una fatalidad, tras la mancha blanca que lloraba apenas:

—¡Perdón...! ¡Perdón...! ¡Mama, sálveme!

Hasta que una vez, junto al cadáver de Fausta, la ruda mano del asesino cogió el cuello de María Josefa y él se echó sobre ella cayendo arrodillado cuando se doblaron, extenuadas, las piernas de la infeliz.

Franco había arrastrado a la suya hacia donde estaba Fausta; al verlo, "El Carancho" se puso de pié y le interrogó:

—¿Aseguraste la gurisa también?

—¿Qué gurisa?

—¿No te dije que había una gurisa? ¿A que sos capaz de haberla dejao escapar?

Y poseído de aquella cólera que se hiciera dueño de él desde que diera la primer puñalada, volvió presuroso al rancho seguido de Franco en cuyo ánimo sentía como un oscuro temor hacia su compañero.

—Agarrá ese candil y alumbrá aquí.

Franco obedeció en silencio.

Bajo las camas; dentro de un desvencijado baúl; en lugares incapaces de guardar el cuerpo de una niña, "El Carancho" buscaba afanoso su presa.

Un golpe de viento los dejó a oscuras. El encendió unos fósforos y recorrió el rancho con la vista.

—Mire las chalas que estaban apareando. Me voy a llevar unos mazos; dijo Franco extendiendo hacia el

catre su mano.

—Dejá eso, indio; no robés nada. ¡Dejaste escapar la gurisa, desgraciao... !

—Yo no la ví.

Desde una pequeña zanja, herida por los cardos florecidos que la ocultaban; pegadas a su cuerpo las ropas sucias de barro, la niña permanecía, inmóvil de terror, mirando hacia el rancho en el cual veía andar las estiradas siluetas de los asesinos.

Desde allí, escapada por entre las piernas de Franco cuando éste se echó sobre la abuela, sintió poblarse el pampero con los gemidos de las víctimas; las voces sordas de "El Carancho"; el murmullo de su disputa por ella; y luego, otra vez el silencio, mientras el pampero seguía golpeándole el rostro con las espinas de los cardos.

—Vamo a terminar con las mujeres.

—Se me quebró el cuchillo en la vieja.

Ya se hincaba "El Carancho" sobre Fausta, cuando respondió con desprecio:

—¡Qué se te va a quebrar, maula, es que estás asustao!

Franco, desarmado junto a aquel hombre cuya violenta voluntad sentía pesar sobre su ánimo desde que sacaron los puñales, no se atrevió a contestar y permaneció de pié junto al cadáver de su víctima.

A la luz de los relámpagos veía a su compañero, arqueada la huesosa espalda; echado sobre los ojos el ancho sombrero; clavadas las rodillas en el vientre de Fausta, mientras el puñal se perdía entre las ropas hasta hundirse en el cuerpo ya muerto.

Entonces ya no tenía prisa. Daba un tajo en la

cara; cortaba el cuello cuyos músculos se contraían bruscamente y la piel ensangrentada cubría los entreabiertos labios; y por fín, corriéndose hacia los pies de Fausta, le hundió el puñal varias veces en el vientre.

Franco le miraba con fijeza mientras un tumulto de ideas acudía a su frente.

Le pareció que iba ya mucho tiempo que estaban allí; el camino pasaba apenas a una cuadra de distancia; en los ranchos próximos ladraban con ardor los perros; la niña podía haber llegado hasta las casas cercanas, y ya estarían armándose los hombres para ir a darles caza.

Al ir a hablar, notó que eran respetuosas sus palabras:

—Don Florencio... ya están muertas... conviene dirnos.

—¡Calláte maula! Estas puñaladas son pa asegurarlas; puede que estén vivas.

Contestó "El Carancho", pasando del cuerpo de Fausta a hincarse sobre el de María Josefa.

En sus bombachas se mezclaban, empapándolas, la lluvia y la sangre, mientras él repetía en el cuerpo de María Josefa casi las mismas puñaladas que diera a Fausta.

Le cortó el cuello bajo el mentón; bajó rápido el brazo, y hundió el puñal en la línea que los anchos y flácidos senos dejaban entre ellos; se encorvó sobre el vientre, y a prisa, hundió la hoja tibia de sangre en el montón informes de vísceras y ropas.

Franco guardaba silencio, atento a los ecos que llegaban desde las próximas cuchillas y a la tarea de "El Carancho" a quien distinguió claramente a la luz

de un relámpago, cuando éste se echó sobre el cuerpo de la abuela y le hundió el puñal que fué rápido de un extremo al otro del vientre.

Entonces se puso de pié; limpió en una mata de malvariscos el cuchillo, y dijo:

—Vamos.

—Vamos.

Se pasó el dorso de la mano por la frente, y respiró con señas de cansancio:

—Dieron trabajo.

Franco comentó:

—También, quedaron como pa que se levanten.

—Ah, claro...

Sin volverse una sola vez para mirar hacia el rancho por cuyas puertas se colaba el pampero con lluvia, llegaron hasta sus caballos.

Ya estaban sobre el camino de Bañado de Medina, cuando Franco dijo:

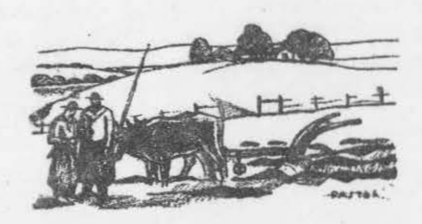
—¿Qué horas serán?

—Quién sabe.

—¿Habremos demorao mucho?

—Capaz, respondió "El Carancho", distraído.

Protegidos por los gruesos ponchos se perdieron en silencio bajo la lluvia, mientras sus caballos al galope chapoteaban el barro del camino.





CAPITULO VIII

En las densas sombras de la noche, "El Carancho" guiaba la marcha recordando las lomas y llanuras por las cuales iban siempre al galope, hasta detenerse cuando sintieron golpear en las botas los pajonales del Bañado de Medina.

Hacían el mismo camino del anochecer, y uno y otro guardaban un largo silencio desde que se alejaron de la loma sobre la cual la muerte y el barro desfiguraban ya el rostro de las mujeres.

Estaban a muchos metros distantes del paso, cuando les llegó el eco del agua saltando sobre las piedras. Sorprendido, Franco preguntó:

—¿Y ese ruido, de qué será?

—Es la creciente en el paso.

—Ha de ser fiero de cruzar.

—Cuando está a bola pié, es muy fiero. Hay que tirarse reto y después torcer pa la derecha salvando el remolino.

—¿Usté es baqueano?

—¡Cómo no!

Sobre la empinada barranca los caballos se detuvieron a impulsos del miedo. Frente a ellos se ahondaban las negras sombras llenas del ruido inquieto del agua, tal como si llegaran de una gran profundidad por donde corriesen arrollando los árboles cuyas quejas percibían claramente los viajeros.

—Vamo a acomodar las cinchas.

Mientras en ello se ocupaban, los caballos enardecidos por la presencia del abismo que se abría bajo sus cascos, no estaban un instante quietos, resoplando sonoramente; desde lo hondo continuaba el ruido del agua que se alejaba con sordos ecos bajo la bóveda del bosque que los relámpagos mostraban como una oscura colina llena de misteriosos murmullos.

—Seguime, — dijo "El Carancho", y clavó sus espuelas en el caballo que avanzó con el cuello extendido hacia el suelo.

Abierta la boca por las riendas firmes que los sostenían, los animales bajaban con temerosa prudencia por la empinada barranca en cuya greda mojada se resbalaban sus cascos. Con los ojos fijos, en un inútil esfuerzo por ver la altura de la creciente, "El Carancho" alargaba el cuello hacia lo hondo de la barranca desde donde les llegaba, a medida que se acercaban, más potente y distinto el choque de las aguas embravecidas sobre las piedras.

Los quejidos de las ramas caídas sobre el río, se prolongaban sobre el murmullo de la lluvia en las copas de los árboles.

—Largáte aquí mesmo.

Se sintió el golpe seco de los rebenques en las ancas, y el caer de los caballos en el río.

Sin hablarse, con todo el pensamiento fijo en los movimientos acompasados de los animales nadando, los hombres no apartaban los ojos de la masa oscura de la barranca contra la cual chocaban las aguas.

El paso no estaba aún lleno; sin embargo, a Franco le era imposible recordarlo tal como lo había visto ese anochecer antes de la lluvia. Su caballo resoplaba con angustia, y a él le parecía que no terminaba de ceder el impulso violento de aquellas aguas. Miró hacia su izquierda buscando a "El Carancho" para preguntarle si aún quedaba largo trecho por nadar; extendida sobre las aguas, la sombra de "El Carancho" y su caballo avanzaba serena y en silencio.

Bien pronto los animales afirmaron sus cascos sobre la dura losa del suelo y comenzaron a subir la retorcida senda del camino. Cuando llegaron sobre la barranca de la orilla, los hombres volvieron a desmontarse para arreglar los cojinillos.

Libres de los jinetes los caballos se sacudieron violentamente para voltearse el agua, y resoplaron con fuerza.

—Había sido peliagudo el tal paso; — dijo Franco.

—Tiene mentas de ser muy traicionero.

Y ya sobre los caballos al trote, "El Carancho" continuó:

—Yo nomás, recuerdo de cuatro que se ha tragao. Primero jué un italiano que alambraba por aquí cerca; se vino un mediodía a bañar, y el remolino marchó con él.

Después jué una parda lavandera; estaba con una

chiquilina al lao. En un descuido se le jué al agua; se tiró a sacarla y se ahogaron las dos. Un mozo muy nadador y muy gente, — vivía a los fondos de lo de "El Mellao" —, venía una tarde pal pueblo a buscar remedio pa la madre. El paso estaba campo ajuera; pero el mozo, confiao en el matungo y en los brazos, no le hizo asco al peligro, y se largó nomás. Parece que la correntada lo llevó contra unos sarandises, y allí encontraron, a los muchos días, el cuerpo del pobrecito.

¡Te garanto que era un güen mozo! Muy dao con todos; cantor en la guitarra; güena pierna pa una jugada, y de mucha coraje. Le decían el Paraguay.

—¿Y era paraguay, mesmo?

—No; le decían de apelativo, nomás... Sin dispreciar a naides, era un mozo de valer.

—¡Lástima... ¿no?

—Sí, una lástima.

—Al agua no se puede facilitar: cuanti más nadador es el hombre, ella parece más traicionera.

Pocos momentos después, ya sus caballos chapoteaban el barro de las barrancas del Paso del Sauce.

En el silencio completo de la noche vibró el relincho de un caballo junto al monte que repitió largamente sus ecos.

La lluvia comenzaba a menguar, y a la débil luz de la luna "El Carancho" distinguió la chispa roja de un cigarro.

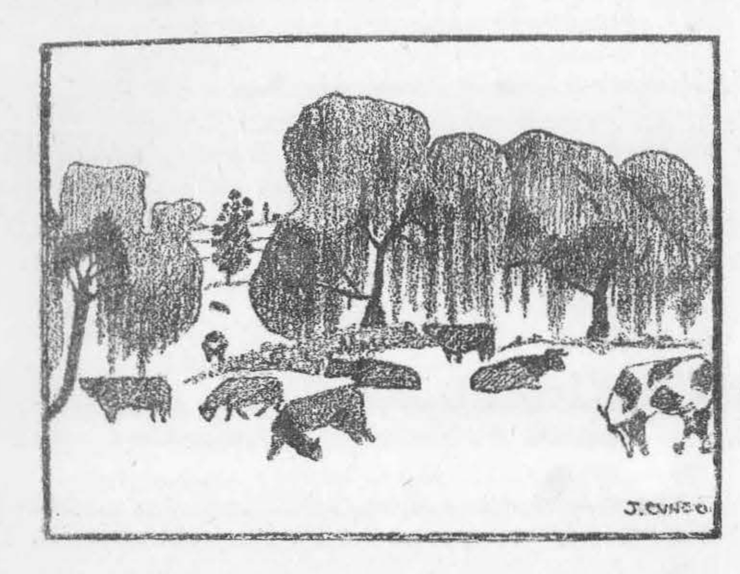
—Allí hay uno.

—Es verdá, respondió Franco, siguiendo con sus ojos la dirección que señalaba el extendido brazo del otro.

—Ha estao esperando en el resguardo del monte a que pase la lluvia.

—De juro que nos está bombiando.

—Sí; vamo a hablarle.



—Pero don Florencio, si nos acercamo, mañana nos va a denunciar.

—¡Vos qué entendés de ésto; — contestó "El Carancho, alejándose hacia el desconocido.

—Güenas noches.

—Güenas noches; — respondió el desconocido.

—¿Qué tal, va diendo de viaje?

—Sí señor. ¿No sabe cómo está el Paso de Bañado de Medina?

—Recién lo vandeamo; va a tener que nadar un güen pedazo. ¿Viene de muy lejos?

—No señor; de Arbolito.

—¿Es criollo de aquel pago?

—Sí señor.

—Entonce yo tengo que conocerlo.

—Pueda ser: me llamo Francisco Amaral.

—¡Pues claro, muchacho, si sos mi sobrino!

—¡Es verdá, no lo había reconocido, usté es mi tío Florencio Amaral!

Al oir el nombre de su compañero Franco espoleó su caballo, presa de viva inquietud al verse descubiertos.

Pero "El Carancho" respondió con calma:

—No muchacho; ¿no alvertís que soy tu tío Joaquín? Cuando volvás, dales acuerdos míos a tus padres.

—Serán dados, tío.

—Adiosito.

—Que les vaya bien.

La audacia y el cinismo de "El Carancho" tenían atónito a Franco, quien a medida que transcurría el tiempo en sus andanzas, doblaba más la voluntad ante el carácter extraordinario de su compañero.

Si habían estado un instante en un plano de igualdad, ello fué cuando Franco aceptó sobre sí la complicidad en el crimen; pero desde que se pusieron en acción hasta el momento en que "El Carancho" desenvainó el puñal junto al ranchito de las víctimas, la fuerza trágica de sus instintos desencadenados en aquella hora terrible, y la serena calma con que ahora apenas si se alejaban por los caminos, infundieron en el ánimo

pueril de Franco la certidumbre de su inferioridad moral. Así, lo seguía obedeciéndolo en todo, sin atreverse ya a hurgar en los largos silencios del otro.

Iban por el medio del ancho Paso del Sauce, cuando Franco preguntó:

—¿Y aura qué hago con este cuchillo?

—Qué tiene?

—Se me rompió, pues, en las costillas de la vieja.

—Tirálo al agua.

Franco obedeció.

Por unos instantes las bóvedas del monte de Tacuarí repitieron los ecos de dos disparos que "El Carancho" hizo al aire, junto a la cancela de "El Mellao".

Ladraron sorprendidos los perros en las casas, y en las barrancas del camino se despertó gritando la pareja de teru-terus.

Después todo fué silencio junto al monte cuyas hojas brillaban entonces a la luz de la clara luna.

Por el camino fangoso que sigue hacia Guazú-Nambí, no se sentía más que el chapotear incesante y monótono del galope de los caballos de "El Carancho" y su cómplice.

El pampero, que en el cielo envolvía y empujaba veloz las nubes hacia el norte descubriendo el limpio brillo de las estrellas, silbaba sobre las carquejas y en el ala de los sombreros.

En aquel prolongado silencio, se diría que uno guardaba del conocimiento del otro sus pensamientos sobre el crimen que acababan de cometer. Franco pensaba insistentemente en él; todas sus palabras eran dichas en la esperanza de iniciar el diálogo sobre el su-

ceso y sondear el espíritu de "El Carancho" expresándole el tumulto de ideas que golpeaban en sus sienes. Viva, encendida en su conciencia, aunque otras imágenes cruzaran delante de ella como siluetas borrosas frente a las llamaradas de un fogón campesino, Franco llevaba la imagen de "El Carancho", visto a la luz del relámpago, hincado sobre Fausta.

Solos por el camino, espiaba los rasgos de su compañero y notaba en su espíritu un vago sentimiento de admiración y temor hacia aquel hombre que galopaba, echado hacia atrás el busto, firmes los ojos cuya mirada adelantaba en la cinta oscura que corrían los caballos.

—¿Habrá sentido la seña "El Mellao"?

—De juro. ¿No viste luz por la rendija de una ventana?

—Entonce se ha pasao la noche en claro esperando nuestra vuelta.

Y volvieron al silencio, en tanto continuaba el galope incierto de los caballos fatigados.

Dejaron a su espalda la senda de un corredor; luego la de otro que baja a las quebradas del Tacuarí; costearon una pequeña serranía blanqueando a la luz de la luna; dejaron de oir los ladridos de los perros al apartarse de los ranchos asomados al camino. Unas veces detenían el galope sobre el tembloroso piso de las cañadas, y otras golpeaban sonoramente los cascos de los caballos sobre las losas de la sierra.

¿Hacia dónde iban? ¿Por qué se internaban en el sur, alejándose de las fronteras del Brasil?

Franco no quería preguntarlo por no parecer temeroso.

Hasta que por fín se detuvieron junto a una cancela que traspusieron, y llegaron al tranco hasta el patio de unos ranchos.

"El Carancho" se desmontó primero, y llamó en la puerta:

—Natalia, abrí.

Una voz contestó de adentro.

Ya se abría la puerta, y en ella asomaba una mujer con gesto de sueño, cuando "El Carancho" dijo a su compañero:

—Arregláte vos en el galpón. Vamo a dormir un rato, porque hemos galopiao mucho esta noche.

Por unos instantes aún, Franco vió el hilo de luz que salía por la ventana del cuarto en que "El Carancho" hablaba con su china...

En el limpio y mojado amanecer vibraban los cantos de los gallos, cuando los asesinos se dormían en pesado sueño.





CAPITULO IX

El ambiente de sopor que pesaba sobre las angostas aceras de Melo en aquel mediodía de octubre, no era bastante para detener los pasos precipitados de Josesito que, según la expresión pueblera, "trotaba" de una casa a otra, internándose en los zaguanes solitarios, golpeaba las manos cuando ya se hallaba en medio de los sombreados patios solariegos, y luego de introducir allí el temor y encender la curiosidad, volvía nuevamente a la calle en la que se sentían sonar sus pasos en el ambiente callado del pueblo.

La cabeza encorvada por el calor, y bajos los ojos, a los que martirizaba el reflejo del sol sobre las losas de las aceras; respirando sonoramente; sacudida la espalda ancha y encorvada y el vientre pesado que parecía extender sus curvas hasta mitad de las cortas piernas redondas que andaban a saltitos descompasados, Josesito iba sin embargo incansable, agobiado de sol contra el cual apenas si lo protegían los pequeños pretiles de las azoteas; en una mano la galera, en otra

el pañuelo; agitado y feliz, por ser el portador de la tremenda noticia con que iba sacudiendo la modorra de la siesta de los estancieros y comerciantes, y avivando las ruedas que en la penumbra de las salas formaban las muchachas del pueblo para contarse sus intrigas y sus amores.

Josesito era así; el sábelo todo. En sus cuarenta años, no había hecho otra cosa que remedar el oficio de procurador de un escribano, profesión pública con que ocultaba la auténtica ocupación de sus días.

Mirado a corta distancia, no era más que un montón informe de carnes, con su cabezota grosera, su ancho cuello nacido casi en el extremo de los hombros, y luego, atrás y adelante, las temblorosas y abiertas curvas de las nalgas y el vientre.

Bajo los gruesos párpados que caían de la lustrosa frente, brillaban sus ojitos saltones; tenía los pómulos altos y rosados; la boca pequeña y redonda; las manos regordetas, con hoyuelos en vez del agudo pronunciamiento de las coyunturas; y con aquellos pasos breves e indecisos, pareciendo que la inclinación hacia adelante de la cabeza y el vientre violentasen el equilibrio de su vertical, Josesito era la suma acabada de los rasgos de un tonto.

Aunque de contínuo llevara grises los zapatos por el polvo de todas las calles que él recorría a diario; cortos y arrugados los pantalones, y blanqueando de caspa los hombros de su saco, Josesito, sin embargo, solía ponerse un jaquet cuyas puntas partían erectas de sus anchas caderas, cuando él se doblaba en corteses contorsiones, recibiendo a las damas en la puerta del salón de baile del Club.

Por la mañana; al mediodía; por las tardes; en los senderos blancos de azahares de la plaza durante las noches, veíase a diario la saltona silueta de Josesito acompañando a las muchachas que, sentadas en el alféizar de las ventanas o en los bancos de la plaza, no se cuidaban, en su presencia, de que las ropas mañaneras o los vestidos de paseo dejasen asomar las castas curvas de los senos.

El sabía los secretos de todos los amores iniciados, y mientras unas veces corría desde la mesa de juego del Club en donde se sentaba un huésped del pueblo para llevar noticias suyas y propiciar citas con la doncella que por él esperaba largas horas tras la persiana verde de su balcón; otras veces, cuando el enamorado era de aquellos mozos que interrumpían sus hastíos puebleros con los bailes en los ranchos de la calle de Mata, Josesito no creía haber cumplido con su oficio de guardián de las doncellas mientras que el padre ignorase la cita de los enamorados.

Los hombres le tuteaban todos y no cuidaban de hablarle con insultante sorna. Los burgueses le recibían con indiferencia; tratábanlo con cariñosa solicitud las madres de hijas casaderas y las chismosas de los barrios; las doncellas le tuteaban familiarmente; le daban bromas en las que iba la alusión procaz a su espíritu afeminado, y le acariciaban con sus palabras o lo increpaban airadas, según fueran los oficios que entonces a su lado él desempeñase.

En el Club iba de una a otra mesa recogiendo noticias que luego se daba, veloz, a propalar por las calles; con los estancieros hablaba de ganados; de compras de campos; de la marcha del tiempo; con los co-

merciantes, de la crisis de la honradez en la hora actual; con los políticos, de intrigas pequeñas que él siempre se tenía sabidas; con los caudillejos, de hechos heróicos.

Pero su debilidad eran los huéspedes que por acaso llegaban al pueblo. Los celaba tanto como a las mujeres.

Nada hería más su ingénua vanidad que el hecho de que alguien se introdujese en el Club y en las ruedas familiares, sin ser llevado de su mano.

Torpe y mezquino, sufría a menudo cándidos engaños con el aire de distinción de algún desconocido que, elegante en el decir, narrador donoso, llegaba a conmover la tranquilidad del pueblo con sus truhanerías. Oyéndolo, Josesito abría a un tiempo ojos y boca, y se estaba con aires de asombro ante la charla viváz del pícaro. Pero si éste mostraba sus hábitos viriles y su genio despreocupado, Josesito pronto se apartaba del huésped, porque, ante todo, él tenía horror a lo fuerte.

Por eso sus ruedas en el Club fueron las de los petrimetres puebleros con atildado aire ciudadano; los jóvenes con títulos académicos que impresionaban la supercheria de su espíritu vulgar, idéntica por otra parte a la de sus convecinos que admiten incuestionablemente la selección única de la Universidad, y las doncellas que lo dejaban avergonzado y corrido con sus bromas picarescas.

Dos generaciones de Melo crecieron, viendo a Josesito andar con sus pasos breves y grotescos como los de un gran pájaro sin alas, por las aceras del pueblo,

recogiendo noticias, urdiendo intrigas y lastimando reputaciones.

El mismo no recordaba ya cuantas bofetadas habían golpeado a sus labios mentirosos.

Pero aquel medio día su paso por las casas levantaba un clamor de espanto; primero que nadie, él había detenido en la calle el galopar afanoso del guardia civil rural, en cuyos ojos estaba aún el asombro por lo que acababa de ver en la pequeña loma junto al camino de Bañado de Medina.

Cortados los cuellos; abiertos en toda su extensión los vientres; mutiladas las manos; lavadas ya por la lluvia de la madrugada sus treinta heridas, así encontró un hijo de la anciana a las víctimas de "El Carancho".

Josesito iba anunciando por las casas el horrendo crimen y la nueva de que, horas después, los cadáveres serían llevados a Melo.

Asomábanse al balcón las mujeres, mal peinados los cabellos y sin que el asombro hubiese aún ahuyentado la modorra de la interrumpida siesta; sin dejar el mate, reuníanse los vecinos en las esquinas trasmitiéndose sus juicios y recordando antiguos y semejantes sucesos; corrían los muchachos tras el galope de los soldados que cruzaban el pueblo en dirección a Bañado de Medina, graves, solemnes, presas ellos también del asombro que llenaba todas las conversaciones del pueblo.

Sudorosos, con aire de intensa agitación, iban llegando a las calles céntricas los hombres del rancherío de los suburbios, y se paraban con respeto a escuchar lo que hablaban los señores en las esquinas.

En los talleres y en los comercios se suspendió el trabajo; nadie quería perder un solo comentario, y todos corrían a formar corro en las aceras de las calles por las cuales habían de llegar los policías con los cadáveres.

La misma pregunta angustiosa, se gritaban las mujeres a través de los cercados en los suburbios del pueblo, los placeros que comenzaban a entrar con sus carros verdes de los atados de cebada, y se formulaban por lo bajo los hombres en las calles y las mujeres desde los balcones:

—¿Se sabe quién es el asesino? ¿Los prendieron ya?

Y t dos recibían idéntica respuesta:

—Yo no lo sé. ¿Usted sabe algo?

Las noticias eran vagas. La niña había llegado a casa de sus padres y contado que esa noche dos hombres altos, calzados con botas de campaña, habían apuñaleado a las tres mujeres.

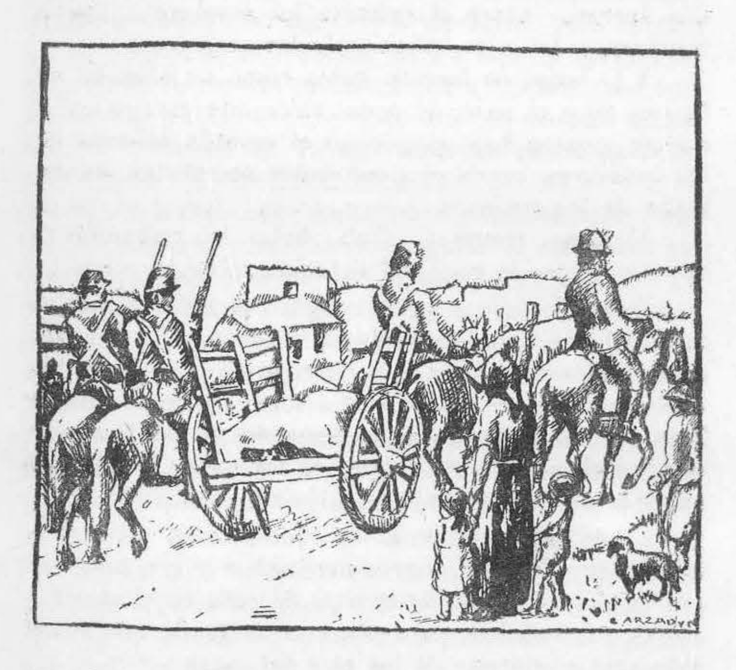
El espanto cegó sus ojos y cerró sus oídos hasta no dejarle ver los rostros ni oir sus nombres.

Y cuando alguien lograba saber un nuevo detalle, cierto o hijo de su imaginación, la nueva cruzaba todos los labios, y la indignación acrecía violenta.

Caía el sol en las lejanas lomas azuladas, más allá del Conventos. El bosque de álamos a la orilla del arroyo se recortaba sobre el fondo dorado del horizonte. El canto de los gallos vibraba largamente en la serenidad de la tarde.

Los caminos entre los naranjos parecían alejarse, lentos y poblados de canciones hacia las grises serranías del norte.

Grave, pensativo, el comisario rural guiaba la marcha; detrás suyo, al tranco, seguido del crujir de los ejes, un soldado llevaba a cincha de caballo el carrito



de pértigo; otros soldados, apoyadas en los recados las culatas de las carabinas, seguían lentamente al carrito en el cual se agitaba con los tropiezos en las piedras de la calle, una masa informe cubierta por un poncho por debajo del cual salían los pies de las mujeres.

De todas las esquinas partían muchachos que se plegaban a los muchos que, impacientes, se habían adelantado a esperar en la carretera.

Con lentitud y callados, avanzaban los del grupo rodeando al carrito que, por una extraña ocurrencia de la autoridad, siguió hacia la calle principal y por ella avanzó, entre el quitarse los sombreros de los hombres, y los ojos atónitos de las mujeres.

A lo largo de la calle había como un silencio religioso ante el paso de aquel chirriante carrito en el que se agitaba bajo el poncho el montón informe de los cadáveres, cuyos pies enlodados descubrían las miradas de los curiosos.

Al pasar frente al Club, hubo un murmullo de asombro entre la multitud detenida sobre la acera.

Reconcentrado el gesto; seguro de ser el punto de mira del pueblo sobrecogido de espanto y de indignación, el comisario rural guiaba el grupo silencioso que dobló frente a la iglesia, siguió recto hasta la calle de Mata, y tomó camino del cementerio, suspendiendo la charla animada de las chinas en los patios donde humeaban los fogones bajo los árboles.

Desde que llegaron a los suburbios, el cortejo se iba aumentando con nuevos muchachos y con hombres que dejaban sin concluir la copa de caña en el mostrador de los boliches, para plegarse al grupo que avanzaba tras el chirriar de los ejes del carrito.

El sol caía ya como un gran fruto dorado entre el bosque de álamos; sus rayos se iban sobre la serena corriente del Conventos, iluminaban la altas barrancas, las calladas llanuras en la tardecita, y clareaban, en anchas franjas, la falda lila del Cerro Largo.

Lejos, se sentían alejarse por entre el verde pesado de los naranjos, las voces de los placeros cuyas canciones llegaban con grave melancolía en el ambiente callado, y repetíanse sus ecos sobre las aguas del arroyo.

Frente al camino gris que bordean escasos eucaliptus, se abría la ancha puerta del cementerio, guardando la mancha blanca de los sepulcros, bajo un trozo de cielo azul. Por encima de los muros, la brisa de la próxima tormenta no alcanzaba a quebrar la grave rigidez de los cipreses; y más allá, la azulada extensión de los llanos del Tacuarí sobre los cuales parecían arrodillarse los dispersos ombúes.

Sin hablarse casi; quitados con respeto los sombreros, hombres y muchachos seguían el andar del carrito cuya presencia les tenía fijos en él los ojos, y en hondo recogimiento el espíritu. Viéndoles mirar obstinadamente aquel carro, se diría que todos esperaban seguros de ver surgir de pronto a las muertas, revelando el misterio del crimen. Pero no estaba en verdad prendido su pensamiento de aquel montón informe que las sacudidas de la calle llevaban a derecha o izquierda; cada uno seguía mirando hacia allí, bajo el imperio de las ideas que se sucedían en su frente.

En la hora religiosa de la tarde, aquellas almas sencillas seguían los pasos del carrito, incapaces de detenerse en el camino, por que la presencia de aquellas muertes, había despertado en las conciencias hondas meditaciones.

Llegaron al grupo con mirada curiosa, que bien pronto se borró en la dureza del gesto pensativo.

¿Quién podría decir que el asesino misterioso no estaría en ese instante, viendo caer la nochecita sobre aquellas llanuras silenciosas?

El sepulturero se acercó, con la cuenca vacía de

su ojo, al carro detenido junto al portal del cementerio.

Empujándose unos a los otros los curiosos corrieron a situarse junto al carro, con los ojos fijos en el poncho.

Sobre el completo silencio, sonaron los sables de los guardias-civiles al desmontarse.

Cuando el camposantero se quitó la vieja boina, ni el más leve murmullo se sentía en el grupo; las bocas estaban abiertas por la angustia fija en todas las gargantas.

El sepulturero cogió el extremo del poncho y tiró de él con violencia.

Hubo un estremecimiento de espanto; con los ojos fijos en los cadáveres cubiertos de barro, en los ojos vidriosos, la multitud retrocedió tal como si una mano potente los alejara de la presencia de aquellas muertas.

Poco a poco comenzó a alzarse el murmullo, y luego, por el camino ya ensombrecido, frente a las luces del pueblo — débiles en el crepúsculo, — volvían los del cortejo, hablando apenas, sólo para interrumpir con una palabra cualquiera el silencio que todos llevaban en el espíritu.

Y siempre la misma pregunta:

—¿No se sabe quién puede ser el asesino?

—Yo no sé.

—¿Sería por robarlas?

—Eran muy pobres.

—¿Cuántas puñaladas tienen?

—Más de treinta.

—¡Qué bárbaros!

***

Una angustia febril permanecía latente en el espíritu de todos los habitantes de Melo; como en la quieta superficie de un lago dormido bajo la luz, así en el prolongado hastío del pueblo que apenas pueriles acontecimientos conmueven, había caído la piedra de aquel crimen. Y mientras en las mesas del Club los burgueses comentaban las noticias de Josesito sobre las fatigosas e inútiles andanzas de los policías, en las ruedas de los boliches comenzaba a levantarse un rumor de admiración hacia aquel misterioso asesino que acaso en las tardes de los fogones campesinos comentase con sus perseguidores las incidencias de sus búsquedas en los abiertos campos. En aquella tierra trágica, pagos donde vivían alargando las miradas hacia los lejanos horizontes en los cuales un día cualquiera se perdían en montonera épica, los rudos criollos; en el pueblo en cuyas plazas ingénuas como estampas de cuentos infantiles, habían caído tantos hombres en entreveros de guerra y luchas singulares, aquel crimen, sin embargo, continuaba exasperando la curiosidad de todos con sus imprevistos contornos.

Los hombres de otros tiempos, recordaban delante de los jóvenes la vida de los matreros de antes, buscando imposibles analogías, pues aquellos, unos más, otros menos, todos reproducían la vida bárbara y romancesca del "Clinudo", señalando trágicamente sus huellas en cada pago, por donde le seguían temerosos los comisarios. Este no era así. La tormenta de aquella noche del crimen había ocultado las huellas de su viaje, y sólo las sombras sabrían de donde había llega-

do y hacia donde se había alejado el lento trote de su caballo.

Una mañana, Josesito oyó en la Jefatura, a poco de desmontarse un guardia civil cuyo caballo temblaba por el cansancio de la pesada carrera, que esa tarde llegaría, ya preso, el presunto asesino.

Montado sobre flaco rocín, maniatado con duras coyundas que oprimían sus pies por debajo del vientre del caballo, cruzó las calles un paisano entre guardias.

Corrían detrás de él los muchachos, para mirarle atónitos a los ojos; asomábanse a los balcones las mujeres, mientras los hombres se reunían en la puerta de la cárcel oyendo a Josesito narrar los detalles de la aprehensión y las sospechas que recaían sobre aquel infeliz en cuyo rostro se notaban las huellas de grandes torturas físicas y morales.

Entumecidas las piernas por las ligaduras de las coyundas, el paisano se dobló dolorosamente al ser desmontado, y cayó al polvo de la calle, en el cual se fijaban sus ojos humedecidos de llanto, humillado por la atenta curiosidad de aquellos cien rostros alargados hacia él.

Cuando entre el golpear de los sables de los soldados que sostenían sus pasos, se perdió detrás del portón de la cárcel la figura doliente del preso, Josesito afirmó satisfecho:

—Este sí, es el asesino.

—¿Ya están las pruebas?

—¡Claro! Dice que a la hora del crimen él dormía bajo los árboles del Paso del Sauce para protegerse de la lluvia.

—¿Y eso no puede ser?

—Del otro lado del paso, está la casa de "El Mellao", un buen mozo, pariente de Fausta, que no le hubiese negado hospedaje si hubiera ido. ¿Por qué no fué? Porque seguramente no estaba durmiendo a esa hora, sino cometiendo el crimen.

—Pero eso no es una prueba.

—¿Cree Vd. que nadie se acuesta en un monte cuando llueve, y teniendo a unos metros de distancia la casa de un buen vecino en donde guarecerse? Además, entre el Paso del Sauce y Melo, sabe Ud. que no hay cuatro leguas; y a mitad de ese camino, a esa misma hora, fué el crimen: ¿de donde salió éste para que lo alcanzaran allí la noche y la lluvia?

—¡Si... es extraño... ¿Pero él no confiesa?

—Lo tuvieron un día en la barra, y la noche en las estacas; le dieron charque, y después le negaron el agua; apesar de todo se mantiene negando.

—Pero tendrá algún testigo de lo que dice...

—Citó a un tío suyo, afirmando que se habían encontrado en el paso cuando él ya montaba a caballo para seguir viaje; y hasta contó la conversación que sostuvieron, y que fué el propio tío quien se dió a conocer. Sin embargo el otro, Joaquín Amaral, probó que esa noche no había salido de su casa.

—¿Por qué habrá declarado eso?

—Es claro que por complicar a otro cualquiera en el asunto; si hasta dijo haber sentido disparar dos tiros junto al monte. ¿No ve Ud. que todas esas son mañas?

—¡Y tan humilde que parece...

—¡Fíese Ud. de la humildad de estos gauchos!

Amaral fué llevado ante el juez, después de haber sufrido las torturas de la cárcel, en donde los comisarios pusieron el cruel refinamiento de su ignorancia para obligarlo a confesar el crimen.

Durante toda aquella tarde, nadie atendió ordenadamente sus ocupaciones; unos en las calles, otros a la puerta de sus casas, esperaban la noticia de la confesión de Amaral.

Caía ya la noche cuando Josesito salió dando saltos del juzgado, con la nueva de que el preso era inocente; y el desaliento tornó a apoderarse de los espíritus.

A cada nuevo preso que cruzaba las calles de Melo entre el grave aparato de los comisarios orgullosos por haber quebrado el misterio, se elevaba la esperanza de la gente, que comenzó por ser la del espíritu indignado ante tan tremendo crimen; pero a medida que el juez iba decretando la pronta libertad del último detenido, quebrando con ello aquellas esperanzas, un sentimiento rencoroso se iba apoderando de la multitud que, olvidada ya del principio de su lucha con el asesino, sentía exasperarse su cruel amor propio ante las burlas que a sus deseos de verle cogido les hacía el misterioso personaje.

La lluvia había vuelto sobre los campos, cuyas llanuras blanqueaban con los bañados crecidos; los pequeños arroyos volvían a adquirir la profundidad de un río, haciendo peligrosos los pasos por los cuales cruzaban los policías afanosos por lograr siquiera un indicio del asesino de las mujeres; mientras tanto, la cólera del pueblo, burlada por el perseguido, hallaba cauce abierto cebándose en la incapacidad de los comisarios.

Reunidos bajo los naranjos de la plaza, hablaban antiguos guerreros :

—Yo no recuerdo, en los años que llevo, haber visto un hecho semejante.

—Pa mí, que ni Lino Cabrera, si todavía anduviese por estos mundos, daba con el autor de este asesinamiento.

—¡Tomara juese vivo ese hombre... limpió de malevos sus pagos!

—Recuerde comandante, que va a pasar aquí lo mesmo que con la muerte de Chírico.

—¿Cómo jué, mesmo, ese hecho?

—Chírico era un chacarero del otro lao del pueblo; güen vecino, gringo sosegao, naides le conoció enemigo. Todas las tardes entraba por el puente de piedra de la Cañada de Juan Pablo, con su carro de cebada que se pasaba vendiendo hasta que el sol comenzaba a cáir. Una tardecita el hombre agarró como de costumbre rumbo a su casa, y todos los vecinos lo vieron pasar cantando, como era su modo, mientras marchaba el burro al tranquito. Desde la huerta donde araba, otro chacarero lo saludó al pasar, y lo vido bajar al tranco por el camino, hasta perderse el carro entre los sauces llorones que forman como un techao en la quebrada. Dispacio como iba, al ratito vió al carro coronar la cuchilla, llegar a la portera de su chacra, y seguir, al tranco lerdo del burro, el camino de las casas.

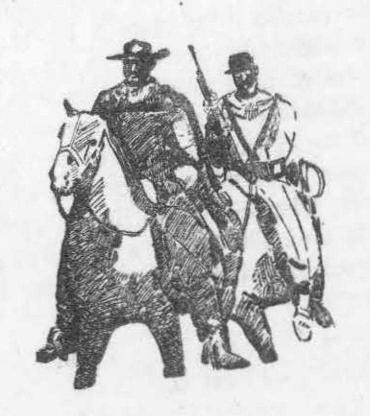
Como era ya la nochecita, no distinguía el cuerpo del placero sentao en el carro.

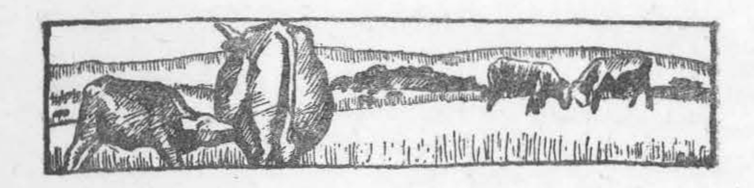
Igual que todas las tardes, los de la casa sintieron llegar el carro, y el rebuzno del burro al pararse al lao del pesebre; y como estaba ya la cena sobre la mesa, llamaron a Chírico que no terminaba de apearse. Y cuando se arrimaron, lo vieron tendido y muerto, con las riendas todavía en la mano. ¿Quién lo asesinó, y por qué? Ahí tiene usté que todavía tamos por saberlo. No lo robó, ni ganaba nada con el crimen, porque, dejuro, no era enemigo del pobre gringo. ¿De dónde vino? ¿Pa donde se jué?...

—¿No podía ser el mesmo de este hecho de áura?

—¡Vaya el Diablo a saberlo!

Y el temor de nuevos fracasos en sus esperanzas vengativas, hizo que ya nadie al fin se inquietase ante la llegada de un nuevo acusado.





CAPITULO X

Prontos los caballos para el viaje, alto ya el sol que ponía un ambiente tibio en la mañana mojada, Franco esperaba a que "El Carancho" viniese a acompañarlo en el mate, para ponerse luego en marcha.

Distraído de las gallinas que formaban rueda junto a sus piés persiguiendo los insectos aparecidos con la lluvia, el indio no cesaba de mirar hacia las llanuras del norte, en cuyas lejanías situaba el rancho donde cometieron el crimen la noche anterior, y sus pensamientos se detenían, ora en los comisarios a quienes imaginaba ya buscando sus huellas, ora en "El Carancho" cuya fiereza recordaba en aquella hora trágica.

¿Acaso la noche de placer pasada con su china le había rendido hasta el extremo de no dejarle ver la luz del sol alto, entrando por las rendijas de la puerta?

¿Qué planes eran los de aquel hombre que, a la mañana siguiente de su crimen, continuaba durmiendo en paz inalterable, cuando ya todos los habitantes del campo estaban de pié y entregados a sus labores?

¿Acaso aguardaba la noche para iniciar la marcha?

En tales meditaciones soportaba Franco la inquie-

tud de su espera, cuando apareció en el patio la figura de "El Carancho".

Traía en los ojos pequeños y en los labios, una dura expresión burlesca, que se acentuó mortificando a su cómplice, al ver los caballos ensillados.

—¿Tás de viaje, indio?

—¿Cómo, no vamo a marchar? Mirá que estamo a pocas leguas del pueblo...

—No te apurés. Desensillá tu matungo y atalo a soga; vamo a matiar un rato y después yo iré al boliche...

—Mirá que pueden llegar de un momento a otro.

Al oir la advertencia temerosa de su amigo, "El Carancho" respondió con cínica risa.

—¡Güe... y que lleguen! ¿Por si acaso nosotros no hemos pasao la noche aquí, durmiendo tranquilos? ¿O es que vos te vas a turbar porque un comisario ti haga cualisquier pregunta?

—No, yo no. — Respondió Franco con visible enojo, cuando ya se alejaba llevando su caballo de la soga.

Sentado en el banco de ceibo colocado junto a la pared del galpón; distraído de la china que en los patios rezongaba con un pequeño cerdo que se pegaba mimoso contra sus piernas como un perro, impidiéndole andar libremente, "El Carancho" se sirvió un mate y, severo el gesto, quedó en tenaz meditación sobre las circunstancias en que hallaba. Seguro de que Franco tardaría en llegar, dejó sin reparos que la grave contracción de su gesto mostrase los pensamientos que le preocupaban en aquel instante, mientras, sin detenerse en ello, llenaba el mate que luego sorbía lentamente.

A lo lejos, el tibio sol de la mañana se reflejaba en las extensas superficies azuladas de los bañados, y en las limpias piedras del camino. Era la mañana azul y lijera; bajo el cielo sin nubes, resonaban los relinchos de los potros y las voces alegres de los teru-terus.

Hacia el norte, el horizonte se apoyaba en las suaves lomas sobre las que, como pequeñas manchas oscuras, la vista de "El Carancho" percibía los ranchos asomados al camino de Melo. Uno de aquellos era el de la anciana de Amaro. ¿Permanecerían aún tiradas en el patio sus víctimas de la noche anterior?

De seguro, en aquella extensión que él veía callada y luminosa, el correr de los guardia-civiles ya iría levantando un clamor de asombro y de miedo.

¿Ya pensarían en él? Destacándose frente a la colina azulada del monte de Tacuarí, veía blanquear las casas de "El Mellao". Por aquellas lomas que llegaban subiendo, desiertas a la distancia, hasta las alturas en que él estaba, ¿acaso ya vendrían galopando, después de haber dejado a sus espaldas las casas de "El Mellao", los comisarios en su busca?

Olvidado, permaneció un instante con la caldera suspendida en una mano y el mate en la otra.

De pronto, la voz de Franco le sorprendió casi encima de su hombro.

—¿Cavilabas?

Ahora era el indio quien sonreía con un gesto ambiguo de pícaro. "El Carancho" inclinó la caldera hasta que el agua comenzó a caer; le pareció que todos sus sentidos físicos habían estado un instante adormecidos y en el cual dejó de ver la mañana luminosa, de

oír las claras resonancias del ambiente y de sentir la brisa que jugaba en su barba.

—Servite de un mate.

—¿Vas a demorar mucho en ir al boliche?

—No; estoy haciendo tiempo.

Sentados uno frente al otro; acompañados por la china que apoyaba el mentón en el dorso de las manos sosteniendo la escoba de malvariscos, permanecían los tres, atentos a los relatos vivaces de Franco, que sólo la mujer comentaba, mientras "El Carancho" parecía empeñado en lenta meditación.

Cerca, pasaba el camino solitario; bajo el sol ya entonces pesado, se adormecían, caído el belfo el caballo ensillado junto al palenque, y el perro a la sombra del barril del agua. En el rectángulo de sombra que el rancho proyectaba sobre el patio, el gallo escarbaba el piso y con voz de caricias llamaba las gallinas a echarse a su lado; inquieto por las moscas que volaban y se posaban sobre su estirado cuerpo, el pequeño cerdo sacudía a intervalos con brusquedad las orejas, y se rozaba, gruñendo con enojo, en la pared del galpón.

Viéndoles protegidos a la sombra de los ranchos; inmóviles en actitud de escucha, una; echado hacia adelante el busto fuerte, el narrador; las inclinaciones periódicas y lentas del otro al cebar el mate, se creerían un grupo humilde y familiar de peones de estancia, amargueando en día domingo, mientras con relatos ingénuos animaban la monotonía de las horas en la paz del ambiente.

Era ya el mediodía, cuando "El Carancho" montó a caballo y Franco fué a la soga en busca del suyo.

Desde la puerta de la cocina Natalia vió a "El Ca-

rancho" avanzar primero lentamente por el filo de las cercanas sierras. y luego alejarse al galope hacia las llanuras que van al Paso del Sauce.

En las laderas próximas, él veía a los paisanos seguir pacientemente a la yunta de bueyes por las melgas en las que brillaba, de pronto, la reja del arado; regresaban por los senderos que van de la cancela a las casas, los jugadores de truco de las pulperías, al trote perezoso de los caballos acostumbrados a hacer el mismo viaje todas las mañanas. De un corral vió partir, en alto la cabeza, fuerte el galope, a un caballo, estremecido por el vibrante relincho; y en la enramada de un boliche, cuya banderita blanca el viento agitaba sobre el delgado mástil clavado en la cumbrera del rancho, se destacaba entre el grupo de caballos allí reunidos, la mancha roja del poncho patrio de un policía.

Al coronar una cuchilla, el viento que venía de las llanuras le echó hacia atrás el sombrero que el barbijo sujetó en su cuello; y al levantar el brazo para volverlo a su sitio, notó con extrañeza en la manga del saco una gran mancha roja.

—¡Caramba!; — dijo con malhumor, deteniendo el galope, para examinar sus vestidos; — me han ensuciao todo aquellas mujeres... ¿Cuándo habrá sido?

Y el recuerdo de la trágica noche volvió a su frente con los más pequeños detalles, mientras se apeaba en una zanja del camino para lavar sus ropas.

A corta distancia, sombreado por dos ombúes y un álamo, se levantaba el boliche sobre la última loma del Paso del Sauce, hasta cuya base llegaba ya la resaca del río que comenzaba a crecer.

Separadas sólo por la breve distancia de una ladera, desde las casas de "El Mellao" se podía ver claramente cuanto pasaba en el patio del boliche. Por eso, cuando el caballo de "El Carancho" dejó la senda del bañado y avanzó por el camino del paso, desde el galpón de su casa, los ojos duros de "El Mellao" se fijaron ansiosos en el viajero que avanzó hasta detenerse junto al palenque.

Largas habían sido para él las horas de aquella noche; y sólo las distraídas miradas de sus familiares, pudieron no haber notado las anchas listas violadas que la madrugada dejó ver extendidas bajo sus ojos sombríos.

En la ladera cercana, rumiaban dormitando los bueyes que holgaron esa mañana; relinchaba sediento el caballo que su dueño había olvidado en la soga, y fué precisa la insistencia de la mujer para que "El Mellao" advirtiera que era necesario dejar un rato el galpón, en donde sorbía distraído un mate tras otro, para ir a llenar el barril con agua del arroyo.

Callado de costumbre, aquella mañana había dejado el lecho cuando recién clareaba el cielo sobre el Cerro Largo, con aire sombrío y preocupado; en el cuerpo sentía como el cansancio de un largo viaje; y en la frente el peso de un interminable rumor de pensamientos oscuros y tenaces que, sin embargo, no acababan nunca de concretarse.

Fausta estaba muerta ya; sus propósitos se habían pues cumplido, y, ahora que todo estaba hecho, sentía que en su ánimo se levantaba una nueva angustia. ¿Acaso él había querido, realmente, que todo fuese así? ¿Era aquella su obra y estaba ya concluída?

Al ver sobre los campos la luz que en su laboriosa mocedad vió levantarse tantas veces en sus viajes, con



el corazón ingenuo y lijero, "El Mellao" tuvo como una cruel sorpresa al pensar en el cambio de su vida.

Así fué a sentarse a la puerta del galpón, olvidado

de todo, y con la mirada fija en el sendero del bañado.

Pasaron las horas; la sombra de los ombúes fué achicándose paulatinamente sobre el patio hasta no cubrir ya más que las raíces de los árboles, y el camino seguía solitario y en silencio sólo interrumpido por las voces alegres de los teru-terus que corrían sobre los pastos y daban breves validos persiguiendo a las hormigas cuyas casas había deshecho la lluvia.

A lo lejos, se veía llegar la creciente y extender su azulada superficie sobre el verde de los bañados; del paso llegaba el apagado rumor del río contra las barrancas.

¿Por qué no venía "El Carancho"?

"El Mellao" no podría decir entonces, si deseaba verlo aparecer en la loma del bañado, o si en cambio deseaba que el camino continuase por siempre solitario y callado; sólo sabía que continuaba esperando, con los ojos sombríos puestos en la loma.

Por eso, cuando las largas piernas balanceándose por debajo del vientre del caballo, le hicieron reconocer a "El Carancho" en aquel jinete que avanzaba al paso, una inquietud incontenible se prendió a su garganta y martillaba sus sienes. Lo vió adelantar así, jugando el viento en los extremos de su saco, tomar el camino del paso, y sujetar el caballo en el palenque del boliche.

¿Por qué se detenía en medio del patio, vuelto hacia su casa? Sin advertirlo, "El Mellao" murmuraba sus pensamientos.

—Va a fumar... saca el tabaco. ¿Qué hace? ¿Me estará viendo...? No, de allí no puede verme. ¿Me

espera...? Sí; los dos pasos están crecidos... por la altura del agua en las barrancas, él las conoce, está coligiendo eso. ¿Me hace seña? No, se arregla el sombrero pa dentrar. ¡Ya está; aura sí se va!

Todavía vió encorvarse la estirada silueta, y desaparecer en el oscuro rectángulo de la puerta.

Libre de la presencia de "El Carancho", "El Mellao" recobró en algo su aplomo, esforzándose por dominar el confuso estado de su ánimo. Notaba que a pesar de su complicidad, había en el alma de aquel hombre, extraordinarias fuerzas ocultas que él no había sido capaz de descubrir, ni podría detener si contra él se empleaban alguna vez.

Ahora que estaba allí, cometido ya el crimen, cumplida su orden y esperando de él la primera parte del dinero ofrecido, una honda zozobra se apoderó del ánimo de "El Mellao" al sentirse unido a aquel hombre cuyas fuerzas del mal él había desatado sin medir su violencia. En la sola presencia de "El Carancho" andando tranquilamente por el camino público, a la luz del día, y a tan escasa distancia del crimen cometido horas antes, "El Mellao" tuvo revelada de pronto, su verdadera situación; sobre su espíritu amilanado ya por la muerte de Fausta, pesaba el de aquel hombre que cumplidos sus designios estaba allí esperando para comenzar con él a ejercitar el dominio que el crimen de ambos le daba sobre su hacienda.

Bajo la plena luz del mediodía, dormitaba el caballo junto al palenque, mientras en lo hondo de aquel rectángulo oscuro de la puerta del boliche, "El Carancho" le estaría esperando; y luchaban en su conciencia, con idéntica fuerza, dos pensamientos encontrados: el de

ir a su lado para saciar la angustia por conocer todos los detalles del crimen de la noche anterior, y el deseo de apartar de su vista la presencia de aquel hombre en cuyas manos trágicas estaba desde entonces su destino.

La ambición que durante tantos meses había estado mordiendo su alma hasta hacerle concebir la muerte de Fausta, y luego le había echado en manos de "El Carancho", pudo más que las vacilaciones del miedo y, otra vez ahincándose en su pensamiento hasta levantar la tenaz voluntad, lo hizo permanecer sobre el banco de ceibo en el galpón.

En el fresco del rancho; sentado sobre el mostrador hecho con las más diversas maderas, el bolichero ensayaba una milonga en la guitarra para distraer el hastío a que lo condenaban los pasos crecidos impidiendo el tránsito de los viajeros.

Al ver a "El Carancho", le saludó con el regocijo con que en la pesada soledad de los campos se recibe la compañía de un narrador de encendida palabra.

—¿Qué tal, cómo le jué anoche de jugada?

—Dejemé, amigo; si encontré a uno en el camino que me dijo que no había reunión.

—Pues a mí me habían dicho que iba a ser grande la jugada; por eso jué que le dí aviso a usté.

—Quién sabe no han dejao pa otra vez.

—Pueda ser; pero parece que la cosa era aprovechando a los esquiladores que ese día habían terminao la esquila en lo de Rozas. ¿Y usté viene aura de aquellos laos?

—No; vengo de mi casa. Pegué la vuelta anoche mesmo. Los pasos áhora han de estar crecidos.

—Sí; la lluvia parece que jué juerte por allá más adentro. El Sauce está de barranca a barranca; esta madrugada ya se le sentía venir creciendo.

—¿Y es muy demorao pa bajar?

—Sí; éste sí. El de Bañao de Medina baja lijero, porque es muy encajonao; pero éste, llano como es, está tres y cuatro días sin dar paso. Depende del agua que haiga cáido allá, más arriba,

—¿Anda de viaje "El Mellao", que no lo ví en la huerta al pasar?.

—Mire, pa decirle la verdá, no sé si está en las casas. Supe que ayer andaba medio sentido de las caderas, porque vinieron a ver si yo le podía agenciar un poco de sebo.

—Puede que esté enfermo, entonce.

—Capaz... pueda ser, nomás.

—Güeno... voy a ver si me voy...

—¿No quiere acompañarme a almorzar?

—No, gracias.

Desde su banco de ceibo, "El Mellao" vió salir a "El Carancho" y sintió el despecho en su ánimo por aquella inquietud que a su pesar volvía la presencia del otro a su garganta.

De pronto, en la conciencia turbada por un único pensamiento que parecíale resonante bajo las sienes, sintió cómo se perdían todas sus sensaciones físicas, para no tener más que el sentido de sus ojos abiertos y anhelantes puestos hacia el palenque donde "El Carancho", perezoso, desataba el cabestro, luego desmaneaba el caballo, y por fin, describía con su larga pierna un arco en el aire por encima del recado al montarse.

Y otra vez, sin advertirlo, volvió a repetir con los labios ásperos por la sequedad de la angustia, las palabras que gritaban en sus sienes:

—¿Vendrá áura a comer conmigo? Sí; áhi endereza pa acá. Se para... me está bombiando. ¡Con quién me metí...!

Estiró el busto en el intento inútil de acercar más los ojos, que se quedaron fijos en "El Carancho", mientras todo calló en él, para no turbar la mirada; hasta que volvió a echarse hacia atrás, cuando el caballo del otro ya iniciaba el galope hacia las llanuras.

—¡Perro...! ¡Por fin te vas, hijo de...

Y la palabra soez con que terminó la frase, pareció quedársele aplastada en los labios carnosos.

Comenzaba a levantarse un viento de próxima tormenta, cuando en la redondez de la última loma del bañado, se hundió el pequeño punto de "El Carancho" galopando.

Sentado frente al camino, "El Mellao" aún quedó por largo espacio mirando el horizonte.

Cuando su mujer le llamó para el almuerzo, fué con tardo paso, pesada la cabeza por una idea constante y aguda: ya ni siquiera valía la pena el tener voluntad.

Fausta estaba muerta; "El Carancho" era su cómplice; los comisarios ya irían por los caminos buscando en los ojos de los hombres, la turbación de la culpa.

¡El había desatado todas aquellas fuerzas...!

¿Cómo podría ahora, por más tenaz que fuese su voluntad, volver a Fausta de la muerte, no conocer a "El Carancho", y detener el galope de los comisarios antes de llegar al Paso del Sauce?.

A lo lejos, las lomas se alejaban sin un ruido bajo la plena luz; a la izquierda, el horizonte se apoyaba, azul, sobre el ancho lomo del Cerro Largo hasta el cual subían, como todas las mañanas desde su infancia, las grises serranías; el camino se estiraba por el bañado, se perdía un instante entre las pajas, y tornaba a aparecer subiendo la loma para perderse detrás de ella, abierto y solitario; en la ladera próxima, las ovejas se agrupaban protegiéndose del sol; en lo alto, el cielo se ahondaba inmenso e inalterable.

Confusamente subió a su conciencia la sensación de su pequeñez ante aquella vida que sus ojos habían visto desde la época de sus primeros recuerdos, y continuaría idéntica, frente a su angustia. Sin concretarse, tuvo la noción religiosa de su impotencia para descubrir y detener las fuerzas que guardaba el amplio paisaje de aquellos campos y cielos.

Y el miedo turbó su alma, sintiendo cómo, en las claras mañanas a venir, aquellas oscuras fuerzas irían cercándolo hasta vencerlo.

En la puerta de su casa recogida entre los gajos del ombú, un hornero, a su paso, puso su grito jubiloso en el aire sonoro.





CAPITULO XI

Los horizontes se habían ido estrechando lentamente hasta reducirse al pequeño círculo abierto siempre delante de ellos y cerrándose a los pocos pasos de sus caballos con las garúas que ponían una gris coloración sobre los campos.

"Agua de verano", había dicho "El Carancho" al verla llegar por sobre las quebradas del Frayle Muerto; y bajo los gruesos ponchos continuaron el trote, sin pensar en detenerse en los ranchos que hallaban al paso, ni protegerse siquiera bajo los solitarios sauces a cuyos pies permanecía seco de lluvia el círculo de tierra que protegían sus ramas.

En la uniformidad gris del ambiente, no les era posible notar el tránsito de las horas que ellos calculaban por las distancias que iban recorriendo.

Anduvieron primero sobre agudas cuchillas; tro-

taron largo espacio por la franja ocre del camino extendido en las amplias curvas de las lomas unidas en sus laderas, hasta bajar los tortuosos senderos de las quebradas del Tacuarí.

Era entonces persistente la lluvia golpeada por el pampero contra las altas piedras agrupadas a la vera del camino, cuando en la callada media luz de la tardecita, ellos continuaban bajando las serranías y vadeando pequeñas corrientes de agua que reflejaban el cielo opaco o corrían en débil murmullo bajo las hierbas extendidas sobre las losas.

Había mudado totalmente el paisaje; y la sensación de soledad de las abiertas llanuras que dejaron al montar a caballo, se acentuaba entre aquellas alturas calladas y ásperas levantándose detrás de ellos y cercándolos siempre, idénticas las que se presentaban de improviso delante de su vista a las que acababan de dejar a sus espaldas. Más apartados de toda vida, una sensación de huraña tristeza tenían aquellos ranchos que sólo la atención acostumbrada de los viajeros descubría apoyándose y escondiéndose entre las altas piedras y los higuerones. Perdido entre las manchas de un gris violado de las serranías, iba el sendero que llevaba hasta los caminos del mundo a los moradores de aquellos parajes de breves y cortados horizontes.

Durante todo el viaje, escasa fué la charla de "El Carancho" y su cómplice; la primera falta de "El Mellao", no llevando los dineros convenidos al boliche del paso, los había puesto de malhumor, advirtiéndoles la posible traición de aquel hipócrita.

Era ya noche cuando de lo hondo de una quebrada al pie de la sierra sobre la cual se habían detenido para

seguir el rumbo, les llegaron en el silencio las voces agrias de un acordeón. Los dos volvieron a un tiempo mismo la mirada y vieron parpadear detrás de la cortina de las garúas el haz rojo de una luz.

—Allí está el baile—dijo "El Carancho".

Uno delante del otro; sujetas las riendas sosteniendo el indeciso paso de los caballos sobre la mojada superficie de las losas a flor de tierra, avanzaron por el angosto sendero a cuyos lados se confundían las sombras de las piedras con las de las majadas que en ellas se protegían de la lluvia, y dispersábanse a su paso en breves carreras, llamándose con apagados balidos.

Entre pequeños árboles cuyas raíces se ocultaban en el suelo pedregoso, cruzaron un vado de sonoras aguas, y torcieron hacia la derecha hasta comenzar a sentir delante y a sus flancos, los relinchos apagados de los caballos en las sogas, mientras se hacían nítidas las voces del acordeón.

A la luz de una lámpara, en el rancho cuyas paredes se combaban bajo el peso del techo que sostenían tirantes labrados con rudeza; sobre el piso humedecido de contínuo para apagar el polvo que los vestidos almidonados de las chinas y las botas de los hombres levantaban; al compás del acordeón que se estiraba gimiendo y contraía en chillidos en el regazo del pardo en cuya oreja se había secado un clavel rojo, valseaban los pocos bailarines, cuando los viajeros detuvieron la fiesta con un sonoro "Güenas noches" dado en la puerta del patio.

Conocido de todos, "El Carancho" atrajo sobre sí las miradas; el acordeonista, separadas las rodillas,

dejó en suspenso los dedos sobre el teclado; uno a uno se adelantaron los hombres con su pareja de la mano a estrechar la de los recién venidos, mientras el dueño de casa, con gravedad acentuada, les ofrecía asiento junto a dos viejas que erguidas sobre los bancos de ceibo charlaban sin descanso.

Sentóse "El Carancho", mientras Franco, viendo a una china cuya ancha pollera roja cubría el banco de madera en que se sentaba, fué hacia ella y con gesto ladino que la otra recibió confusa, le extendió la mano invitándola a seguir los compases de la polka que el acordeón repetía ya.

Por unos instantes "El Carancho" estuvo atento al rápido desfilar de las parejas de aquellos humildes paisanos reunidos, como todas las noches de fiesta, en el rancho ya famoso en el pago por el ánimo alegre de las hijas de la casa, a quienes se unían dos chinas de la vecindad, que en el amor fácil de aquellas noches, hallaban los escasos dineros con que ayudar al padre en el sustento de la semana.

Era la reunión miserable y triste, con la luz incierta de la lámpara; con las caras grises de las mujeres empolvadas burdamente; los colores agrios de sus vestidos; la torpeza del ademán de aquellos hombres hundidos desde la infancia en la servidumbre dura de las estancias; con el murmullo de las viejas acompañando las voces ya alegres, ya de rezongo del acordeón. Y velando aquel ambiente pesado de humo y de polvo, la imagen descolorida de una virgen guardada en marco dorado, destacándose entre ingénuas oleografías que el tiempo esfumaba ya.

Distraído a poco del incesante pasar de las pare-

jas, entre las que Franco lucía sus requiebros compadres con la china empinada en puntas de pié para ponerle la mano regordeta en su hombro, "El Carancho" prestó atención a las viejas.

Una de ellas era pequeña y de amplias curvas en las caderas y los senos; de mirar nervioso y charla vivaz, no cesaba un instante de agitar los brazos cortos cuyas manos apenas si descansaban en el vientre que ceñía una pollera de percal rosado sobre el que resaltaban florecillas blancas. Llevaba extendida en el cuello una golilla roja con dibujos azules. La otra era una anciana alta, enjuta de carnes; el perfil agudo y pálido de su cabeza se destacaba sobre el lila de su vestido. Rugosas las manos de piel quebrada por los soles, ella resistía con vigor a sus años y miserias.

La más pequeña preguntaba con ávida curiosidad que la otra satisfacía con voz lenta y quejosa:

—¿Y su muchacha entoavía no ha encontrao quién le haga las bajos?

—¡Salga de áhi, misia Filomena! ¿Usté no ha óido decir de ese regimiento que cruzó antiyer rumbo a Melo, viniendo de Treinta y Tres?... Pué la muchacha se me juyó con uno de los milicos...

—¿Qué me dice.. doña...? ¡Vaya viendo!

—Ansina jué, nomás. Esos milicos rigolucionaron el rancherío de aquellos laos del camino. A la vieja Casilda se le juyeron dos gurisas; la Cuatiza... ¿Si acuerda de la Cuatiza, aquella muy entonada...?

—Sí... justamente; la Cuatiza.

—Güeno; esa levantó el poncho con un pardo. A la Macaca tamién se le jué la hija, ya mocita. Yo no

sé qué diablos tráin esos milicos. Le garanto que no compriendo...

—¿No sería peste, doña?

—Pueda ser, nomás.

"El Carancho" no pudo evitar la risa que asomó entre su barba, al oir la extraña explicación de las viejas, que continuaron charlando.

—¿Y don Liborio, cómo va diendo?

—¡Mal; el hombre ya ni hace por la riña. Aura hace tiempo que se viene quejando de un dolor de cabeza que lo trái muy amolao.

—¿No será el tabardillo? ¿Por qué no le hace una vencedura? Yo conozco una oración muy güena pa ese mal.

—Aura anda con una hoja de ruda atrás de la oreja. ¡Eso es muy güena medicina!.

Terminaba la polka, y algunos hombres, entre ellos "El Carancho", salían para la cocina en donde se iniciaba la rueda del mate, mientras Franco y otros quedaban con las mujeres.

La lluvia continuaba cayendo en los patios y se sentía golpear en las ramas de los higuerones. Bajo la sombra de los árboles, sonaron los pasos de una pareja cuyas voces se confudían con el murmullo de la lluvia en el patio.

Los de la cocina detuvieron un instante la charla, vueltos los rostros hacia el grupo de sombra de los árboles, atento el oído.

Así estuvieron, en suspenso el mate, hasta que sobre el rumor de la lluvia sintieron el pisar de unos pasos que volvieron a la sala de baile. Entonces, sin de-

cirse palabra, los hombres se miraron con una sonrisa de picardía en los labios.

Poco después volvían a oirse las notas del acordeón, y los hombres tornaban a la sala para continuar el baile, entonces animado por el calor que la caña ponía en las frases de todos.

Las mujeres, alegres ya con la conquista segura para el final de aquella fiesta, se miraban sonrientes y aplaudían con ruidosas carcajadas las ocurrencias que en alta voz se dirigían unos a otros los bailarines. No quedaban sentados, más que las dos viejas frente a la puerta del patio, y en un rincón, "El Carancho" y el dueño de casa, distraídos en seguir el saltar de los dedos del músico sobre el teclado.

El alcohol fué encendiendo los entusiasmos de los bailarines que apenas si toleraban el silencio del acordeonista el tiempo necesario para llevarse la copa a los labios, y luego ya exigían aquel vals, aquella polka o aquella milonga, pues mísero era el repertorio del músico y, aunque repetido varias veces en la noche, nadie se hartaba de oirlo y bailarlo, a pesar de que los duros mechones de pelo se pegaban en las frentes sudorosas de los hombres, y el gris de los rostros empolvados había desaparecido de las mejillas encendidas de las chinas opresas rudamente por las manos que mojaban ya los pañuelos de zaraza, puestos en la palma para no mancharles los vestidos.

Desde las sombras pesadas de los higuerones, se levantó el canto del gallo en la madrugada, cuando el dueño de casa, cogida en la mano ahuecada la copa del

sombrero a manera de bandeja, la extendió hacia "El Carancho" diciendo:

—Pa la música.

Buscó "El Carancho" en el cinto unas monedas, y las dejó caer en el sombrero del otro, que con el mismo ademán se dirigió a cada uno de los bailarines.

Desde el bajo llegó el relincho de un caballo, al que contestó el ladrido del perro en los patios.

Aguzó el oído "El Carancho" tanteándose las armas por debajo del poncho, cuando el acordeonista le distrajo ofreciéndole su copa.

—Gracias, no apetezco más.

Insistió el otro adulador, y levantábase él despectivo, cuando vió a un guardia-civil asomar su rostro animado de ingénua alegría por haber llegado a tiempo a la fiesta.

—Demoro un poco más y llego a los pasteles.

Volviéronse todos de súbito hacia donde partía la voz regocijada, sintiendo Franco que sus ojos se quedaban sin quererlo fijos en el rojo vivo del poncho patrio, por debajo del cual la luz se reflejaba en la acerada vaina del sable.

Atento a sus menores gestos, "El Carancho" tuvo el presentimiento de que estaban perdidos, cuando los ojos verdes del otro se quedaron fijos en él, mientras bajo los lacios bigotes, mostrábanse las rojas encías de su boca abierta en ancha sonrisa.

Sin decir una palabra, aprovechando la confusión producida por los demás al ponerse de pié para rodear al recién llegado, recorrió con la vista la pared del rancho, hasta fijarse en la débil ventanita que sólo una aldaba de madera sujetaba.

Escondida bajo el poncho la mano en que ya tenía pronto el revólver, pasó por detrás del músico y fué en busca de Franco que había cuidado poner el cuerpo de su china entre él y la puerta.



—¿Qué maliciás vos? — dijo en voz baja "El Carancho".

—¿Estaremos embretaos?

—Aprontáte pa voltiar la luz al primer amago que haga y corréte a la ventanita.

—Ta güeno.

En ese momento los bailarines abrieron paso al policía hasta rodearlo cuando él se sentó en un rincón del rancho, satisfecho de la curiosa atención con que se disponían a escucharlo. Franco se adelantó con su

pareja, mientras "El Carancho" disimulaba su alejamiento ocupándose en hacer un cigarro.

Libre del poncho, que una de las hijas de casa llevó a secar a la cocina; quitado el sable que apoyó en la pared, el recién llegado se echó hacia atrás el sombrero, afirmó las manos en las rodillas, y se dispuso a narrar ordenadamente aquello que todos ya entonces esperaban de sus labios.

—¡Pues, aquello era una cosa bárbara! Habían de ver ustedes los pescuezos de las pobres mujeres cómo quedaron en el degüello... ¡Les blanqueaba el sebo por todo el cuerpo!

"El Carancho" entonces se acercó al atento círculo de oyentes, y preguntó, sereno:

—¿Dónde jué ese hecho?

Franco no pudo evitar el volverse hacia su compañero, con brusco movimiento.

—¡A dos leguas escasas de Melo, amigo, viniendo pal Paso del Sauce.

—Pues amigo, yo salí hoy de Tacuarí y no había óido mentar ese crimen.

—Es que están crecidos los pasos. Yo vandié por el de la Cruz y he galopiao toda la tarde y la noche. Creo que a la fecha no queda comisario y milico que no ande por esos caminos y montes buscándoles las güeyas a los asesinos.

—¿Cuántos son? — preguntó una china.

—Yo ni sé, doña; unos dicen que más de dos; a otros les parece que jué uno sólo porque los degüellos son iguales en las tres pobrecitas. Pa mí que vamo a galopiar al ñudo; es lo que yo colijo, al menos...

—Capaz, — dijo "El Carancho".

—... porque en una noche nomás, se pudieron poner en el Brasil.

—¿Y no han prendido a nadies?; — volvió a preguntar la mujer.

—Sí; allá en el pueblo llegaron esta tarde con dos o tres; pero parece que no saben nada. El asunto es misterioso, amigo!; — terminó el policía sentenciosamente.

En el ambiente del rancho flotaba un pensamiento de asombro ante el trágico cuento del policía, cuando uno de los bailarines dijo, con animada voz que quiso quebrar el espanto y volver a la anterior alegría:

—Vamos a ver, acordionista, una mazurka dedicada a la autoridá.

El policía, satisfecho del homenaje, se puso de pié, extendido el brazo, diciendo:

—¿Quién me empriesta la prienda?

—Yo, — dijo Franco.

Y los quejidos ágrios del acordeón, volvieron a sentirse sobre el taconear de las botas, y las risas de las chinas.



Viajaban envueltos aún en la incierta luz de la madrugada, cuando detuvieron sus caballos en la cancela de la casa de la mujer de "El Carancho".

Pretextando tener necesidad de dar alcance a una comparsa de esquiladores, habían abandonado el baile para ir a refugiarse al monte próximo donde esperaron, dormidos entre los altos pajonales, que otra vez viniese la noche para iniciar el camino hacia los pagos.

Durante el viaje ocurrió entre ellos una breve y agria disputa. Franco indicaba la conveniencia de cor-

tar desde allí para el Brasil; no había más que echar certero rumbo, y llegarían con las barras del día, a la Picada de los Matreros. ¿Acaso aquel soldado no era el bombero del comisario del pago, hombre astuto, duro para las marchas; conocedor de los más huraños rincones del Tacuarí, y de probado coraje en cien lances de carreras y pulperías? Era preciso huir; si aquel comisario había husmeado sus huellas, ya podían contar con que la luna alumbraría en los campos las siluetas suyas y las del otro, tenaz y fuerte. ¿Para qué esperar el dinero de "El Mellao"? Cuando se hubiesen perdido sus huellas y el recuerdo del crimen se hubiera borrado en las largas horas de monotonía de la vida campesina, entonces ellos estarían de regreso una noche cualquiera junto al Paso del Sauce, para recordarle a "El Mellao" su deuda.

"El Carancho" se mofó primero de todas estas razones, simulando distraerse en observar el camino. Luego, cuando el otro pasó de la actitud humilde del consejo, al imperativo inquieto, fueron ya breves sus palabras de respuesta.

¿Por qué habían de huir? ¿Qué importaba la terquedad y la astucia del comisario, mientras "El Mellao" callase?

Volverían a los pagos y, sobre el asombro temeroso de todos, ellos pasearían su cínica tranquilidad, seguros de que nada ni nadie podría condenarlos. Además, irse así, sin saber nada más que aquellas vagas noticias sobre el asombro de las gentes ante el descubrimiento del crimen; sin haberle quitado al instigador hasta los últimos ahorros; huir ahora que recién empezaría a dar los frutos la muerte de Fausta...

—¡No seas maula!, — dijo con enojo, al llegar a los patios de su china terminando así la disputa.

Al ruido de los caballos, un rayo de luz atravesó la ventana cuando ya "El Carancho" llamaba junto a ella.

—¿Dormís, Natalia?

Sin cuidarse de ocultar los fuertes senos que volteaban el descote de la camisa, la china asomó el busto y con voz precipitada habló así, sin extender siquiera la mano a su hombre.

—Carancho, no dentrés que te van a agarrar durmiendo; esta nochecita estuvo Yorda indagando tu paradero.

—¿Y por qué me anda campiando?

—Y yo que sé; la cuestión es que dende que saliste de aquí, todos piensan y hablan de vos.

—¿Quién me denunció?

—No te sé decir; creo que naides; pero lo dijeron todos al mesmo tiempo: No puede ser naides más que "El Carancho". Y se han puesto a recordar lo de Ibáñez.

—Como si no hubiera más hombre que yo en estos redutos.

—Y tal vez, nomás.

—En eso llevás razón. Güeno... ¿Tenés áhi una hoja de papel y un lápiz pa escrebir?

—Sí, esperá un poco.

Mientras la china revolvía en su baúl buscando lo pedido por su hombre, él hablaba en voz baja con Franco, hasta que llamado por ella volvió a la ventana en donde, cogidos los objetos, la abrazó con rudeza y montó a caballo.

Poco después, a la sombra de los mimbres, tendían sus recados sobre los cuales se acostaron.

* * *

Se diría que en cada rama de los mimbres bajo los cuales corría el río, una cigarra levantaba su chirrante y monótono canto sobre el dormido ambiente del monte, cuando "El Carancho" colocó sobre sus rodillas la carona, a modo de mesa, y comenzó, con gesto de doloroso esfuerzo, asomando entre la barba la punta roja de la lengua, cogido duramente entre los dedos el lápiz, a escribir una carta.

Franco le miraba con ambigua sonrisa, sin decir palabra para no interrumpir aquella extraña tarea de su compañero, cuya mano se movía con torpe lentitud sobre el papel, deteníase de pronto para comenzar de nuevo los grandes trazos con que iba llenando la página, mientras en el gesto tenía la expresión reconcentrada de quien cumple un extraño y doloroso rito. Por fín extendió el lápiz hacia un margen de la página y, desde allí comenzó a trazar, escrupuloso, las líneas de su rúbrica, semejante a los círculos de un lazo caído en el campo.

Entonces miró a Franco con la alegría de quien ha cumplido empeñosa obra, y levantando entre sus manos el papel, díjole:

—Escuchá la carta.

El otro dejó clavado en el suelo blando el puñal con que trazaba signos arbitrarios, y estiró el cuello hacia el lector que comenzó a descifrar con dificultad su propia letra:

"Sr. comisario de la 10 seción Don Baldome-
"ro Yorda: Muy señor mío.. Esta tiene por obje-

"to aserlo saber que teniendo yo conosimiento que
"Vd me persigue con el objeto de prenderme, qui-
"sas crellendome cumple o sabedor del asecinato
"en la 11.a Sección, pues le dice que Florencio
"Amaral es un gaucho que sabe siempre defender
"su deber de hombre cuando le hacen una porque-
"ría, pero no es ningún asecino para ir a manchar
"sus armas con la sangre de unas endebeles muje-
"res. Es cierto señor Yorda que me beo matre-
"riando y que tengo la necesidad de retirarme de
"mi pago sin causa de clase ninguna, pero lo ha-
"go temiendo que me hagan alguna injusticia co-
"mo ya me han hecho, por tal motivo le escri-
"bo esta garantisandole que es una injusticia que me
"hace crellendome sabedor o cumple en un echo tan
"cobarde y bajo para un hombre que se tenga por
"hombre. Por culla causa me ausento de mi
"pago con el más hondo sentimiento y no re-
"gresaré hasta el día que la gusticia tenga co-
"nocimiento que yo no soy cumple en el co-
"barde echo ocurrido. Sin otro asunto lo sa-
"luda este pobre paisano que siempre la mala
"suerte lo rodea. S. S. S."

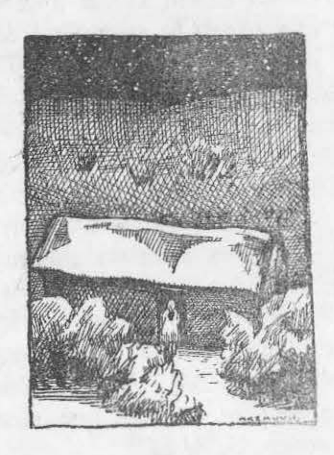
Florencio Amaral.

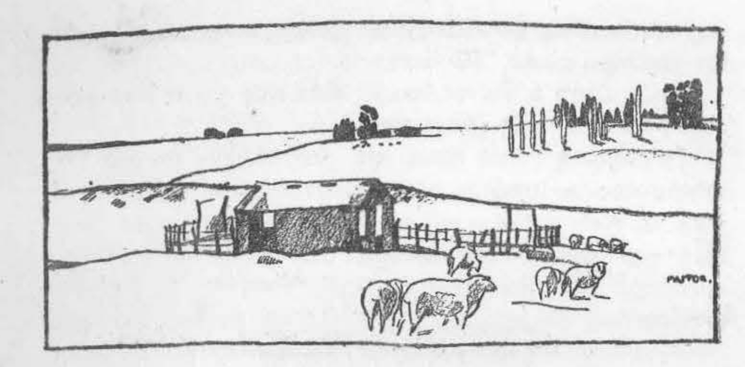
—¿Qué te parece?; preguntó al terminar la lectura con gesto de orgullo.

—¡Macanudo...! ¿Pero pa qué decís eso del asesinamiento y de que son unos maulas los que cometieron el hecho?

—¡Pero claro...! ¿No alvertís que es una carta pal comisario?

—¡Tenés razón!—dijo Franco, terminando en ruidosa carcajada el diálogo.





CAPITULO XII

—¿No le oyó decir pa dónde iba?

—No, señor comisario. Ya le digo: llegaron como a eso de la media noche, y me pidieron que les despachase yerba y tabaco. Tuvimos hablando mientras les arreglaba las cosas y entonces yo les pregunté si andaban juídos del pago. "El Carancho" me dijo que usté se había empeñao en prenderlo porque le acumulaba la muerte de esas mujeres.

—¿Y el otro no le dijo nada?

—No; el indio no hacía más que mirar pal lao del paso; parecía que recelaba que los estuvieran bombiando. ¡Pero no vaya a decir, señor comisario, que yo le dí esas noticias!

—Pierda cuidado. Si ya no se fueron al Brasil, es seguro que se han ido de mi sección...

—... Porque el pleito es entre ustedes; pero yo

soy un hombre pacífico y no quiero echarme al cinto un enemigo como "El Carancho".

—Si llega a volver, no le diga que yo estuve por aquí; aunque se lo pregunte.

—Ni una sola cosa me preguntó; parece talmente que no tuviera nada que ver en el asunto. ¿Y será él, mesmo?

—¿Y quién más, sino?

—¿Y pa qué les habrá dao muerte a esas pobrecitas?

—¿Usté no desconfía de "El Mellao"?

—¿"El Mellao"...? ¡Ese sí que no puede ser; es un mozo muy gente! Aura... de "El Carancho" habla todo el pago; no llega aquí paisano, ni gurí, que no venga contando que lo vió en el camino. Pa mí que hasta en visiones se les aparece. Mal se ha puesto el sol, cuando ya andan las mujeres arrimando postes pa atrancar las puertas. Amigo: ese hombre parece que llevara el diablo en el cuerpo; aunque no haiga sido él, la verdá es que por donde pasa queda el espanto. Pero, ¿quién va a desconfiar de un mozo como "El Mellao"?.

—Pues a mí me dijeron que se habían hecho muy amigos.

—Eso no li hace. "El Carancho" era amigo de todo el pago; y aunque uno no quisiera mucho trato con él... ¿sabe?... siempre es mejor tenerlo de amigo que de enemigo. ¡Mire que aquello que se cuenta de cómo judió al gallego Ibáñez, allá por el Arbolito! ¡Y qué hombre de trato lindo...! Si no juera por algunas cosas que dice cuando se toma, y por aquella mirada, naides sería capaz de darle un alma tan negra.

—Bueno; ¿cuánto cuesta este tabaco?

—No es nada, don.

—Gracias. Hasta la vuelta.

—No hay por qué. Hasta la vista.

En el claro de luna, aún pudo ver el pulpero, desde la puerta de su casa, las siluetas del comisario y el asistente seguir por el camino de Tacuarí.

Las más pequeñas islas de los montes; las más ocultas quebradas de las sierras; hasta los solitarios mimbres que en las tardes se miraban en las lagunas sobre las barrancas que los juncos ocultaban, el comisario había recorrido en su tenaz afán por encontrar las huellas de "El Carancho".

¿Se habría marchado ya para el Brasil? Pero entonces, ¿por qué en los ranchos a los que llegaban sin desmontarse, siquiera, salían a recibirlo las mujeres con ojos de asombro, tal como si todavía tuviesen en ellos la imagen de los dos jinetes que sobre el ocaso vieron trotar lentamente por las cuchillas, y en quienes, por las largas piernas de uno de ellos, reconocieron a "El Carancho"?

A veces le ocurría que al llegar junto al mostrador de un boliche, el dueño de casa ponía el rostro azorado como si tuviera algo que ocultar; y luego, bajo el apremio de sus preguntas, confesaba que esa misma mañana había estado allí el matrero, tranquilo, decidor como de costumbre, sin mirar ni una sola vez al camino; y hasta había escuchado sin hacer comentarios, los rumores que en el pago corrían sobre los misteriosos asesinos de las de Amaro.

Esto era, por sobre todas las cosas, lo que más inquietaba el ánimo del policía.

¿Y si estaba persiguiendo a un inocente? Pero el recuerdo de Ibáñez que todo el pago evocaba como él en aquellos días, mientras "El Carancho" paseaba por los caminos púbicos su simulada ignorancia de ser perseguido, tornaba a afirmar en el espíritu del comisario la certeza de su sospecha.

Además, ya no podría aunque lo quisiera, detener aquella lucha de astucia y valor entablada por él entre los dos ante el pago. Era preciso que su fama de hombre resuelto y capaz se afirmase ante todos aprehendiendo a "El Carancho". Bien lo notaba en las palabras de los paisanos cuando le señalaban los refugios del matrero, la incredulidad en su resolución de seguir aquel rumbo hasta encontrarse con el fiero asesino. Cierta vez había tenido que lanzarle el desafío personal en una rueda de truco, ante la embozada certidumbre de un caudillejo que le aseguró ver fácilmente a "El Carancho". Fué en la pulpería que se levanta sobre la cumbre donde se separa del camino de Arbolito el que baja hasta las sierras del Infiernillo.

No bien acababa el comisario de dar la mano al pulpero, cuando desde la mesa en que jugaban los contertulios, le habló un viejo con aire de sorna:

—¿Qué tal, don? ¿Todavía anda campiando a "El Carancho"?

—Yo no lo busco más; es seguro que a la fecha está en el Brasil. Buscarle el rastro ahora, es perder el tiempo al ñudo.

—Más vale así—comentó el otro con marcada intención.

—¿Por qué, más vale así?

—Digo, nomás... Tengo pa mí, que "El Carancho" es medio duro de pelar.

—No pasa de un maula. ¿Qué coraje puede tener un hombre que sólo mata a traición, y mujeres?

—¿Usté crée...? Yo he visto hombres de esos, que dispués si hacen despedazar antes de rendirse; por eso no doy fé a la creencia de que todos los asesinos son maulas.

—Y lleva razón;—comentaron a coro y sentenciosamente los otros.

—Pues si le tiene tanta fé, dígale que me salga al camino.—Respondió el comisario con gesto de insulto que detuvo la insolente sonrisa del otro.

—No, señor comisario; yo no he dicho que usté le vaya a recular si la ocasión se presienta; digo nomás, que el hombre no me parece de arriar con el poncho.

—Pues de todos modos, ya se lo puede usted decir: en donde le guste nos podemos encontrar mano a mano.

Y el policía salió del comercio, espoleada su viril tenacidad por el ambiente de duda que sobre su valor sintió en aquella rueda de paisanos.

Sin embargo, los días pasaban y él no lograba encontrar las huellas de aquel a quien todos parecían ver por las mañanas y las tardes, y sentir en las noches el trote de su caballo por los caminos que los ranchos bordeaban.

—El hombre se tiene fé, señor comisario, y va a cáir en ella;—le repetía el viejo asistente cuando doloridas las piernas de trotar toda la noche, con el sol ya alto se acostaban a la sombra de los mimbres de los ríos, y en su ánimo se insinuaba el desaliento.

***

Mientras tanto, junto al Paso del Sauce, "El Mellao" seguía con angustia viva aquella lucha. El comisario había estado una mañana en su casa. ¡Qué esforzado triunfo el de su voluntad para poder resistir, con el aire inalterable de su mansedumbre, a las preguntas del policía que adentraban en su espíritu como aceradas hojas!

"El Carancho" estaba aún en el pago. ¡Desde que lo supo, el más breve ladrido de los perros; el más leve grito de los teru-terus en las barrancas del Paso del Sauce; el relincho de los caballos junto al monte, le despertaban en las noches anunciándole el andar de unos jinetes.

—Sí; vendrán. ¿Será "El Carancho"? ¿Será el comisario?—Se repetía con el ánimo desolado, creyendo advertir en el ruido más vulgar de las noches del campo, la llegada de aquellos hombres.

Y en las madrugadas, cuando los gallos cantaban sin haber bajado aún de las ramas de los ombúes, iba en busca de su caballo siempre en la soga, y salía a las cuchillas para tener delante de sus ojos los más dilatados horizontes, y poder así ver llegar desde larga distancia al enemigo que primero llevase el camino de su casa.

Por las noches, mientras la mujer dormía pesadamente a su lado, en la oscuridad de la alcoba quería no tener más sentido que el oído para recoger el aún lejano trote de los caballos.

De pronto todo su pensamiento quedaba en suspenso. En las barrancas del paso gritaban las lechuzas... Le parecía sentir el confuso rumor de unas voces varoniles que se acercaban. ¿Por qué no ladraban los perros? ¿Se habrían dormido del lado del galpón, cuando debieron cuidar el camino? Y sin embargo, era cierto que aquel murmullo crecía.

Ya no pensaba más. Ahora eran claras, distintas, las voces... ¿Y los pasos...?

Sí; eran dos, que caminaban arrastrando levemente los pies.

Las sienes le latían con tal violencia, que el golpe de la sangre en las venas no le dejaba oir bien.

—Ya caminan por el patio... se han apiado... ¿Qué diablos se vendrán diciendo en esa charla cerrada? ¿Será "El Carancho"? ¿Será el comisario?

Y escuchaba anhelante.

De súbito, en el silencio sonoro de la clara noche, gritaban los gansos asustados y "El Mellao" sentía alejarse su carrera hacia los ombúes.

—¡Malditos bichos!,—se decía al tenderse de nuevo en el lecho, mientras iba acallándose el golpe de la sangre en sus sienes.

La vista de aquel camino, cuya franja violeta en las tardes bajaba desde la lejana cuchilla donde blanqueaba la escuela entre los álamos azules, y adelantando por la llanura del Bañado de Medina se ocultaba un instante entre los ríos, pasaba junto a su casa y se alejaba por las redondas lomas del Bañado de Tacuarí, era como la obsesión de sus mañanas y sus tardes.

Al levantarse, con la fresca brisa de la madrugada o en el ambiente callado del final de la siesta, su primera mirada era para aquel camino sobre el cual imaginaron el crimen andando con "El Carancho", y por el cual esperaba, con angustia lacerante, ver adelan-

tarse el trote del caballo de su cómplice o de los policías.

Unas veces, ya llegando a las barrancas del Paso del Sauce, iba la nubecilla de polvo que el galope de un jinete levantaba hasta llegar a los patios de su casa. "El Mellao" le esperaba, mal disimulada su angustia, fingiendo ocuparse en pequeños menesteres camperos hasta que el otro, invitado a pernoctar bajo su techo, narraba las noticias oídas en el pueblo. Y siempre, como si obedeciesen a un convenio cruel que se cumplía a diario, la charla de todos recaía en los acontecimientos de la búsqueda de los asesinos:

—Eran parientas suyas, ¿no verdá?

—Si; Fausta era cuñada mía... ¡Una buena muchacha!

—¡Pobrecita...! allá en el pueblo todo el mundo anda alborotao con el suceso. ¡Mire que han prendido gente... y no dan con quién pueda ser el asesino!.

—Pa mí que ya no los agarran más.

—¿Usté crée? Aura dicen que es un tal "Carancho" que ganó el monte.

—Quién sabe...

Y "El Mellao", sabiendo ya lo deseado, interrumpía el diálogo con un prolongado silencio que el sentimiento piadoso del otro respetaba, creyéndole hijo del dolor que en su alma despertaba el recuerdo del trágico fin de aquella buena muchacha, cuñada suya.

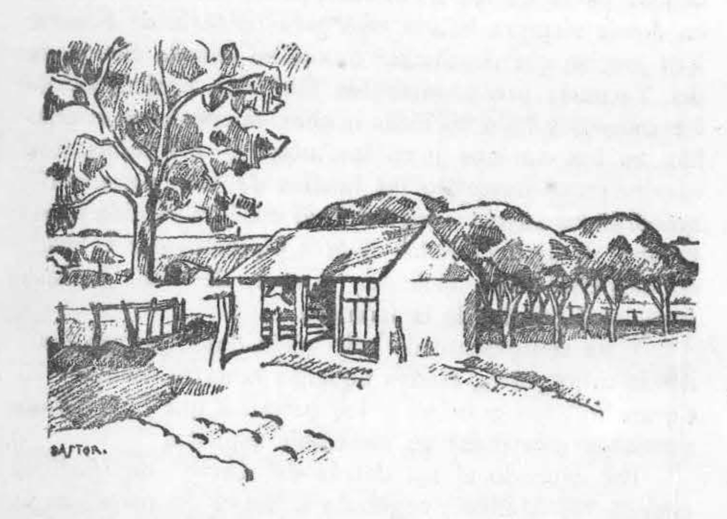
Otras veces, era por las lomas del Tacuarí que en la tardecita, tal como aquella en que vió llegar a "El Carancho" y su compañero, bajaba un jinete hacia su casa. Y éste, como los venidos del pueblo, por fuerza habría de hablarle de la muerte de Fausta:

—Por allá arriba, anda la gente como asombrada.

—¿Y eso por qué?,—preguntaba, distraído, "El Mellao".

—Porque dicen que han visto a "El Carancho" en diversas ocasiones.

—¿Es tan mal hombre?



—Uno no puede decir, ¿sabe? Pero con el recuerdo de Ibáñez y áura este hecho que le acumulan, un hombre como ese, que anda mal y la policía campiándolo... ¿Sabe uno lo que le puede ocurrir si una noche a usté se le presienta en el patio?

¿Cuándo pasarían por fin aquellas conversaciones, en que todos parecían empeñados en llegar, por todos los caminos posibles de su casa, a mantener viva su angustia de pensar en que una mañana o una tarde se

bajarían en los patios el comisario o "El Carancho"?

¡Ah, si él pudiese montar a caballo y una noche tomar el rumbo del Brasil!

Pero no; era preciso permanecer allí, sin labrar más la chacra; sin cuidar de las ovejas que en los tembladerales del bañado morían de hambre apresadas sus débiles patas en los traidores pozos; sin ir al boliche en donde siempre habría uno para hablarle de Fausta. Era preciso que continuase quieto en aquella rinconada del Tacuarí; preso entre los dilatados horizontes de los campos y bajo las altas noches, mientras en el pueblo, en los caminos y en los montes, los comisarios continuaban buscando las huellas de "El Carancho", que eran las suyas, y hasta que el asesino, perdida la esperanza de arrancarle los dineros ofrecidos por él cuando despertaba sus violentas fuerzas del mal, hubiese tomado el camino de la frontera.

Y un sentimiento de odio subía desde lo más hondo de su angustia, contra aquellas muertas, contra "El Carancho", los policías, y los paisanos que no cesaban nunca de mortificar su miserable espíritu.

Iba cayendo el sol detrás del Cerro de Medina, cuando "El Mellao", cogiendo el brazo del peón que le acompañaba en el mate bajo los ombúes, dijo, señalando el camino:

—¿Ves aquellos jinetes que vienen bajando rumbo al paso?

—Sí, Mellao.

—¿Vos te acordás, Goyo, de "El Carancho"?—preguntó con voz en la cual un espíritu atento hubiera advertido el temblor de la angustia.

—¡Cómo no...!

—Parece que juera el de adelante... le cuelgan las piernas por abajo de la barriga del caballo.

—Parece, ¿no?.

—Mas por el modo de sentarse a caballo, creo que no es él... ¿No será Yorda?

—Pueda ser. El comisario también es largo; pero más fornido. Güeno; eso no se puede ver con el poncho de verano que trai puesto.

—¿No reconocés el caballo?

—De aquí parece un gateao...

—A "El Carancho" no le conocí ninguno de ese pelo.

Tenían los dos fijos los ojos en los viajeros, cuando éstos desaparecieron un instante bajo los árboles del Paso del Sauce, y volvieron a asomar sobre el camino. De pronto torcieron hacia la izquierda, siguiendo el sendero que se detenía en el palenque del boliche.

—¡Es Yorda!—dijo "El Mellao"—¿Le viste relumbrar al sol la vaina del sable?

—Miraba al otro,—repuso Goyo—y le ví relumbrar la garabina al milico.

Viendo desmontarse a los viajeros junto al boliche, hicieron un breve silencio interrumpido por "El Mellao" para decir, como hablándose así mismo:

—Andará atrás de "El Carancho".

—Siguro. Si "El Carancho" responde a las mentas, ¡esta vez se van a topar dos toros!—Comentó el otro, admirado ante la posibilidad del encuentro de dos hombres a quienes la fama rodeaba en esos días de un prestigio de inquebrantable tenacidad en los propósitos, y fiero coraje de la lucha.

Pero "El Mellao" ya no le oía. La proximidad de aquel comisario cuya astucia y ánimo resuelto impresionaban a los pagos hasta hacerles olvidar su fuerza como representante de la autoridad para fijarse sólo en la gallardía de sus hechos de hombre de valor, le turbó tan hondamente el espíritu, que apenas si se detuvo en la mesa a la hora de la cena para ir a tenderse enseguida en su lecho, acosado por el pasar tumultuoso de pensamientos que resonaban en su frente, sin que él pudiera detener aquellos que buscaba para responder a las seguras preguntas del policía.

Temblando por el contínuo rumor que el viento ponía en las hojas de los ombúes, no tenía noción de las horas ya transcurridas en la noche, cuando desde el paso le llegó el grito de los teru-terus. Inquieto, iba a sentarse en el lecho, cuando ladraron los perros en el patio y avanzaron hacia el camino.

El rumor del viento en los ombúes no dejaba oir.

Un caballo relinchó, con apagado relincho, en los patios.

¡Ya no quedaba duda; estaban allí, y ese murmullo no era el del viento en los árboles sino el de su charla.

En el íntimo silencio del ambiente, tuvo claras resonancias el golpear de un sable contra una piedra...

—¡"Mellao", abrí a la autoridá!

¿Fueron las palabras; fueron los golpes, los primeros en sentirse?

Pero... ¿por qué golpeaba y así gritaba Goyo, si él lo hubiese oído lo mismo en el silencio de la noche? Menos fuertes, aquellos golpes y palabras no le hubieran sacudido con tal violencia.

Se vestía ya la bombacha, cuando la voz somnolienta de la mujer, preguntó:

—¿Llamaron, "Mellao"?

El no contestó, y fué a quitar la tranca de la puerta del patio.

De pié, con un grueso rebenque cuyo mango de plata brillaba a la clara luna, el comisario Yorda, erguido el cuerpo vigoroso; más gallardo con las altas botas; dulce la mirada de sus ojos azules; limpio de barba el extraño rostro que denotaba su raza sajona, le saludó jovial:

—Disculpá que te haya venido a molestar a estas horas; pero tenía que hablarte y voy con apuro.

—Usté dirá pa qué puedo servirlo, comisario— dijo "El Mellao", dueño ya de su habitual mansedumbre.

—¡Linda noche, parece día claro! Si tenés un banco nos sentamos aquí nomás.

—¡Cómo no, comisario; vamo pa allí al lao del galpón, que tenemo asiento.

Uno frente al otro, mientras el soldado hablaba con Goyo junto a los caballos, el comisario al quitarse el sombrero dejó brillar a la luz de la luna el rojo encendido de sus cabellos, y dijo:

—Pues aquí andamos, buscando todavía al asesino de tu cuñada...

Esperó el comentario; pero "El Mellao" estaba dispuesto sólo a responder cuando se le preguntase concretamente.

—¿Vos no desconfiás de nadie?

—Ya le dije la otra vez al comisario de la once, que quién sabe no juera el bolichero Amaro.

—¿Quién es ese?

—Un hijo de la vieja: el mismo que después jué a denunciar el hecho.

—¡Ah, no; ese está probado que no puede ser. Lo llevaron a Melo, y el hombre salió bien de todos los interrogatorios.

"El Mellao" tornó a guardar silencio.

—¿Y no desconfiás de algún otro?

—No, comisario... Uno nunca crée a la gente capaz de esas cosas...

Yorda le miró con una vaga expresión de picardía en los ojos azules y en los labios.

—¿Y "El Carancho", qué te parece?

A su pesar "El Mellao" sintió que la voluntad lo traicionaba, y sus grandes ojos se entornaron un instante ante la mirada tranquila del policía.

—No lo conozco, comisario.

—¿Cómo no lo conocés?

Había cometido la primera torpeza; pero todavía estaba a tiempo de repararla.

Sin embargo, la voluntad no terminaba de imponer sosiego a las ideas que volvían a atropellarse en sus sienes y, además, ¡tan rápido iba aquel diálogo, que no le daba tregua para volver de su inquietud!

—¿Dijiste que no lo conocías?

—Apenas de vista.

Y la voz también comenzaba a traicionarlo.

—¿Vos sabías que "El Carancho" mató a Ibáñez por ganar una comisión?

—No había óido decir...

—¿Y a tu mujer cuánto le toca con la muerte de Fausta?

Ya no pudo más, y respondió sin disimular su angustia:

—Ni lo he pensao, don Yorda.

El comisario se paró y él, en el banco desde el que sus piernas temblorosas no podrían levantarlo, lo vió aún más alto que de costumbre.

—Bueno, "Mellao": andá a vestirte con eso me acompañás a la comisaría.

—Pero don Yorda, — imploró — yo soy inocente...

—Capaz, "Mellao"; pero te necesito para unas declaraciones, y después quedás libre.

Iban ya por el camino, cuando el ánimo comenzó a aquietarse a medida que la certeza de su situación aparecía delante de sus ojos. Y mientras respondía atento a las pueriles preguntas del comisario, la voluntad recobraba el fuerte dominio de su espíritu que entonces no sentía la angustia de esperar, sin saber cual de ellos sería el primero, a que una noche o una mañana se presentasen en sus patios "El Carancho" o el comisario.

Después de todo, si él había sido torpe en unas respuestas, eso no era un testimonio en contra suya ¿Con qué pruebas iban a condenarlo?

Y en el fresco de la madrugada sintió por primera vez, después de largo tiempo, lijeros sus pensamientos.

* * *

A la tarde siguiente, mientras "El Mellao" era conducido a Melo, el comisario tomaba el camino de Arbolito para llegar, ya cerrada la noche, a la casa de "El Carancho". Allí recibió de manos de Natalia la car-

ta que el matrero escribiera en el monte y cuyo sentido cínico espoleó su fuerte voluntad, haciéndole montar de inmediato en seguimiento de las huellas de "El Carancho" por los montes cercanos.

Húmedos de rocío los ponchos, con el día ya claro, el comisario y su asistente llegaron a tenderse bajo los árboles del Paso de los Carros, sin haber encontrado de sus perseguidos, más rastro que los fogones deshechos por los zorros de los montes.

Pero entonces, por lo menos, Yorda tenía dos convicciones ciertas: que no otros sino "El Carancho" y Franco eran los asesinos de Fausta y las de Amaro, y que acaso ya estuviesen, de acuerdo con el aviso del matrero en su carta, camino del Brasil.

La tarde iba tendiéndose en las lomas, cuando el comisario se desmontó junto al Paso del Sauce.

Desde la noche de su prisión, la casa de "El Mellao" se había vuelto desolada; y los que mientras él sufría sus calladas angustias, habían permanecido tranquilos, estaban entonces como presas de un azoramiento inexplicable para el policía.

Seguro de que eran ciertas sus suposiciones, interrogó a la esposa de "El Mellao":

—¿No estuvo anoche "El Carancho" por aquí?

—Sí señor, estuvo buscando a mi esposo.

—¿Y usté le dijo que yo lo había prendido?

—Sí señor; que estaba preso por sospecharlo cómplice en la muerte de Fausta y las de Amaro. También le dije que usté lo buscaba a él.

—¿Qué contestó?

—Que ya había oído decir eso, y usté cometía con él una injusticia.

—¿No dijo nada más?

Se despidió por irse de viaje para el Brasil. Me pidió dinero mas como no tenía en casa, no le pude dar nada.

—¿Se bajó del caballo?

—Estuvo en mi cuarto. Hablaba muy tranquilo y esperó a que Franco le echase al corral un caballo que había dejado aquí hace tiempo.

—¿No vieron qué rumbos tomaban?

—Agarraron como para la Laguna del Negro.

—Hasta la vuelta.

—¿No sabe cuándo soltarán a mi marido?

—Muy pronto estará aquí; pero necesitamos dar con "El Carancho". Respondió el comisario cuando ya se inclinaba bajo el dintel de la puerta del patio, para montar de nuevo a caballo.

Si hubiese sido baqueano en aquellos pequeños montes que siguiendo las curvas del Tacuarí rodean por el norte la casa de "El Mellao", sin duda habría recordado que junto al Paso de las Piedras, hay un sauce llorón en cuya alta copa llegan por las noches a dormirse las palomas. Y en torno de aquel sauce, a cuyo pié crecen suaves gramillas siempre verdes, los mimbres, sarandíes, y sobre la barranca unos talitas, forman un imprevisto escondrijo para el matrero conocedor de la falsa pobreza de aquel monte.

Teniendo los caballos de la rienda, sentados en las piedras moras de la pequeña cordillera que pasa y se aleja acompañando la marcha del río, los dos matreros miraban en silencio el trote de los caballos de los policías, alejándose por el camino de Melo.

Subían éstos la primera loma del Bañado de Medina, cuando Franco dijo:

—Este perro de Yorda nos anda rastreando ya muy cerca.

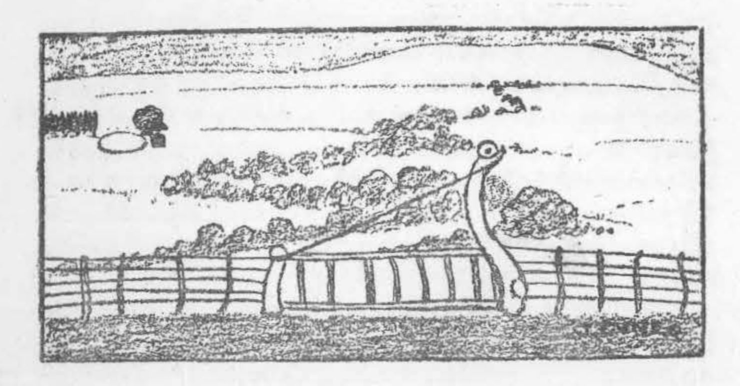
—Dejálo nomás, — repuso "El Carancho" — esta noche marchamos.

—Ya tiene un recuerdo tuyo pa llevarle al juez; le habrá gustao la escritura de tu carta.

—De juro que nos ha buscao por el monte del Talavera.

En las lomas próximas se sentían los mugidos de los toros elevarse sobre los oscuros puntos de las tamberas tendidas en la playa del corral, cuando ya era la nochecita sobre los campos.





CAPITULO XIII

Sobre el murmullo del monte, iluminado a trechos por la clara luna entrando por entre las ramas de los sauces llorones, se sentía el andar de los hombres, y quebrarse las ramas bajo los cascos de los caballos inquietos.

Sin hablarse más que las palabras precisas, fueron arreglando las maletas; embalijaron los gruesos ponchos que ataron luego en la cabezada de atrás de los recados; pusiéronse los de verano y salieron al campo, llevando los caballos de la rienda.

Una brisa fresca y perfumada por las yerbas de pajarito que blanqueaban extendidas en las copas de los sauces, llegaba del cercano Paso de las Piedras, y ondulaba en las crecidas gramillas de la hondonada; bajo la luna llena, veían la mancha oscurecida de los maíces tiernos subir la cuesta próxima, desde cuya cumbre

les venían las claras sonoridades del ladrido de los perros entre las pesadas sombras de los ombúes envolviendo los trozos blancos de las casas. A la derecha, se extendía por las lomas el apagado rumor de las majadas blanqueando en la noche luminosa; en la abierta extensión del bañado vibraba, con potentes ecos en la callada soledad, el mugir de los toros; y más allá, elevándose hacia el cielo hondo de escasas estrellas, la silueta confusa del Cerro de Medina..

Habían esperado a que se apagasen los fogones campesinos, que desde el monte vieron encenderse con la nochecita y parpadear, rojos, señalando las dilatadas distancias en la llanura, para emprender el viaje al Brasil.

Los caballos tascaban los frenos, impacientes por el murmullo del monte, en el que se sentía de pronto el breve batir de las alas de un pájaro entre los árboles, o el salto de una tararira en el río. Los hombres hicieron un cigarro y luego sentáronse en los recados.

Recogidas las riendas, permanecieron aún un instante quietos sobre los fletes, aspirando la brisa perfumada del monte; la luna, en el ancho cielo, alumbraba la cinta oscura del sendero estirándose sobre la abierta llanura. Había en el dormido paisaje una latente incitación a viajar siguiendo aquel sendero que iba, en la clara noche, mirándose en las quietas lagunas; abrazaba las islas solitarias de los mimbres florecidos en las llanuras; corrían sobre él los teru-terus asustados del más leve rumor en el sonoro ambiente; veía cruzar en rápida carrera los ñanduces que un zorro en sus paseos dispersó en las lomas; se poblaba de relinchos felices de los potros en las manadas distraídas y

rumorosas mordiendo los pastos tiernos de primavera, y al arrimarse a los talas del monte, se oscurecía con la sombra pesada de los carpinchos que le dejaban sus huellas mojadas con el agua del río del que acababan de salir a pastar, distraidos en la noche.

En las barrancas del cañadón que llegaba, oscura y ondulante franja, hasta el río, tenían sonoridades de cristal los cantos de los grillos.

"El Carancho" miró hacia las casas de "El Mellao" que se veían levantarse por encima del chato monte aborígen en la loma cercana, y dijo:

—Güeno, vamo tranquiando.

—¿Vos sos baquiano por aquí?

—Sí; vamo a tomar el bañao hasta la cancela del General Muníz; de allí cortamo derecho al Camino Rial, pasando por los Manantiales, y entonce rumbiamo pal Centurión.

—Güeno; allá más arriba yo soy baquiano. Los pasos deben de seguir crecidos.

Anduvieron primero al tranco, hasta bajar las cortadas barrancas del Paso de las Piedras, claro con la luna que brillaba sobre el desnudo brazo enhiesto de un sauce llorón, caía sobre las losas rojas labradas como grandes sillares por las aguas, y se reflejaba como una franja de luz ténue en la corriente pasando bajo el arco de los árboles.

Ya sobre el bañado, pusiéronse al trote los caballos al sentir las espuelas; y sus cascos iban golpeando en acompasado rumor sobre los blandos pastos mojados.

—Y aura, ¡Que nos echen galgos! — dijo Franco, riendo.

—Mañana mesmo ya cruzamos la línea.

Y la conversación se entabló mantenida por breves relatos del indio, que "El Carancho" comentaba jovial, mientras, distraídos de los caballos que buscaban y seguían por sí mismos las ondulaciones del sendero, iban dejando a sus espaldas pequeños pajonales sobre los que brillaba la luna, para encontrar otros idénticos a corta distancia, seguidos por confusos rumores del campo.

Rodearon una punta del monte, sobre la cual se levantaba un sauce, secas sus más altas ramas por el abrazo trágico de la yerba de pajarito que entonces, con la savia del árbol ya vencido, le perfumaba lo más bajo de su copa; quebraron a su paso el espejo azulado de una pequeña laguna perdida en la dilata extensión. Un chajá los vió pasar, y escondido entre los cimbreantes juncos del río, les gritó su voz de alerta que la brisa llevó en claras resonancias hasta la cuchilla donde se despertaron gritando los teru-terus.

—¿Ti has fijao, que de noche parecen más largos los caminos? dijo Franco interrumpiéndose.

—Tenés razón, repuso "El Carancho".

Poco después, sin apearse de los caballos, traspusieron la cancela junto al río que cruzaron en silencio, atentos a la profundidad del canal.

Siguiendo el rumbo señalado, pusiéronse al galope hacia las alturas que se veían a corta distancia y se alejaban como una prolongada meseta. A medida que subían, el galope de los caballos era más firme, sobre el piso ya seco de las laderas.

Un perro les ladró desde una cuchilla en que se levantaba apenas la silueta de un rancho. Lo dejaron a su espalda, y se apearon junto a la línea oscura del alam-

brado. "El Carancho" observó un instante la altura que nacía allí donde se hallaban detenidos, y dijo:

—La cancelita está más en el bajo.

Con los caballos de la rienda, llegaron hasta el arco de la cancela y pisaron el camino de Bañado de Medina.

Vueltos a montar, torcieron hacia la izquierda y anduvieron al trote hasta coronar la cuchilla, tornando a detenerse en la otra ladera.

"El Carancho" volvió a bajarse y extendiendo la rienda del caballo a Franco, buscó, con las manos extendidas sobre el alambre, el anillo que sujetaba la portera. Sintiéronse sobre el piso descubierto de pastos por el tránsito, los golpes simultáneos de los pikets al caer de la portera, y ellos reanudaron la marcha.

Desde la más alta cuchilla del lugar, les llegó el ladrido de los perros.

"El Carancho" señaló hacia allá, y dijo:

—Vamo por el campo del comisario de este pago.

—¿Son ranchos, esos?

—Sí, son unos ranchos grandes. Lo que es éste, si nos olfatea, nos va a dir pisando los talones.

—¿Es de aguante mano a mano?

—Mano a mano, y en la guerra. Tiene un balazo bárbaro en la carretilla; se lo pegaron en el Paso del Parque.

—Vamo a dejarlo, entonce, que duerma tranquilo; terminó Franco, jovial.

Por la cañada en cuyo piso mullido de gramillas se apagaba el trote de los caballos, bajaron hacia el monte del Bañado de Medina, detrás del cual ya veían

en la cumbre en que se ahondaba el cielo, el Cerro de los Manantiales.

—Campos juertes han de ser éstos; comentó Franco.

—Sí; muy juertes; de aquí al Frayle Muerto, siguiendo por la Cuchilla Grande, son las tierras mejores que conozco.

—Lindos abrigos pa ovejas.

—No tenés más que mirar el vicio con que dan los maizales. Ahí está la picada.

Acostados casi sobre el lomo de los caballos, que alargaban los cuellos y echaban hacia atrás las orejas para evitar los razguños de las ramas; uno detrás del otro, se internaron en la angosta picada, sobre cuyo suelo los árboles dejaban caer finos rayos de luna. Sobre sus cabezas sintieron a los pájaros levantar el vuelo asustados; y en el rumor de las ramas que los caballos quebraban en el suelo, sintieron la fuga de un habitante del monte, sorprendido en su sueño.

Del otro lado jugaba la brisa sobre las plateadas hierbas que se doblaban dulcemente bajo los cascos de los caballos.

Anduvieron aún un trecho al paso, temerosos por las zanjas imprevistas bajo los crecidos pastos, hasta que, ya en campo limpio, reanudaron el galope.

La luna continuaba iluminando, desde el limpio cielo, los campos dormidos.

Siempre al galope, los viajeros continuaban la charla, alegre el ánimo, frescos los rostros por la brisa que iba sobre las cuchillas; puestos los ojos en la dilatada meseta que las lomas finjían delante de ellos; deteniéndose un instante frente a la oscura línea del alambra-

do que vibraba bajo el golpe de la tijera y caía bruscamente cuando sus hilos eran cortados por las hojas aceradas que la mano de "El Carancho" manejaba con firme destreza.

A largos intervalos, se detenían para beber unos sorbos de la "caña" que "El Carancho" guardaba en un frasco.

De pronto, al coronar una cuchilla, se detuvieron sorprendidos; en el bajo, interrumpiéndoles el paso, se extendía una laguna reflejando en sus aguas la clara noche.

Franco miró a uno y otro lado; a su derecha, en el extremo luminoso de las aguas, se levantaba un pequeño bosque que subía la cuesta próxima, alineados cuidadosamente los árboles, por debajo de los cuales clareaba la luna sobre las huertas. Mientras él buscaba el rumbo, "El Carancho" se acercó a apagar la sed de su caballo en aquella laguna inmóvil y callada, como un pedazo de cielo caído en los campos.

—Ya mi acuerdo—; dijo el indio—tenemo que torcer pa la derecha a despuntar casi contra los árboles de la quinta, y vamo a pasar al lao de las casas del Canario.

Cuando el caballo hubo saciado su sed, anduvieron por el rumbo que Franco había esclarecido en su imaginación.

Avisados de su paso por el murmullo de la charla, ladraron los perros cuando Franco decía:

—¿Vos no conociste a este Canario?

—No; por estos redutos conozco muy poco.

—Se cuentan de él, casos muy raros, que yo no sé si serán cuentos o historias... pero la verdá es que yo no vide nunca un gringo más miserable que éste. Era

canario y parece que llegó por aquí tráido en un batallón de extranjeros venido de pa dentro. La cuestión es que él amontonó unos pesos, se juntó con una canaria y compró primero un pedazo del campo que rodea esos ranchos. A juerza de miseria se jué haciendo de platita y aumentando la hacienda, hasta que cuando reventó, ya era dueño como de media suerte de campo.

—Estos gringos todos son así pal vintén.

—Güeno, pero éste era más que ninguno. Figurate que hubo un tiempo en que tuvo asustao al vecindario y a los caminantes. Acontecía que temprano de la noche, áhi en esa ladera con árboles, la gente que acertaba a pasar por el camino, y los vecinos de estos ranchos, véian una luz colorada que balanceándose, empezaba a pasear pa abajo y pa arriba, alrededor de las casas. Algunos asiguraban que mirando fijo se véian como unos güeyes inormes y guampudos que iban tirando un surco, llevaos por un alma en pena que les iba gritando sin parar. La cuestión es, que mal iban cayendo a ese pasito que nosotros cruzamos, cuando ya se sentían entre los árboles y retumbaba en la laguna, la voz del alma del otro mundo: ¡Güey... tira güey!

Carculá que naides iba a mirar pa la ladera a colegir si eran güeyes y cristianos los que llevaban la luz. Todos clavaban la rajada al óir la voz.

Y aquella visión seguía, pa arriba, y pa abajo, talmente como tirando surcos, hasta que los caminantes perdían de vista la luz colorada en la ladera.

—¡Había de ser fiero, tener que pasar a esas horas! ;—comentó "El Carancho", poseído su espíritu de supersticiosa atención por el relato de Franco.

—Otras ocasiones, era allí en el monte donde se

encendía la luz; casi siempre acontecía ésto en el verano. Por entre los árboles salía aquella llama colorada y en la laguna resonaban como los golpes de las hachas de unos montiadores. La gente comenzó a decir que el Canario era lobizome, y el caso era que él no se trataba con naides.

—¿Y naides trató de aprobar si eso era cuento?

—¡Ah, claro; un día vino el comisario a indagar y risultó que el Canario contó la cosa. Relató que iba al pueblo todas las tardes a vender cebada y chala, y no mal llegaba a su casa, la mujer lo esperaba con la cena. Comía sin mascar pa no perder tiempo; uñía los güeyes, y con un farol en el yugo, se iba a la güerta a romper la tierra.

—¿Y lo del monte?

—Lo del monte era más o menos. Cuando él llegaba de noche del pueblo, los hijos lo esperaban ya comidos y prontos. No mal había desensillao los caballos, ya estaba gritando: ¡A las hachas, muchachos! Y allá se iban con el farol pa cortar leña pa carbón. Una noche, naides sabe cómo, al gurí más chico un hermano le hizo un tajo en la canilla. Pasaron los días y como el tal Canario no quiso llevarlo al pueblo pa no gastar, la herida se le echó a perder y se le acangrenó.

—Y lo dejó morir, nomás.

—Aura verás. Conque, coligiendo que el gurí se le moría, lo agarró una mañana, lo ató en la mesa, y con un serrucho le cortó la canilla.

—¡Qué animal!

—La cuestión jué que el muchacho se murió a los pocos tiempos.

—¿Y no lo prendieron?

—¡Qué lo habían de prender! Tenía plata y la cosa quedó por eso. Conque, él mesmo le hizo el cajón y con los otros hijos, lo pusieron en un carrito y lo jueron a enterrar a un cerro. Pero resultó que el cajón no tenía tapa arriba; y cuenta la gente, que cuando lo iba a echar al hoyo le miró el botín que llevaba en el único pié, y echándole mano se lo tiró a los hermanos que lo rodeaban llorando, y les dijo: Agarren eso, que puede servirles; éste ya no lo precisa. Como no tenía pión, él mesmo agarró la pala y le echó la tierra encima, hasta tapar al pobrecito.

—¿No serán historias de la gente?

—Pa mí que no. Lo que yo te apruebo, es que era un burro pal trabajo, y ansina reventó.

—¿Ya es finao?

—Sí. Una madrugada tenía el carro cargao con carbón pa dir a venderlo al pueblo, cuando le vino a la memoria que le hacía falta llevar una rueda de carreta pa ajustarle la yanta. Prendidos como hormigas a un cascarudo, él y los gurises consiguieron subir la rueda y ponerla arriba de toda la carga. Todo era pa ganar un viaje. Conque, se puso en camino; pero, ¡claro!, aquella rueda iba mal acomodada, y al bajar una ladera sujetó los güeyes, y se paró en el pértigo del carro pa arreglarla. Estaba en eso, cuando los animales se dieron media güelta, él perdió pie, y la rueda se le vino arriba.

Un caminante que pasó al mucho rato, lo encontró cáido abajo de la rueda, reventao como un sapo.

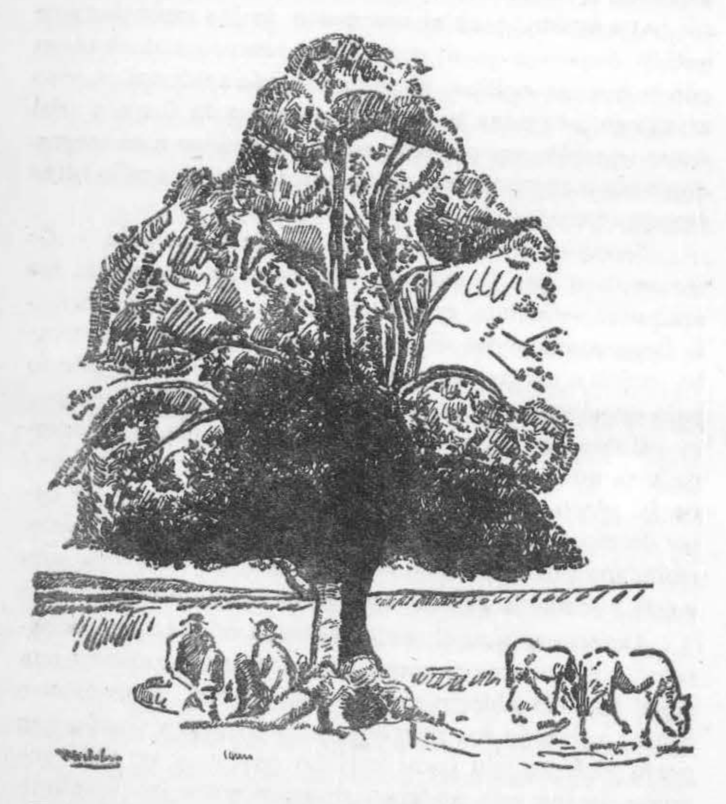
—¿Pa eso tanto lidiar?

—Andá viendo...

La luna comenzaba a descender por el arco del cie-

lo, cuando Franco, al ver las sombras de una tropilla junto a un alambrado, dijo:

—¿Qué te parece si agarramo ahí un matungo?



Este mío ya se empieza a aplastar.

—Güeno; corréte vos por ese lao, que yo les voy a tender aquí el maniador.

Apeóse "El Carancho" junto a la línea del alambre y en él ató un extremo del maneador llevándose el otro hasta formar un seno, hacia el que Franco pretendía arrear la tropilla.

Al sentirlo, cesó el murmullo de los animales que pacían dispersos en el recodo del campo, y levantaron con temor los cuellos. El pastor se adelantó con el paso cauteloso, erguidas las orejas, atento a la llegada del jinete, recibió con relincho bajo y nervioso a la yegua que vino a recostarse a su flanco, y bajó el cuello olfateando el suelo.

Trotaron en círculo todos los de la tropilla y, de frente; en alto la cabeza; vibrantes de inquietud los apagados relinchos, esperaron entre sonoros resoplidos la llegada silenciosa de Franco, cuyo caballo se acercaba con las orejas erguidas mientras relinchaba por lo bajo queriendo reconocerlos.

Entre "El Carancho" que estaba de pie, y su compañero, no quedaba más que un pequeño espacio abierto. El potro se adelantó un paso a su tropilla, y sin dejar de mirar a Franco, estiró el cuello hacia el suelo, resopland› de inquietud. Los hombres le silbaron, con largo y apagado silbido, queriendo tranquilizarlo.

De pronto alzó el cuello de larga crin, arqueó la cabeza, y sus cascos sonaron en un violento galope hacia aquel espacio abierto entre los hombres. Corriéronse éstos agitando los ponchos; pero el potro trazó una curva violenta, sin tocar casi los pastos, y se alejó seguido de los más audaces, dejando entre los hombres a una yegua que Franco rodeó con presteza.

Ya la ensillaba el indio, cuando en las cuchillas próximas se sentía detenerse el sonoro galopar de los caballos, y el orgulloso relincho del pastor llamando a su yegua.

A poco de andar después de haber mudado Franco de cabalgadura, comenzó a diferenciarse el paisaje.

Entonces eran más bruscas las quebradas, y el horizonte se estrechaba alrededor de los viajeros, hasta no quedar, durante largos ratos, más que un trozo de cielo ahondándose sobre sus cabezas, mientras los caballos trotaban con dificultad entre las piedras cubiertas de ligero muzgo en la superficie de las hondonadas.

—Vamo costiando el camino del Brasil.—Dijo Franco al divisar sobre una afilada cuchilla, que la claridad de la noche fingía de altura extraordinaria, una estancia entre grandes árboles.—En esta estancia, agregó, he changueao en más de una ocasión.

Desde entonces ya era él quien llevaba el rumbo.

Afirmando un pie en el estribo, mientras el otro rozaba el nacimiento del cuello de su yegua, guiaba la marcha con la mirada fija en un punto impreciso del paisaje, sin titubear nunca; certero en las líneas que en la oscuridad seguía su caballo sobre las afiladas aristas de las sierras, bajando las quebradas sonoras con el paso de los torrentes sobre las piedras y costeando las calladas lagunas sobre cuyas aguas se erguían rectos e inmóviles, los gracisos juncos hasta los que no podía llegar la brisa detenida por las altas cumbres.

De pronto tuvieron la sensación de que a sus caballos se les acortaban las patas a medida que avanzaban; eran torpes sus pasos; extendían, en el esfuerzo, los cuellos hacia adelante; y ellos mismos creyeron que sus largas piernas rozarían las altas gramillas. "El Carancho" miró hacia atrás; a trechos, las piedras devolvían a la

ladera un trozo de luna; una sombra flotando sobre los yuyos, le impidió medir la altura que subían.

Ya en la cumbre, resoplaron con fuerza los caballos al sentir en sus anchas narices el viento fresco del amplio paisaje que dejaban las sierras abriéndose en círculo sobre el cual se apoyaba el cielo.

Andaban ya por la desierta llanura que las sierras guardaban, cuando la luna se hundió detrás de una cumbre y el viento se hizo más fresco y fuerte.

Entonces el cansancio había reducido a muy breves palabras la charla, y trotaban echándose a un lado u otro del recado para descansar los músculos entumecidos.

Desde incierta lejanía les llegó el canto de un gallo, que el viento repitió entre las sierras.

—¡Madrugador es ése;! — dijo "El Carancho".

—Lo ha engañao la noche clara.

—Es que ya debe venir amaneciendo; volvió a decir "El Carancho", torciendo el busto hacia la derecha.

Había, en verdad, en un sitio impreciso del horizonte, una confusa claridad.

Todavía anduvieron por largo espacio antes de subir la cuesta que guardaba aquella lanura y cuando por ella bajaban hacia los campos de confusas ondulaciones en la hora, Franco advirtió, señalando un trozo de cielo:

—Mirá: allá vienen los nubarrones del día.

—¿Y nos queda mucho por andar?

—No; antes de que el sol salga de entre las sierras, nos vamos a estar echando en la Picada de los Matreros.

—Pero en esa picada es una fija que hay guardia.

—Es que no vamos mesmo a la picada, sino a un albardón que hay, moviéndose un poco a la izquierda.

—Ah, güeno; entonce vamo a pegar una galopiada

juerte pa tirarnos a dormir en la línea. Yo ya tengo los güesos molidos.

—Vamo...

Ya galopaban los caballos cuyas crines agitaba el viento de la madrugada, cuando Franco agregó:

—Es la hora, ché... es la pior pa la sueñera. A mi se me están poniendo los ojos duros.

Privados de la luna, los campos se hundieron en pesada oscuridad en la cual iba el viento sin más rumores que el silbido que producía en el ala del sombrero y las orejas de los jinetes.

Pareció que todo se había dormido en el ambiente sobre el cual se apagaban, unas después de las otras, las estrellas. Sólo una memoria como la de Franco, podría evocar el rumbo cierto entre las pesadas sombras que oprimían los flancos de los caballos y las propias cabezas de los jinetes.

—El comisario de por aquí es maulote, dijo, como terminando un pensamiento.

—¿Lo conocés, vos?

—Lo conozco y él me conoce. Mano a mano no hay ocasión que le convenga; pero en cuantito te descuidás, te madrugó.

A lo lejos, se empezaron a percibir pesadas nubes extendidas rectamente en el horizonte; y en sus perfiles violados, un vago tinte rosa.

Los dos viajeros volvieron hacia allá los ojos y continuaron avanzando, fija la mirada en el incierto punto del dilatado paisaje, mientras la claridad se extendía, ténue, lenta, trabajosamente entre las gruesas nubes que permanecían quietas, unas sobre las otras,

mientras el viento fresco se acentuaba en los llanos.

En los campos, parecía haberse ahondado el silencio. Ni un canto, ni un balido,.

Como si en las bocas y en los picos, hubieran quedado en suspenso todas las terrestres voces, en el eterno asombro ante el milagro del día.

Tan ténue como era, aquella claridad encandiló, sin embargo, la mirada de los hombres, cuando ya se percibían las cumbres lilas de las sierras, y delante de ellos se alargaba, callado y envuelto en sutiles gasas, el monte.

Ladereando la última loma, iba el rumor del trote de los caballos, sobre el silencio de los jinetes que miraban ensancharse los campos.

—Tenemo que guardarnos de Caitano, — dijo "El Carancho", viendo extenderse las cuchillas del Brasil cuyos agudos perfiles suavizaban, a la distancia, los chircales.

—Ah, sí; ese es mal perro.

—Pero amigo... y es oriental ese demonio?

—Será por ser cuña del mesmo palo, que nos recela y no nos deja en paz.

En estridentes voces se fué por las cuchillas el relincho jubiloso de un caballo; breves, agrios, fueron los primeros balidos del toro en el rodeo, hasta hacerse alargados y graves; los teru-terus en las laderas volaban sobre las majadas, siguiéndolas con sus gritos mojados de rocío.

En el monte junto al cual llegaban ya los jinetes, las voces nerviosas del hornero se repetían bajo la bóveda del verde tierno de los árboles en primavera; y so-

bre la laguna rosada, pasó el rumor de seda del vuelo de una garza.

Sobre las sierras de Aceguá, que cerraban el resonante paisaje de la mañana, tenía el cielo una luz candorosa del sol que se iba ya de las nubes por la curva celeste.



—Servite del mate; también, ya está como lágrima de avestruz.

—Y güeno... agradecé que tuvimo la idea de sacarle esta yerbita a tu mujer. Quién sabe todavía hasta cuando va a tener que durarnos. ¿Siempre seguimos esta noche?.

—Sí; en cuanto se ponga oscuro. Vamo a darle vuelta la pisada al mate, y proseguí tu historia.

Así hablaban "El Carancho" y su amigo, sentados en las rugosas raíces de un sauce que erguía su copa sobre la línea del monte silvestre, mientras desde la barranca cuyo pié ocultaban los sarandíes, veían enrojecerse las aguas de la laguna con el cielo de la tardecita.

Franco se distrajo un instante en componer el mate, y luego continuó:

—Pues sí. Yo lo conocí al viejo ese, en una ocasión que montiamos juntos; pa mí que está dañao. ¡Y tenés que ver las historias que saca con el Diablo! Parece que lo lleva con él, porque lo anda viendo por todas partes. Dice que una vez, cuando mozo, cayó a una doma de potros en una estancia de por aquí. Yo colijo que ésto acontecía en los tiempos de María Castaña,

porque pintaba como a veinte domadores que jueron cayendo de distintos pagos a jinetear los animales de aquella estancia, muy mentaos por la bravura. El dueño era hombre a la antigua, y había cáido el hembraje y la paisanada a la fiesta. De una manguera de piedra iban saliendo los potros, y los gauchos, de bota de cuero crudo y culero, los esperaban en la playa pa largarles los piales y sujetarse el de más pinta de bravo. Se vido allí toda clase de hazaña; a cual más lijero en el salto y más duro de pelar de arriba del lomo de los caballos. Así jueron probando a todos los animales, hasta que quedó solo en la manguera, un pastor tordillo, llena de abrojos la cola y la clín hasta las paletas. Naides había querido aquel sotreta que parecía incapaz de dar un corcovo; hasta que el dueño de la casa, riéndose, miró a los domadores y les dijo:

—¿No hay un gaucho, pa ese matungo?

Salió un morenito alarife, y allí nomás le hizo chiflar el lazo en el pescuezo del tordillo. ¡Aquello ni caballo de andar parecía! Le acomodaron las garras; lo cincharon como pa enlazar, y el bruto no hacía más que pegar resuellos y mirar atravesao. Confianzudo el moreno, bolió la pierna pa horquetársele, y en menos que canta un gallo dió con las costillas contra el suelo.

Vido el matungo al moreno panza arriba y largó un relincho que hizo temblar a todos.

El dueño de casa largó una carcajada que al gauchaje pareció más raro todavía que el relincho, y dijo:

—¿No hay otro?

Desafiaos los domadores por aquel matungo sotreta, se acomodaron todos pa montarlo. Subió uno; su-

bió otro, y otro... No quedó jinete que no se juera confiao y seguro al tordillo empacao; y todos, mal boliaban la pierna, daban con los güesos contra el suelo.

—¡Fiesta divertida!

—Verás: A cada porrazo, relinchaba el tordillo y réia el dueño de casa. Pero las mozas y los paisanos se iban poniendo cada vez más desasosegaos con aquellos relinchos y carcajadas. Venía ya viniendo la nochecita, y todavía ninguno había conseguido calentarle el lomo al matungo, cuando entonce este viejo, que pa lo que se vé era mozo dispuesto, agarró su lagarto argolludo, y compró la parada. Cuando el tordillo comenzó a acomodarse pa negarle el estribo, él se prendió a las clines, y sin darle tiempo se le cayó como nacido en el lomo. Bufó el matungo; metió la cabeza entre las manos; puso el lomo como cimbra, y pegó un salto que jué a dar a la puerta de la manguera. Entusiasmao el gauchaje le comenzó a gritar, mientras el jinete reboliaba el lagarto y se lo hacía sonar en las ancas del tordillo. ¡El campo era chico pa aquel bruto! Ni recuerda el viejo las cuchillas que subieron y los llanos que atravesaron, prendido él a la clín, clavadas las espuelas en los sobacos, y dándole lagarto por donde cayera, a aquella bestia cada vez más furiosa, que cruzaba por las lomas como un viento, siempre agachada la cabeza y babiándose de rabia.

Nunca había montao un animal más duro de boca, ni de más aguante. A veces conseguía hacerlo andar un poco por las ancas al viejo, y entonce se empinaba de manos pa largar enseguida las patas; pero cuando véia que el viejo no se le soltaba de las clines y le acomodaba un lagartazo pa mostrarle que todavía andaba

arriba, dice que se espumaba todo y rezongaba talmente como un cristiano enojao.

Hasta que pal final venían ya de güelta pa las casas, cuando al cruzar una ladera una lechuza les pegó un chistido.

Pa seguir con la costumbre el jinete le gritó:

—¡Cruz Diablo!

¡Y quién te dice a vos, que a estas palabras, allí nomás se le perdió el tordillo de entre las piernas, y se le apareció un viejo flaco y barbudo que era el mesmo Diablo, y le decía, echando chispas por los ojos:

—¡Acordate de esta soba!

Asombrao el paisano se hizo la cruz bendita; y cuando miró pa los laos, se encontró solo y a pié en el medio del campo...

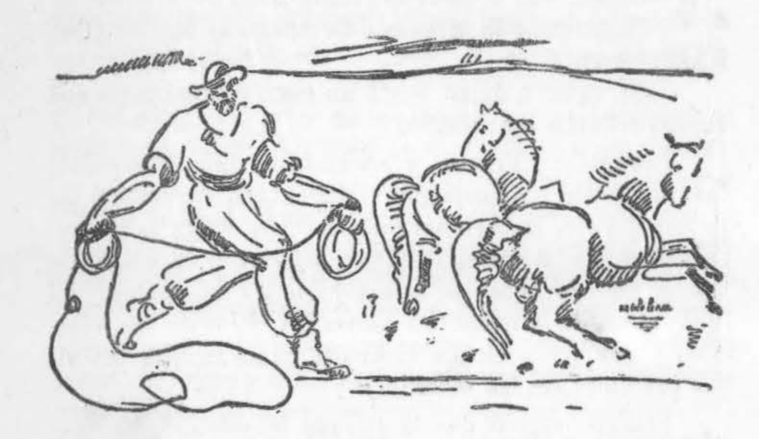
—Pará un poco. ¿Vos no sentiste relinchar áhora mesmo un caballo?

—Sí; pero debe ser una tropilla que cuando juí a bombiar los nuestros, la vide que venía bajando pa la aguada.

—Güeno; proseguí.

—Dende esa vez, el gaucho quedó como asombrao. Otra ocasión dice que venía al tranco por la cañada de Aceguá, en un mediodía de tiempo de seca que partía los sesos. La tierra estaba negra, sin pajas ni gramillas, y se levantaba un vapor que quemaba la cara. ¡Ni un vientito en el ala del sombrero! Pa atrás; pa adelante; pa cualisquier lao que mirase, no se véia ni un rancho ni una zanjita adonde poder tomar una sed de agua. Ya ni el cigarro podía aguantar en la boca, de tan seca como llevaba la garganta. En eso vido que del lao contrario apareció por la cañada otro jinete

que venía al trotecito levantando tierra en el camino. Y comenzó a sentir un viento fresco en la cara. Carculó que aquel cristiano trairía algún poco de ginebra y puso al trote su matungo pa pedirle un trago. Pero cuando se jueron acercando, el viento era más juerte, y más grande la polvadera. Le pareció que conocía el matungo; tordillo, clinudo, y arqueao el pescuezo. Miró al jinete, y reconoció al viejo de aquella doma; de



barba blanca y puntiaguda; de piernas largas, afirmando los pieses muy chiquitos en unos estribos de cuero peludo. Asustao el hombre se volvió a santiguar, y entonce el viejo torció los ojos y le clavó las espuelas al tordillo que disparó como un viento por la cañada. Se quedó el paisano mirando pal camino, cuando vido una limeta de ginebra cáida a pocos pasos de él. Pero coligiendo que juera cosa del Diablo, le clavó las espuelas al caballo y siguió viaje.

—¿Y sería, mesmo?

—Por supuesto...

Sobre las aguas de la laguna, se multiplicaron los ecos del relincho de un caballo. Quedó un instante en suspenso "El Carancho", y luego dijo:

—¿Qué le habrá dao a ese matungo pa relinchar de ese modo?

—¿No será por mi yegua?

—Capaz. Vas a tener que cambiarla.

—Esta noche la largamo. Se apagó el fogón. ¿Dejamo el mate?

—Sí, vamo a dejar. Andá un poco y bombiá pa qué rumbo relincha ese caballo.

Levantóse Franco, y apartando dificultosamente las ramas de los pequeños árboles que ocultaban las orillas del río, anduvo así unos metros, hasta salir fuera del monte. A corta distancia, apenas si se veían los lomos de sus caballos paciendo entre las pajas. El aire fresco de la nochecita movía las hojas de los mimbres y los arrayanes, e inclinaba rítmicamente las altas gramillas de las laderas.

Franco siguió con la mirada la dirección del relincho cercano, que volvió a repetirse en el monte. En la loma próxima, olvidado de la tropilla que pastaba dispersa a su alrededor, alargado el cuello para recoger el perfume de la brisa, el pastor miraba hacia el pajonal en donde había presentido a la yegua de Franco. Nervioso, dió unos breves pasos olfateando el suelo; llegó junto a otro caballo al cual hizo saltar sorprendido por su mordisco; levantó de nuevo la cabeza, que tornó a bajar para acariciar el cuello de la yegua que a su lado pastaba distraída; golpeó el suelo de la

loma con rápidos golpes de inquietud, y en alto la cabeza, dió al silencio de la hora los ecos alegres de su relincho.

Franco miró a los campos lejanos; dispersos, pacían los ganados en las lomas sobre las cuales caían ya las sombras de la nochecita.

Intranquilo por aquel relincho, "El Carancho" decidió partir antes de la hora convenida, y salió fuera del monte en busca de su caballo.

Franco le acompañó, y con los animales de la rienda volvieron hasta el tronco del sauce en donde comenzaron a ensillar.

—Güeno; ¿y lo del apelativo del viejo, como le vino?

—Ah, pues. Resultó que el hombre vido que el Diablo le había armao pleito por aquella soba que le pegó. El tenía su arma pa espantarlo; ¿pero si lo agarraba desprevenido y no le daba tiempo pa hacer la cruz bendita? Ansina jué que el hombre se vino quedando enteco de pasar las noches en claro, y mal véia venir un jinete por las cuchillas, ya se ponía como avestruz boliao.

—Y no era pa menos, si jueran ciertas sus relaciones...

—Figurate que un mediodía, la hora pior pa él, tábamos en la reja de una pulpería prosiando, cuando en eso los perros se pusieron a mirar pal campo y a ladrar muy lejos, medio como si estuvieran llorando. El hombre se puso desasosegao, y no aguantó mucho sin salir adonde estaban los perros, y mirar fijo pa las cuchillas. No se véia ni un alma; era, mesmo, la hora de la siesta, y por allí no había portugueses pa que viajaran con

aquel sol bárbaro. Entonce el hombre se echó al suelo, y mirando por entre las patas de un perro, se puso a santiguarse. Cuando se paró, nos vino diciendo que había hecho aquello porque vido al Diablo ir trotiando por las cuchillas. Y nos asiguró que siempre que los perros ladran de ese modo, si uno se echa y mira por entre sus patas, puede bombiar al Diablo que va de viaje.

—¿Vos crées?

—Uno no puede asigurar nada... ¡hay tantas cosas en este mundo!

—¿Y de eso le vino el apelativo?

—Eso es. Como siempre anda con esos cuentos, le llaman "El hombre del Diablo".

Prontos ya los caballos para la marcha, aún sintieron el relincho alegre del potro en la loma, haciendo volver la cabeza a la yegua de Franco.

—Ese pastor ha extrañao tu yegua, y será capaz de delatarnos si alguno anduviera en el campo. Vamo a tomar de una vez la Picada de los Matreros y a cruzar la línea.

—¿Cargaremo ese asao?;—dijo Franco con el busto inclinado sobre el fogón aún humeante.

—Dejálo; mañana ya nos va a salir el sol Brasil adentro.

El claro rumor de un galope por las lomas se extendió de pronto entre los árboles, seguido del relincho nervioso del pastor. Suspendiendo el brazo en que tenía abierto ya el poncho para vestírselo, "El Carancho" dijo:

—¿Alvertís? Agarrá los matungos que voy a bombiar.

Franco dió un salto hacia los caballos mientras el otro, encorvándose bajo las ramas que se cruzaban erizadas con las espinas de los talas sobre su cabeza, avanzó, en la mano el revólver, hacia la salida del monte.

El cercano horizonte ocultaba ya las lomas por las cuales se sentía galopar la tropilla; lejos, brillaban los fogones campesinos hendiendo las sombras de la nochecita, mientras sobre el limpio azul del cielo alumbraba el lucero. Nerviosos, gritaron los teru-terus en la ladera silenciosa y oscurecida; "El Carancho" escuchó, atento, y se ocultó detrás del tronco de un arrayán al advertir que las aves volaban hacia el monte sin cesar en sus gritos, tal como si volaran sobre la cabeza de algún jinete.

El murmullo del monte no le dejaba percibir con claridad los confusos rumores del campo, en el momento en que Franco vino a situarse a su lado. Hablaban con voz apagada:

—¿Estaremos descubiertos?

—Pa mí que nos han ganao la picada y estamos enchiqueraos.

—Andá pelándote la ropa, que si más no viene vamo a tener que largarnos a nado.

Se estremeció la copa de un árbol y una sombra cruzó, callada, sobre sus cabezas hacia los campos.

—¿Qué es eso?

—Un dormilón, me pareció por el vuelo.

—¿Ves aquellos bultitos en la cuchilla? ¿Se mueven o están quietos?

—Yo no vide hoy ganao por allí.

Por unos instantes, apretados los labios como si

quisieran acallar hasta el murmullo de la respiración; abiertos tenazmente los ojos cuyas miradas estaban fijas en las sombras imprecisas de la loma; puesta una rodilla en tierra y en la mano el revólver, los dos hombres permanecieron oyendo llegar en la brisa los rumores del campo, y a sus espaldas las voces múltiples y sin cesar del monte.

—¿Viste? ;—dijo "El Carancho" apretando el brazo de su compañero, y sin dejar su actitud de acecho.

—¿Qué?

—Allí, mirá...

Y tornaron a quedar en silencio.

En medio de las sombras volvió a brillar una viva luz roja.

—Son ellos; se han vendido con ese cigarro.

—¿Peleamo?

—¿Pa qué? Vamo a tirarno al agua con las armas, y esperamo a que nos quiten las cosas y se vayan, convencidos de que hemos vandeao a nado.

Daban ya la espalda al campo, cuando sintieron llegar el rumor del trote de varios caballos. Agazapados; evitando en lo posible las espinas de los talas que desgarraban sus ropas; sufriendo los piés al afirmarse en las raíces de los árboles ya secos; en una mano el revólver, en otra el cinto con las balas, anduvieron a tientas buscando por donde bajar a la laguna que entonces era una quieta superficie luminosa de luna, entre las colinas oscuras del monte.

Casi rozando su mano, un cuerpo pequeño y pesado cruzó delante de "El Carancho" haciéndole tirarse hacia atrás con violencia. Estiraban ya el brazo del revólver, cuando un grito breve y hondo se levantó

sobre la barranca, seguido del caer de un cuerpo en el agua.

—Ahi mesmo, — dijo "El Carancho" — en el puertito de ese capincho.

Al claro de luna en la barranca descubrieron un angosto sendero que se hundía en la laguna; dejáronse caer cautelosamente siguiendo las huellas del carpincho, y con el agua hasta el cuello, ocultos entre las desordenadas copas de los sarandíes que la brisa movía apenas, esperaron.

El rumor de los otros se les hizo entonces distinto y fácilmente reconocible, cuando ellos quedaron en silencio.

Instantes después sus caballos quebraban las ramas bajo los cascos y relinchaban nerviosos advirtiendo la proximidad de los que entonces ya rodeaban aquella punta del monte.

Sobre el silencio de los jinetes, repitiéronse bajo los árboles los ecos de las armas al desmontarse; y el ruido de las ramas quebradas bajo las botas indicaba a los matreros el avance en acecho de los otros.

Resoplaron inquietos los caballos de los perseguidos, y de súbito oyeron éstos una voz:

—Aquí están los caballos.

—Aquí hay un poncho;— contestó la voz de una sombra que "El Carancho" pudo ver junto a los restos de su fogón.

—Mire las bombachas y las botas, comisario.

—¿Son dos?

—Si, son dos pares. Aquí está toda la ropa.

—¿Que se habrán hecho?

—Dejuro que se han largao al agua al sentirnos.

—¿Es baja esta laguna?

—No, es honda; pero muy angosta.

—Bueno; levanten todas esas pilchas, saquen para afuera los caballos y vamos. Ahora sí que podemos nosotros probar que se nos han escapado en las uñas de un peludo.

—Si esta noche cruzamo la línea, en un galope podemo ponerno en la estancia de Caitano y avisarle que ya están en su tierra. — Dijo la misma voz del que había dicho conocer la laguna.

El ruido de sus propios caballos quebrando las ramas de los árboles a su paso, impidió a los matreros distinguir lo que se decían los soldados al alejarse. Esperaron aún, hasta sentir que los sables golpeaban contra las caronas y el eco de la charla se iba perdiendo a lo largo del monte.

Cuando sólo el murmullo de la brisa en las hojas volvió a sentirse, subieron a la barranca, chorreando agua sus escasas ropas.

—¡Bonito nos han dejao!; — dijo Franco, riendo.

—¡Ahi tenés el maldito pastor! Eran unos cuantos milicos. ¿Vos reconociste al comisario?

—No; no lo pude ver bien.

—Güeno; y ¿áhora pa dónde agarramo?

—¿Ansina, desnudos?

—¡Y claro! ¿O es que pensás irles a pedir que te devuelvan la ropa?

—Aquí cerca hay una picada que de a pié se puede cruzar. Si vos querés dirte, agarrá orillando el monte, y vas a dar con un sauce viejo que tiene la copa toda pelada. Lo vas a ver bien porque está medio ajuera. Cruzá unos pasos el sauce, y te vas a encontrar con dos mataojos rodeaos por unas pajas; entonce ya te metés en el monte, bien adonde hay una embira grande, allí es la picada.

—¿Vos te quedás?

—Sí; yo por aura me quedo.

—Güeno; yo voy a agarrar rumbo a Piedra Alta. Buscame por allá, mas sin decir que nos conocemo.

—Ta bien. ¡Hasta la vista!

Rudamente, pero con una cordialidad que nunca les había unido, se estrecharon la diestra mientras con la otra mano, uno al otro se golpeaban el hombro.

Ya estaba fuera del monte "El Carancho" cuando dijo:

—Si por un evento te prienden, no te asustés y negá siempre.

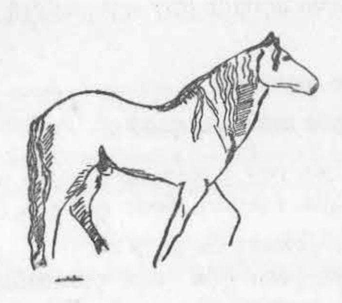
—Perdé cuidao. ¡Tomara encontremos posada en algún rancho adonde nos den unos trapitos!

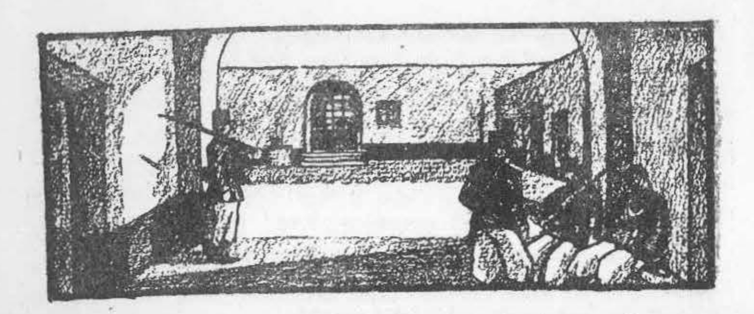
—Hasta la vuelta.

—Que te vaya bien.

Franco permaneció apoyado junto al arrayán mirando alejarse a su compañero. A la luz de la luna fué primero una alargada silueta andando con rapidez en los cam-

pos abiertos; y luego empezó a empequeñecerse, ocultándose unos instantes para reaparecer más alta, hasta que en las pesadas sombras de los árboles, Franco vió cómo se hundía de pronto la manchita blanca que ya sólo era entonces "El Carancho".





CAPITULO XIV

La figura de "El Mellao" cruzando las calles de Melo para ir a presencia del juez, y luego en su celda en el patio de la cárcel, había pasado inadvertida para todos.

En la sucesión de figuras opacas y sin relieve que desfilaban diariamente entre guardias por las calles desde el día en que se oyó por primera vez el nombre de "El Carancho" mezclándose en el crimen, "El Mellao" era uno más; personalidad confusa y sin carácter en la imaginación de la gente que entonces pasaba sus horas en el vivo comentario de los ecos de la lucha sostenida en los campos por "El Carancho" y los policías.

El prestigio que la definida personalidad moral del matrero tenía en los campos, llegó a las calles del pueblo y allí, en la inquietud de todos creyéndose burlados, adquirió contornos imprevistos, configurándose con perfiles cada día más definitivos por el propio movimiento del comentario público. Mientras unos afirmaban que aún continuaba en sus propios pagos desafian-

do el miedo de los comisarios, otros decían que esa mañana, en un boliche de la frontera, los de la Guardia Civil le habían encontrado sorbiendo caña sin atreverse a darle voz de preso.

La imaginación de la gente impresionada por la fiera grandeza de su crimen, le conformó de inmediato una fisonomía moral singularísima; audaz, incansable y heróico, como si sólo así pudiera ser el hombre capaz de cometer aquel hecho que aún seguía conmoviendo la tranquila vida del pueblo.

Y mientras "El Mellao" iba camino del juzgado, con su aire estúpido y acongojado, nadie le miraba pasar; prendidos los hombres de las narraciones fantásticas de Josesito, que saciaba su encono contra los policías haciéndolos aparecer huyendo siempre de los contornos hasta donde se extendía la onda de miedo que la presencia de "El Carancho" producía en los pagos, y las mujeres disputaban sobre el valor de la firma que doña Olivia iba adquiriendo en todos los hogares.

Mujer de un carnicero enriquecido; después de haber pasado largos años alejada de toda sociedad, un poco porque la pobreza no le permitía otro género de vida, y otro tanto porque aún perduraba en el pueblo la fama de sus amores culpables con un caudillejo que en los mediodías iba a gozar de sus caricias mientras el esposo volteaba reses en la tablada, doña Olivia, de altos senos que parecían oprimir la cabeza pequeña de encendido y lustroso rostro, había a la sazón, merced a la reciente prosperidad del carnicero, conquistado casi por asalto las posiciones sociales del pueblo.

Buena mujer, en el fondo, su desmedido afán por encumbrarse la llevaba a servir, porque la mezquindad

de su inteligencia no halló recurso más digno, de cocinera afanosa en los paseos campestres de la sociedad distinguida de Melo; abandonó su casa; desde por la mañana hasta la media noche, se veía la sudorosa figura recorriendo las calles del pueblo, escenario de su conquista, y llevando como humilde amanuence al carnicero que, puesto él también en ánimo de hombre de sociedad, no cesaba un instante de atuzarse los rígidos bigotes que eran como el signo de su nueva distinción. Si un amor se iniciaba, doña Olivia ofrecía a los mancebos el refugio de su casa para los recientes idilios; si una señora caía enferma, doña Olivia golpeaba repetidas veces en el día en la casa para enterarse, solícita, de la salud de aquella cuya complaciente amistad buscaba; formaba rueda junto a los mostradores de las tiendas, y tenía a mucho placer el gozar de la confianza íntima de los dependientes. No se iniciaba una rifa, una velada en el teatro, un ensayo de "cuadros plásticos" — ¡tan en boga entonces! —, una suscripción pública para los tuberculosos, los ciegos, o los curas, en la cual no figurase, por derecho de conquista entre los iniciadores, doña Olivia, la mujer del carnicero.

Orgulloso del genio de su mujer que a tan altos puestos llegaba, el marido se dejaba guiar por ella y, preso en la elegancia de su traje azul, enhiesto el bigote, él también daba en todas partes su opinión y denodado esfuerzo. Hasta que, por merecimientos propios, había gozado la orgullosa honra de aparecer una noche, bajo las guirnaldas de luz tendidas sobre las calles, sombrero en la mano; un pañuelo puesto sobre el cuello postizo a manera de golilla para contener el sudor de la gloriosa tarea; seguido del estridente son

de la charanga y las bromas de las máscaras, encabezando el cortejo grotesco, en su carácter de Presidente de la Comisión de Carnaval, entre el aplauso de la multitud que marginaba las aceras.

¡Qué felices se habían dormido aquella noche, después de haberse trasmitido las cálidas impresiones de triunfo!

Sudoroso; cubierto de polvo; ya caídas las guías del bigote, él había recorrido la calle principal, único, decidido, bajo las luces y recibiendo el homenaje de todo el pueblo que aplaudió su obra de haber imitado, muy en pequeño sí, pero con los mismos dioses montados a caballo, los cortejos que una vez vió en Montevideo.

¡Era unánime la opinión pública, afirmando que él era un personaje de ideas originales! ¡No había más que oir cómo los hombres todos le saludaban por su nombre desde las aceras, cuando iba grave, fatigado, precediendo al pardo que, gran espada al brazo, sobre el caballo adornado de mantas negras y amarillas, representaba a un marqués!

¡Y ella...! ¡Hasta las negras que paseaban por la plaza, se habían detenido admiradas para contemplar su silueta de maja, con aquel mantón que tanto tiempo había permanecido inútil en el arca de la abuela! ¡Si hasta no parecía tener ya sus cincuenta años ni sus ochenta kilos!

¡Si, aquella noche soñaban con la felíz realidad!

Cuando el conocimiento del crimen cometido por "El Carancho" extendió en el pueblo un intenso movimiento de angustia que se tornaba en rencoroso despecho a medida que pasaban los días y no se presentaba el comisario trayendo al asesino de las infelices muje-

res, alguien sugirió a doña Olivia una idea ingénua y extraña, que ella aceptó afanosa porque realizándola hallaba una nueva oportunidad de lucir sus recursos de señora de "sociedad".

—¿Verdad que sería muy bueno publicar una protesta firmada por todas las damas de Melo, contra ese crimen que ofende nuestra cultura?

Había preguntado al carnicero; y éste, menos vivaz que su mujer para comprender sus certeros fines, preguntó a su vez:

—¿Que ofende nuestra cultura?

—¡Pues es claro... nuestra cultura... ¿No comprendes, hombre de Dios?

—No comprendo, Olivia.

—Pues verás: Nuestra cultura... ¿Cómo explicart.? Que somos cultos quiere decir algo así, como que somos personas educadas... personas de bien, personas que juzgamos con autoridad a los otros.

—¿Pero tiene algo que ver eso con el crimen?

—¡Cómo, si tiene algo que ver? Aquí no puede pasar nada, sin que la buena sociedad, en la que nosotros actuamos, dé su opinión. Desde que yo figuro tanto, tú bien ves que puedo imponer las modas y las buenas costumbres. Además, yo seré la primera en firmar, porque para eso tuve la idea.

—¿Y yo también firmaré?

—¿Tú...? Mira, eso lo pensaremos luego; lo importante ahora, es que tenemos que defender nuestra cultura ofendida y yo firmo a la cabeza de las damas de Melo, para publicar en los periódicos.

—Me parece una gran idea, mi querida Olivia. Sólo que hacerlo por la cultura... la cultura...

Y el marido se quedó en la torpe incomprensión de la extraña palabra, mientras doña Olivia ya pisaba el lodo de la calle de su casa, en busca de las firmas.

Así, haciendo servir para sus ingénuos fines de mantener en sus manos regordetas las riendas de la sociedad melense, doña Olivia contribuía a mantener vivos en la imaginación de las gentes, el recuerdo de aquel crimen y el dolor de aquellas muertes.

Bien es verdad que en su pensamiento sólo estaba el deseo de aumentar las escasas firmas logradas explotando la conmoción pública que en los espíritus rectos y en las almas sencillas provocara la presencia miserable de aquel cortejo de la policía rural conduciendo el carrito con las muertas; pero es lo cierto que los afanes de doña Olivia mantenían en las ruedas familiares presente la figura trágica de "El Carancho".

Explicable es, así, que "El Mellao" aún después de muchos días de estar en la celda permaneciese ignorado de todos, atentos a la esperanza de ver llegar, maniatado al caballo y entre guardias, a "El Carancho".



En el estrecho corredor que separaba las celdas, sonaban los pasos lentos del centinela de "El Mellao"; más allá, hacia la puerta de la calle, levantábanse las voces de los guardias, confundidas con el galopear de los sables sobre el pavimento.

Por el silencio que se iba acentuando en los patios y calabozos, "El Mellao" pensó que habría de ser ya tarde de la noche.

Sin quitarse los vestidos de cerrado luto con que

fué esa tarde a presencia del juez, revisaba tranquilamente sus pensamientos; desde que le prendieron una resuelta calma había ido por fín afirmándose en su espíritu, en la presencia del peligro concreto. Recordaba la soledad de las calles por donde pasara para llegar al juzgado. Los escasos hombres que se cruzaron con el grupo que él y los dos soldados de su custodia formaban, apenas si se habían detenido un instante a mirarlo y hasta los empleados del juez, lo habían tratado con visible deferencia impresionados por el cercano parentesco con las víctimas, que anunciaban sus negros vestidos y el aire acongojado de toda su persona. Era visible que en el pueblo nadie creía en su culpabilidad; y las mismas palabras que una voz gritó en el patio el día de su llegada, bien le advertían que todos pensaban en "El Carancho".

Sin embargo, toda su resolución de ánimo vaciló un instante y estuvo a punto de abandonarlo, cuando, ya frente al juez, éste le indicó con duro gesto que se sentase.

Si los comisarios eran astutos, este hombre era rudo y tenaz.

—Parece que no tiene ninguna prueba; ¡pero qué mirada de hombre!

El interrogatorio había sido extenso y minucioso. "El Mellao" recordaba con toda nitidez, la boca incisiva; el puño cerrado afirmándose violentamente sobre la mesa; el pecho recio; y comprendía que para luchar con aquel juez, le eran necesarias toda su voluntad y astucia. Pero estaba tranquilo. Desde el primer momento él fué, en verdad, quien dominó la situación. Las preguntas del juez eran ágiles, breves, rápidas; unas ve-

ces se dirigían a su parentesco y amistad con las víctimas, para saltar de pronto a los detalles de su vida durante los días que siguieron al crimen. Intentaba turbarlo; cansarle la inteligencia en un prolongado ejercicio de vertiginosas preguntas sin orden alguno, mezclando las más graves a las más pueriles. Pero él recordaba que desde el primer instante había comprendido los propósitos de su enemigo, y a la agilidad de las preguntas, opuso la lentitud de su deliberada torpeza.

Mentalmente, reproducía el diálogo:

—¿Sabía usted que las víctimas tenían enemigos?

Y el respondía con aire acongojado:

—No señor.

—¿Sabe usted quiénes son los asesinos?

—No señor.

—¿No sospecha usted de nadie? ¿Usted que era su pariente y conocía sus vidas, no tiene ninguna sospecha?

El juez, bien lo recordaba, tenía echado el busto hacia él fijos en los suyos los ojos; cerrado el puño en enérgico ademán, tal como si esperase amedrentarlo con la sugestión de que en sus manos tenía la prueba del delito. El había permanecido impasible; levantó los ojos como quien se distrae de cuanto le rodea buscando en la memoria una idea perdida; luego había mirado al juez con simulada desolación de no haber podido hallar algo que a los dos interesara vivamente saber, y había respondido:

—No puedo sospechar, señor juez.

El otro se dejó caer un instante en la silla y volvió a las preguntas sobre su vida; sus viajes a Melo;

sobre la hacienda de Fausta y su participación en la herencia.

Para todas estas preguntas, las respuestas eran claras, precisas, con cita de testigos. El juez parecía distraído; pero él estaba atento, aunque se apagase su voz, y acreciese la torpe lentitud de sus palabras.

El cansancio inclinaba cada vez más al escribiente sobre sus papeles; el crepúsculo se acentuaba ya con prolongadas sombras en la sala, y él continuaba tan ágil como en el instante de la primera pregunta, escudado en la pesada rudeza de sus expresiones, sin rendirse a la fatiga física que la desusada atención ponía en su cuerpo, esperando la pregunta decisiva que el juez se levantó, suspendiendo la audiencia, sin hacerle.

Desde entonces no le habían vuelto a llevar, y él pensaba en el seguro fín de su prisión, cuando el silencio era apenas interrumpido por el golpe de los sables sobre las losas del patio y el llamarse de las lechuzas en las paredes de la iglesia vecina.

Ya comenzaba el sueño a quitar fuerza a sus pensamientos, cuando levantó los ojos hacia la pequeña ventana de su celda, atento al murmullo de un diálogo mantenido en voz baja en el corredor.

Esperó. No pudo percibir una sola palabra; pero sí, el golpe de un sable y los pasos conocidos de su centinela alejándose.

La llave del candado que cerraba su puerta, se sentía apenas en el silencio. Sin poder serenar el golpe de la sangre en las sienes, "El Mellao" se puso de pié y fué a guarecerse en el rincón más oscuro, cuando la puerta se abrió y un hombre alto, en quien reconoció al comisario, le hablaba en voz baja:

—Mellao: echáte esa capa por arriba y vení.

—¿Pa donde me quiere llevar, comisario? — preguntó con la voz temblorosa.

—Calláte y vení; el coronel, tu pariente, arregló tu huída. Ahora hablaremos, en la calle.

Dejándose guiar por aquella voz enérgica; con el ánimo confundido entre la vaga esperanza que no quería formularse y el temor de ser víctima de un cruel engaño que podría costarle la vida, "El Mellao" se echó sobre los hombros la capa, púsose el sombrero, y dió el brazo al comisario que le guió entre las sombras del patio.

En el zaguán tomaban mate los soldados que respondieron respetuosos al saludo del policía, sin desviar los ojos del que con sus narraciones entretenía las cansadas horas de la guardia.

En el seno de la oscura noche, los ranchos de la Cuchilla de las Flores, elevándose desde la calle cercana, mostraban sus lucecitas rojas, mientras llegaban en la brisa con aromas de abrojos, ladridos de perros a uno y otro lado.

Al cruzar la calle, "El Mellao" vió extenderse a su derecha, rectas, las luces del centro del pueblo desde el que llegaba un apagado rumor, sobre el que vibraban los gritos de las lechuzas en la iglesia.

Poco después traspusieron una pequeña cancelita del alambrado que rodeaba una casa y, sin soltarle el brazo, el comisario empujó la puerta y penetraron juntos en una reducida pieza.

Ya solos, el policía encendió luz; cerró la puerta de la calle, y señalando una silla para "El Mellao", acodado él sobre la mesa que los separaba, díjole:

—Ahora que nadie nos podrá oir, escuchá bien, Mellao, lo que voy a decirte.

Aunque por su frente cruzaran multitud de pensamientos encontrados, unos alentando su esperanza, otros azuzando su miedo de estar cogido en un lazo cruel y traidor, durante el trayecto por la calle "El Mellao" había logrado adquirir su firme serenidad, y con los ojos sombríos muy abiertos, cándida la actitud de escucha, miraba las manos del comisario, que continuó:

—El coronel Bautista te quiere salvar y ha conseguido con el Jefe Político que yo te presente la ocasión de irte...

—¡Pero si yo no quiero irme, comisario!

—Escuchá: Todas las pruebas te condenan y si no aprovechás esta ocasión , vas a ir derecho a la cárcel de Montevideo; seas o no el culpable.

—Yo puedo aprobar como que soy inocente. Usté puede mandar averiguar al Bañado de Medina, y allí le van a decir qué clase de persona soy. Trabajador; humilde; nunca tuve cuestiones ni con mi cuñada ni con la vieja. ¿Cómo me van a acusar injustamente?

El otro se llevó una mano a la cintura y volvió a levantarla enseñando un cuchillo.

—Está bien. ¿Conocés esta arma?

—Sí señor, es mía.

—¿Por qué está sucia?

—Risultó que el día antes de mi prisión lo afilé, por que iba a montear, y lo guardé en la vaina sin limpiarlo.

—¡Estás mintiendo, Mellao!

A pesar del tono duro con que el otro dijo estas palabras, él permaneció dueño de sí pensando en el error del policía.

—Yo no le miento, comisario. ¿Pa qué lo voy a engañar, si no tengo ningún crimen?

—¿Y por qué tiene la punta quebrada?

—Se me quebró hachando unos güesos, señor comisario.

—¿Qué hiciste de la punta que se quebró?

—La dejé tirada.

—¿Dónde la dejaste?

Después de un momento de duda, respondió:

—No puedo hacer memoria.

—¿Cuándo lo quebraste?

—Ya hace unos días... ¿Sabe? Como uno no piensa que algún día pueden preguntarle estas cosas, ni para en ellas cuando le acontecen. ¡Ahí está lo que es ser una persona ignorante!

—¿Vos sabés que en la casa de las muertas, se encontró la punta de un cuchillo igual a éste?

Aunque los ojos continuaron abiertos en la inexpresiva mirada de su torpeza; aunque no movió ni un músculo de su rostro duro y fuerte, "El Mellao" tuvo la rápida comprensión de la fuerza con que aquel detalle imprevisto lo acusaba. Y la cobardía de su espíritu comenzando a posesionarse de nuevo de su ánimo, amenazaba quebrar muy pronto la serena torpeza detrás de la cual escondía su ágil pensamiento en acecho.

La sensibilidad aguda del comisario recogió aquella duda de "El Mellao", y el diálogo, que hasta entonces él lo dejara transcurrir con la monotonía que el preso le daba, adquirió de pronto, por obra de sus palabras y actitudes, una intensidad dramática.

—¿Qué me decís ahora?

—Yo soy inocente, señor.

—Sí, todos ustedes dicen lo mismo; pero, ¿dónde está la punta de tu cuchillo?

—¡Déjeme hacer memoria! ¡Ahí está lo que le pasa a uno por ser un infeliz...!

—¡Vamos, confesá! Confesá todo y montás en mi caballo que está allí, ensillado.

La tos del caballo en el galpón, acababa de recordar al comisario su plan, y ponía en el ánimo desolado de "El Mellao", la duda de hacer o no traición a "El Carancho". ¿Dónde estaría su cómplice? ¿En el Brasil? Entonces, si era cierto que el comisario le daría los medios para huir, allá volverían a encontrarse y de nuevo él sufriría las pasadas angustias de su miedo.

¡Cómo habían cambiado las circunstancias: "El Carancho" en el Brasil, y él en la cárcel, acusado por apariencias abrumadoras...

—¿Te decidís? Montás ahora mismo y agarrás camino de la frontera. Nadie te atajará en el pueblo, porque con esa capa y mi bayo, te confundirán conmigo.

—Pero comisario: ¿si usté crée que soy el culpable, por qué me hace escapar y me empriesta su caballo?

—Ya te dije que el coronel Bautista se empeñó por vos y además, lo que queremos es agarrar a tu cómplice.

—¿Mi cómplice? ¡Pero comisario, yo...!

—Confesá de una vez. Florencio Amaral es tu cómplice.

—¿Florencio Amaral?

—"El Carancho". Entre los dos, mataron a las mujeres; por eso te largamos a vos, para agarrar a "El

Carancho" que ya lo tienen rodeado en los potreros de Ana Correa.

—Mire, comisario...

—Escuchá y verás que sólo el medio que te propongo te puede salvar. "El Carancho" estuvo en tu casa a la otra noche que te trajeron a vos. Después tomó rumbo a la frontera, con un tal Franco, y dejó una carta escrita para Yorda, en que te acusa de haber muerto a tu cuñada y a las otras, para recibir la herencia de Fausta.

—¡Ese "Carancho" es un bandido!

—Será un bandido; pero vos estás complicado con él.

—Yo no, comisario... se lo juro por los güesos de mi madre.

—Dice en la carta que vos le pagabas para que te ayudase...

—¡Miente, ese canalla! El...

Sus párpados entornándose sobre los ojos sombríos, ocultaron al comisario el fugaz pensamiento que se había asomado a la frente de "El Mellao" que, abandonando el gesto enérgico de sus últimas palabras, dijo con humildad:

—Yo soy inocente, aunque no lo pueda aprobar. "El Carancho" no puede haber escrito eso que usté me dice... Usté quiere sacarme de mentira a verdá... ¡Vea, comisario! ustedes no dan con el asesino de las pobres infelices, y me quieren boliar a mí, que soy un desgraciao, acusándome junto con "El Carancho".

—Está bien;—dijo el comisario, poniéndose de pié. —Vos te querés hundir, y te hundirás. La punta de tu cuchillo y "El Carancho", te acusan. ¿Te querés perder? Mañana te entenderás con el juez. ¡Vamos!

—Vea, comisario... ¡Quién me iba a decir, que iba a andar envuelto en esto...! Todo le pasa a uno por ser pobre y tenerle recelo a un bandido...!

—Si te querés librar de "El Carancho", está en tus manos el remedio. Ya sabés que él te acusa; contra él no hay ninguna prueba; y si no aparece el asesino, aun que vos seas inocente, vas de cabeza a la cárcel.

—Pero comisario: ¿Si usté crée que fué "El Carancho, por qué me acusan a mí?

—Porque él no tenía por qué matarla, si vos no lo mandabas.

—Y entonce, ¿pa qué lo persiguen?

—Porque te acusa a vos, y él tiene que declarar todo lo que sabe. Pero si te empeñás en negar, él irá a la calle, y vos a la cárcel.

—¿Y un bandido como él, no puede haberlas muerto por su cuenta?

—¿Para qué?

—Digo yo... por rabia...

—No veo por qué les iba a tener rabia a tres mujeres.

—A mí me dijo una vez, hace cosa de dos meses en el Paso del Sauce, que les tenía rabia.

—Ah, si te dijo eso... Pero en la carta dice que fuiste vos quien lo convidó.

—¡Miente! El fué quién me dijo que yo le pagase.

—¿Y por qué te dijo que le pagases?

—¡Yo no sé... de bandido, nomás! Yo le dije que no le daba nada.

—Por eso te acusa. Escribí una carta a tu mujer, diciéndole que te vas, robándome el caballo, y contán-

dole eso que te dijo "El Carancho". Yo pondré ahora, después que te hayas ido, tu carta en la celda.

Aquel diálogo, unas veces monótono, otras ágil; desviándose durante largo espacio en narraciones pueriles de "El Mellao", para interrumpirse bruscamente con una pregunta incisiva del comisario; unido a la fatiga que en sus días de celda iba ya quebrantando la resistencia física del preso, habían terminado por hacerle perder a su inteligencia la diestra lucidez de costumbre. Y ante la presencia de aquellas pruebas de su culpabilidad; recordando los indicios del afán del coronel Bautista por librarlo de la situación tremenda en que se hallaba, tanto como el odio hacia "El Carancho" que, libres los dos, caería fatalmente sobre su hacienda, terminó todo esto por producir una pesada confusión en el ánimo de "El Mellao" cuya esperanza de evadirse azuzaban los resoplidos nerviosos del caballo en el galpón vecino, y el silencio de quietud que él advertía en la noche del pueblo.

Desde que él arrojara, por fin, después de aquella lucha astuta, su primera sospecha sobre "El Carancho", el comisario, advertido por los breves momentos de violencia, de que la torpeza de "El Mellao" no era otra cosa que el arma de su espíritu en acecho, dejó que el diálogo se tornase vago, lento; seguro de que el cansancio terminaría por rendirle a aquel mocetón recio cuya fuerza espiritual nadie hubiese sospechado.

Hablaron largamente del rumbo a tomar. Iría esa madrugada a quedarse en el monte de su casa, para iniciar en las primeras horas de la próxima noche, el viaje al Brasil. Narró "El Mellao" cuanto le pareció preciso sobre la vida de Fausta, haciendo juramentos

sobre el afecto que dispensaba a la pobre muchacha; ponderó las excelencias de sus desventuradas guardadoras, y mezclaba a cada instante un suspiro de congoja al mentar su propia y desgraciada situación.

El comisario le oía, atento a los signos de cansancio que se acentuaban en su voz y en su rostro; y cuando creyó que era llegado el momento propicio, díjole:

—Bueno; vamos a hacer la carta, porque se nos va a venir el día.

—¿No servirá pa comprometerme más, esa carta?

—¡Qué te va a comprometer... ! Después que "El Carancho" esté en las guascas, ya nos encargaremos nosotros de hacerlo confesar. Eso sí; cuando llegués a la frontera, devolvéme el bayo, porque es un animal de mi aprecio y así después no se te acusará de ladrón y podés volver tranquilo a tu casa.

A pesar de su astucia, esa preocupación del comisario por su caballo, dió a "El Mellao" la sensación de que era con él sincero. Creyendo haberlo sorprendido en las descuidadas palabras del otro, valoró exageradamente aquel detalle pueril. Y sin dudarlo más, escribió en la carilla que tenía bajo su mano: "Querida esposa": Se detuvo un instante, y preguntó:

—¿Le cuento la conversación con "El Carancho"?

—Eso es;—dijo el otro con gesto de cansancio.

Cogido con rudeza el lápiz, "El Mellao" escribió con torpes trazos la breve carta que una rúbrica de varias líneas finalizó. Levantó el papel frente a su mentón y así estuvo un instante leyéndolo, mientras el comisario se ponía de pié, puesta una mano en el bolsillo del saco.

Cuando terminó la lectura, ofreció la carta al policía, quien la leyó rápidamente.

—¿Aura me pongo la capa, no?

—Eso es. Allí tenés aquellas espuelas; podés llevarlas.

Nervioso, tal como si el cansancio de aquella noche de intensa agitación de su espíritu, hubiera sido borrado por la fuerza de su esperanza, "El Mellao" dió la espalda al policía y se encorvó junto a la silla en la que brillaban las espuelas.

Ya llevaba el pié para calzárselas, cuando el comisario le dijo rudamente:

—¡Paráte!

Torció con violencia el rostro, y sus ojos se quedaron fijos en el caño del revólver que la luz de la lámpara hacía brillar.

—¿Se te hizo cierto que te iba a prestar mi caballo, trompeta?

El odio y el despecho trajeron palabras soeces a los labios temblorosos del preso, mientras sus manos apretaban con fuerza el ala del sombrero.

Y el comisario, puesto hacia su pecho el revólver; en la otra mano la carta de su estúpida confesión, empujaba, hasta abrirla con el pié, la puerta, mientras le miraba con risa insultante.

El le medía de piés a cabeza.

¿Cómo había podido caer de un modo tan simple?

Sin una sola prueba en su contra; alejado "El Carancho", único que podría condenarlo; él, que durante todo el año no había hecho otra cosa que esperar aquellos momentos y adiestrar su espíritu para la lucha con

los comisarios, había vuelto a cometer una torpeza.

Primero fué aquella noche con Yorda; ahora era éste que lo tenía cogido en su propio lazo...

Si no fuera tan cobarde, los insultos más tremendos saldrían entonces de sus labios trémulos de odio.

Ante aquel nuevo fracaso de sus largos desvelos por anticiparse a todas las situaciones de la lucha, y cruzarlas con el mismo gesto de humilde ignorancia, sintió que en él vacilaban las fuerzas amenazando hundirse todo en colérica desolación.

Olvidado de la escena que tenía delante de sus ojos apagados, asistía atento al choque que en su espíritu se producía entre el deseo que la desesperanza agitaba violento por lanzar al rostro del comisario el insulto de la verdad tremenda de su crimen, y la valla firme de su voluntad de no rendirse jamás a los vientos de sus angustias.

Aquel hombre cobarde y siempre propenso a la caída; convicto, con feliz sinceridad, de la escasez de su inteligencia, desde que la ambición encendió en su alma el pensamiento fijo del crimen había logrado levantar sobre sus flaquezas, la virtud de una estoica tenacidad en sus fines, capaz de aquietar el temblor de su miedo y acallar sus más vivos pensamientos, ocultando sus angustias y sus alegrías, en el gesto callado y oscuro de la cabeza grosera.

Lerda era su voluntad para avanzar sobre sus temores; pero él la sabía segura; por eso, en los momentos más sencillos como en los más graves, esperaba con el silencio oscuro de su gesto, a que se impusiese la voluntad a su ánimo y dictase sus pesadas palabras.

Por las losas de la acera, se sintieron venir los pa-

sos lentos de un vagabundo que iba llenando el silencio de la calle con su silbido.

¿Ya estaría aclarando la mañana?

Agrio, prolongado, el silbato de una locomotora quedó vibrando en el ambiente del pueblo.

¡Aquel sonido pobló de múltiples visiones campesinas la imaginación de "El Mellao" serenando su espíritu!

La carta de su caída estaba allí, opresa por la mano del comisario; pero todavía faltaba el juez...

Y acaso aún pudiese volver a oir, como otras noches, aquel silbato repetirse en el monte del Tacuarí.

—Bien sabía yo, comisario, que usté se estaba riendo de mí. ¡Ahi tiene lo que saca uno por ser un ignorante; lo bolean hasta hacerlo mentir!

—Andá, andá, sinvergüenza, para tu celda.

En la Cuchilla de las Flores, se habían apagado las luces; sobre el pesado silencio que envolvía a Melo, repetíanse los ladridos de los perros y el canto de los gallos, elevándose en las cuatro direcciones, cuando los soldados de la guardia, distraídos en las narraciones de un compañero, vieron cruzar por el zaguán de la cárcel a un hombre embozado en la capa, seguido del comisario.

*
* *

Conducido a presencia del juez, "El Mellao" logró conservar su actitud oscura, hasta fatigar al magistrado que desesperó de hacer sentir a aquel paisano ignorante y temeroso, la necesidad de una plena confesión.

El viento trágico que azotó su casa desde la muerte incomprensible de Fausta, le había envuelto tan de improviso arrancándolo de la escondida dicha en que había vivido todos sus años de trabajo, que en su ánimo apocado todo era temor y lógica prudencia.

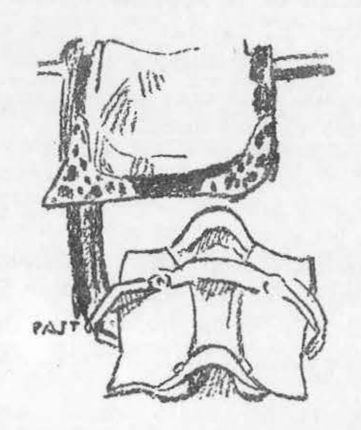
Su cuñada, niña inocente, muerta de tan cruel manera; su casa visitada de contínuo por los policías; herida su conciencia de hombre bueno por el silencio de sus labios, acerca de la pequeña verdad reveladora y definitiva contra "El Carancho"; y, por otra parte, el miedo de quedar abandonado a la venganza fatal del matrero si llegaba a conocer su delación, habían agotado sus escasas fuerzas morales.

—¡Yo no sé más que eso, señor juez! Si me embrollo, y digo una cosa por otra, considere que ya no soy dueño de mí viéndome en esta situación en que injustamente me ha tocado caer. ¡Tomara, señor juez, yo pudiera decirle de una vez algo que lo hiciese dar con los asesinos de Fausta, pa verme libre de este enredo que parece como si me hubiera cambiao el alma y la vida!

Era inútil prolongar los interrogatorios, para reanudarlos a la tarde siguiente. Nadie sufría más dolor que él mismo por el trágico fin de Fausta, sin que pudiera decir contra "El Carancho", más acusación que aquella vaga de un diálogo perdido en un camino.

Bajos los ojos; torpe el hablar y humillado el gesto, así el juez, los guardias y los pocos curiosos detenidos en la calle a su paso, le vieron irse hundiendo en la vulgaridad de los muchos paisanos presos como él para reunir detalles que condenasen a "El Carancho".

Conocido el peligro que le amenazaba y dueño del tiempo para preparar en la soledad de los patios de la cárcel su terca voluntad de borrar las violentas líneas de su espíritu, la esperanza de una cercana liberación, le conformó de las pasadas angustias.





CAPITULO XV

En la encumbrada loma de azulados eucaliptus se escondía el sol de aquella tarde de primavera, y sus rayos, alargándose por sobre las rectas calles del pueblo, llegaban hasta las copas de los naranjos de la plaza, y se iban sobre el camino gris que sombreaban los álamos y hacían musical las voces de los labriegos sobre los carros de simples colores alejándose camino de las Sierras de Ríos.

Entre las tiernas hojas de los plátanos, o escondidos en el seno de las anchas palmas cuyas sombras proyectábanse en los rectángulos de gramilla, los jilgueros se llamaban en la plaza, mientras en la iglesia, posándose en la virgen colocada encima del alto ventanal, con apagadas voces las palomas en celo se perseguían, hasta levantar el vuelo y quedar, manchitas blancas en el ocre del hierro, sosteniéndose en los brazos de la labrada cruz.

Por las estrechas calles cortándose perpendicu'a-

res, venían un vago rumor de los dilatados campos y el aroma de las madreselvas que colgaban sus múltiples florecillas en los cercos.

De la calle principal continuaban llegando los grupos de doncellas, con la cabeza descubierta, familiar costumbre del pueblo, en que el sol encendía sus últimos rayos o azulaba las ondas que se recogían, graciosas, en las castas frentes.

Veíanlas pasar los mozos desde la puerta del club y era contínuo el quitarse los sombreros ante el saludo cordial. María Esther, Matilde, María Luz, Enriqueta; las de todas las tardes, luciendo ante los mismos mozos, la frescura de su juventud. Bella era la garganta con sabor de fruta de María Esther; llenos de sugestión los ojos de María Luz; Lucinda había estudiado en el liceo y la cultura se tornó en ella en lánguido romanticismo; Matilde no era ni graciosa de cuerpo, ni bella de rostro pero su risa era alegre como las notas de su piano, en las mañanas.

A instantes, un mozo se separaba de las ruedas del club, y cruzaba la calle al encuentro del grupo jubiloso de doncellas entre las cuales iba su amada.

Otras veces, graves, como resignados a la monótona tranquilidad del pueblo y de sus vidas sin solución, iban dos novios que se amaron desde niños, y ya en los treinta años, sin separarse nunca, continuaban aún paseando sus amores de inalterable calma, que el pueblo todo esperaba ver terminar en el cansancio de una noche de bodas sin ilusión.

Frente a la puerta de un comercio, un grupo de hombres alternaba las horas entre escuchar los relatos del vecino infaltable a la rueda del mate, y el mirar ha-

cerse la tardecita sobre el monte de naranjos en medio del cual se levantaba, blanca sobre el verde sombrío de los árboles y frente al violeta del horizonte, la casa de un rico labrador.

Un piano ponía en el sereno ambiente las notas de un vals, mientras desde los suburbios se alargaban los mugidos de las vacas en los establos.

Subían de la calle de Mata. Primero el comisario, con gesto orgulloso sobre el brillante azulejo; luego un soldado en cuyas armas se quebraban los rayos del sol mortecino. Guiado por el cabestro que la mano del soldado sujetaba, un flaco caballo moro, sin más arreos que un cojinillo hecho con el cuero trasquilado de una oveja. Y sobre él, agobiado por el dolor y el cansancio; maniatados los piés por debajo del vientre del animal, y las manos por detrás de la espalda; hundida la barba en el pecho; puesto sobre los ojos el sombrero de anchas alas; fiero, aún en su rendido gesto, un hombre alto y magro. Detrás, otro soldado cuyos ojos iban de los hombres que se detenían en la acera a observar el paso del extraño grupo, a las espaldas angulosas del preso.

Por sobre la calle polvorienta, los seguían sus alargadas sombras en la tardecita.

Sudoroso, radiante el rostro encendido, Josesito iba a pasos precipitados siguiendo el trote de los jinetes, deteniéndose con los grupos que a su paso hallaba, para poner con sus breves palabras una mirada de asombro en todos, y continuar a prisa, mientras detrás suyo se levantaban ya las voces:

—¡Es "El Carancho"!

Cuando el grupo estuvo frente a la plaza, el nom-

bre de "El Carancho" gritado por los muchachos, se repitió en los labios nerviosos de las doncellas y todos, las novias, los burgueses, los empleados, corrieron a detenerse frente a la calle por donde él iba con el vivo dolor de sus días de prisión.

Al acercarse, enmudecían las bocas, los ojos se quedaban abiertos y asombrados, fijos en aquella cabeza de barba y melena enmarañadas, de extraña fiereza que no lograba vencer la cruel postura en que los policías le habían hecho andar tantas leguas sobre el lomo filoso del caballo.

¡"El Carancho"!; repetíanse unos a los otros, con una mezcla de asombro, de temor y de alegría en el espíritu, cuando los jinetes habían ya pasado seguidos de los muchachos que miraban con ávida curiosidad por recoger todos los rasgos del hombre extraordinario para reproducirlos luego en la rueda familiar de la cena.

Entornados los párpados, perdíanse sus ojillos en el desorden de la barba que ocultaban los finos labios; en violento círculo, sus largas piernas oprimían el vientre del caballo; sujetos los pies por el tenso maneador, subían los hombros angulosos rozando el ala del sombrero. Entre las orgullosas siluetas de los policías que al asombro de las gentes se mostraban erguidos y graves sobre los caballos; sobre el moro de cansado trote, era una doliente figura la de "El Carancho" al bajar por la calle que llevaba a la cárcel.

Y sin embargo, nadie recibió la fuerte presencia de su tortura. ¡"El Carancho"! Vencido ya; cuerpo deshecho por los maneadores de las estacas y del viaje cruel, quedó a lo largo de la calle la sensación de su encendido espíritu de mal.

En el ambiente de contínuo tan vacío de Melo, hubo entonces como un grave pensamiento pesando sobre las calles y en los hogares.

Aquella noche, mientras él intentaba dormirse en los breves intervalos en que lo dejaban los comisarios, y sólo sentía los pasos de su centinela que, arma al brazo y bayoneta calada, cuidaba sus más leves movimientos, en la plaza, en el club, en el biógrafo, no se hablaba de otra cosa que de su prisión. Prolongáronse las veladas familiares en los balcones frente a los cuales ya sólo pasaba el guardia civil de ronda; permanecieron hasta más allá de la hora acostumbrada los burgueses en el club; en los ranchos y en los boliches se encendían las discusiones sobre su valor; se diría que todo el pueblo, bajo la clara luna, velaba como su centinela en la cárcel, la vida de "El Carancho".

En el silencio de la calle sonaban los pasos de dos hombres que volvían de una jugada.

—¡Cayó el gaucho!

—Pero dicen que quien lo agarró fué Caitano, en el Brasil.

—¿Y no peleó?

—Lo prendieron estando dormido como una piedra, en el rancho de un brasilero. Parece que llegó a mediodía, a pié y casi desnudo. El brasilero se hizo el asustado y él le entregó las armas para calmarlo.

—¡Se enredó solo!

—Ahí tenés...

—¿Y confesó ya?

—Parece que no han conseguido sacarle ni una palabra; y eso que pasó un día entero en las estacas.

—¡Hombre duro! Pero con la acusación de "El

Mellao" y las declaraciones de todos los que lo vieron ir y volver la tarde del crimen, no tendrá más remedio que confesar. ¿Vos lo viste hoy, cuando lo traían?

—No, yo no lo ví; pero dicen que impone mirarlo.

—Pero amigo... ¿has notado qué cosa más extraña?: Desde que llegó parece que todo el pueblo está esperando algo importante que puede ocurrir esta noche misma.

—Tenés razón. Me hace recordar aquellos días cuando entraba algún caudillo seguido de su asistente, y como pronto para un viaje. ¿Te acordás: parecía que entraba con él la guerra; y mientras nosotros dormíamos en la tranquila noche del pueblo, él guiaba desde su casa la marcha de los escuadrones que salidos de los montes nos despertaban a la mañana siguiente entrando por las calles.

—Sí; desde que los caudillos se han ido envejeciendo tranquilos en las estancias, yo no he visto al pueblo tan extraño como esta noche.

En verdad, la presencia de "El Carancho", con el prestigio trágico de su nombre que resonando en los pagos había llegado hasta allí; las violentas líneas de su carácter singularísimo; con la sugestión de su individualidad, esa noche despertó en Melo un estado de espíritu sólo comparable, en la intensidad de emoción, al que despertaba la llegada desde el campo, de los viejos caudillos de la tierra. Y hasta el obstinado silencio que, a pesar de los sufrimientos, se le atribuían, recordaba el silencio de los guerreros cuando su presencia en el pueblo era el callado anuncio de la patriada próxima.

Como los soldados que a la luz del farol se pasea-

ban en el zaguán de la cárcel, todo el pueblo velaba el sueño de "El Carancho"; como si detrás de aquellos húmedos muros sobre los cuales se llamaban las lechuzas, no se guardaran más presos y se hubieran borrado, ante la viva imagen suya, el recuerdo de los demás hombres que en los calabozos aún debían probar su inocencia en el crimen que de nuevo todos recordaban.

Así como en el pago al saberse que tres mujeres habían sido halladas cubiertas de lodo y sangre en el pequeño patio de sus ranchos sin que los asesinos dejaran ningún indicio, no se pudo precisar cuales fueron los primeros labios que pronunciaron el nombre de "El Carancho", que a un tiempo mismo resonó en los caminos, aquella noche en el pueblo, después de haber visto su altiva fiereza sobreponiéndose al dolor de sus ataduras sobre el lomo filoso del caballo, nadie dudó un instante más, de la certera presunción de los pagos.



A la tarde siguiente, pocos fueron los hombres y muchachos que se cruzaron con el grupo que él y los dos soldados formaban, camino del juzgado; pero aquellos le habían seguido sin quitarle de encima las miradas.

Al entrar al despacho del juez, sujetas las manos por las esposas, "El Carancho" ya tenía la sensación de que todos le condenaban. "El Mellao" continuaba en la cárcel. ¿Habría resistido como él a los interminables interrogatorios; a la tortura de las estacas, de la sed y de la falta de sueño, métodos crueles que los policías habían usado con él intentando rendirlo?

Bien sabía, desde la muerte de Ibáñez, que los comisarios fingen ante todos los presos la certeza de su culpabilidad; por eso él continuaba resistiendo con tan tenaz voluntad aquellos días miserables de su prisión, aunque ya le pesaran a todas horas los ojos, delante de los cuales de contínuo se tendía el velo gris del sueño; y aunque ya sus músculos se tornaban cada día más duros y doloridos...

El juez entró en el despacho, suspendiendo los pensamientos de "El Carancho".

Entre los dos hombres hubo una breve mirada de examen y desafío.

Uno pensó en la chocante diferencia entre el aire torpe y humilde de "El Mellao", y la fiera resolución del nuevo preso; el otro notó la dureza de la mirada; la nerviosidad de los labios incisivos y la altanera decisión con que casi le rozó la barba con el índice extendido, al decir:

—¡Siéntese!

El estaba rendido de cansancio y debilidad; a instantes, su pensamiento se volvía torpe hasta perderse en brumosas vaguedades. Sin embargo, era preciso tener ágiles las ideas y viva la voluntad, pues la lucha iba a ser violenta y prolongada.

—¿Cómo se llama?

—Florencio Amaral, pa lo que el señor juez guste mandar.

—¿Cuándo lo aprehendieron?

—Hace dos días, en el Brasil. ¡Y me han judiao mucho los comisarios...!

La voz era clara; ágiles las respuestas y precisas las palabras, cuando el juez interrogaba y él narraba

sus andanzas desde el día en que supo que por un crimen cometido en el camino abierto de Melo a Bañado de Medina, buscaban y prendían los comisarios a los amigos de "El Mellao". El era uno de ellos; ya había sufrido la injusticia de pasar doce años en prisión por haber muerto a Ibáñez en defensa propia; y, bien lo había aprendido entonces, difícil es para un pobre probar que no es el malhechor cuando los comisarios no encuentran al verdadero delincuente.

El juez le escuchaba, atento a la vivacidad de su pensamiento y notando que la cálida simpatía de palabra de aquel hombre, iba apoderándose de su espíritu.

En tanto que "El Carancho" matrereaba, él había ido acumulando, por sucesivas declaraciones de paisanos, todos los detalles de su viaje la tarde del crimen; y en presencia de ellos, sólo esperaba que los policías lo aprehendieran para arrancarle la confesión de su culpabilidad que una inexplicable torpeza no había sabido ocultar.

Ahora, teniéndolo sentado frente a su mesa, observaba las líneas definidas del rostro que "El Carancho" intentaba volver cordial, y que los ojillos vivos y duros traicionaban.

Cuando terminó la narración de sus viajes de perseguido, hubo un breve silencio de atención entre los dos hombres, que el juez interrumpió al cabo, con brusquedad:

—¿Dónde estaba usted el 9 de este mes?

Meticuloso; con aire despreocupado, como quien no advierte el valor de sus palabras; deteniéndose a instantes para observar el gesto del otro, "El Carancho" fué describiendo su viaje desde la partida con Franco

del rancho de su mujer, hasta detenerse a comprar caña en el boliche del camino de Bañado de Medina.

Alerta el espíritu, el juez lo escuchaba narrar aquel viaje en que se iba acercando a la casa del crimen y al notar la verdad de las palabras de "El Carancho", en su frente comenzaba a formarse la esperanza de oirle la plena confesión.

Vadearon el Paso del Sauce; luego el de Medina. Iban por el bañado, cuando comenzó a hacerse la noche; siguieron trotando y empezaron a subir las cuchillas que separan las vertientes del Conventos y Tacuarí.

El frasco de caña que él guardaba en la bota, se había agotado ya, y aún continuaban trotando.

Estaban a pocas cuadras del lugar del crimen; en los ojos del juez se asomaba la viva inquietud de su espíritu.

"El Carancho" calló, atento al dolor que las esposas le producían en las muñecas.

El juez alargó el busto sobre la mesa, y preguntó:

—¿Y de la escuela, para donde fueron?

—¿De la escuela?

—Sí; ¿a donde fueron?

—Verá... señor juez... ¿Yo no sé si a usté le han dicho que yo soy tomador, y sufro de váhidos...?

El juez no respondió, aguardando el final de aquella extraña pregunta.

—Güeno... risultó que la caña me hizo mal, y cuando veníamo bajando la escuela me dió un váhido y áhi nomás tuvo Franco que acostarme.

—¿Donde lo acostó?

—No podría decirle, mesmamente, donde jué... ¿sabe? Porque me dió tan juerte el mal, que hasta go-

mité. Sólo me acuerdo que dispués, cuando recobré un poco el sentido y montamo a caballo pa volvernos, porque me ví muy mal, me pareció ver como unas chilcas.

La imprevista astucia de "El Carancho" turbó de tal modo al juez, que permaneció un instante disimulando su asombro, ocupado en revisar sus anotaciones. Si hubiese levantado de súbito la vista, habría podido sorprender la sonrisa cínica del preso.

Recobrando el aplomo, tornó a preguntar:

—¿Y esa noche dónde durmieron?

—En el rancho de mi mujercita.

Y otra vez la voz cálida y viril de "El Carancho" volvió a oirse en la sala, narrando los más pequeños detalles de la mañana que siguió al crimen; el viaje al Yerbal y su vuelta al pago.

—Cuando llegamo de vuelta del Yerbal, supimo algunos cuentos sobre el hecho del camino de Bañado de Medina, y que Yorda andaba buscándome.

—¿Vd. qué hizo al saber eso?

—Entonce jué que le escribí una carta diciéndole que me iba pal Brasil.

—¿Y porqué huía si no tenía culpa? ¿No pensó en que huyendo hacía desconfiar que era Vd. el culpable?

—¡Ah, señor juez; usté no conoce a los comisarios de esta tierra. Le tienen recelo a un hombre porque saben que no se deja manosiar, y siempre encuentran ocasión pa acumularle un hecho y meterlo en la cárcel! ¡Los cuentos que hay en mi pago de comisarios que pa quedársele a un pobre paisano con la china, lo perseguían hasta hacerlo matrero!

—Pero Vd. no es tan torpe como para dejarse condenar sin pruebas.

—Yo soy un pobre gaucho que tengo vergüenza, y no quiero verme envuelto en historias con la autoridá. Dispués, en el pago la gente comenzó a mentar mi nombre y a mirarme atravesao. ¿Qué iba a hacer? Ya que en mi tierra no encuentro tranquilidá pa vivir con mi trabajo, tengo que emigrar, aunque lo sienta... Sí señor... es ansina...

Terminó después de breve meditación, con voz humilde y resignada.

—¿Qué fué a hacer a casa de González?

—¿De quién, señor juez?

—De González, "El Mellao".

—¡Ah! Juimos a buscar un caballo mío.

—¿Vd. sabe que él también está acusado?

—Sí señor; me lo dijo la mujer. Pero yo creo que no sea cierto.

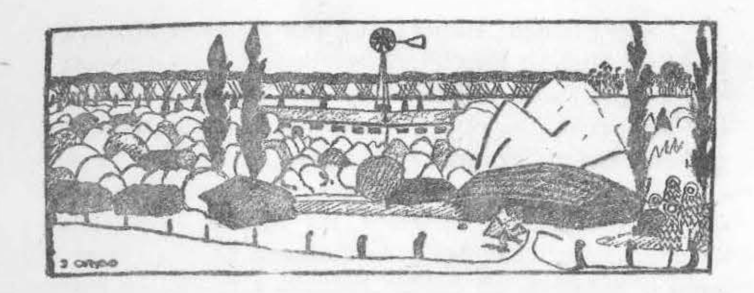
—¿Vd. lo conoce bien?

—Si señor; en el pago lo tienen por un mozo muy gente.

De nuevo pareció el juez distraerse en mirar correr la pluma del escribiente sobre el legajo. Con el gesto tranquilo y cordial la palabra, se volvió nuevamente a "El Carancho":

—No me convence su razón al irse del país. Fíjese Amaral, que una mentira suya lo puede condenar. Nadie le creerá esas razones de su huída; y en cambio, aunque yo quiera quitarle responsabilidad, Vd. se la hecha encima con semejante declaración.

—¡Ta claro, señor juez; pa un hombre de ciudá, como usté, no es fácil colegir estos recelos de un gaucho. Pero piense que nosotro no semos dueño de nada; cuando dejamo el trabajo de una estancia porque nos



CAPITULO XVI

El regocijo público de los primeros instantes de la llegada de "El Carancho" se tornó de pronto en asombro y desesperanza, cuando Josesito se dió a propalar por las calles de Melo lo que él había podido conocer de la primera declaración del preso.

Recién entonces pudo decirse que el pueblo tuvo la sensación justa de la fortaleza de aquel espíritu. Cuando se supo su prisión, nadie extrañó oir en los labios de Josesito el mote de cobarde con que siempre le nombraba. El recuerdo de los matreros sacrificados por la partida policial, antes de rendirse, frente a la reja de la pulpería o en el declive de una loma, hizo que la prisión de "El Carancho", caído sin heroísmo y sin gallardía, fuera para todos el signo visible de su falta de valor. Y surgieron los que en tal pago habían recogido un episodio de su cobardía; los que junto al mostrador de un boliche le vieron huir del duelo singular, y los que, olvidados de la emoción de su presencia, alardeaban coraje contra aquel que en la cárcel padecía la tortura de un interrogatorio incesante.

—¡El Clinudo; Botita; El Largo; Tomás Moreira; Candinio Viraré; esos eran matreros, no este maula!

Y sucedíanse las historias que animaban las barbas blancas de los viejos, felices por la importante actualidad de sus dormidas crónicas.

Por eso el asombro y el despecho cuando se supo que las estacas, los culatazos, las vigilias, la promesa de una ayuda cómplice y la amenaza de una muerte lenta y dolorosa, no habían logrado arrancar de aquel hombre una sola palabra de confesión, ni un gesto de flaqueza.

Entonces prolongáronse los interrogatorios del juez; las esperas de la multitud en la calle de la cárcel, ansiosa por descubrir en su gesto vencido la nueva de su confesión; oyéronse los más encendidos comentarios en todas las tertulias del pueblo, advirtiéndose que si no reproducía la gallarda heroicidad de los antiguos matreros, acaso les aventajase en estoica firmeza para el dolor.

Desde la tarde siguiente a aquella en que lo enfrentaron a "El Mellao", agrupóse la multitud hostil para verlo pasar a presencia del juez. Y nadie dejó su sitio de espera, hasta que su alargada silueta desfiló entre los guardias, camino de la celda.

Así un día, y otro, hasta que aquello ya no fué un hombre guardado entre rejas para descubrir su culpabilidad, sino una fiera extraña acorralada por el odio de todos, perseguida y martirizada, en que se fueron olvidando los fueros de la justicia, para dar paso a un impulso de venganza que a cada tarde amenazaba estallar.

Acumulábanse los expedientes de asuntos civiles

sobre el despacho del juez, sin que éste ni los propios pleitistas se preocupasen por tan pequeñas querellas; eran breves las recorridas de los comisarios en las calles del pueblo, sujetos los días y las noches a la cercanía de "El Carancho"; languidecieron los coloquios de los novios en la plaza, y todas las tardes, como cumpliendo un ineludible deber, iban llegando a las calles que daban frente al juzgado y a la cárcel, los ricos y los pobres, los viejos y los jóvenes, a esperar el paso del cautivo.

¿Quién podría sustraerse al impulso del espíritu público en aquella lucha?

Recordaba entonces el pueblo, con el ardor apasionado con que seguía los más nimios incidentes del proceso, aquellos lejanos días de la guerra, cuando los clarines alegres anunciaban la próxima llegada de los ejércitos gauchos, y corrían las mujeres a los balcones, llenas de flores y divisas las manos, y los muchachos se escapaban a la calle por la cual acompañaban a los lanceros hablándoles a gritos y orgullosos de tales diálogos, mientras sobre el rumor del trote de los caballos vibraban los relinchos, oíanse voces de mando, breves y rudas interrumpiendo saludos de despedida, y pasaban alejándose hacia los eucaliptus del camino, con nostálgicas sugestiones de lejanas tierras, las voces de los clarines.

Pero entonces siempre quedaban mujeres cuyos balcones se cerraban al paso de los blancos, para abrirlos cuando sobre las lomas del Conventos encendíase el azul horizonte con las rojas banderas.

Ahora no existían bandos. Eran todos, magistrados y pueblo, contra aquel hombre solo que cruzaba las

calles, más seguro y firme en su soledad que la hostil multitud que le miraba pasar.

Era una de esas tardes, cuando en el despacho del juez el escribiente, en suspenso la pluma, oía este diálogo:

—Considere, Amaral, que todos estos sufrimientos que Vd. padece, se acabarán ahora mismo si confiesa la verdad.

—Señor juez, yo no me he quejao de nada; pero a un hombre güeno lo vuelven malo a la juerza con esos tratos.

—Es que todos están convencidos de su culpa, y se enardecen al verlo negar de ese modo.

—¿Y por qué, convencidos?

—Ya le he dicho que se tienen todas las pruebas y la confesión de González, de que Vds. mataron instigados por él, que debía heredar a Fausta.

—¡Pero señor juez .. "El Mellao" no puede haber declarao eso! Yo he visto cómo lo asustan los comisarios en la cárcel, y sólo obligao por ellos puede decir semejante cosa. ¿Quiere qué le apruebe que eso no es cierto? Pregúntele usté a "El Mellao" a ver si él conoce a Franco, y verá que no puede darle razón de cómo es el indio. ¿Y cómo usté va a creer que estén de acuerdo dos hombres pa cometer un hecho como ése, sin haberse hablao nunca? — Y calló un instante, satisfecho de la eficacia de su razonamiento — ¡Sólo que usté quiera bolearme y hacerme acusar al infeliz de "El Mellao"...!

—Yo no le deseo mal ninguno, Amaral; pero fíjese que la acusación oída por Vd. mismo a González, lo condenará.

—¿Lo de nuestra conversación en el paso? Que me condenen por eso, nomás, si en este páis la justicia sirve pa que un mozo cualisquiera se vengue de un hombre porque no le quise cumplir la palabra a la hermana.

—¡Cómo... ahora lo crée tan mal hombre, hasta suponerlo capaz de vengarse de Vd. de ese modo...

—¡Claro, señor juez: será un güen mozo; pero despechao por lo que me pasó con la hermana, a la que ya no le queda tiempo pa esperar otro partido, el hombre me habrá tomao idea y por eso me acumula este hecho. ¡Y eso no está bien entre paisanos!

—Si lo quisiera mal, en vez de acusarlo pudo salirle al camino y obligarlo a pelear.

—¡Tomara hubiese sido ansina... pero no hay cuidao de eso!

Terminó con visible orgullo.

Los dos guardaron silencio, ocupados en ordenar lejanos pensamientos.

Por la calle se sentía andar la multitud frente a la puerta del juzgado ,cuando partió de ella un grito que hizo volver hacia la ventana los ojos de los tres hombres que estaban en el despacho:

—¡Asesino, confesá!; — volvió a gritar la voz.

Estremecióse "El Carancho" en la silla, y retorciéronse sus manos presas por las esposas; miró airado el juez hacia la calle, mientras el escribiente quedaba con el aire absorto, fijos los ojos en el duro gesto del preso.

—¿No le impresiona, Amaral, ese pueblo que todas las tardes se agolpa en las calles y rodea el juzgado, ansioso por saber su confesión? Si no le remuerde la

conciencia el recuerdo de aquellas infelices, piense, Florencio Amaral, que ese pueblo puede matarlo una de estas tardes, si Vd. sigue negando.

—Yo no tengo que arrepentirme de lo que no cometí. Y esos, — y torció los ojos y la boca en un gesto de desprecio — y esos, no gritarían ansina si áhora me vieran con un cuchillo en las manos libres.

En el silencio que siguió a estas palabras, quedó vibrando el eco de su honda voz.

Y no fué preciso que le vieran con el puñal en la mano, cuando minutos después, de pié en el umbral del juzgado, su presencia puso un estremecimiento nervioso en la multitud.

Escoltando en silencio el grupo que él y los guardias formaban, le siguieron a lo largo de la calle en la nochecita, hablándose apenas unos a los otros, dirigiendo breves miradas a los que se hallaban detenidos en las aceras, hasta que vieron su alargada silueta de agudos hombros perderse bajo el arco de la puerta en la cárcel.

Entonces, comunicándose la emoción que en los espíritus mantenía viva la presencia de aquel hombre, animáronse los diálogos alejándose rumorosos por las oscurecidas calles del pueblo.

Cantaban los jilgueros entre las copas de los plátanos cuyas sombras protegían los bancos de la plaza, cuando en las primeras horas de las siguientes tardes ya se hallaban hombres y muchachos a la espera del suceso extraño y emocionante del paso de "El Carancho" para la audiencia .

Participando en la lucha que el juez y el preso mantenían a diario, el pueblo era un actor más, inseguro y cambiante en sus actitudes, unas veces de violenta hostilidad contra "El Carancho", y otras de pueril enojo con el juez que no lograba vencer la firmeza de aquella voluntad. Y como cumpliendo un deber de conciencia, movidos en lo íntimo por una infantil curiosidad en la cual comenzaba a insinuarse y tomar espacio el sentimiento de la admiración hacia la singularidad de aquel carácter cuyos signos intentaban descubrir en el brillo de los ojos, en la firmeza del paso o en la rudeza de las manos esposadas, empezaban desde temprana hora de la tarde a llegar los grupos que pacientes esperaban ver surgir al preso y sus guardias entre las coloniales casas de la calle 18 de Julio, por el extremo donde el cielo parece en las tardes apoyarse sobre la blanca escuela de la Cuchilla de las Flores.

Esperándolo, comentaban vivamente las horas de dolor que en el silencio de las noches atravesaba "El Carancho".

Los centinelas de vista que, arma al brazo y calada la bayoneta, cuidaban sus sueños brevísimos y sus ceñudos silencios, impresionada el alma sencilla por la fiera altivez de aquel hombre, una vez llegados al cuartel narraban las escenas vistas la noche anterior en la cárcel.

Si a los demás presos les llamaban a los patios para distribuirles el "rancho", a él le arrojaban la ración sobre las sucias piedras de la celda; los otros tenían por lo menos un jergón en que dormir o, como en las noches sin límites de los campos, tendíanse, en el encierro del calabozo, sobre el recado hecho cama; él debía tirarse sobre un cuero de oveja trasquilado, en el que no alcanzaba a apoyar siquiera la mitad del cuerpo exten-

dido sobre el piso de húmedas piedras. Si la sed ardía en su garganta, era preciso que soportara la finjida amistad o los denuestos de los comisarios incitándole a confesarse ,antes de que le permitiesen llevar a los labios la más breve porción de agua.

Cuando el toque de diana en el cuartel era una nota más en la alegre sinfonía del sol levantándose sobre las colinas de naranjos, las culatas de los mausers golpeaban las puertas de las celdas despertando a los presos; y éstos, no bien ahuyentado el sueño, su primer movimiento era correr hacia las rejas que daban al patio, para mirar desde allí a la celda abierta de "El Carancho" que, vencido de sueño, aún afirmábase en su orgullo y volvía, fiero, la espalda a la banal curiosidad de los otros. Y durante el resto del día, viendo siempre al centinela cuya sombra se alargaba sobre el piso de la celda como si se atara a sus piés, mientras brillaba el acero de la bayoneta, él nada tenía de semejante con los demás hombres, funcionarios, soldados o presos, que se acercaban furtivamente a la puerta cuando los párpados pesados de sueño caían sobre sus ojos, y apresuraban el paso cuando él erguía sobre los hombros su cabeza fina de ave nacida para atisbar en las dilatadas distancias.

Desde que él ocupó aquella celda, pareció que los demás presos ya no estaban presentes en la imaginación y el cuidado de los guardias; tan fuerte era la emoción que trasmitía su figura moral, insensible al dolor, al miedo y a la amistad, que fué como una llama viva apagando el fulgor de las pequeñas luces que le rodeaban.

Aunque le dejasen hablar, él no tendría pregunta

que dirigir a nadie, tal como no tenía jamás una mirada curiosa para los corredores desde los cuales los presos le acechaban con asombro.

Mientras los otros escondían su presencia entre los corros alegres de los patios, él estaba solo, erguido y en silencio ,como si su mundo moral tuviera comienzo y fín en las duras paredes de su cuerpo. Por eso, desde que le vieron en la celda, hasta los mismos presos tuvieron la sensación de que sólo un delincuente se guardaba en la cárcel y sintiéronse ellos, menos lejos del bien en sus caídas.

A veces, la presencia de "El Mellao" avivaba su gesto distraído. Le veía primero salir de la celda cercana; pasar junto a su puerta, hundida sobre el pecho la cabeza, caídos los brazos, más acentuado el aire hipócrita de su mansedumbre; bajar las escaleras de piedra que daban al primer patio y luego ,con paso torpe, rendido el gesto, acercarse a los grupos de los otros presos en donde dejaba caer una frase de asombro ante la dura terquedad de "El Carancho", deseoso de avivar en los otros la convicción de que nadie más que él era el asesino. Pero por más que le siguiera en todos los pasos y movimientos, nunca podía encontrar de "El Mellao" los ojos que permanecían siempre distraídos en las piedras del patio, y como olvidados totalmente de que él estaba allí.

Por las noches, cuando todo era silencio en los patios, hasta los que llegaba el eco de la charla de los guardianes alineados en los bancos del zaguán, y sobre el confuso rumor del pueblo irrumpían, estridentes y agrios, los gritos de las lechuzas en la vecina pared de la iglesia, "El Carancho", vencido de sueño,

comenzaba a no sentir ya la dureza del piso empedrado; notaba cómo caían en agradable flojedad los brazos; luego las piernas; por fin los músculos de la espalda, y hasta el dolor punzante que los largos plantones habían fijado en sus caderas, se olvidaba, cuando la cabeza no sentía la presión de las piedras, y el sonido rítmico de su respiración se elevaba en la celda.

Advertidos los centinelas que debían relevarse para ahuyentar en la rueda del mate el sueño, lo hacían hablándose apenas, para no turbar el reposo del preso. Pero siempre, tantas veces como éste lograba dormirse, sentían los de la guardia los pasos de un hombre avanzar en el patio, subir los escalones de piedra y llegar a la celda de "El Carancho". Sin hablarle palabra, de un recio puntapié sacudía el estirado cuerpo del preso, que se sentaba en el suelo, erguida la cabeza, desafiantes los ojos, ya que no otra cosa podía hacer para contestar a la injuria.

Y los dormidos patios poblábanse entonces con las voces de enojo de la disputa. Callaban en el zaguán los soldados de la guardia, suspenso el mate; despertábanse curiosos los presos en las celdas y el centinela torcía el rostro, mientras gritaba el policía y contestaba "El Carancho" con brevísimas frases de insulto.

Si al juez hablaba con medido respeto, a los comisarios respondía con sus palabras más violentas dejando irse en ellas el odio que el dolor encendía en su alma salvaje. Y era orgullosamente feliz, cuando se turbaba la voz del policía ante su desprecio.

—Si estuviéramo solos, no me gritarías ansina, maula.

—¿Quién más maula que vos, asesino de mujeres?

—¿Por qué no te ofreciste pa dírmelo a decir cuando andaba suelto? No servís más que pa prender gurises o rateros de pueblo, desgraciao.

Y aunque una sangrienta bofetada injuriase su rostro, permanecían altivos los ojillos chispeantes.

La presencia de este dolor sufrido con tan inquebrantable firmeza, llenaba de admiración las palabras de los centinelas al día siguiente en los boliches, haciendo olvidar la crueldad de su crimen y conquistando para él a las almas sencillas de los ranchos.

Bien sabían toda esta prolongada historia de sus días de cárcel, los curiosos que se agrupaban en la calle para verlo pasar en las tardes. Pero unos, con inconciente crueldad, la repetían en alta voz y con palabras de elogio para los comisarios empeñados en librar los caminos de la venganza pública, de los obstáculos que el ánimo del asesino les oponía; y los otros, en voz baja, como si no quisieran alarmar a sus propias conciencias con la leal confesión de aquellas torturas que ellos admitían sin protestas, aventuraban una frase de piedad que el recuerdo de la fiera fortaleza de "El Carancho" ahogaba en germen.

—¡Qué bárbaro; — se repetían con insistencia, sintiendo cómo rechazaba un hombre semejante, todo sentimiento de protección; y así se creían justificados en sus silencios ante aquellos crueles tratos.

Al divisar su estirada silueta recortándose sobre el horizonte de la cuchilla entre los reflejos de las armas de sus custodias, olvidábanse sus dolores ante la sugestión del crimen y del altivo orgullo que tenía toda su presencia. El avanzaba, fija la mirada en el extremo de la calle; borrando las huellas de los sufri-

mientos físicos, iba erguida su tenaz voluntad, tal como en su inteligencia entorpecida por el cansancio de las vigilias, encontraba aún ágiles y despiertos los pensamientos. Así, cuanto mayor era el asombro que advertía en los ojos de los que le miraban pasar, más fuerte era su ánimo y más audaz el gesto.

Ya en presencia del juez, hablaba con locuacidad; si breves eran las preguntas, él respondía con confiada largueza; mientras "El Mellao" simulaba una torpeza que confundía sus palabras y abreviaba sus pensamientos, él tenía siempre el orgulloso alarde de no temer a sus palabras abundosas, dejadas escapar con soltura, ostentando la seguridad de que todas ellas, aún las más audaces contra sí mismo, por más que ya estuvieran en los oídos del juez continuaban guiadas por su atenta voluntad.

Los testimonios prolijos y numerosos, le acusaban; su actitud altanera, era el índice más cierto de su culpabilidad; y sin embargo, enardecióse el juez, cayó en desaliento del que lo levantó el clamor público, y por fín llegó a sentirse rendido sin que "El Carancho" una sola vez siquiera se hubiese avenido a salvarse deprimiendo su orgullo.

Aquella misma espectación pública, que sintió desde la tarde de la llegada a Melo, como el espanto de los pagos ante el crimen, tornaba a darle a su espíritu trágico el vanidoso halago que fortalecía la voluntad de no rendirse.

Y así pasaron los días, en los que notaba que sólo él iba permaneciendo inmutable en su actitud.

El juez, advertido de que aquel proceso degeneraba ya en una lucha indigna de su investidura, terminó

por no llamarlo a las audiencias. En el pueblo tuvo doña Olivia su primer fracaso. Si en el instante inicial de la violencia de la multitud, pudo sorprender el ánimo de un número crecido de señoras que pusieron su firma en la extraña protesta que ella encabezaba en "defensa de la cultura de Melo", poco a poco, a medida que la personalidad de "El Carancho" fué haciendo fáciles de advertir sus duros perfiles, las damas comenzaron a sentir el ridículo de su actitud. La gentes honradas, aunque fuera cierta la indignación ante el crimen, advertidas de la firmeza singular de aquel carácter, no pudieron soportar el ridículo de la lucha que doña Olivia pretendía entablar de modo tan pueril oponiendo a las violentas líneas de aquel hombre y su crimen, la fátua convicción de su virtud burguesa. Y aún las almas mezquinas, que ni se condolieron de verdad por la muerte infeliz de las mujeres del camino de Bañado de Medina, ni por las torturas que el preso padecía en la cárcel, sin embargo se negaban así mismo a dar sus firmas, bajo el asombro que en sus espíritus vulgares provocaba la presencia de aquel hombre, tan trágicamente seguro en el mal, que llegó hasta turbar sus fórmulas de conciencia, vueltas rígidas en la mediocre virtud de sus vidas. Fué inútil que doña Olivia cruzara las calles, por la mañana, la tarde y la noche; que perdiera las horas junto a los mostradores de los comercios intentando convencer a las dependientes que ya le volvían la espalda con enojo; la figura moral de "El Carancho" escapaba, con su sola evocación, a todos los más encendidos discursos de la afanosa doña Olivia que, cuando el juez y el pueblo dieron tregua a la lucha, volvió a sus menesteres ordinarios pensando

en aquel pirmer y agorero fracaso de su ascendiente social.

Así había terminado "El Carancho" por abatir todas las esperanzas, y comenzaban a olvidarlo los que no le veían en los patios de la cárcel, cuando una noche, ya durmiéndose el pueblo, Josesito volvió a "trotar" por las calles con el nombre del preso en los labios.

Corrieron los muchachos a agruparse frente a la puerta de la cárcel, cuando llegó a todo el galope del caballo, un comisario que desmontó y sin decir a nadie palabra, corrió hasta la celda de "El Carancho".

Este, apoyado en un rincón de la celda hasta el que llegaba la luz débil del farol del patio; olvidado del centinela que se paseaba frente a la puerta, se hallaba sumido en sus pensamientos. Detúvose el comisario junto al soldado, buscó un instante con la vista al preso ,y le gritó:

—¿Estás dormido, "Carancho"?

—No.

—Bueno, esta noche vas a dormir tranquilo. Ahí llega Franco a hacerte compañía.

A pesar de su diestra y astuta voluntad, era tan imposible ya para él la prisión de su cómplice, que viendo la radiante alegría del otro, no pudo evitar las palabras de asombro:

—¡Franco está preso!

—Y no sólo preso; ya podés hacerte ahora el angelito y quejarte al juez de que te maltratamos. Franco confesó todo lo tuyo y lo de "El Mellao".

—¡Mentís!; — rugió más que gritó "El Carancho" al comisario que, oyendo ya acercarse a los que condu-

cían al nuevo preso, pasó junto a la celda de "El Mellao" gritando:

—Ahí está Franco después de haber contado lo buena pieza que sos vos también.

Sujetos los brazos por dos soldados de la guardia; deshechas las ropas que acentuaban el gesto de dolor de su rostro descompuesto por las huellas del hambre y las estacas, pasó Franco el zaguán de la cárcel y siguió por el patio precedido por el sonar de las llaves del alcaide que se adelantaba a abrirle la celda.

Cuando estuvo el grupo frente a la puerta de "El Mellao", el comisario tiró de ella, diciendo:

—Asomáte, "Mellao", a conocer a un amigo.

Los dos criminales quedaron un instante puestos los ojos del uno en los del otro. Por primera vez se veían los rostros; luego se examinaron lentamente de piés a cabeza.

Torció el gesto "El Mellao", y dijo:

—Yo no conozco a ese pardo.

Franco respondió:

—¡Y vos eras "El Mellao"!

Desde su celda, "El Carancho" estaba atento a cuánto se oía en el patio. Por primera vez sentía que la voluntad flaqueaba en su ánimo, hasta tornarse impotente para sujetar el odio que sacudía a sus sienes. Aquellas palabras de Franco le revelaron de pronto, que una de las dos posibilidades previstas por él se había cumplido después de tanto sufrir vanamente. Sin intentar ya moderarse, se acercó a la puerta sintiendo al grupo subir los peldaños que llevaban a su celda.

El comisario se había quedado en el primer patio, y Franco, temblorosas las piernas, colgantes los bra-

zos, oscilando la cabeza de uno a otro lado, golpeábase contra el cuerpo de los soldados que le conducían, haciéndoles chocar los sables en las paredes.

Asidos a las rejas de los calabozos, la luz del farol enrojecía los rostros de los presos que asomaban entre los barrotes, descubriendo unos ojos fijos, unos labios abiertos, una combada frente, todos en la dirección que llevaba la doliente figura del indio cuando ya adelantaban con él por el corredor de las celdas.

De pronto, como si una mano potente le hubiera tirado de los cabellos y sacudido todo el cuerpo, el preso se detuvo al oir la voz honda que le gritó:

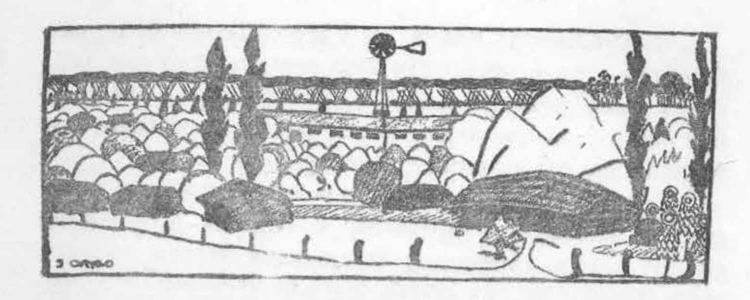
—¡Acordáte, indio maula!

—¡"Carancho"... ! — dijo Franco, trémulos los labios, abiertos los ojos, y sin poder dar un paso más, como sujeto ante aquella puerta en la cual la luz del farol alumbraba el alargado rostro de "El Carancho".

Pero éste, recobrada su tenaz serenidad, ya no dijo más palabra, y el grupo se alejó con el ruido de los sables, llevando el cuerpo vencido de Franco.



Por la puerta de la calle entraba la brisa trayendo el apagado rumor de la Cuchilla de las Flores. El rojo farol suspendido en lo alto del arco que se alzaba al fondo del patio, daba extraño aspecto a la rueda de soldados cuyas sombras movía y alargaba en los muros la luz del fogón sobre el cual hervía el agua del mate. Baja era la charla de los hombres que guardaban el reposo de los presos; apenas si sobre el murmullo de aquel grupo cuyas franjas rojas de los kepís se en-



CAPITULO XVI

El regocijo público de los primeros instantes de la llegada de "El Carancho" se tornó de pronto en asombro y desesperanza, cuando Josesito se dió a propalar por las calles de Melo lo que él había podido conocer de la primera declaración del preso.

Recién entonces pudo decirse que el pueblo tuvo la sensación justa de la fortaleza de aquel espíritu. Cuando se supo su prisión, nadie extrañó oir en los labios de Josesito el mote de cobarde con que siempre le nombraba. El recuerdo de los matreros sacrificados por la partida policial, antes de rendirse, frente a la reja de la pulpería o en el declive de una loma, hizo que la prisión de "El Carancho", caído sin heroísmo y sin gallardía, fuera para todos el signo visible de su falta de valor. Y surgieron los que en tal pago habían recogido un episodio de su cobardía; los que junto al mostrador de un boliche le vieron huir del duelo singular, y los que, olvidados de la emoción de su presencia, alardeaban coraje contra aquel que en la cárcel padecía la tortura de un interrogatorio incesante.

—¡El Clinudo; Botita; El Largo; Tomás Moreira; Candinio Viraré; esos eran matreros, no este maula!

Y sucedíanse las historias que animaban las barbas blancas de los viejos, felices por la importante actualidad de sus dormidas crónicas.

Por eso el asombro y el despecho cuando se supo que las estacas, los culatazos, las vigilias, la promesa de una ayuda cómplice y la amenaza de una muerte lenta y dolorosa, no habían logrado arrancar de aquel hombre una sola palabra de confesión, ni un gesto de flaqueza.

Entonces prolongáronse los interrogatorios del juez; las esperas de la multitud en la calle de la cárcel, ansiosa por descubrir en su gesto vencido la nueva de su confesión; oyéronse los más encendidos comentarios en todas las tertulias del pueblo, advirtiéndose que si no reproducía la gallarda heroicidad de los antiguos matreros, acaso les aventajase en estoica firmeza para el dolor.

Desde la tarde siguiente a aquella en que lo enfrentaron a "El Mellao", agrupóse la multitud hostil para verlo pasar a presencia del juez. Y nadie dejó su sitio de espera, hasta que su alargada silueta desfiló entre los guardias, camino de la celda.

Así un día, y otro, hasta que aquello ya no fué un hombre guardado entre rejas para descubrir su culpabilidad, sino una fiera extraña acorralada por el odio de todos, perseguida y martirizada, en que se fueron olvidando los fueros de la justicia, para dar paso a un impulso de venganza que a cada tarde amenazaba estallar.

Acumulábanse los expedientes de asuntos civiles

sobre el despacho del juez, sin que éste ni los propios pleitistas se preocupasen por tan pequeñas querellas; eran breves las recorridas de los comisarios en las calles del pueblo, sujetos los días y las noches a la cercanía de "El Carancho"; languidecieron los coloquios de los novios en la plaza, y todas las tardes, como cumpliendo un ineludible deber, iban llegando a las calles que daban frente al juzgado y a la cárcel, los ricos y los pobres, los viejos y los jóvenes, a esperar el paso del cautivo.

¿Quién podría sustraerse al impulso del espíritu público en aquella lucha?

Recordaba entonces el pueblo, con el ardor apasionado con que seguía los más nimios incidentes del proceso, aquellos lejanos días de la guerra, cuando los clarines alegres anunciaban la próxima llegada de los ejércitos gauchos, y corrían las mujeres a los balcones, llenas de flores y divisas las manos, y los muchachos se escapaban a la calle por la cual acompañaban a los lanceros hablándoles a gritos y orgullosos de tales diálogos, mientras sobre el rumor del trote de los caballos vibraban los relinchos, oíanse voces de mando, breves y rudas interrumpiendo saludos de despedida, y pasaban alejándose hacia los eucaliptus del camino, con nostálgicas sugestiones de lejanas tierras, las voces de los clarines.

Pero entonces siempre quedaban mujeres cuyos balcones se cerraban al paso de los blancos, para abrirlos cuando sobre las lomas del Conventos encendíase el azul horizonte con las rojas banderas.

Ahora no existían bandos. Eran todos, magistrados y pueblo, contra aquel hombre solo que cruzaba las

calles, más seguro y firme en su soledad que la hostil multitud que le miraba pasar.

Era una de esas tardes, cuando en el despacho del juez el escribiente, en suspenso la pluma, oía este diálogo:

—Considere, Amaral, que todos estos sufrimientos que Vd. padece, se acabarán ahora mismo si confiesa la verdad.

—Señor juez, yo no me he quejao de nada; pero a un hombre güeno lo vuelven malo a la juerza con esos tratos.

—Es que todos están convencidos de su culpa, y se enardecen al verlo negar de ese modo.

—¿Y por qué, convencidos?

—Ya le he dicho que se tienen todas las pruebas y la confesión de González, de que Vds. mataron instigados por él, que debía heredar a Fausta.

—¡Pero señor juez .. "El Mellao" no puede haber declarao eso! Yo he visto cómo lo asustan los comisarios en la cárcel, y sólo obligao por ellos puede decir semejante cosa. ¿Quiere qué le apruebe que eso no es cierto? Pregúntele usté a "El Mellao" a ver si él conoce a Franco, y verá que no puede darle razón de cómo es el indio. ¿Y cómo usté va a creer que estén de acuerdo dos hombres pa cometer un hecho como ése, sin haberse hablao nunca? — Y calló un instante, satisfecho de la eficacia de su razonamiento — ¡Sólo que usté quiera bolearme y hacerme acusar al infeliz de "El Mellao"... !

—Yo no le deseo mal ninguno, Amaral; pero fíjese que la acusación oída por Vd. mismo a González, lo condenará.

—¿Lo de nuestra conversación en el paso? Que me condenen por eso, nomás, si en este páis la justicia sirve pa que un mozo cualisquiera se vengue de un hombre porque no le quise cumplir la palabra a la hermana.

—¡Cómo... ahora lo crée tan mal hombre, hasta suponerlo capaz de vengarse de Vd. de ese modo...

—¡Claro, señor juez: será un güen mozo; pero despechao por lo que me pasó con la hermana, a la que ya no le queda tiempo pa esperar otro partido, el hombre me habrá tomao idea y por eso me acumula este hecho. ¡Y eso no está bien entre paisanos!

—Si lo quisiera mal, en vez de acusarlo pudo salirle al camino y obligarlo a pelear.

—¡Tomara hubiese sido ansina... pero no hay cuidao de eso!

Terminó con visible orgullo.

Los dos guardaron silencio, ocupados en ordenar lejanos pensamientos.

Por la calle se sentía andar la multitud frente a la puerta del juzgado ,cuando partió de ella un grito que hizo volver hacia la ventana los ojos de los tres hombres que estaban en el despacho:

—¡Asesino, confesá!; — volvió a gritar la voz.

Estremecióse "El Carancho" en la silla, y retorciéronse sus manos presas por las esposas; miró airado el juez hacia la calle, mientras el escribiente quedaba con el aire absorto, fijos los ojos en el duro gesto del preso.

—¿No le impresiona, Amaral, ese pueblo que todas las tardes se agolpa en las calles y rodea el juzgado, ansioso por saber su confesión? Si no le remuerde la

conciencia el recuerdo de aquellas infelices, piense, Florencio Amaral, que ese pueblo puede matarlo una de estas tardes, si Vd. sigue negando.

—Yo no tengo que arrepentirme de lo que no cometí. Y esos, — y torció los ojos y la boca en un gesto de desprecio — y esos, no gritarían ansina si áhora me vieran con un cuchillo en las manos libres.

En el silencio que siguió a estas palabras, quedó vibrando el eco de su honda voz.

Y no fué preciso que le vieran con el puñal en la mano, cuando minutos después, de pié en el umbral del juzgado, su presencia puso un estremecimiento nervioso en la multitud.

Escoltando en silencio el grupo que él y los guardias formaban, le siguieron a lo largo de la calle en la nochecita, hablándose apenas unos a los otros, dirigiendo breves miradas a los que se hallaban detenidos en las aceras, hasta que vieron su alargada silueta de agudos hombros perderse bajo el arco de la puerta en la cárcel.

Entonces, comunicándose la emoción que en los espíritus mantenía viva la presencia de aquel hombre, animáronse los diálogos alejándose rumorosos por las oscurecidas calles del pueblo.

Cantaban los jilgueros entre las copas de los plátanos cuyas sombras protegían los bancos de la plaza, cuando en las primeras horas de las siguientes tardes ya se hallaban hombres y muchachos a la espera del suceso extraño y emocionante del paso de "El Carancho" para la audiencia .

Participando en la lucha que el juez y el preso mantenían a diario, el pueblo era un actor más, inseguro y cambiante en sus actitudes, unas veces de violenta hostilidad contra "El Carancho", y otras de pueril enojo con el juez que no lograba vencer la firmeza de aquella voluntad. Y como cumpliendo un deber de conciencia, movidos en lo íntimo por una infantil curiosidad en la cual comenzaba a insinuarse y tomar espacio el sentimiento de la admiración hacia la singularidad de aquel carácter cuyos signos intentaban descubrir en el brillo de los ojos, en la firmeza del paso o en la rudeza de las manos esposadas, empezaban desde temprana hora de la tarde a llegar los grupos que pacientes esperaban ver surgir al preso y sus guardias entre las coloniales casas de la calle 18 de Julio, por el extremo donde el cielo parece en las tardes apoyarse sobre la blanca escuela de la Cuchilla de las Flores.

Esperándolo, comentaban vivamente las horas de dolor que en el silencio de las noches atravesaba "El Carancho".

Los centinelas de vista que, arma al brazo y calada la bayoneta, cuidaban sus sueños brevísimos y sus ceñudos silencios, impresionada el alma sencilla por la fiera altivez de aquel hombre, una vez llegados al cuartel narraban las escenas vistas la noche anterior en la cárcel.

Si a los demás presos les llamaban a los patios para distribuirles el "rancho", a él le arrojaban la ración sobre las sucias piedras de la celda; los otros tenían por lo menos un jergón en que dormir o, como en las noches sin límites de los campos, tendíanse, en el encierro del calabozo, sobre el recado hecho cama; él debía tirarse sobre un cuero de oveja trasquilado, en el que no alcanzaba a apoyar siquiera la mitad del cuerpo exten-

dido sobre el piso de húmedas piedras. Si la sed ardía en su garganta, era preciso que soportara la finjida amistad o los denuestos de los comisarios incitándole a confesarse ,antes de que le permitiesen llevar a los labios la más breve porción de agua.

Cuando el toque de diana en el cuartel era una nota más en la alegre sinfonía del sol levantándose sobre las colinas de naranjos, las culatas de los mausers golpeaban las puertas de las celdas despertando a los presos; y éstos, no bien ahuyentado el sueño, su primer movimiento era correr hacia las rejas que daban al patio, para mirar desde allí a la celda abierta de "El Carancho" que, vencido de sueño, aún afirmábase en su orgullo y volvía, fiero, la espalda a la banal curiosidad de los otros. Y durante el resto del día, viendo siempre al centinela cuya sombra se alargaba sobre el piso de la celda como si se atara a sus piés, mientras brillaba el acero de la bayoneta, él nada tenía de semejante con los demás hombres, funcionarios, soldados o presos, que se acercaban furtivamente a la puerta cuando los párpados pesados de sueño caían sobre sus ojos, y apresuraban el paso cuando él erguía sobre los hombros su cabeza fina de ave nacida para atisbar en las dilatadas distancias.

Desde que él ocupó aquella celda, pareció que los demás presos ya no estaban presentes en la imaginación y el cuidado de los guardias; tan fuerte era la emoción que trasmitía su figura moral, insensible al dolor, al miedo y a la amistad, que fué como una llama viva apagando el fulgor de las pequeñas luces que le rodeaban.

Aunque le dejasen hablar, él no tendría pregunta

que dirigir a nadie, tal como no tenía jamás una mirada curiosa para los corredores desde los cuales los presos le acechaban con asombro.

Mientras los otros escondían su presencia entre los corros alegres de los patios, él estaba solo, erguido y en silencio ,como si su mundo moral tuviera comienzo y fín en las duras paredes de su cuerpo. Por eso, desde que le vieron en la celda, hasta los mismos presos tuvieron la sensación de que sólo un delincuente se guardaba en la cárcel y sintiéronse ellos, menos lejos del bien en sus caídas.

A veces, la presencia de "El Mellao" avivaba su gesto distraído. Le veía primero salir de la celda cercana; pasar junto a su puerta, hundida sobre el pecho la cabeza, caídos los brazos, más acentuado el aire hipócrita de su mansedumbre; bajar las escaleras de piedra que daban al primer patio y luego ,con paso torpe, rendido el gesto, acercarse a los grupos de los otros presos en donde dejaba caer una frase de asombro ante la dura terquedad de "El Carancho", deseoso de avivar en los otros la convicción de que nadie más que él era el asesino. Pero por más que le siguiera en todos los pasos y movimientos, nunca podía encontrar de "El Mellao" los ojos que permanecían siempre distraídos en las piedras del patio, y como olvidados totalmente de que él estaba allí.

Por las noches, cuando todo era silencio en los patios, hasta los que llegaba el eco de la charla de los guardianes alineados en los bancos del zaguán, y sobre el confuso rumor del pueblo irrumpían, estridentes y agrios, los gritos de las lechuzas en la vecina pared de la iglesia, "El Carancho", vencido de sueño,

comenzaba a no sentir ya la dureza del piso empedrado; notaba cómo caían en agradable flojedad los brazos; luego las piernas; por fín los músculos de la espalda, y hasta el dolor punzante que los largos plantones habían fijado en sus caderas, se olvidaba, cuando la cabeza no sentía la presión de las piedras, y el sonido rítmico de su respiración se elevaba en la celda.

Advertidos los centinelas que debían relevarse para ahuyentar en la rueda del mate el sueño, lo hacían hablándose apenas, para no turbar el reposo del preso. Pero siempre, tantas veces como éste lograba dormirse, sentían los de la guardia los pasos de un hombre avanzar en el patio, subir los escalones de piedra y llegar a la celda de "El Carancho". Sin hablarle palabra, de un recio puntapié sacudía el estirado cuerpo del preso, que se sentaba en el suelo, erguida la cabeza, desafiantes los ojos, ya que no otra cosa podía hacer para contestar a la injuria.

Y los dormidos patios poblábanse entonces con las voces de enojo de la disputa. Callaban en el zaguán los soldados de la guardia, suspenso el mate; despertábanse curiosos los presos en las celdas y el centinela torcía el rostro, mientras gritaba el policía y contestaba "El Carancho" con brevísimas frases de insulto.

Si al juez hablaba con medido respeto, a los comisarios respondía con sus palabras más violentas dejando irse en ellas el odio que el dolor encendía en su alma salvaje. Y era orgullosamente feliz, cuando se turbaba la voz del policía ante su desprecio.

—Si estuviéramo solos, no me gritarías ansina, maula.

—¿Quién más maula que vos, asesino de mujeres?

—¿Por qué no te ofreciste pa dírmelo a decir cuando andaba suelto? No servís más que pa prender gurises o rateros de pueblo, desgraciao.

Y aunque una sangrienta bofetada injuriase su rostro, permanecían altivos los ojillos chispeantes.

La presencia de este dolor sufrido con tan inquebrantable firmeza, llenaba de admiración las palabras de los centinelas al día siguiente en los boliches, haciendo olvidar la crueldad de su crimen y conquistando para él a las almas sencillas de los ranchos.

Bien sabían toda esta prolongada historia de sus días de cárcel, los curiosos que se agrupaban en la calle para verlo pasar en las tardes. Pero unos, con inconciente crueldad, la repetían en alta voz y con palabras de elogio para los comisarios empeñados en librar los caminos de la venganza pública, de los obstáculos que el ánimo del asesino les oponía; y los otros, en voz baja, como si no quisieran alarmar a sus propias conciencias con la leal confesión de aquellas torturas que ellos admitían sin protestas, aventuraban una frase de piedad que el recuerdo de la fiera fortaleza de "El Carancho" ahogaba en germen.

—¡Qué bárbaro; — se repetían con insistencia, sintiendo cómo rechazaba un hombre semejante, todo sentimiento de protección; y así se creían justificados en sus silencios ante aquellos crueles tratos.

Al divisar su estirada silueta recortándose sobre el horizonte de la cuchilla entre los reflejos de las armas de sus custodias, olvidábanse sus dolores ante la sugestión del crimen y del altivo orgullo que tenía toda su presencia. El avanzaba, fija la mirada en el extremo de la calle; borrando las huellas de los sufri-

mientos físicos, iba erguida su tenaz voluntad, tal como en su inteligencia entorpecida por el cansancio de las vigilias, encontraba aún ágiles y despiertos los pensamientos. Así, cuanto mayor era el asombro que advertía en los ojos de los que le miraban pasar, más fuerte era su ánimo y más audaz el gesto.

Ya en presencia del juez, hablaba con locuacidad; si breves eran las preguntas, él respondía con confiada largueza; mientras "El Mellao" simulaba una torpeza que confundía sus palabras y abreviaba sus pensamientos, él tenía siempre el orgulloso alarde de no temer a sus palabras abundosas, dejadas escapar con soltura, ostentando la seguridad de que todas ellas, aún las más audaces contra sí mismo, por más que ya estuvieran en los oídos del juez continuaban guiadas por su atenta voluntad.

Los testimonios prolijos y numerosos, le acusaban; su actitud altanera, era el índice más cierto de su culpabilidad; y sin embargo, enardecióse el juez, cayó en desaliento del que lo levantó el clamor público, y por fín llegó a sentirse rendido sin que "El Carancho" una sola vez siquiera se hubiese avenido a salvarse deprimiendo su orgullo.

Aquella misma espectación pública, que sintió desde la tarde de la llegada a Melo, como el espanto de los pagos ante el crimen, tornaba a darle a su espíritu trágico el vanidoso halago que fortalecía la voluntad de no rendirse.

Y así pasaron los días, en los que notaba que sólo él iba permaneciendo inmutable en su actitud.

El juez, advertido de que aquel proceso degeneraba ya en una lucha indigna de su investidura, terminó

por no llamarlo a las audiencias. En el pueblo tuvo doña Olivia su primer fracaso. Si en el instante inicial de la violencia de la multitud, pudo sorprender el ánimo de un número crecido de señoras que pusieron su firma en la extraña protesta que ella encabezaba en "defensa de la cultura de Melo", poco a poco, a medida que la personalidad de "El Carancho" fué haciendo fáciles de advertir sus duros perfiles, las damas comenzaron a sentir el ridículo de su actitud. La gentes honradas, aunque fuera cierta la indignación ante el crimen, advertidas de la firmeza singular de aquel carácter, no pudieron soportar el ridículo de la lucha que doña Olivia pretendía entablar de modo tan pueril oponiendo a las violentas líneas de aquel hombre y su crimen, la fátua convicción de su virtud burguesa. Y aún las almas mezquinas, que ni se condolieron de verdad por la muerte infeliz de las mujeres del camino de Bañado de Medina, ni por las torturas que el preso padecía en la cárcel, sin embargo se negaban así mismo a dar sus firmas, bajo el asombro que en sus espíritus vulgares provocaba la presencia de aquel hombre, tan trágicamente seguro en el mal, que llegó hasta turbar sus fórmulas de conciencia, vueltas rígidas en la mediocre virtud de sus vidas. Fué inútil que doña Olivia cruzara las calles, por la mañana, la tarde y la noche; que perdiera las horas junto a los mostradores de los comercios intentando convencer a las dependientes que ya le volvían la espalda con enojo; la figura moral de "El Carancho" escapaba, con su sola evocación, a todos los más encendidos discursos de la afanosa doña Olivia que, cuando el juez y el pueblo dieron tregua a la lucha, volvió a sus menesteres ordinarios pensando

en aquel pirmer y agorero fracaso de su ascendiente social.

Así había terminado "El Carancho" por abatir todas las esperanzas, y comenzaban a olvidarlo los que no le veían en los patios de la cárcel, cuando una noche, ya durmiéndose el pueblo, Josesito volvió a "trotar" por las calles con el nombre del preso en los labios.

Corrieron los muchachos a agruparse frente a la puerta de la cárcel, cuando llegó a todo el galope del caballo, un comisario que desmontó y sin decir a nadie palabra, corrió hasta la celda de "El Carancho".

Este, apoyado en un rincón de la celda hasta el que llegaba la luz débil del farol del patio; olvidado del centinela que se paseaba frente a la puerta, se hallaba sumido en sus pensamientos. Detúvose el comisario junto al soldado, buscó un instante con la vista al preso ,y le gritó:

—¿Estás dormido, "Carancho"?

—No.

—Bueno, esta noche vas a dormir tranquilo. Ahí llega Franco a hacerte compañía.

A pesar de su diestra y astuta voluntad, era tan imposible ya para él la prisión de su cómplice, que viendo la radiante alegría del otro, no pudo evitar las palabras de asombro:

—¡Franco está preso!

—Y no sólo preso; ya podés hacerte ahora el angelito y quejarte al juez de que te maltratamos. Franco confesó todo lo tuyo y lo de "El Mellao".

—¡Mentís!; — rugió más que gritó "El Carancho" al comisario que, oyendo ya acercarse a los que conducían al nuevo preso, pasó junto a la celda de "El Mellao" gritando:

—Ahí está Franco después de haber contado lo buena pieza que sos vos también.

Sujetos los brazos por dos soldados de la guardia; deshechas las ropas que acentuaban el gesto de dolor de su rostro descompuesto por las huellas del hambre y las estacas, pasó Franco el zaguán de la cárcel y siguió por el patio precedido por el sonar de las llaves del alcaide que se adelantaba a abrirle la celda.

Cuando estuvo el grupo frente a la puerta de "El Mellao", el comisario tiró de ella, diciendo:

—Asomáte, "Mellao", a conocer a un amigo.

Los dos criminales quedaron un instante puestos los ojos del uno en los del otro. Por primera vez se veían los rostros; luego se examinaron lentamente de piés a cabeza.

Torció el gesto "El Mellao", y dijo:

—Yo no conozco a ese pardo.

Franco respondió:

—¡Y vos eras "El Mellao"!

Desde su celda, "El Carancho" estaba atento a cuánto se oía en el patio. Por primera vez sentía que la voluntad flaqueaba en su ánimo, hasta tornarse impotente para sujetar el odio que sacudía a sus sienes. Aquellas palabras de Franco le revelaron de pronto, que una de las dos posibilidades previstas por él se había cumplido después de tanto sufrir vanamente. Sin intentar ya moderarse, se acercó a la puerta sintiendo al grupo subir los peldaños que llevaban a su celda.

El comisario se había quedado en el primer patio, y Franco, temblorosas las piernas, colgantes los bra-

zos, oscilando la cabeza de uno a otro lado, golpeábase contra el cuerpo de los soldados que le conducían, haciéndoles chocar los sables en las paredes.

Asidos a las rejas de los calabozos, la luz del farol enrojecía los rostros de los presos que asomaban entre los barrotes, descubriendo unos ojos fijos, unos labios abiertos, una combada frente, todos en la dirección que llevaba la doliente figura del indio cuando ya adelantaban con él por el corredor de las celdas.

De pronto, como si una mano potente le hubiera tirado de los cabellos y sacudido todo el cuerpo, el preso se detuvo al oir la voz honda que le gritó:

—¡Acordáte, indio maula!

—¡"Carancho"...! — dijo Franco, trémulos los labios, abiertos los ojos, y sin poder dar un paso más, como sujeto ante aquella puerta en la cual la luz del farol alumbraba el alargado rostro de "El Carancho".

Pero éste, recobrada su tenaz serenidad, ya no dijo más palabra, y el grupo se alejó con el ruido de los sables, llevando el cuerpo vencido de Franco.

* * *

Por la puerta de la calle entraba la brisa trayendo el apagado rumor de la Cuchilla de las Flores. El rojo farol suspendido en lo alto del arco que se alzaba al fondo del patio, daba extraño aspecto a la rueda de soldados cuyas sombras movía y alargaba en los muros la luz del fogón sobre el cual hervía el agua del mate. Baja era la charla de los hombres que guardaban el reposo de los presos; apenas si sobre el murmullo de aquel grupo cuyas franjas rojas de los kepís se en-

cendían a la luz del farol, sonaba de pronto algún sable golpeando contra las losas del piso.

A veces, de las celdas venía el rumor de algún preso que hablaba soñando, o por las calles se acercaba y alejábase luego, el silbido de un trasnochador.

—Yo le digo una cosa, sargento: habrá hombres perros en esta vida; pero como éste no he visto otro.

—¿Vos le hablaste mientras le hacías guardia?

—¿Pa qué? ¡Hombre fiero; aura después que estuvo el comisario en la celda, se ha quedao como rumiando una conversación.

—¿Y no confesará, ahora que ya está descubierto?

—Pa mí que ni así va confesar.

—Ese "Mellao" había sido taimado; haciéndose el infelíz consiguió pasar tranquilo aquí adentro. Pero en cambio este otro, parece que buscara los malos tratos.

—Tiene razón, sargento. Hace acordar a la víbora de la cruz, que de fiera, nomás, busca la muerte. ¿Se han fijao ustedes que si uno viene por el campo, se atraviesa con una crucera y le tira cualquier cosita pa hacerla enojar, cómo se enrosca ese diablo de bicho y después, aunque usté vaya una cuadra a buscar un palo con qué matarla, vuelve y la encuentra allí esperándolo, como pegada a la tierra y con la lengua de afuera? Cualquier otra víbora, le largará el bote, si usté la apura mucho; que sino dispara. Pero la crucera, una vez que se enoje ya hay que aplastarle la cabeza. Y este hombre es como aquel bicho pa agenciarse su propio mal. ¡Mire que no hay dolor que lo acobarde!

El claro canto de un gallo despertó a los otros en

la húmeda madrugada; ladró un perro en la calle, y sobre el pueblo dormido se extendió la voz de un carrero que finalizaba, cantando, su viaje.

Un soldado dijo:

—¿Si estará todavía despierto? Luego lo llevarán al juez.

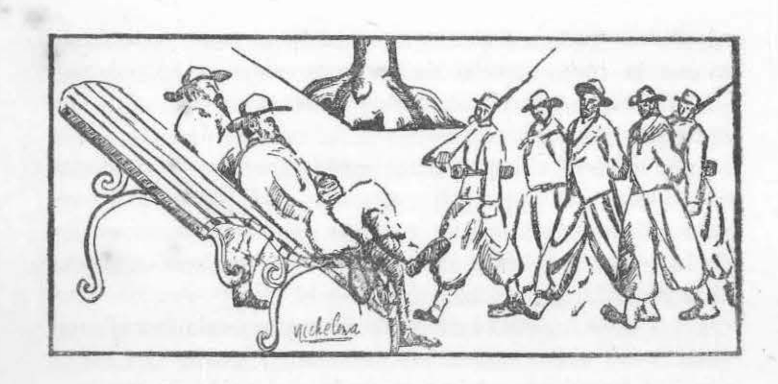
—Estará cavilando, seguro, lo que va a decir.

—¿Qué me dice, sargento, si este hombre estuviera dedicao a una cosa güena...?

—La verdá; pa sufrir es duro como los caudillos.

Ya se oían en la resonante mañana las voces de los clarines junto al bosque de álamos en el cuartel, y aún continuaban los soldados de la guardia queriendo explicarse el carácter de "El Carancho".





CAPITULO XVII

En la calle desierta, bajo las nubes grises entre las cuales a trechos clareaba el cielo; en el ambiente húmedo de la próxima lluvia, sólo las palomas corrían sobre los caminos de la plaza o daban breves bolidos persiguiendo a los insectos que se los disputaban los rumorosos jilgueros que de contínuo caían de las copas de los naranjos como pequeños frutos sin sazonar.

En tanto dormía el pueblo en el sopor de la siesta, dos viejos guerreros, cuyas barbas heráldicas acariciaban a cada frase los dedos sucios de tabaco, hablaban a la sombra de un plátano:

—¿Es el de adelante?

—No me parece. Por las bombachas de bombilla creo que es el del medio.

—Si confesará hoy, ese bárbaro.

—Capaz que ni así confiese.

Por la curva que la calle forma al bajar hacia la

cárcel, un grupo disperso avanzando al paso presuroso, movía la conversación de los guerreros.

Echados hacia atrás los brazos cuyas muñecas oprimían las esposas, inclinada la cabeza, deshechas las ropas, bello el cuerpo de torneadas formas, Franco era el primero en seguir el paso del soldado cuya bayoneta calada tenía suaves reflejos en el ambiente opaco de la tarde. A corta distancia, firme el paso, erguido el busto, alargado hacia adelante el cuello, iba "El Carancho" con la mirada fija en el extremo de la calle en cuya loma eran azules los álamos. Pesado el andar; todo él humillado, desde el pecho hasta la frente que casi ocultaba el sombrero, puestos los ojos en el polvo de la calle que los pies de "El Carancho" levantaba, "El Mellao" iba apenas un paso adelante de los tres soldados que cerraban la marcha. Por una y otra orilla de la calle, otros dos soldados en cuyas armas brillaba la bayoneta, cerraban el círculo dentro del cual se movían los presos.

Al verlos, el jardinero dejó en suspenso la tijera con que iba cortando las altas flores en la plaza, y se quedó mirándolos avanzar hacia el juzgado.

Desierta estaba la calle sobre la cual se advertía claramente el ruido de las armas.

Al pasar frente a los guerreros, dijo uno de éstos admirando las formas armoniosas de Franco:

—¡Indio lindo... no tiene perdón de Dios!

Pero Franco no le podía oir; graves pensamientos nublaban entonces su clara frente. Desde que salieron a la calle traía la mente ocupada en analizar su situación en aquella especie de pesadilla que estaba sobre su ánimo desde la noche del crimen. Mientras anduvo

de matrero acompañando a "El Carancho", el fuerte espíritu de éste, en el que encontraba todo apoyo, le distrajo del rumor que en su espíritu comenzó a levantarse al montar a caballo en el camino de Bañado de Medina. Pero cuando se halló solo, perdido en los montes, perseguido en el Brasil, perseguido en su tierra, acosado por los policías y el hambre, la conciencia se avivó duramente, y él empezó a sentir la verdad de los días en que vivía. Sobre su espíritu tornadizo, se extendió pesadamente la evidencia de su situación; alucinado por la presencia de "El Carancho", cuya trágica resolución en la vida él hasta entonces no había medido, quiso imitarle con lijera audacia, y cayó con él en el crimen. Pero luego, librado a sus fuerzas, tuvo de pronto la revelación de que el estado social desafiado por él temerariamente, tenía una imperturbable organización que sólo le estaba reservado sentirla, cuando detrás de cada loma y en la sombra de todas las picadas, temía ver surgir las siluetas de los soldados persiguiéndole.

Libres eran los caminos, perdiéndose en los horizontes; acogedores los montes guardados por los pajonales; confiados los hombres de las casas sobre las cuales se tendía en las nochecitas el cielo; fáciles de sorprender los caballos en las rinconadas de las sierras, y de apresar las ovejas, guareciéndose del sol en las barrancas. Y sin embargo, bajo aquel cielo abierto y sobre los campos sin límites; entre la confiada sociedad campesina, él se sintió preso la misma mañana que siguió a la noche en que en el monte se perdió la estirada figura de "El Carancho". Todos los caminos llevaban a las casas donde de seguro alguien recono-

cería en él al compañero de "El Carancho"; poco era sorprender y montar el más ágil caballo, pues aún más allá del más lejano horizonte, encontraría al cabo un comisario esperándolo; y por mucho que le acogiesen los montes y hallase majadas en que saciar a medias el hambre, los largos días del verano, como las claras noches, continuarían alumbrando su rumbo a los comisarios, a través de los pajonales y sobre las sierras, hasta que le rindiesen.

El, que se había criado en las ruedas amigas de los ombúes y las pulperías, estaba ahora perseguido y solo, lejos ya del espíritu audaz de "El Carancho". Y un remordimiento egoísta se levantó entonces de su desesperanza. Recordó a su cómplice, erguido frente a todos, y lo aborreció por el engaño a que indujo con la altiva fiereza, a su espíritu banal. Recordó el crimen y midió la tremenda responsabilidad que el otro había echado sobre sus hombros.

Acaso entonces "El Carancho" estuviese ya libre de persecuciones, como "El Mellao" en su casa, mientras él llevaba sobre su alma el peso de aquellas muertes. Sí; como la soledad que padecía en los campos, era de seguro la suya también en las penas por el crimen cometido para ellos.

Poco a poco, a medida que en él crecía el resentimiento contra los otros, y se quebraban las fuerzas morales, fué insinuándose en su alma el horror del crimen y un remordimiento a cada instante menos impuro, fué extendiéndose en su conciencia.

Solo en los montes, hostigado por el hambre que le empujaba hacia cualquier camino en donde le descubriesen los comisarios, y detenido por el miedo a los

padecimientos que le aguardaban una vez en sus manos, dejó caer y perderse a su espíritu en la desolación, amplia y callada como los cielos y los campos en que se perdía su silueta andando sin rumbo, sin querer ya ser libre ni ser preso.

Hasta que una mañana, lo recordaron las voces de los policías bajo un sauce en la Picada de los Matreros.

Camino del juzgado, sentía los pasos de "El Carancho" casi junto a él y se repetía tercamente, para mantener la voluntad, el pensamiento de acusarlo.

Levantando a intervalos los ojos, "El Mellao" miraba a las manos de "El Carancho" a quien seguía con el espíritu poseído de una cólera difícilmente contenida. Firmes los pasos, sin bajar un instante la cabeza, el otro iba de seguro, dueño de algún propósito que su espíritu tenaz sabría cumplir fielmente; y ese propósito, ahora que Franco lo había confesado todo, no podía ser otro que hundirlo a él vengándose así de las torpes acusaciones suyas. El había desatado en contra de la desventurada niña el vendaval salvaje de aquel espíritu que cegó, por su obra, la vida de Fausta y de las infelices guarda loras; él le había ido a buscar por los caminos de Arbolito y encendido el espíritu de mal que asomaba en sus ojillos inquietos; ahora, después que se atrevió a usarlo en el crimen para luego desafiar su cólera con una traidora acusación, sería necio esperar de él piedad.

Sólo él podría condenarlo; la palabra de Franco sería vana ante el juez, si el otro quería callar y salvarlo; pero "El Mellao" avanzaba con el pensamiento perdido en el despecho de su ambición vencida, seguro

de que, unos intantes más, y contra él se desatarían las furias de aquel espíritu.

En medio de los cómplices que le eran traidores, pareciendo aún más alto entre ellos, "El Carancho" iba con la misma dureza en el gesto, con que se le vió durante un mes hacer aquel mismo camino. En el juego sangriento que era para él la vida, aquella hora había sonado en su contra y la aceptaba, fatal, sin ninguna inquietud.

Así, siendo tres piezas de una misma máquina de mal, cada uno de aquellos hombres que el crimen unía frente a los demás, se sentaron en la sala del juez, aislados por el propio crimen.

Los soldados quedaron detrás de la puerta del despacho, cuando ellos se sentaban obedientes a una indicación del juez. Franco ocupaba la silla frente al secretario, junto a la ventana de la calle; "El Carancho" la del centro, y "El Mellao" en el rincón más oscuro de la sala.

Levantada la pluma en actitud de iniciar las anotaciones, el secretario del juez miraba al rostro de "El Carancho", como si sólo él estuviera en la escena. El interrogatorio comenzó, monótono y ordenado:

—¿Cómo se llama?

—Manuel Franco, pa servirlo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

—¿Sabe por qué está preso?

"El Carancho" y "El Mellao" levantaron a un tiempo los ojos hacia los de Franco; la respuesta sería la decisión de aquella lucha. Este se irguió en la silla, puso las manos esposadas sobre la mesa del escribiente, y con palabra fácil y quejoso acento, comenzó:

—Sí, señor juez. Según he óido decir, estamos los tres por la muerte de esas mujeres del camino de Bañao de Medina...

—¿No sabe cómo se llamaban?

—De una, sé que se llamaba Fausta.

—¿Y las otras?

—De las otras no sé, no señor.—Y Franco miró a "El Carancho", que permaneció inmóvil en su duro gesto.

—Se llamaban Manuela y María Josefa Amaro —dijo el juez.

—¡Ah... no les conocía los apelativos.

—¿Sabe cuándo fueron muertas?

—No recuerdo, señor juez.

Sorprendidos y sin comprender la decisión que ocultaba aquella extraña respuesta, los otros dos presos miraron vivamente al juez, quien dijo:

—¿No recuerda el día en que se cometió un hecho en el cual fué usted uno de los matadores?

—Ansina es, sí señor. Parece mentira, pero es la verdá: no me acuerdo.

—Está bien; diga usted lo que sepa.

Cada uno de los hombres que estaban en aquella sala, desde el escribiente hasta "El Mellao", sintieron la angustia del breve instante de silencio de Franco, que a poco comenzó:

—Yo había cáido al pago de "El Carancho" a pedirle trabajo, y él me lo consiguió. Pero cuando recién estaba juntando unos rialitos, vino un día y me convidó pa que lo ayudase a cumplir una comisión. Sa-

limo juntos, sin que yo supiera todavía de qué se trataba, y cuando ya veníamo medios borrachos por el camino del Paso del Sauce recién me dijo que era pa matar una mocita Fausta, pa que la heredase un tal "Mellao" dueño de un campo de por allí mesmo. Yo estaba borracho, y aceté el trato sin darme cuenta bien de lo que me proponía...

—Señor juez, este indio está mintiendo.

—¡Cállese Amaral; ya hablará usted!

—Sí señor; pero no hay pa qué perder tiempo con historias.

Vuelta a su ánimo la esperanza, al oir la protesta de "El Carancho", "El Mellao" se unió a él en la lucha contra el traidor.

—Yo creo, señor juez, que ese indio es un pícaro, o está asustao por los malos tratos...

Pero la sonrisa con que "El Carancho" se volvió a mirarlo, cortó en sus labios la frase.

Franco continuó:

—Yo, medio mamao en un principio, y creyendo que no tenía más que guardar una puerta pa ganar una comisión, aceté la aparcería con "El Carancho". Entonce íbamo ya cruzando los campos de Bañao de Medina. ¿Te acordás, "Carancho"?

—Señor juez, haga guardar estilo a este indio pícaro.

—Escuche en silencio, Amaral, y después usted contestará a todo lo que él diga y no sea cierto.

—Ta bien; pero ¿de donde sacó confianza conmigo este indio pa ponerme sobrenombre y tratarme de ché?

—Cuide de no nombrarlo más así, Franco, y continúe.

De cuantos estaban en el despacho, el escribiente fué quien sintió más viva curiosidad cuando, con los ojos puestos sobre las blancas carillas en que debía imprimir las palabras de Franco relatando el trágico momento de la noche del 9 de octubre, sintió a éste acomodarse en la silla, y sobre el silencio completo de los otros comenzó la confesión.

La palabra era fácil, infantil el acento, su memoria viva empezó a recordar desde los primeros momentos en que recibió de labios de "El Carancho" la proposición del crimen, y continuó narrando el viaje que hiciera hacia el pequeño ranchito del camino de Bañado de Medina. El duro gesto de atención del juez, iba acentuándose a medida que el preso narraba los más pequeños detalles del viaje: cuando pasaron frente a los sauces; aquellos paisanos con quienes se cruzaron ya bajando a las llanuras del Tacuarí; la rueda familiar en los patios de "El Mellao" a quien se lo señaló "El Carancho", hablando con su mujer bajo un ombú, el silbido del jinete en la nochecita. Nada se olvidaba en el tumulto de imágenes que Franco evocaba y precisaba hasta con el recuerdo de las ideas que entonces iban por su pensamiento, dando la sensación de que sólo había estado esperando aquella tarde para sentarse frente al juez y descargar el espíritu del peso de aquella narración.

Y mientras "El Carancho" tenía los ojitos puestos en las manos de Franco, y una audaz sonrisa en los labios, y "El Mellao", inclinada la cabeza grosera, tenía el gesto vivo de la acechanza, el juez deseaba ya

que terminase el relato del viaje, seguro de que a la memoria del indio no se escaparían los detalles de la hora del crimen.

Por las losas de la vereda, a cada instante sentíanse acercar los pasos de nuevos curiosos que avisados de la presencia de los presos en el juzgado, llegaban andando precipitadamente, para detenerse un instante junto a la ventana y retirarse entre murmullos, cuando sonaba un sable y en el cristal opaco se dibujaba la sombra de un soldado.

La narración de Franco llegó al instante en que sus hombros quisieron hundir las maderas de la puerta.

Entonces se detuvo; recordó a "El Carancho" corriendo en las sombras hacia el sur, y luego un grito angustioso que se apagó entre las pesadas paredes del ranchito.

—¿No entendía Vd. lo que gritaban?

—No señor; pero pensaba que éste las estaría lastimando.

—¿Y después?

—Dispués... ¿Ha visto, señor juez... hay un rato que nunca me he podido acordar de lo que pasó. ¿No verdá, amigo "Carancho", que siempre te dije que no podía hacer memoria de lo que pasó en ese ratito, que ni sé si jué largo o corto?

"El Carancho" sonrió con marcado desprecio por la tribulación del compañero, y respondió:

—Es la verdá.

—Bien, continúe.

Y Franco reanudó su narración desde el momento en que vió abrirse la puerta, y él se echó sobre la anciana para hundirle el cuchillo.

La voz continuaba con el mismo acento infantil de los primeros instantes; ni un temblor, ni un estremecimiento; su rostro, ingénuo a fuerza de inexpresivo, tenía una clara mirada de atención, y la narración de la escena en que tres infelices mujeres caían bajo los golpes de sus armas, continuaba con breves intervalos de olvidos, confusiones, pero siempre monótona, sin emoción, tal como un cuento trivial de los muchos que él acostumbraba a hacer en las ruedas de los boliches.

En vano el juez lo detenía de pronto con una pregunta enderezada a hurgar en su conciencia un estremecimiento de odio; una idea de arrepentimiento; él volvía a ordenar su relato tal como si no advirtiera otra posición ante aquella hora, que la de su incomprensible insensibilidad.

Sólo a instantes se animaba su voz y se agrandaban sus ojos; y ellos eran cuando recordaba las actitudes de "El Carancho" en el momento de apuñalear a alguna de aquellas mujeres cuyos nombres ya había vuelto a olvidar. Entonces su astucia regía el ordenamiento del relato: el horror del crimen no estaba, en ningún momento, en los ayes de las víctimas, que a través de sus palabras se dirían sombras corriendo de un lado a otro, hasta quedar tendidas y en silencio, sin que se detuviese el brazo de "El Carancho" en cuya violencia salvaje, Franco precisaba la emoción de la muerte; y él mismo, aún después de haber degollado a la anciana, no era otra cosa que un elemento más, opaco, sin voluntad y sin relieve, en el cojunto de la noche, el viento, el ranchito y las víctimas, sobre el cual se erguía, fiera y única, la figura de "El Carancho".

Un gesto orgulloso extendíase entonces en el ros-

tro de éste, a quien "El Mellao" acechaba con mirada torcida de sus ojos sombríos.

Pasó el momento del crimen; volvieron a montar a caballo; se alejaron de aquel camino, y en ningún instante tuvo la palabra Franco, la emoción dramática del hecho que narraba.

Y así, con idéntica monotonía, dejó de narrar la muerte de tres mujeres y volvió a los detalles de sus viajes, sin la más leve transición en la voz ni en el gesto.

Por momentos, se sentía acrecer la multitud en la calle y el rumor de su inquietud se agudizó de pronto en un grito:

—¡Asesinos!

"El Mellao" tuvo un sobrecogimiento de temor, tal como si aquella voz levantándose bajo el cielo gris de la tarde hubiera penetrado en la sala para hundirse sólo en sus oídos; "El Carancho" torció el busto hacia la calle con su acostumbrado orgullo; Franco miró con ojos de interrogación al escribiente, tal como si esperase una respuesta cordial, y luego al juez, que continuó interrogándolo:

—¿Vd. le dijo algo a la anciana cuando la hirió?

—No señor; ¿pa qué le iba a hablar? Aquello jué muy lijero, ¿sabe? Cuando la viejita acordó ya estaba contra el suelo.

—¿Dónde estaba Amaral en ese momento?

—No me acuerdo, señor juez.

—¿Y las otras mujeres?

—¿Vé...? Tampoco me acuerdo. Me parece hacer memoria que sentía como los quejidos de una de ellas, ajuera. ¡Pero venían de tan lejos...

—¿Y cuando Vds. las acometieron para hacerles las primeras heridas, no intentaron ellas defenderse?

—¡Qué van a intentar, señor juez, las pobrecitas...!

—Está bien. ¿Tiene algo más que declarar?

—Sí señor. No se olvide de hacer escrebir que si yo juí con éste a ese hecho, jué porque estaba tomao y créia que la cosa no era pa tanto .Que de no, yo no hubiera acetao ese trato.

—¿Qué tiene Vd. que decir, Amaral?

Por encima de los vidrios opacos que llegaban hasta mitad de la ventana de la calle, se veían pasar pesadamente las nubes grises entre las cuales el sol ponía un trozo de viva luz al hundirse. En el despacho, el ambiente tenía una emoción de dramática intimidad en la débil luz de la tarde y con el aire pesado de la próxima lluvia. Fuera, la multitud se sentía acrecer y tornarse inquieta en la prolongada espera, advirtiéndose a intervalos vivos diálogos elevarse sobre el murmullo.

—¡Asesinos! ¡Salvajes! — volvieron a resonar las voces en el ambiente de la calle; pero entonces los que estaban en el despacho, parecieron no haberlas oído, atentos, como estaban, a aquel silencio de "El Carancho".

Como si respondiese así a los gritos de la calle, él irguió el busto, compuso el gesto, y comenzó de este modo:

—Yo voy a decir áhora la verdá, pa que usté, si sabe, la aprecie en lo que vale.

Y se detuvo un instante mirando al juez. Franco tenía una sonrisa de burla en los labios; "El Mellao", puestos los ojos hacia el suelo, acentuaba su actitud de acecho. En el ánimo del escribiente todo parecía

haber quedado en suspenso, como si temiera perder una sola palabra de las tremendas que el preso iba a pronunciar.

—Primero vamo a aclarar algunas cosas con este indio.

—Decí nomás, "Carancho", que yo te voy a ser leal.

—Güeno: ¿No verdá que eso de que ricién te dije en el camino de qué comisión se trataba, es mentira tuya, porque yo te lo conté todo en el boliche?

—Sí, hermano, tenés razón.

Al anuncio de su propósito de confesión, en los ojos de "El Mellao" hubo un vivo fulgor de odio, mientras el juez y el empleado, afanosos por oirle hablar, no advirtieron su propio asombro ante aquella caída del hombre que durante un mes había soportado tan tenazmente las torturas de la cárcel, antes de pronunciar una sola palabra que le rindiese.

En el ánimo ingénuo del escribiente, la palabra cálida que expresaba sus ágiles y precisos pensamientos; la fiera altivez con que resistía a sus dolores, conquistaron para "El Carancho" una inconfesada admiración. Era tan fuerte su individualidad, que él olvidaba hasta la crueldad del crimen, atento sólo a aquel extraño espíritu erguido siempre frente a todos los padecimientos. Y ahora iba a caer, sin emoción, sin lucha acaso. El escribiente tuvo el vago pesar de sentir que el instante esperado por su curiosidad desde hacía largas tardes, como un espectáculo único de intensidad dramática, desvanecíase ahora por la indigna caída de aquel hombre.

Detenido en tales reflexiones, no oyó las primeras

palabras de "El Carancho", cuando comenzó a narrar su conocimiento con "El Mellao".

Pero a medida que avanzaba el relato, el poder de aquella voz con que tantas tardes lo emocionó, volvió a poner inquietud en su alma, a la espera del recuerdo de la noche del crimen. Y escribía afanoso por levantar la mirada y observar el gesto del otro.

—Entonce avanzamo camino del ranchito. Pasamo frente a la casa de éste, que estaba en el patio, y seguimos viaje hasta que llegamo al bajo...

Por sobre los opacos vidrios de la ventana, asomaron dos ojos curiosos que de pronto se quedaron, abiertos y fijos, en el rostro de "El Carancho". El torció su vista ,y los ojos se hundieron bruscamente detrás de la línea opaca de los vidrios.

Y la narración continuó, reposada, precisa, sin un solo estremecimiento en la voz rica de hondas sonoridades, con una sonrisa fría y cínica en los labios.

Ya estaban junto a la puerta pretendiendo hundir sus maderas, cuando el escribiente detuvo las anotaciones, seguro de que en ese instante iba por fín a quebrarse aquella inmutable serenidad, al descubrirse el espíritu trágicamente solitario del asesino.

Ninguno movía entonces una mano, cuando él calló un instante, como en el intento de reconstruir en su memoria todos los detalles de la escena de aquella noche; el juez, olvidado de su misión, estaba como sujeto a los labios de "El Carancho"; "El Mellao" lo miraba por debajo de sus espesas cejas; Franco tenía puestos los ojos en la mano del escribiente.

Y sobre aquel silencio de atención que él advertía, vanidoso, comenzó a deslizarse, monótono, sin una so-

la palabra que descubriese lo que estaba en ese momento en su alma, el relato minucioso de su crimen.

Recordó el grito de Fausta; los esfuerzos infelices de María Josefa, la caída de la anciana; y en sus labios se repetían con la misma continuidad que los hechos aquella noche, las palabras "puñaladas", "heridas", sin que se diferenciasen en su acento por la más leve agitación.

Así reprodujo de nuevo todas aquellas escenas, con su voz siempre cálida, y un extraño orgullo de la firmeza de sus actitudes entonces.

El juez, poseído por aquella sencillez, dejó irse una ingénua pregunta que estaba en su pensamiento, al ver cómo en los labios del narrador perdíase la emoción de la muerte:

—¿No tuvo lástima en ningún momento, de aquellas infelices?

Rápido, seguro, tal como si ya él mismo se la hubiera formulado desde los primeros instantes del crimen, respondió:

—No estaba allí pa eso.

Y continuó aquel relato que turbaba el ánimo del escribiente con su trágica llaneza hasta el extremo de sentir que acaso no fuese tan tremendo el hecho que aquel hombre continuaba narrando con menos emoción que los relatos oídos por él en los días de la infancia. Sujeta la imaginación a las palabras de "El Carancho", veía el grupo infeliz de las mujeres dispersarse en breve carrera en el rancho, como bandada de tiernas palomas, ante la presencia de aquel hombre; Fausta había caído delante de sus ojos, con los castos senos sangrantes; conocía ahora los gritos de desolación de

María Josefa y vió abrirse el vientre de la anciana; y sin embargo, la palabra del asesino continuaba teniendo el mismo acento de viril simpatía, y todas aquellas visiones, más concretas, más trágicas que las que él se había imaginado cuando pensaba en los silencios del preso, puestas ahora delante de sus ojos, le dejaban impasible y sin ningún impulso virtuoso de protesta.

Mientras corría la pluma sobre el papel, vino a su memoria el recuerdo de la primera vez, cuando niño, que oyó a un caudillo al volver de la guerra. Durante el tiempo que había durado la contienda después de aquel combate en que él supo el momento en que el caudillo, lanza en mano, acometió al galope de su caballo hacia los enemigos escuadrones y en dos golpes de lanza traspasó el corazón de dos guerreros ,él sólo podía imaginarlo así: galopando sobre el camino; recogido el brazo que el arma empuñaba; en el gesto la cierta resolución de aquellas vidas de los guerreros que se atrevían a correr por la misma cinta gris sobre la loma, a encontrarlo. Nada importó después que oyera el nombre del caudillo en el relato de nuevos combates; la admiración con que las gentes pronunciaba aquel nombre, era cierto para él que provenía del recuerdo de aquella escena que continuaba viva en su imaginación de niño.

Así fué de intensa su emoción la mañana en que pudo sentarse, a la sombra de un sauce, clavada delante de sus ojos en la puerta de la carpa la lanza, en la rueda amiga que rodeaba al caudillo. ¡Oiría de sus propios labios la narración de aquel instante heróico! Pero cuando al mediodía, sonaba en sus oídos el contínuo golpear de los caballos de la jardinera sobre el piso del

camino, de vuelta al pueblo, él era presa de una extraña angustia que había entristecido su rostro. Ahora lo recordaba; al mirar desde la cumbre de una cuchilla al campamento extendido en el recodo del monte, pequeño y sin color bajo la plena luz del alto cielo, volvió a pensar en el caudillo y lo acometieron invencibles deseos de llorar. ¿Por qué tanta tristeza? Su héroe había narrado, con una sonrisa en los labios bajo la blanca barba, la escena de aquel combate, sin la más leve emoción, y la dejó perder bien pronto en la sencilla charla de la rueda amiga.

¿Por qué ahora había acudido a su memoria aquel recuerdo?

Es que también, en los labios fríos de "El Carancho", como en los bondadosos del caudillo, la verdad tenía una monótona sencillez, y la muerte perdía en aquellos rudos espíritus, fuertes igualmente, uno en el mal, otro en el bien, la emoción religiosa que creaba en la imaginación fresca del escribiente tan encendido estado de alma.

Y no advirtió entonces, ni ahora, en la sencillez de aquellos relatos, cuyas escenas esfumábanse hasta volverse vagas, el signo más cierto de la fuerte capacidad para la acción, virtuosa o criminal, de aquellos hombres.

La nochecita caía ya sobre el pueblo, y había hecho encender luz en el despacho.

Por el tumulto que se elevaba en la calle, se diría que todo Melo estaba reunido frente a la puerta del juzgado en donde se oía la voz de los soldados que gritaban ya con impaciente enojo:

—¡Reculen, reculen!

Y aún continuaban sonando sobre la acera los pasos presurosos de uno, de muchos; firmes unos, otros breves y femeninos, para detenerse de pronto al llegar allí donde se sentía el moverse inquieto de los otros piés cuyo grupo fué al principio de la tarde pequeño y espaciado, y entonces se advertía cubriendo toda la acera hasta llegar a la calle.

Una voz contestaba a otra, cuyas palabras no alcanzaban a entenderse:

—Sí, todavía están declarando... Ahora nomás.

Otras veces era la de un niño, elevándose sobre el murmullo en el ambiente callado de la nochecita:

—Vení, apuráte, que ya están por salir.

Distraído de la narración de su cómplice, Franco no disimulaba su creciente nerviosidad, atento a la escena que imaginaba en la calle.

—¡Le digo que no se puede, señora! — decía la voz de un soldado.

—Nada más que para mirar un momentito y ya me voy; — contestaba una mujer.

—¡Recule, señora, no se puede!

—Ya van a salir...

—Desde aquí los va a ver bien...

—"El Carancho" es el más alto y de barba...

Intervenían a coro otras voces varoniles.

El escribiente notaba ya cuán difícil le era continuar corriendo la cansada mano sobre el papel, cuando "El Carancho" dijo:

—Y áhora que todo está sabido, le pido licencia pa agregarle algunas cosas.

—Diga Vd. cuanto quiera; — replicó el juez, haciendo signo al escribiente para que suspendiese las anotaciones.

—Quería agregarle, señor juez, que sé bien la pena que me va a tocar por este hecho. Que se cumpla áhora la ley, pues pa eso yo ya les llevo a ustedes adelantada mi parte. Me tocó perder, y pago callao. Ansina deben ser el juego y la vida; no hay que tener lástima de otro cuando se gana, ni quejarse por uno cuando se pierde; mientras se está con la baraja en la mano y los güesos de punta, siempre puede haber un desquite pal hombre que no pierde la cabeza. Pero si yo soy un hombre peligroso, señor juez, éste — y señaló a "El Mellao" — este es mucho pior...

Una mirada de odio se cruzó en el silencio dramático, entre aquellos hombres.

Entonces la voz de "El Carancho", volvió a tener aquella sonoridad emotiva que el escribiente le vió perder cuando narraba el crimen. A poco, continuó:

—Este, que tenía campo y hogar; a quien todo el mundo en el pago consideraba como un mozo decente; que había levantao cabeza con la hacienda de la mujer, éste es el asesino pior, señor juez. Aprovechó tener plata, pa venir un día a buscarme al lao de su hermana y poner adelante de mis ojos de hambriento, de acosao por la pobreza y chismes del pago que me señalaban como a un hombre malo, pa ponerme por delante, señor juez, la esperanza de tener un día un pasar y poder dirme a trabajar tranquilo a tierra ajena. Ladino, así, bruto como se hace, me alucinó con la promesa y casi me puso en la mano el cuchillo pa que yo hiciese lo que él no se animaba. Le juí unos meses a su compañía, porque vide que iba a cáir; pero él me esperó tranquilo; de juro porque conocía el hambre que siempre lo amenaza a un pobre en la campaña.

Pa todos, él era el bobo; yo el hombre. Y naides era capaz de decir, cuando nos véian por el camino de esas mujeres, que este mozo, de güena posición, humilde en el trato y pesao en la charla, era quien me llevaba a llenarme los ojos con su promesa y hacerme ver que era fácil mandar pal otro mundo aquellas mujeres.

Un año le disparé; y este maula, en cambio, jué capaz de ronciarme, ¡perro!, hasta que me hizo cáir.

Mal visto por la polecía, recelao por los paisanos, esquivao por las mujeres, no encontraba un medio honrao pa salir de pobre. Este bandido me ofertó el modo... ¡Pero había que saltar la zanja, y la salté!

Bien sabía yo que me iba a traicionar. Y usté lo ha visto, señor juez, mientras yo peliaba con usté y con todos defendiendo mi libertá, este bandido me traicionaba pa que me pudriese en la cárcel y dirse a pasiar en el campito que yo le agencié con la muerte de la muchacha. Yo soy peligroso; pero cometo el hecho y por lo mesmo dejo las huellas pa que me sigan y me ataquen. Si la pierdo es porque me he jugao, en el hecho, y dispués. Este, en cambio, aguaita el hambre de los miserables, y los rempuja al delito que él sólo ha maquinao y aprovecha. Dos crímenes tiene en la concencia: alucina a un hombre desgraciao y dispués él mesmo señala el camino pa que lo husmeen y lo priendan. ¡Húndalo, señor juez, que de nó, siempre va a encontrar este bandido en el campo, a otro miserable como yo, pa cometer sus hechos y traicionarlo!

Ante aquella acusación, emocionada y ardiente, "El Mellao" levantaba los ojos fulgurantes, y en sus labios carnosos brillaba una sonrisa que era todo su odio impotente bajo el gesto firme de "El Carancho".

El juez miraba a uno y a otro, sin decir palabra, sintiendo que una oscura simpatía hacia el acusador se insinuaba en su espíritu, olvidado ya del crimen de que se acusaba, para pensar sólo en el alma sombría de "El Mellao" que "El Carancho" parecía estrujar entre sus rudas manos.

El escribiente, que había sentido la desolación en su conciencia ante el frío relato del crimen, volvía a sentir a "El Carancho" en la dramática concepción que él se había forjado de su alma durante el mes de lucha que le vió soportar altivamente. Y sintiendo aún vibrar en la sala los cálidos ecos de su voz; resonantes bajo sus sienes las palabras precisas hiriendo la maldad del otro, comprendía entonces la trágica certeza de su puñal en el momento del crimen.

"El Mellao" creyó que debía cortar el silencio, y dijo:

—Por mí que diga lo que quiera, este asesino.

—¡Maula! — dijo "El Carancho" con desprecio. — Y éste, señor juez — dijo volviéndose a Franco — éste es pior que yo, también. Ya lo ha óido usté que se vendió por unos pesos miserables; por menos, también lo hace. Yo, al fin y al cabo, quise cambiar de vida; este bandido, jué por el gusto, nomás, de matar; ni preguntó el nombre de las mujeres. Y dispués... áhi lo tiene todo asustao .

—Asustao no, "Carancho". Dije la verdá porque ya estoy cansao de andar con mentiras.

—Yo le pido al señor juez que me dispense si le he hecho perder tiempo; era un pobre paisano que se jugaba la libertá en cada audiencia. Me han judiao de todos modos los milicos, pero estos maulas son los

que me redotan con su traición. Ahora se va a cumplir la ley. No hallaba modo de salir de pobre, porque la vida en el campo es ansina, sí señor; y este bandido me alucinó pa dispués venderme. ¡Quién sabe hasta cuándo, voy a pagar esta partida que perdí...! ¡Y güeno...!

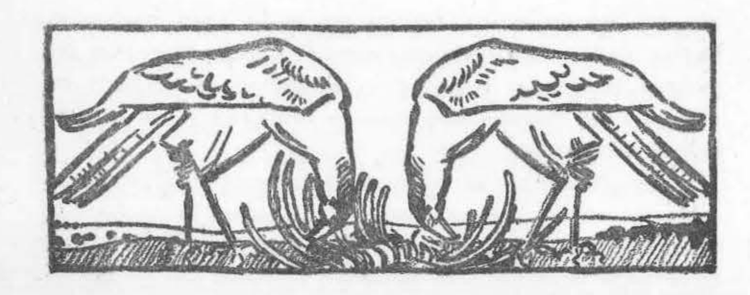
El tumulto que entraba desde la calle, parecía detenerse asombrado, ante el hondo silencio que en la sala dejaron las últimas palabras de "El Carancho".

¿Hasta dónde eran ellas sinceras?

El juez ni el escribiente lo pensaban; el alma trágica y orgullosa de aquel hombre había vuelto a alejar, con su sola presencia, el recuerdo de los otros dos esposados que le oyeron terminar, con la cabeza caída sobre el pecho.

Y cuando traspusieron la puerta del despacho, al verlo alejarse entre sus dos traidores, firme el paso, en alto la cabeza, el juez pensó que si el espíritu del mal había salido por su boca cuando narró con repulsiva vanidad su crimen, los pobres del campo, sin hogar, sin familia, y sin esperanza, dijeron su dolor en los labios de "El Carancho".





CAPITULO XVIII

En el pueblo fué casi simultáneo el convencimiento de que ya estaban los tres declarando, con el de la llegada de Franco la noche anterior.

Josesito había estado al empezar la tarde de ese día en la cárcel para recoger noticias, y fué grande el despecho que le hizo salir corriendo a la calle afanoso por recuperar el tiempo que ya llevaba perdido al no haber advertido el paso de los tres a presencia del juez.

En las ruedas del club, donde se disimulaba el aburrimiento de la jugada del truco de todas las tardes, con cuentos y burlas dichas y festejadas inalterablemente todos los días, fueron quedando sólo los naipes sobre las carpetas, pues los hombres salieron a la plaza, al oir las noticias de Josesito, que ya "trotaba" sobre las calles internándose en los zaguanes hasta donde lo acompañaban de regreso las muchachas, deseosas de conocer los detalles de la prisión de Franco y el estado de ánimo de "El Carancho".

Así, a medida que adelantaba la tarde, de la Cuchilla de las Flores, del Paso y de los rancheríos ve-

cinos a los cuarteles, fueron cruzando precipitadamente las calles, hombres, mujeres y muchachos, con las pobres ropas del trabajo, en dirección al juzgado en cuyo frente crecían con ellos la multitud y los animados comentarios.

Los placeros que al caer el sol emprendían el camino de regreso a sus huertas, al saber la razón de aquel inusitado grupo a cada instante más lleno de color bajo la tarde gris, detenían también sus mulas en las calles próximas, y se olvidaban de la próxima noche haciéndose ya sobre los lejanos eucaliptus, en espera de ver por fín al famoso asesino.

Suspendieron sus juegos los niños bajo los naranjos en la plaza, y se dispersaron, atentos y callados, yendo de un árbol a otro, recogiendo de boca de los hombres allí reunidos antiguos cuentos en los que surgía la figura de un hombre semejante a aquellos que ya todos esperaban.

El cielo caía en las lomas que guardan al pueblo, cuando las voces de la campana de la capilla se elevaron dispersando a las palomas posadas en la virgencita guardada encima del ventanal, y se repitieron sus largos ecos sobre el ambiente pesado del pueblo.

Josesito asomó de pronto su rostro feliz entre los hombros de los soldados que guardaban la puerta del juzgado, y anunció a la multitud:

—Ya confesó Franco.

Y volvió a alejarse en el zaguán, mientras en la calle se elevaba el murmullo de las voces alegres ante aquella noticia.

Por fín se había quebrado el silencio extendido sobre aquel crimen; ahora se podría acometer a "El

Carancho" con el recuerdo de su innoble hazaña, y rendir su altivez obligándolo a confesarse. En todos los labios, se oyeron voces de simpatía hacia Franco, a quien se olvidaba como autor también de aquellas muertes, para sólo pensar, con lijera gratitud, que por su palabra podían al cabo mirar rendido a aquel que durante un mes despreció sus cóleras.

Y la angustia de la multitud, por fín satisfecha, se fué en aquel grito de ¡asesino!, que llegó a la sala donde ellos confesaban.

Entonces fué cuando aquellos ojos que hicieron volver el rostro a "El Carancho", se asomaron a mirar hacia el despacho por encima de los vidros opacos de la ventana.

Al volver a la multitud, dijo el curioso:

—Estaba hablando él.

—¿Estaría confesando?

—Parece, por la cara con que lo escuchaba el juez.

—¿Qué actitud tenía?

—Altanero como siempre.

Junto a los que así hablaban, se arrimaron los más próximos, y luego por sobre los hombros de éstos se alargaban los rostros de los que hendían la multitud a fín de estar lo más cerca posible para recoger el diálogo. Bien poco, en verdad, pudo decir el curioso que asomó a la ventana; sin embargo, cada frase suya parecía recogerse en las bocas abiertas de los que se hallaban junto a él que de inmediato torcían el cuello y la repetían en el rostro anhelante del que oprimía sus espaldas, para que éste la trasmitiese a otro; y así iban las frases pueriles, pasando por encima de todos los hombros, sin detenerse un instante,

hasta que en el extremo de la calle, junto al muro de la casa vecina, el último curioso la había también recogido en sus oídos.

Cuando se supo que "El Carancho" comenzaba a hablar, otra vez la angustia se prendió en todas las gargantas, y sobre la multitud se extendió el mismo temor, que anunciaron los labios de un viejo:

—No sólo carece que confiese Franco, pa que él se entriegue, si le da por no hablar. Este hombre es fiero, como yo he visto pocos en mis años, y a lo mejor sale con alguna astucia y se les va de entre las manos.

—Es que también lo acusa "El Mellao", y no tendrá más remedio que rendirse.

—Mire, mocito; yo le voy a relatar un caso que pasó aquí en este mesmo pueblo.

Y en torno del guerrero se estrechó el círculo de oyentes.

—Ahi en esa calle que baja pa la cárcel, en la casa de piedra que da frente al final de la iglesia, había en aquellos tiempos un pulpero sordo y güen hombre. Acontecía que de noche, se quedaba con el negocio abierto, sentao atrás del mostrador leyendo "El Siglo". Costumbre, del hombre. Casi naides cáia a comprarle nada, porque en aquellos tiempos la Cuchilla de las Flores, mucho más despoblada que aura, era una boca de lobo. Sólo algún haragán venía por allí; y porque no lo molestase, importunándolo en la lectura de "El Siglo", siempre tenía el pulpero un balde con agua arriba del mostrador, pal que cáia a pedir agua,

y un brasero encendido en el suelo pal que venía a pedir juego pal cigarro.

Una de esas noches, el Sordo, así lo llamaban, apareció con el pescuezo cortao, cáida la cabeza al lao del diario que estaba leyendo. Entonces la gente dió en decir que los matadores eran los hijos de la "Nadita" y un tal Parejas. Cayeron en las guascas, y por más malos tratos que les dieron, aunque les apretaban la cabeza con una horma que les hacía crujir los güesos, no largaban ni una palabra. Entonces al comisario se le vino a la idea un procedimiento nuevo y macanudo. Una noche sacó a los asesinos de la cárcel, y marchó con ellos pal camposanto. Allí les dió una pala a cada uno y los hizo cavar la tumba del Sordo. Los milicos alumbraban con unos hachones de sebo. ¡Cuadro fiero, aquel, con las luces coloradas de los hachones; las sombras de los hombres cavando; el murmullo de los cipreses que parecían llenos de voces del otro mundo en las copas movidas por el viento, y después, oscura y callada la noche!

Cuando sacaron el cuerpo del finao pa ajuera, largaba un olor que apestó el camposanto.

Uno de los asesinos todavía era mocito, y al ver aquella cabeza cortada del cuerpo y cavada ya por los bichos, aquellas manos duras pa arriba, y la punta de los botines del Sordo, lo acometió un ataque de locura y se largó sobre el cuerpo, llorando a los gritos:

—¡Perdóneme, Sordo, perdóneme...! Yo no juí, yo no juí, jué Parejas!

Retumbaban los gritos del muchacho entre los árboles y en las paredes, y uno les sentía los ecos en el monte de allí cerca. ¡Qué cuadro, amigo!

Y güeno; horrorizaos, confesaron todo allí mesmo, mientras los milicos forcejeaban pa sacarle el cajón de entre las manos al loco que seguía gritando; y el Parejas aquel, siguió callao; mordiéndose los labios, mirando al Sordo sin pestañar. ¡Ni sé cuántas judiadas le hicieron después, y ansina mesmo, tuvieron que condenarlo sin que largase una sola palabra! Y yo me estoy maliciando que éste va a ser lo mesmo.

Un silencio de desolación se extendió en torno del viejo al terminar su historia, y los hombres miraban a los ojos abiertos de los otros como buscando en ellos una esperanza de que esta vez no fuese así.

Entre tanto, sumábanse los que aburridos de esperar en la plaza, llegaban hasta allí impacientes ya por la prolongada audiencia.

Josesito volvió a aparecer en la puerta del juzgado, descendió los dos escalones que bajaban del umbral hasta la acera, y cuando estuvo rodeado por los primeros que formaban fila, comenzó, con el aire satisfecho:

—Bueno; ahora ya está todo aclarado. "El Mellao" le pagó para que matase sólo a Fausta porque quería heredarla. Pero "El Carancho" convidó a Franco y ya en el ranchito apuñaleó a las tres.

—¿El mismo confiesa eso?

—Sí, él mismo. Y lo hace muy tranquilo, como un cuento cualquiera.

—¡Qué bárbaro!

—Ya están en los patios, cruzándoles las manos esposadas por detrás de la espalda...

—¡Allí vienen...!

Dijo una voz desde el fondo de la multitud, y todos los cuellos se alargaron hacia adelante, y los ojos se quedaron, abiertos, fijos, en el zaguán del juzgado.

Los pasos del guardia, se sentían resonar con nitidez, sobre el silencio de espera de la calle. Detrás suyo venía "El Mellao", vencido, hundido el mentón en el pecho, con el aire lloroso del más puro arrepentimiento. Al sentir sobre sí las miradas de todos, levantó los pesados párpados y entre ellos brilló una mirada de odio; pero la voluntad impúsose nuevamente en él, y todo su rostro se oscureció en un gesto de humildad.

Ya estaba sobre la calle, cuando la multitud formó apretado círculo a su alrededor, que apenas mantenían algo distante los esfuerzos de los soldados.

Una voz le gritó indignada:

—¡Vos también habías sido, bandido!

Pero nadie continuó; era tan vencido su gesto en medio de los guardias, bajo los cien rostros que se alargaban a estudiar sus manos, sus ojos entornados, su boca, sin ningún cuidado por aquella curiosidad con que lo ultrajaban, que al sentimiento de protesta detuvo un instintivo sentimiento de piedad.

Apenas lo habían mirado los más distantes, cuando el círculo volvió a ensancharse junto a "El Mellao", y dirigirse los rostros hacia la puerta del juzgado.

—¿Ves? Ese es Franco.

—¡Qué indio hermoso... y hasta cara de gente tiene el pícaro!

—¡Este sí, ha de ser guapo; mirá cómo se la cantó nomás a "El Carancho".

—Eso no es prueba; cuando estaban libres, yo lo hubiera querido ver.

Bajo las deshechas ropas; con el gesto de dolor con que bajó hasta la multitud que le abría paso a su guardia y le miraba con ávidos ojos, más bello era aún el cuerpo armonioso del indio.

Separados por breve distancia uno de otro, en medio de los guardias que permanecían adusto el ceño ante la incontenible curiosidad de la multitud, los dos presos quedaron con la vista puesta en el suelo, humilde el gesto, tal como si temiesen un ataque de los que se acercaban a mirarlos y hablaban de ellos en alta voz sin cuidarse de que los más crueles comentarios los hiriesen o no.

Así estuvieron los de la calle distraídos unos minutos en contemplar con ojos extrañados a aquellos vencidos; más bien pronto torcieron el rostro hacia la puerta del juzgado, y apenas si se dirigían breves palabras.

Desde el fondo de la multitud partió un grito nervioso:

—¡Mírenlo!

Y un silencio de aguda espera se extendió en la calle, mientras los ojos de todos quedaban fijos en el zaguán.

Cuando llegó al umbral de la puerta, "El Carancho" que hasta entonces avanzara con los ojos hacia el suelo, irguió el busto, detúvose un instante, y la mirada suya, fría, firme, atravesó el silencio anhelante de los otros.

Así bajó a la calle y buscó por sí mismo su puesto detrás de Franco, sin mirar una vez siquiera las rendidas siluetas de los cómplices, y sin desviar un instante los

ojos del grupo sobre el cual sobresalía, audaz, su rostro cubiero de barba.

Bien advierte el asombro que su altivez ha provocado en el pueblo; y su trágica vanidad colmada, aviva el aire desafiante con que comienza a avanzar entre el silencio de todos.

Doblan ya hacia la calle de la cárcel, y ni de los que le siguen, ni de los que esperan su paso para luego agregarse al cortejo hostil, ha salido una sola palabra.

Era ya la nochecita; un viento cálido de próxima lluvia agitaba las copas oscurecidas de los plátanos y naranjos en la plaza, bajo los cuales se extendían los rayos de los focos de luz. De los suburbios llegaba un rumor confuso; las últimas voces de los ranchos antes de tenderse en el sueño.

Las campanas de la iglesia vecina empezaron, lentas, graves, a sonar en la Plaza Vieja; como un eco, repetían sus toques las de la Plaza Nueva.

Al principio la multitud seguía rodeando al grupo de los presos, comentando por lo bajo sus diversas actitudes.

"El Mellao", cuya complicidad en el crimen había levantado en su contra una viva adversión, era el primero en seguir los pasos del soldado que abría la marcha. Y como Franco, que iba detrás suyo, llevaba el gesto de profunda humildad.

En el primer instante el sentimiento público le siguió con frases crueles que bien pronto se acallaron, como si el espíritu de justicia que dominaba a todos, se sintiera satisfecho ante aquel gesto doliente y arrepentido con que ellos avanzaban, inclinada la cabeza,

en medio del murmullo hostil. Impresionados unos por tales pensamientos, otros porque en la presencia de aquellos, no vieron sino la innoble cobardía del crimen que detenía, por eso mismo, toda reacción de cólera justiciera contra quienes ya todo lo aceptaban, los dejaron de rodear, para seguir apretándose en torno de "El Carancho".

Tanto como iban sus cómplices de humillados, avanzaba él, desafiante; en la media luz de la nochecita, era aún más extraño y audaz el delgado perfil de su silueta sobre la rumorosa multitud que le seguía. Las esposas que sujetaban hacia atrás los brazos, subían aún más los hombros; pero la cabeza fina, entonces sin líneas precisas envuelta en las sombras de la barba, hacía esfuerzo por adelantarse exagerando la natural altivez.

Cuando lo esperaban en la calle, prometiéronse verlo aparecer vencido al fin, después de un mes de lucha; por eso el silencio de asombro, cuando su figura erguida se detuvo en la puerta del juzgado, todavía audaz, frente a los hombres que conocían ya su crimen. Mezclados los hombres y mujeres de los cuatro costados del pueblo, seguían por la calle hablando por lo bajo, como si no se hubiesen recobrado del asombro que les producía la figura del hombre que guardaba a su curiosidad, detrás de los ojillos duros y en la tenaz contracción de los labios, la escena viva del crimen.

Tanta fortaleza en el mal colmó por fin el ánimo de todos, y una voz se alzó en medio de las sombras para gritarle su despecho:

—¡Asesino!

Como si la palabra estuviese en todos los labios,

un coro de voces se levantó en la calle, sonó bajo las copas de los naranjos, y repitieron extrañas resonancias en el pueblo en silencio:

—¡Asesino... Asesino... Asesino...!

Sorprendidos por aquellos gritos, "El Mellao" y Franco apresuraron el paso, como empujados por tales voces.

Ni un gesto, ni una mirada, ni la más leve inquietud de su firme paso, respondió en "El Carancho" a aquellos gritos, como si en su valor o en su cinismo, no alcanzara a herirle la palabra cruel.

Al pasar un foco de luz, una mano se levantó por sobre las cabezas que lo rodeaban, crispada en gesto de amenaza:

—¡Criminal!

Gritó al tiempo una voz, cuando un rostro alargándose por encima del soldado que iba a su derecha, le miraba a los ojos.

Pero él continuó, fija su mirada en los puntos luminosos encendidos sobre la Cuchilla de las Flores.

Enervados por aquella altivez; viendo cómo ante la mirada de todos, en la puerta del juzgado, él permaneció sereno; y ahora resistía a sus denuestos sin doblegarse a los principios morales en nombre de los que le insultan y amenazan, la sombra de la multitud se erizó de puños y bastones sacudidos con violencia en el aire, mientras resonaban bajo los árboles, y en el bajo cielo de tormenta, los gritos coléricos.

Enardecido por aquella escena, un niño los miraba acercarse. Vió pasar a "El Mellao" y Franco, y en su frente limpia cruzó un rápido pensamiento de piedad. Después venía "El Carancho"; instintivamente

bajó de su rostro la mirada para ponerla en las piernas que bajo las finas bombachas anunciaban los músculos alargados y tensos. A su derecha, a su izquierda; ocultando casi las bayonetas de los soldados que cerraban la marcha, seguía la multitud enardecida.

¿Qué súbito pensamiento llegó entonces a la frente del niño ante el paso de aquel hombre, el único sereno en medio de aquel pueblo que le perseguía con los rostros descompuestos por los gritos queriéndolo someter a la ley moral en que todos se movían? Acaso no fué más que un vago pensamiento nacido sin ningún orden en su conciencia; pero sintió que la plaza, los hombres, las casas que a su espalda tenía, perdían concreción en su vista, llena toda de la imagen de "El Carancho" y en sus oídos se apagaron los gritos.

Sin bajar de la acera corrió, con un extraño gesto de fiereza, hasta adelantarse a "El Carancho"; bajó entonces a la calle e interponiéndose entre Franco y aquél, le miró a los ojos mientras, crispadas las manos, le gritó:

—¡Malo, asesino!

Después, la escena tuvo para él la rapidez de un relámpago. Sobre el silencio de la plaza, sintió gritar sus propias palabras y recobró de súbito la conciencia: "El Carancho" detuvo la pierna que avanzaba dando un paso, y le miró con sus ojillos duros; un irrefrenable estremecimiento invadió su cuerpo, y sintió que la mano de un soldado le cogía del hombro y lo apartaba del camino cuando temblaban sus piernas y a la garganta ya subía el llanto.

Una voz gritó a su lado:

—¡Asustó a este niño!

Y otra vez sintió elevarse sobre la calle el coro de voces, y erizarse el aire, en torno de "El Carancho" que ya se alejaba, de puños amenazantes.

—¡Canalla! ¡Probá ahora el coraje! ¡No sos más que un maula! ¿Ese es tu valor?

Repetíanse las voces, y agitábanse casi junto a su barba las manos, mientras él iba sin torcer el rostro, sin inclinar la cabeza, firme el paso, tal como un hombre encendido de fé avanza por los caminos de la virtud.

Y aquel pueblo ante cuya violencia iban humillados Franco y "El Mellao", sentía enardecerse su cólera ante la trágica serenidad de "El Carancho".

¿Cuál sería la palabra certera que conmoviese aquel espíritu que les llenaba de asombro? ¿De dónde nacía su fortaleza? ¿Cuál era su flaqueza? ¡Si por lo menos se abriesen sus labios para contestar a los insultos, ellos podrían medir hasta dónde le alcanzaban! Pero él continuaba con los labios fríos perdidos en la barba ocultando a la curiosidad y a la cólera de todos, el secreto de su serena voluntad, mientras ellos se estremecían de violencia, elevaban hacia él los puños airados, y le seguían unos pasos en silencio, hasta que el ardor de los otros tornaba a poner en sus labios las mismas palabras que un momento antes creyeran vanas para humillarlo o enojarlo.

Iban a caer en la oscura calle que baja hacia la puerta de la cárcel frente a la Cuchilla de las Flores, cuando una voz gritó:

—¡Que lo maten...!

—¡Sí; que lo maten...! ¡A palos...! ¡Ahora mismo...!

"El Mellao", como un niño temeroso se recoje en el regazo de la madre, así inclinó su cuerpo hacia el cuerpo del soldado; Franco levantó los ojos y se detuvo a mirar a los que luchaban por romper el círculo formado por los guardias en torno de "El Carancho".

En la mano de un comisario brilló el caño del revólver, mientras gritaba:

—¡Nadie se arrime!

Pero por encima de los que estaban más próximos, se agitaban las manos y bastones y de las últimas filas se elevaban más potentes y múltiples los gritos:

—¡Que lo maten...! ¡Aquí mismo...!

Entonces una mujer de pueblo abandonó el hijo que llevaba de la mano, y sin hacer caso de las armas que relucían alrededor de "El Carancho", extendidos los brazos para apartar a los que delante de ella se apretaban impidiéndole avanzar, llegó así, deshecho el peinado, encendida la mirada, junto al preso.

La mano del comisario se pegó fuertemente en su seno; pero ella, en el impulso, estiró el busto y mirando a los ojos de "El Carancho", le escupió por dos veces en el pecho.

—¡Bravo...! — gritaron a coro los que presenciaron la escena; y mientras los gritos de amenaza crecían en las últimas filas, el soldado que iniciaba la marcha, torció hacia la puerta principal de la jefatura, frente a la plaza.

Al notar aquel cambio, la multitud pretendió impedir avanzar a los que rodeaban a "El Carancho", que vieron alejarse a los que conducían a Franco y a "El Mellao".

Ya no bastaban los ruegos ni las amenazas del comisario para detener las manos que se agitaban sobre su propia cabeza.

El asesino iba a volver a la cárcel sin haberse humillado un solo instante en medio del pueblo embravecido.. Y era preciso que eso no ocurriese.

En una mezcla extraña de sentimiento justiciero y despecho, todos sentían la necesidad de no aceptar aquella derrota.

Distraído en detener a un hombre que simulaba con las manos crispadas en el aire un círculo apretándose tenazmente, el comisario no pudo ver a otro que se acercó rápido, y plantándose delante de "El Carancho" le abofeteó sonoramente el rostro.

Estremecióse el cuerpo en un violento impulso, y un sonido, hondo y gutural, salió de la barba revuelta del preso.

Cuando el policía se volvió hacia aquel hombre que había abofeteado a "El Carancho", ya no pudo encontrarlo entre la multitud que volvía a gritar:

—¡Bien hecho...! ¡Peguen a ese bandido...!

A cada momento se hacía más dificultoso avanzar; y aunque breves pasos quedaban ya distantes de la puerta de la jefatura, el comisario temió por la vida del preso.

Los que conducían a Franco y "El Mellao", subieron los escalones que unían al umbral con la acera, y pronto desaparecieron en el amplio zaguán. Sólo el grupo de "El Carancho" quedaba ya en la calle, cuando a la luz de la puerta de la jefatura, brillaron los sables que empuñaban tres nuevos soldados.

Al verlos, dos mujeres a quienes seguían sus hijos, se adelantaron y deteniéndoles el paso les gritaron:

—¡No defiendan a ese asesino...!

Pero ellos diéronle un brusco empellón, y avanzaron sin decir palabra hacia la multitud.

Llegaban ya, cuando el comisario se distrajo para decirles:

—Hieran al que se acerque.

En ese mismo instante, un hombre surgió de pronto al lado de "El Carancho", y le gritó:

—¡Maula!

Torció el rostro iracundo hacia él el preso, y entonces, sobre el hombro de un soldado, cruzó una mano a estrellarse en su rostro.

Al ver esa rápida escena, alzaron en ademán desafiante los sables los recién venidos, y se ensanchó el vacío en torno de ellos, mientras repetíanse los gritos:

—¡Que lo maten...! ¡Asesino de mujeres...! ¡Probá aquí tu coraje!

En alto la cabeza, firme el paso, dura la mirada de los ojos pequeños, entre las luces de las bayonetas y los sables descubiertos, continuó él avanzando, como un cristo absurdo y feroz, en medio de la multitud embravecida cuyos puños erizaban el aire a su alrededor.

Y así comenzó a subir, lento, los escalones del umbral de la jefatura.

Cuando estuvo en la puerta, se dió vuelta bruscamente, y el foco de luz iluminó su rostro enérgico y firme, y dejó ver los ojillos puestos sobre la calle.

Como si invisibles manos hubieran cerrado a un tiempo todos los labios, se extendió el silencio en el pueblo, y los ojos se quedaron fijos en su alargada silueta, entre los reflejos de las armas.

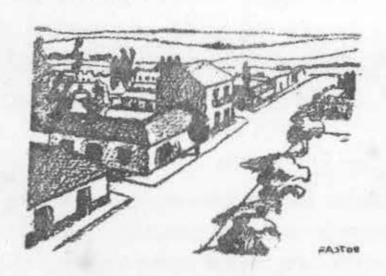
Abatiéronse todos los brazos; los soldados que

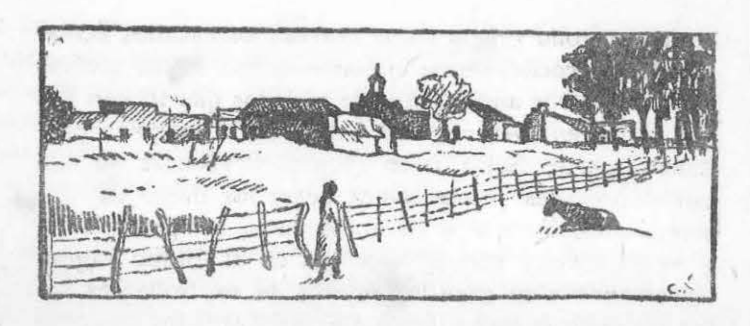
estaban junto a él, permanecieron en suspenso; y en la calle pareció que nadie respiraba siquiera.

¡Iba a hablar! Y hasta el viento pareció detenerse a escucharlo.

—¡Ya me las pagarán... maulas!

El zaguán de la jefatura, el campanario de la vecina iglesia, las copas de los naranjos y el bajo cielo de tormenta, repitieron a un tiempo aquellas voces, claras, hondas, que estremecieron a la multitud y continuaron vibrando bajo las frentes, cuando ya su silueta se había perdido escoltada por el reflejo de los sables.





CAPITULO XIX

En el aire mojado de la mañana, resonaban las voces de los cargadores pidiéndose ayuda para conducir el equipaje de los viajeros cuyos pasos sonaban en el andén andando presurosos hacia los vagones, cuyos cristales levantaban, una vez instalados, para decirse casi a gritos las frases breves y sin transición, en que recomendaban a los que habían de quedar en el pueblo el distribuir los adioses de los que se iban.

Alegre el rostro, en previsión del saludo que a cada paso debía hacer, cordial, a los amigos en viaje, el jefe de estación extendía aquí una mano, la agitaba allá sobre la frente advirtiendo el sombrero del que le saludaba distante, mientras no cesaban sus labios de dar las últimas órdenes para la marcha.

En el extremo del convoy sonaba el vapor lanzado a intervalos por la locomotora, cuyas nubes se confundían con làs sutiles de la cerrazón levantándose ya de los blancos y húmedos techos de los galpones.

Por la calle marginada de plátanos, cuyas copas

tenían un tono gris azulado, corrían los caballos arrastrando los coches desde el fondo de los cuales asomaban los rostros angustiados de aquellos que temían llegar tarde, en presencia del jadear de la máquina próxima a partir. Solos, o en grupos, curvábanse un instante hombres y muchachos entre las líneas de los alambrados, luminosos de rocío en la temprana hora, y luego corrían con la vista fija en el último vagón, dispersando a su paso los rayitos de sol brillantes sobre las oscuras hojas de las chircas. Llegados que eran al andén, detenían bruscamente el paso, e iban, con andar cauteloso, hacia el grupo a cada instante mayor, que hablaba en voz baja y señalaba la última ventanilla del tren.

Alegre el rostro, curiosos los ojos que a cada instante dejaban ir las miradas detrás de unos pasos cualquiera sobre el empedrado, o en la carrera de los coches en la calle cercana, Franco estaba sentado frente a la estación, teniendo a su lado a "El Carancho". Dando la espalda a los curiosos, por debajo del ala del sombrero "El Mellao" dirigía su mirada hacia el otro costado del tren, cuya ventanita recuadraba un trozo del monte próximo; más allá un camino azulado; de húmeda blancura las últimas casitas del pueblo subiendo la cuesta, y otra vez el camino que simulaba subir hacia las nubes de lijeras formas que el sol suavemente abrazaba.

Los soldados que se sentaban junto a los presos, hablaban ruidosamente entre ellos, o dirigían sus saludos de despedida a los conocidos que formaban el grupo de curiosos siempre distantes.

En la plaza del cuartel, verde tapiz cruzado por

las líneas grises de los caminos con la policromía de las chinas que iban a lavar en el arroyo, se elevaron las voces de los clarines cuyos ecos invadieron como bandadas alegres de pájaros el bosque de álamos, y por ellos corrieron y se multiplicaron para elevarse otra vez y dispersarse rumorosos, bajo el cielo resonante de las lejanas lomas.

Los que en un principio hablaban frente a los vagones de primera clase, advertidos de la presencia de "El Carancho" y sus cómplices, fueron a poco engrosando el grupo que los observaba sin que, no obstante, nadie fuera capaz de acercarse a una breve distancia de la ventanilla de los presos.

Desde aquella nochecita en que lo quisieron matar a su vuelta del juzgado, había ya transcurrido un mes, y a pesar de ello continuaba el pueblo como soportando el peso de la custodia de aquel hombre a quien sólo recordarlo en la celda ponía el gesto grave en las conversaciones. Pero ahora, en viaje ya hacia Montevideo, volvíanlo a ver, y acaso la fresca alegría de la mañana suavizaba los duros rasgos o era que la limpia luz borraba del ánimo de los curiosos la presencia de aquel hombre trágico, como en los ojos del niño dispersa las visiones de un fantástico sueño.

Era a cada instante más potente el jadear de la máquina, cuando desde la aguja de la capilla saltaron hacia la plaza las voces de las campanas, y se extendieron sobre los tejados, para irse a reunir con graves ecos bajo los mimbres del Convento.

Distraído de los pocos hombres que se paseaban por las vías contrarias del ferrocarril, "El Mellao" miraba andar a las gallinas sobre los pastos, corriendo

tras los insectos, seguidas del gallo que de contínuo deteníase con agrias voces al advertir sobre su cabeza el paso azul de las golondrinas.

En alto la mano que cogía la cuerda de una campana, el jefe de estación miró hacia la máquina y gritó:

—¿Vamos...?

Sobre el jadear del vapor se oyó llegar otra voz:

—Vamos.

Miró entonces hacia el extremo en que estaban los presos, y volvió a gritar:

—¿Vamos...?

—Vamos — contestó un empleado cuyos pasos sonaban sobre las sueltas piedras.

Un golpe seco de campana vibró entonces bajo el techo del andén, al que respondió, alejándose hacia los campos, el silbato de la máquina; un estremecimiento de hierros corrió a lo largo de los vagones, mientras junto a las ventanillas se elevaba el murmullo de voces alegres y presurosas y sonaba algún beso, cuando una banderita verde ondulaba en el extremo de un brazo que se veía partir del vagón próximo a la máquina y moverse con el ritmo de un columpio.

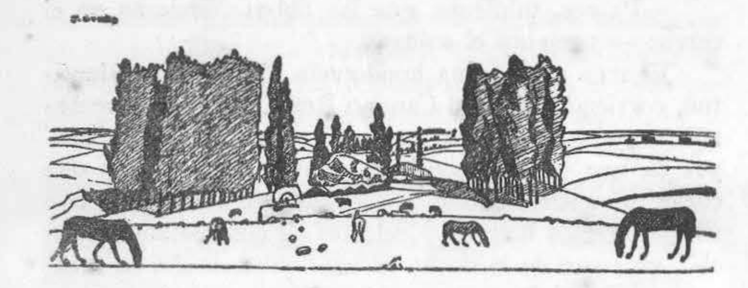
Entonces los del grupo que observaban y comentaban los más leves movimientos de los presos, acercáronse hacia la ventanilla, tal como si ya no temiesen su cercanía, y quisieran saciar su curiosidad, en el breve instante en que los rostros eran aún visibles desde el andén. Y así los vieron partir, confundidos entre el sonar de las ruedas, y las voces de los que contestaban despidiendo a los rostros asomados a la ventanilla; alegre Franco, distraído en mirar el cielo azul "El Carancho", y sombrío el gesto de "El Mellao".

Dejaban ya atrás la estación, cuando un muchacho les gritó:

—¡Hasta luego, camaradas!

"El Carancho" sonrió a la imprevista despedida, mientras Franco sacaba por la ventanilla sus dos manos esposadas y pretendía agitarlas en un saludo al muchacho que le miraba riendo. "El Mellao" murmuró un insulto que ninguno atendió.

—Vamo a tener un día de sol.



Dijo Franco al ver flotar sobre las grises copas de unas cina-cinas la cerrazón; como si las ariscas ramas de los pequeños árboles, hubieran desgarrado al pasar los tules de la mañana, que ésta iba recogiendo de las aguas y barrancas del arroyo donde comenzaban a extender sus limpias ropas las lavanderas.

De un corral vieron salir y continuar el sendero delineado por su paso diario a las lecheras seguidas de los hijos que se pegaban a su flanco pretendiendo chuparles las ubres, o corrían por la loma, temblorosas las narices más rojas aún terminando las blancas frentes. Echado junto a la estaca, caído el belfo, se adormecía

el caballo del piquete bajo el tibio sol de la mañana, insensible a las carreras que sobre su lomo daba un hornero cantando, mientras su pareja escogía con el pico el barrito con qué continuar las paredes de su casa sobre un poste.

—Mire sus pagos, "Carancho" — dijo un soldado cuando al subir el tren una loma, se abrió de pronto el paisaje, y en la lejanía vió extenderse el Cerro Largo.

—Es verdá; pero los cerritos del Guazú-Nambí se confunden con la cerrazón.

—Parece, talmente, que las nubes nacieran en el cerro; — comentó el soldado.

El tren bajó a una hondonada y avanzó con lentitud, corriendo junto al Camino Real. Frente a la ventanilla cruzó con extraña rapidez la doble fila de los bueyes de una carreta que bien pronto se perdió en una curva del ancho camino, con la sugestión de llevar aún en los círculos blancos y celestes de sus costados y techo, un trozo de la noche de luna que acababa de atravesar en su viaje.

—¿Te acordás de aquel camino, "Mellao"?

—¡No embromés, "Carancho"! — respondió con inquietud el aludido.

—¿Jué el que hicimo nosotros?—preguntó Franco.

—Sí, es el mesmo; pero ese pedazo vos no lo caminaste aquella noche. ¿Ves aquella casa blanca entre unos álamos?

—Sí, justamente; aquella que la envuelve el camino?

—Eso es; güeno: aquella es la escuela.

—¿De aquí se ve el ranchito?

—Pa mí que no. Tal vez sea alguno de aquellos puntitos que hay en las lomas.

El tren volvía a correr cerca del Camino Real, sobre el que iba un jinete cuyo caballo parecía sacudirse en el galope sin conseguir adelantar un paso en la cinta gris extendida sobre los pastos; sobre los surcos de una huerta en la loma, brilló la reja de un arado; con aflautadas voces se levantó una bandada de chorlos al paso del tren junto a una laguna, y se alejaron como una nubecilla bajo el azul luminoso.

En las cuchillas próximas los ganados levantaron un instante la cabeza atendiendo el paso del convoy en los campos, y tornaron a pacer cuando ya el tren bajaba hacia las llanuras de Bañado de Medina.

—Por aquellos caminos pasiabas vos, "Mellao", como si jueras un angelito, pa los que créian conocerte; —dijo "El Carancho" señalando las lomas entre las que se veía alejarse el monte del Tacuarí.

—Mirá qué lindo maizal, Franco — dijo "El Mellao" intentando torcer el rumbo de la conversación.

Por la ventanilla brillaba con claros reflejos la movible superficie de un plantío de maíces en el bajo, rodeado por un bosque de álamos cuyas sombras se proyectaban, azules, en los pastos mojados.

Sonó el silbato de la máquina al entrar en un monte y de entre los mimbres partió una tropilla que galopó sonoramente hacia la loma en donde se detuvieron los potrillos, en alto la cabeza, vibrante el cuerpo, atentos al paso del tren que poblaba de ruidos el campo y cuyo humo manchaba de azul vivo el cielo.

En el límite de la llanura blanqueaba una casa en-

tre las copas de los ombúes que entonces parecían livianas en el aire luminoso.

—Allá están tus casas, "Mellao" — dijo "El Carancho".

—Tenés razón; son aquellas.

—De aquí parece una estancia.

—Por tu culpa nos resultó mal el negocio — comentó Franco.

—Por mi culpa no; jué aquel perro de comisario que me vendió.

—Y vos me vendiste a mí, desgraciao — le respondió "El Carancho".

—Bueno; pero después saqué pa atrás, y jué éste el que vino a confesar.

—¡Pero costó descubrirlos! — intervino el soldado.

—Si no juera por éstos, a mí no me hacen cáir esos puebleros; pero "El Mellao" jué el primero en ponerse a hablar de mí, como si no tuviera a naides pa acusar.

—¡Y aura nos vamo a pasar cuarenta años, me dijo el juez...!

—Perdé cuidao, Franco, que algún algo me va a sacar a mí de la cárcel.

—¿Vos crées, "Carancho"?

—¡Ta claro!

—Ya vamo cayendo al Bañao de Medina; aquella arboleda que agatas se ve atrás del cerro, es la estancia del general; — dijo "El Mellao".

—Aquellos sí son sus pagos, ¿no, "Carancho"? — señaló el soldado, cuando el sol asomaba por entre las orejas del Guazú-Nambí.

—Sí; áhora se ven clarito. De aquí parece más largo el cerro.

—... Y las cordilleras blanquean como hileras de majadas que van subiendo.

—Ché "Carancho": allá en la cárcel vamo a tener que buscar una ocupación. Yo juí músico de la banda. ¿Vos de qué te vas a ocupar?

—La otra vez que estuve, era ayudante del jardinero.

—¡Lindo oficio...! — comentó el soldado con sorna.

—Cualisquiera es güeno pa dir haciendo tiempo hasta que nos toque volver.

—Yo voy a tratar de agenciarme algunos libros pa dir aprendiendo algo pal día que me toque salir.

"El Mellao" objetó:

—No te preocupés mucho con eso de la lectura; mirá que eso embroma mucho la idea.

—Siempre es bueno; — respondió el soldado.

El tren se escondió entre las lomas de Bañado de Medina, cuando "El Mellao" dijo:

—Ya no se ve más mi casa. — Y luego de un breve silencio, continuó: — Resultaba que "El Carancho" era un taita pa boliar a los comisarios y a los jueces; que naides le podía probar los hechos, y ahora vamos de cabeza a la cárcel a pasarnos cuarenta años encerraos...

Franco le interrumpió, vivaz:

—Es que éste hizo mal en fiarse de vos; esa jué la chambonada primera; dispués le dió por no querer juir pal Brasil y andar ronciando el rancho de la vieja, talmente como si hubiéramos dejao las muertas boca

abajo. Vos ves que esas jueron unas chambonadas.

—Y, hermano... es el Destino...

Comentó "El Carancho", sin apartar los ojos del Cerro Largo envuelto en la radiante luz del sol, mientras el tren bajaba, silbando, hacia el puente del Bañado de Medina.



INDICE

I N D I C E


EX LIBRIS
PAS
TOR
J.ZAVALA MUNIZ

Concebida y escrita en Bañado de Medina en el año 1925, publicada un año después en Montevideo e ilustrada por Carmelo de Arzadun, José Cúneo, Bernabé Michelena y Adolfo Pastor.

"CRÓNICA DE UN CRIMEN", y la anterior del mismo autor, son obras destinadas a perpetuar su relieve en el panorama literario por lo que tienen de esencial en la expresión de las pasiones humanas en sí consideradas y en relación con un medio social determinado, novelas de hombres que son novelas de pueblos. Sentido épico, de palpitaciones profundas y vastas que agitan el cuerpo del mar, y no de simple costumbrismo, adorno de la superficie y de las orillas, informa las creaciones de este verdadero artista, siempre tituladas por el mismo de Crónicas, no como límite de plan literario sino para sugerir con acento su alcance objetivo y una garantía de la veracidad de sus temas. Merced a este sistema de novelar, Justino Zavala Muniz siempre se mantuvo a recaudo del exceso de especulación psicológica en que ha degenerado gran parte de la novela contemporánea con mengua de la importancia, de la riqueza de la vida reflejada y de la misma puridad científica en que intenta cimentarse. Nuestro autor prefiere que sus personajes se expliquen por sí mismos, por sus luchas, prestándoles tan sólo el fondo emocional de su alma superior y los recursos imaginativos con que el artista necesita manipular la materia rebelde, obscura y de apariencia absurda que constituye los hechos de la vida moral, para interpretarla, pero sin menoscabo de su sentido original, propio, y de su poderosa fuerza plástica.

"Crónica de un Crimen" se agita así del principio al fin en una animación de vida que invade como en escenario el espíritu del lector, en que libro y quien

lo hizo desaparecen para dar lugar a la existencia real de sus imágenes. No parece ilusión, y no la es, piensa uno al cerrarlo mientras en la ansiada luz del despertar se alejan los pasos y las muecas de la siniestra pesadilla. Si no fuese una crónica —se piensa aún— no se creería; sensación de desconfianza que dejan los libros que no tienen ese carácter. En una palabra, nos entretiene como una novela, nos enseña como la historia y nos preocupa como no puede menos de preocuparnos la realidad de la vida. Despliega este autor un poder de sugestión tal en los desarrollos dramáticos, llenos de esa violencia fatídica de las pasiones o fuerzas inertes de la naturaleza en planos de angustia casi infernal, una luminosidad de ambiente, una vibración comunicativa tan grandes, que siente uno el desenfreno de las carreras arriesgadas, una paradoja de sentimiento que quiere y no quiere llegar al término del espanto contenido en sus páginas. Creo sinceramente que esta obra consagra a Justino Zavala Muniz como uno de los más fuertes escritores de la América latina.

Por si los méritos literarios de **"Crónica de un Crimen"** no fuesen bastantes, ilustran el texto hermosos grabados de Adolfo Pastor, Bernabé Michelena, Carmelo de Arzadun y José Cúneo, cuyos nombres figuran a la cabeza de lo más selecto del Arte uruguayo, pudiendo decirse, en cuanto al aspecto gráfico en su conjunto, que es la obra de mejor presentación artística editada en el país hasta la fecha.

Eduardo Dieste.

Montevideo, Mayo de 1926.



EDITORIAL DE TESEO

OBRAS PUBLICADAS

EDUARDO DIESTE

BUSCON. — Novela Picaresca.
LA ILUSION. — Drama en un acto.
LOS MISTICOS. — Drama en tres actos.
EL VIEJO. — Drama en tres actos.
TESEO. — Crítica de Arte.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

CRONICA DE MUNIZ
CRONICA DE UN CRIMEN

PROXIMAS PUBLICACIONES

Introducción a la Historia de América - por Alberto Zum Felde
Antología Selecta de Poetas Uruguayos (Varios Tomos)
Derechos Mínimos (Política Social) - por el Dr. Lorenzo Carnelli
Farsas de Igual - por Eduardo Dieste
Crítica Literaria - por Eduardo Dieste
Crónicas de la Reja - por Justino Zavala Muniz
Crónica de un Gran Pueblo, en ciernes - por Justino Zavala Muniz
Esquema de una Moral Razonada - por Enrique Dieste
Cabito (Teatro) - por Ricardo Roldán